

# HAS SIDO TÚ

Chani Aparicio Vela

HAS SIDO TÚ

HAS SIDO TÚ

Chani Aparicio Vela

## AGRADECIMIENTOS

A mis hijos Juan Antonio, Julio y Rubén por haberme animado en este proyecto y especialmente a mi marido Juan Antonio Ortega por el apoyo moral mostrado y ayuda en todo momento.

*“Es difícil creer que un hombre está diciendo la verdad cuando sabes que tú mentirías si estuvieras en su lugar”.*

*Henry Louis Mencken*

## Introducción

Pasaban las cinco de la tarde cuando Miguel se inquietaba sentado en su silla de ruedas en el jardín del lúgubre hospital donde residía desde la trágica noche donde Ana, su eterna amada, perdía la vida a manos de un canalla sin piedad. Apenas lucían unas tristes flores rodeadas de secos arbustos marchitados. El sol brillaba tenuemente a través de unas pequeñas nubes que se paseaban lentamente a su alrededor sin dejar pasar en profundidad los hermosos rayos que calentaban la tibia y blanca piel de Miguel, arrugada por el paso de los años. Los gorriones revoloteaban a su alrededor como si fuesen sus fieles amigos que cada día vienen a visitarlo. Las enfermeras ataviadas con sus largas batas blancas, observaban a todos los pacientes que se encontraban paseando por el jardín; atendiendo en cada momento las necesidades de cada uno y evitando las pequeñas trifulcas que se formaban, a veces, por los cambios de humor de algunos de ellos y, otras veces, por la tozudez de otros, empeñados siempre en llevar la contraria a los demás.

Roberto llegaba tarde. Su ajetreada agenda le consumía en exceso y le impedía atender en todo lo que él quería a su fabulosa familia a la que amaba con locura.

Almorzaba en la terraza de un bar con Susana su mujer y sus dos hijas, María y Lucía, de seis y tres años respectivamente. Ellas eran las que hacían que su vida tuviera significado después de la muerte de su madre. Sin ellas no hubiese podido sobrellevar el trágico desenlace.

—Llego tarde —decía Roberto mientras sonreía entre dientes terminándose su trozo de pastel de chocolate con nata que hacía que se sintiera como un niño pasado los treinta.

Roberto se despidió de su familia y se fue apresuradamente para coger el coche que lo tenía aparcado en frente del centro comercial donde habían decidido pasar la tarde de sábado. Como cada día, iba sin falta a ver a su padre.

—Hola Sara.

—Hola Roberto. Miguel se ha puesto un poco nervioso al ver que no llegabas —le informó la enfermera conduciéndolo hacia el jardín donde

estaba sentado su padre.

—¡Uf! Lo siento, no he podido llegar antes —contestó Roberto excusándose.

—A ver si se calma contigo, si no, tendremos que darle algún tranquilizante —prosiguió Sara— Teresa está con él.

Cuando llegó a su lado, Miguel, no paraba de balancearse de delante hacia atrás mientras se preguntaba continuamente una y otra vez:

—¿Por qué a ella? ¿Por qué a ella?

—Hola Roberto.

—Hola Teresa.

—Así lleva sobre un cuarto de hora más o menos —le comentó Teresa.

—No te preocupes, ya me encargo yo —Roberto respiró hondo y se le cambió el semblante al verlo en esa situación.

Sus ojos empezaron a brillar y a enrojecerse al ver a su pobre padre atormentándose de aquella manera, lo cual le hacía ser más vulnerable cada vez que veía lo indefenso que se sentía viendo que no podía hacer nada para que aquel pobre viejo atormentado, con el pelo totalmente cano, nariz respingona y barbilla pronunciada, se sintiera mejor.

Parece que fue ayer cuando jugaba en su casa sita a las afueras de Madrid, donde sus padres hacían que su vida fuera realmente fácil. Hijo único de una familia adinerada, considerada en el barrio como una de las mejores familias por su buen hacer con sus vecinos, siempre amables y simpáticos.

*Ana paseaba todas las tardes con Roberto para que jugara con sus amigos en el parque mientras Miguel, trabajaba mañana y tarde en su empresa de construcción que le absorbía todo el tiempo. Cualquier esfuerzo era poco para él. Siempre pendiente de que a su familia no le faltara de nada.*

*Roberto, asiduamente llevaba consigo el balón de fútbol que le había regalado su padre por su sexto cumpleaños.*

—¡Roberto! —gritó Ana—. ¡Vámonos ya para casa, que se hace tarde!

—Un ratito más mamá —dijo Roberto con la cara sudada y enrojecida por el esfuerzo— ¡Mira que bien lo hago! —argumentó resistiéndose a irse.

Así pasó su infancia sin mayores problemas que saber que su equipo de fútbol favorito fuera de los primeros en la liga. Cuando entró en la

universidad, Ana se dio cuenta de que su hijo se hacía mayor y que la realidad era que ya no estaría con ella tanto tiempo como de costumbre. Todo empezaba a cambiar y se negaba rotundamente a ello. Miguel estaba cada vez más distanciado. La jubilación había hecho que se buscara distracciones, casi siempre, echando partidas de dominó en el bar de la esquina. Ana se sentía cada vez más sola. Miguel le llevaba veintiún años de diferencia y la edad se le hacía notar. A pesar de ello, era una mujer muy alegre y optimista, siempre con ganas de salir y disfrutar. Por las tardes se iba con sus amigas a tomar un café y así se le hacía más ameno el día.

Tras un ir y venir de amistades, pasado un tiempo, Roberto conoció a Susana. La tercera hija de una familia de tres hermanos estupendamente acomodada de Madrid. De pelo largo, rubia, ojos verdes, alta, delgada, y con grandes curvas, lo cual, la hacían muy atractiva y elegante. Fue muy bien recibida por la familia.

Para Ana fue una nueva ilusión conocerla y la aceptó como si fuese su hija menor, ya que a ella le hubiese gustado tener más de un hijo, pero desafortunadamente la vida no había querido proporcionárselo. La complicidad entre las dos se hizo rápidamente evidente. Roberto se sentía muy afortunado, podía disfrutar de los dos amores de su vida sin ningún recelo entre ellas. La otra gran pasión era su padre, al que se sentía eternamente agradecido por el apoyo y cariño recibido en cada momento de su vida. Su padre y su madre eran para él los dos grandes pilares que se necesitan para tener una vida plena.

Para Miguel y Ana, era muy importante el cariño de Roberto y deseaban en todo momento que fuera feliz. Él había sido el eslabón más importante de la cadena. Ana recordaba lo mal que lo pasó cuando sus padres se negaron a aceptar a Miguel como su prometido y más tarde como su marido. El nacimiento de Roberto fue el que hizo que se reconciliara con sus padres y les demostró ser una persona muy madura para su edad en aquellos momentos difíciles de su vida. Sin lugar a dudas no quería que su hijo se encontrara en la misma situación. Susana realmente se daba a querer, era una chica encantadora y enseguida se ganó la confianza de todos.

Ana, entusiasmada con la conquista de su hijo, a menudo se iba con Susana de compras por las distintas tiendas del centro de Madrid. La relación era perfecta, como si de madre e hija se tratara. A veces discutía con su hijo defendiendo a su más preciada amiga y compañera como había llegado a



convertirse su nuera.

Con toda la vitalidad del mundo, Ana parecía una chiquilla deseando salir a buscar algo nuevo cada día. Su mente, siempre joven, relucía de alegría con todos sus seres queridos que continuamente estaban a su lado dándoles su apoyo en todas las decisiones que en la vida, a veces, hay que tomar sin darle importancia a lo demás que realmente no nos incumbe.

Feliz, alegre, enamorada, correspondida emocionalmente, de mediana edad, alta, guapa, delgada, morena con el pelo corto desenfadado, con unos enormes ojos azules como el mar infinito, económicamente bien situada, ¿qué más se puede pedir en la vida? Sin nada más que decir: así era Ana. Un ejemplo a seguir por cualquier mujer. La elegancia en persona y, claramente para ella, Susana no podía ser menos.

## La Universidad

Un joven moreno, alto, delgado y con unos enormes ojos azules igualitos a los de su madre, hacía de Roberto un hombre deseado por la gran mayoría de jovencitas que caían rendidas a sus pies.

Al final de su segundo año académico, Roberto, acompañado de su íntimo amigo Julián y de sus tres inseparables guardaespaldas, como les llamaba irónicamente a sus mejores amigos; Juanjo, Javier y Fernando, se fueron a la fiesta que organizaba la universidad para celebrar la llegada de la primavera. Cientos de jóvenes se acercaron al recinto facilitado por el ayuntamiento para que se llevara a cabo con toda garantía de seguridad, la fiesta organizada.

Roberto, al igual que sus amigos, se estaba preparando una copa en medio de la muchedumbre cuando la vio por primera vez. Su corazón palpitó estrepitosamente cuando sus miradas se cruzaron. Increíblemente era amiga de Marta, una de las chicas de su grupo de trabajo, la cual, estaba colada por Roberto.

—¡Hola chicos! —exclamó Marta acercándose sigilosamente hacia ellos.

—Hola Marta —contestaron tímidamente todos a la vez.

—Os presento a mis amigas, Rocío, Esther, Raquel y...

Un eterno silencio se hizo para Roberto, que deseaba ansiosamente oír cuál era el nombre de esa chica extraordinariamente guapa, con esos hermosos ojos verdes que lo deslumbraban.

—Y esta es Susana —finalizó diciendo Marta.

Inmediatamente se sintieron atraídos y compartieron velada gran parte de la noche, bebiendo, charlando y bailando junto con sus amigos. Realmente fue

una noche inolvidable a pesar de que al día siguiente Roberto no recordaba nada más que la cara de Susana y poco más. Sentía un fuerte dolor de cabeza que no lo dejaba levantarse de la cama. Eran las dos y media de la tarde cuando Ana entró en el dormitorio.

—Roberto, deberías levantarte para almorzar algo —le sugirió Ana.

—¡Ah! ¡Que dolor! —dijo Roberto llevándose las manos a la cabeza e intentando levantarse.

—Déjalo hijo no te muevas, mejor te traigo algo aquí —dijo Ana viendo el estado en el que se encontraba—. ¡Ay Dios mío esta juventud! —se reía recordando cuando ella era más joven—. ¡Quién tuviera tu edad ahora, hijo mío!

Ana cerró la puerta y bajó para traerle algo que llevarse a la boca, ya que era incapaz de levantarse. Aun así, tuvo fuerzas para coger su teléfono móvil que supuestamente lo había depositado bien colocado, encima de la mesita de noche, pero que ahora, estaba tirado en el suelo medio escondido entre la ropa que había dejado esparcida por toda la habitación, por suerte para él, cerca de la cama. Parecía como si un tornado hubiese tomado su habitación haciendo que el desorden saliera hasta por la ventana.

Aparte de algunos whatsapps de sus colegas, no había nada especial. Intentaba recordar si había guardado el número de Susana, pero por mucho que lo buscó, no lo encontró por ninguna parte.

—¡Oh, vaya mierda! Tendré que pedirle el teléfono a Marta —dijo Roberto en voz baja.

Ana entró en la habitación portando en las manos una bandeja con sopa calentita para la resaca y algunos trozos de carne a la plancha para que se asentase en el fatigoso estómago de Roberto.

—Te quiero mamá. ¿Qué haría yo sin ti?

—Venga, come algo —sonrió—. Ya verás que pronto te vas a sentir bien —Roberto se acomodó y Ana le puso la bandeja delante, apoyada en sus piernas. Se retiró dándole un beso en la frente—. Llámame si necesitas algo.

—Gracias mamá.

—De nada hijo.

De nuevo volvió a quedarse solo en su habitación. Empezó a comer sin

que su teléfono mostrara ningún ánimo de querer llamarle la atención con algún rastro de señal que pudiera captar su interés. Roberto lo miraba incesantemente, pero no había muestra de ningún tipo. Una vez terminado de comer, se levantó, se duchó y se preparó para salir otra vez, en busca de sus amigos. Se dirigió al parque donde estaban esperándolo. La sopa que le había preparado Ana, le había sentado de maravilla.

—¡Eh chicos! ¿Qué tal? —Dijo Roberto sentándose encima del respaldar de un banco, junto a los demás.

—¡Vaya Don Juan que estás hecho! —le contestó Julián burlándose de él.

—¿Qué pasa, tú nunca te has enamorado? —todos se rieron a su vez.

—Parecías un tortolito al lado de ella —dijo Fernando imitándolo y se volvieron a reír.

—Vosotros reiros que ya veréis como está loca por mí.

—Si claro, loca, sobre todo después de haberle echado todo el pato encima —replicó Fernando sin parar de reírse.

—¡No me jodas tío! No me acuerdo de nada —dijo Roberto ruborizado.

—¡Vaya colocón chaval, flipas! —dijo Javier.

—Dejaros de tonterías. No encuentro su móvil por ninguna parte. ¿Vosotros sabéis su número?

—No tengo ni idea —contestaron todos.

—Pregúntaselo a Marta, seguro que ella te lo da enseguida —dijo Juanjo con ironía y se volvieron a reír.

—No veas el cabreo que tenía cuando te vio tan acaramelado con Susana. Ella que pensaba que anoche iba a triunfar contigo —dijo Julián riéndose.

—Tíos dejaros ya de cachondeo. Para mí esto es muy serio —dijo Roberto.

Por un momento dejaron de meterse con Roberto y posaron, todos, la mirada hacia una joven que se acercaba andando por el parque.

—¡Eh chicos, mirad qué bombón viene por ahí! —dijo Fernando susurrando—. “*Aunque estemos a cuarenta grados, que sepas que si me derrito es por ti*” —dijo Fernando con voz poetizada a la vez que pasaba esa hermosa chica por delante de ellos anonadado por tanta belleza. Todos los demás se quedaron callados observándola.

—Imbécil —le gritó de inmediato aquella desconocida, a lo cual todos se echaron a reír descontroladamente dándole palmadas en la espalda a Fernando.

—¿Oye que pasa? Soy un romántico empedernido, parece que no me conocéis todavía —chuleaba poniéndose para arriba el cuello de la camisa.

—Eres genial Fernando —dijo Roberto sin dejar de reírse—. Bueno, me voy que mañana tengo examen de programación y tengo que aprobarlo a la fuerza. Así que nada, nos vemos mañana. Adiós a todos —se despidió levantando la mano.

—Adiós Roberto y ya sabes, ponte las pilas con lo de Susana —dijo Julián alzando la voz mientras Roberto se alejaba.

—Lo haré —gritó Roberto sin volverse a mirar.

Después de mucho recapacitar, al día siguiente, antes de hacer el examen, la vio a lo lejos entrar en otro edificio del mismo centro. Hizo un ademán para llamarla levantando la mano, pero con tanta gente por delante, no pudo siquiera gritar su nombre.

En el examen, Roberto no podía concentrarse. Cuando al fin lo consiguió faltaban unos quince minutos para entregarlo. Rápidamente rellenó todo lo que pudo hasta que el profesor dijo que el tiempo había acabado. Roberto se aferraba en terminar lo máximo posible sin querer entregarlo, mientras todos los demás iban depositando sus respectivos exámenes encima de la mesa y abandonaban la sala. El profesor, viendo que no se levantaba, se le acercó y le quitó el examen. Roberto se quedó con el bolígrafo en la mano unos segundos sin moverse, para luego fijar la mirada en su profesor, que echándole un vistazo al examen le preguntó extrañado:

—¿No te ha dado tiempo de terminar?

—No sé qué me ha pasado, me he puesto un poco nervioso —Roberto se puso de pie y se marchó.

Sus amigos se encontraban fuera esperándolo. Roberto salió afligido al ver que no había podido hacer ni la mitad del examen bien.

—¡Eh Roberto! ¿Cómo te ha ido? —le preguntó Javier.

—Fatal tío, ¿y a vosotros?

—Pero si era muy fácil tío —contestó Fernando—. Eso te pasa por no estar en lo que tienes que estar.

—Esta mañana, antes de entrar la he visto, pero no llegó a verme, así que no he podido hablar con ella —dijo Roberto lamentándose.

—No te rayes tío. Pídele el teléfono a Marta —dijo Julián.

—Lo he intentado, pero nada más acercarme me vuelve la cara y se va corriendo. Para mí Marta es una pesada, ya lo sabéis, nunca me he sentido

bien con ella y después de la fiesta todavía menos, me evita en cada momento. No sé qué hacer. Podríais ayudarme, creo yo, para eso sois mis amigos.

—¡Mira ahí está Marta! —exclamó Juanjo—. Pregúntaselo ahora.

—No te preocupes —se anticipó Julián—. Por un amigo hago yo lo que sea —se dio dos golpes con el puño cerrado en el corazón—. ¡Marta! —gritó Julián levantando la mano para que Marta lo viera.

Todos los demás se quedaron observándolo mientras veían como Marta se giraba hacia Julián, el cual se acercaba alegremente y esperó a que se posicionara a su lado.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó Julián para entrar en conversación.

—Venga Julián, ve al grano. ¿Qué quieres? —dijo Marta desanimada.

—Mujer no te pongas así. Sólo quería saber cómo te había ido.

—Pues no me ha ido muy mal del todo. ¿Y a ti que tal?

—Bien, bien, muy bien la verdad, no me puedo quejar —Julián le guiñó un ojo a Roberto sin que Marta se diera cuenta y se fue charlando con ella.

Roberto se llevó toda la tarde esperando alguna señal de Julián, pero el teléfono no quería darle esa alegría y permanecía desagradablemente callado, sólo se hacía notar para algún mensaje tonto de publicidad que lo sacaba de sus casillas. Finalmente, decidió llamar a Julián. El teléfono daba tono de llamada pero Julián no acababa de cogerlo.

—¡Joder! ¿Dónde estás Julián? —se preguntaba desesperado y decidió salir a buscarlo.

Se subió al autobús que paraba cerca de su casa. Como de costumbre, iba a tope de gente. Entró sin detenerse a mirar a su alrededor. Como estaba repleto, tuvo que quedarse de pie agarrado a una de las barras superiores del autobús. No muy lejos, a su espalda, oyó unas ligeras risas de mujer que le llamaron la atención y no pudo resistirse a mirar. Cuál fue su sorpresa cuando vio de quienes procedían. Allí estaba Susana, sentada al lado de una amiga, la cual charlaba sin parar haciéndola reír. Ni queriendo hubiese salido mejor. Su corazón empezó a palpar sin control queriendo salirse del pecho. Ella estaba tan ensimismada en la conversación con su amiga que no pudo percatarse de que Roberto estaba allí. Como pudo, se abrió camino entre la gente, con la mala suerte de que, con el roce, se le cayó la cartera al suelo y procedió a agacharse para cogerla a la vez que el frenazo brusco del autobús hiciera no poder agarrarse a nada y cayó al suelo de golpe empujando así a todas las personas que también se encontraban de pie, cayendo justo al lado del asiento

donde estaba sentada Susana. Como no podía ser de otra forma, todo el mundo empezó a protestar y el pobre Roberto se ruborizó de tal manera que no supo cómo reaccionar, viendo a su vez, que estaba en los pies de Susana. Ella no se había percatado de que era Roberto hasta que le preguntó:

—¿Estás bien?

Roberto levantó la cabeza totalmente sonrojado por el espectáculo que había dado. Temía haberle causado mala impresión a Susana después de lo, supuestamente, sucedido en la fiesta según sus amigos, ya que él no recordaba nada. Lo que le faltaba ya, era esto también. La escena era absolutamente bochornosa.

—¡Roberto! —exclamó Susana.

—¡Oh, Susana! ¿Qué tal, cómo tú por aquí? No te había visto —se levantó como pudo y se disculpó ante todos.

—¡Vaya, parece que eso de caerte lo tienes bien aprendido! —esbozó una sonrisa—. Voy a la biblioteca, tengo que terminar un trabajo para mañana a primera hora.

—Oh, precisamente para la biblioteca es para donde voy yo.

—¿Y no llevas nada para hacer apuntes?

—Oh, he quedado con Julián, ya sabes el chico ese bajito de pelo rubio que estaba conmigo en la fiesta —sonrió sin saber que inventarse.

El autobús volvió a frenar ya en la parada de la biblioteca. Susana y su amiga se levantaron. Roberto educadamente las dejó salir antes que él.

—¿Quedamos para tomar una copa cuando salgas?

—Lo siento Roberto, pero tengo que irme para casa lo antes posible. Mi padre no soporta esperarme para poner la cena en la mesa —contestó excusándose.

—Quizás, ¿mañana? —insistió Roberto.

—Mira, te doy mi número de teléfono y me llamas luego, ¿vale? es que ahora tengo prisa. Me están esperando dentro ¿okey?

—¡Claro! De acuerdo —Roberto tomó nota y lo guardó en el móvil como si fuera su más preciado tesoro.

—¿Tú no entras?

—Oh... tengo que esperar a Julián, he quedado aquí con él.

—Ah, vale —contestó Susana despidiéndose—. Adiós.

Susana y su amiga, entraron en la biblioteca y una vez fuera de su vista, Roberto, volvió a coger el autobús, ésta vez, de vuelta a casa. Ahora, el

autobús rebozaba de asientos libres y pudo sentarse sin problema. No cabía en sí de la alegría que tenía. Estaba enteramente ensimismado cuando sonó su móvil.

—Julián, a buenas horas me llamas. Te he llamado un montón de veces — refunfuñó Roberto.

—Lo siento Roberto, pero es que no he podido dejar de caer en la tentación de los encantos de Marta. Tú ya sabes... —dijo Julián con ironía—. Yo también soy de carne y hueso.

—¿Tú y Marta? No me lo puedo creer. Pero si te cae fatal.

—Bueno, tú sabes, las cosas cambian — sonrió.

—Eres un máquina Julián.

—Tengo el teléfono de Susana.

—Gracias de todas formas pero ya no hace falta.

—¿Y eso?

—He estado con ella —contestó Roberto entusiasmado.

—¡Ostras! Pues qué alivio, porque no veas el trabajo que me ha costado sacarle el número a Marta y aun así, dudo que me lo haya dado bien. Está que no quiere oír hablar de ti.

—Espero que tú la animes y se le pase pronto —dijo Roberto.

—Eso espero. Nos vemos mañana —contestó Julián alegremente.

—Venga, hasta mañana.

Roberto colgó el teléfono y se bajó en la parada más cercana a su casa. Miguel se encontraba regando las plantas del jardín.

—¡Hola papá!

—Hola Roberto, ¿dónde has ido? Tu madre estaba preocupada.

—Tenía que entregarle unos documentos a Julián —contestó Roberto mintiendo.

Tras varias citas, empezó a salir ya en serio con Susana. Julián siguió viéndose con Marta y en algún que otro momento quedaban para salir juntos. Los demás cabezas locas, vivían sin ningún tipo de compromiso. “*Hay que vivir la vida*” —se decían los unos a los otros. Así pasaron todo el largo verano, hasta que el otoño les hizo ver que todo volvía a empezar; los exámenes, los problemas con los profesores, los suspensos y un largo etc., más. Para algunos, la carrera se les hacía, a veces, interminable.

Pasaron los años y por fin, terminó su ansiada andadura por el campus universitario. Hacía un frío que pelaba cuando Roberto se subió al autobús.



Eran las ocho de la mañana y las calles empezaban a llenarse de transeúntes que se afanaban en abrigarse lo máximo posible ataviados con gorros, bufandas, guantes y algún que otro abrigo largo para resguardarse del frío. Terminada la carrera con éxito, se enfrentaba a su primera entrevista de trabajo en una empresa bastante sólida y llena de posibilidades. Su entusiasmo era pleno y su nerviosismo también.

Esperaba inquieto la hora de su entrevista. Sentado delante de la secretaria que había tomado sus datos para luego darle paso a la persona encargada de hacerle la entrevista, Roberto se impacientaba comiéndose las uñas. No lo podía evitar. Al lado suyo había tres aspirantes más al puesto, los cuales, se miraban entre ellos sin mediar palabra alguna.

—Roberto por favor, acompáñeme.

La secretaria lo condujo a un pequeño pero acogedor despacho.

—Siéntese por favor.

Ya en el interior de la oficina, Roberto intentó tranquilizarse. Seguidamente, entró un señor joven, de estatura media, con el pelo corto, castaño y rizado, el cual, se presentó muy amablemente. Pronto se sintió sereno y pudo contestar a todas las cuestiones con tranquilidad. Le harían un contrato en prácticas y si todo iba bien, le harían un contrato en toda regla. Roberto salió muy contento de la entrevista y llamó de inmediato a Susana.

—Vamos a salir a cenar esta noche para celebrarlo —dijo Roberto entusiasmado.

—¡Enhorabuena cariño!

Roberto se fue directamente para una joyería y le compró a Susana el anillo más bonito que en aquel momento se podía permitir. Reservó mesa en un restaurante romántico rodeado de velas que hacía que la velada fuera especial. Era el lugar idóneo para pedirle matrimonio a Susana. Roberto no encontraba el momento para decírselo. Intentó sacar el anillo del bolsillo mientras Susana estaba hablando, pero llegó el camarero para servirles el postre y sin querer cayó la cajita al suelo. Roberto se agachó para cogerla pero en ese preciso momento, el camarero dio un desafortunado paso al lado y aplastó de un golpe la cajita donde se encontraba el anillo. Rápidamente, el camarero quitó el pie de encima mirando a Roberto que se encontraba agachado y con la mano estirada para cogerlo. La delicada cajita del anillo, lucía ahora totalmente aplastada.

—¡Oh, perdón lo siento! —se expresó el camarero con cara acongojada—.

No ha sido mi intención —se excusó sosteniendo la bandeja en las manos.

Roberto lo miró como si quisiera quitarle la cabeza de un mordisco y esparcirle el cerebro por el suelo para después pisotearlo como él había hecho con su precioso y encantador regalo, pero con rabia contenida dijo:

—No pasa nada.

Susana desplazó la cabeza para el lado en cuestión y se dedicó sólo a mirar la terrible escena protagonizada por el camarero. Roberto se enderezó y le pidió, angustiado por el acontecimiento con la cara fuera de sí, el matrimonio a Susana. Afortunadamente el anillo se ladeó y no tuvo daño alguno. Al ver el estado en el que se había quedado la cajita, Susana no podía dejar de reírse hasta el punto de que Roberto echara a reír también.

—Si no fuera así, no serías tú Roberto —dijo Susana sin parar de reír.

—Entonces qué, ¿aceptas o no?

—Pues claro que sí mi vida —contestó Susana con mucha ilusión.

Roberto le puso el anillo y, poniéndose de pie se fundieron en un fuerte beso apasionado.

—¿Has visto la cara que ha puesto el camarero? —le preguntó Susana.

Los dos se echaron a reír.

## La Boda

Amanecía el día un poco nublado en Madrid, ese catorce de mayo en el que Roberto y Susana decidieron darse el sí quiero. La gran casa de Ana y Miguel se quedaría sorda a partir de ahora sin la presencia de Roberto.

Eran las ocho de la mañana cuando sonaba el despertador. Miguel se volvió, acostado en la amplia cama que habían comprado recientemente, hacia Ana, que yacía de costado a su lado. Le dio un fuerte abrazo y se quedó abrazado a ella por unos cuantos minutos más.

Era el día más feliz y a la vez el más triste en la vida de Ana, su único hijo dejaba su casa para siempre. Nada quedaba ya de aquel niño inquieto y travieso que se pasaba los días sin parar de un lado para otro sin descansar y trayendo de cabeza a todo aquel que se le ponía por delante, con esa cara angelical que parecía que nunca había roto un plato. Sus travesuras en más de una ocasión le habían traído más de un disgusto a Ana que daría la vida porque ese monstruito volviera a estar otra vez en su vida.

Pasaban las ocho y media de la mañana y mientras Miguel se duchaba en el baño de su dormitorio, Ana preparaba el desayuno en su gran cocina que relucía hasta el último rincón. Se había preocupado durante toda la semana para que toda la casa, desde el bajo hasta la segunda planta estuviera impoluta en un día tan especial como este.

Debido a la tardanza de Miguel en bajar, decidió subir para llamarlo. A Ana no le gustaba llegar tarde a ninguna cita y menos a esta tan importante, ya que ella, sería una de los protagonistas más relevantes de la boda, puesto que llevaría a su querido hijo al altar. Cuando abrió la puerta de su dormitorio, Miguel, se encontraba de pie con la toalla amarrada en la cintura delante del gran espejo colgado en la pared donde a Ana le gustaba tanto mirarse cuando se arreglaba para salir a la calle todos los días, ya que era muy coqueta, y así poder comprobar que iba perfectamente vestida. Ana lo había mandado colgar allí, en esa gran pared blanca, dándole mucha amplitud al dormitorio, que ya de por sí era bastante grande.

—¡Miguel! —dijo Ana desde la puerta—. Se nos hace tarde. Baja para desayunar.

Miguel permanecía en silencio sin dejar de mirar el espejo. Ana se acercó por detrás y poniéndole la mano en el hombro, le preguntó preocupada:

—Miguel ¿estás bien?

Ana se pudo percatar de que Miguel se encontraba confuso y abstraído a lo cual no le dio mucha importancia por el momento tan especial que estaban viviendo.

De pronto, al sentir la delicada piel de las manos de Ana en su hombro desnudo, Miguel reaccionó diciendo:

—¿Qué pasa?

—¡Tranquilo! —dijo Ana con voz apaciguadora—. El desayuno está listo —sonrió posicionándose delante de él—. Además, tenemos que darnos prisa, no vaya a ser que los novios vayan a tener que casarse solos —dijo luego con un toque de humor para quitarle hierro al asunto—. Vamos que Roberto ya ha desayunado y ya sabes cómo me molesta llegar tarde a una cita —añadió sonriendo.

—¡Ah claro! La boda.

Se acercaba la hora del gran acontecimiento cuando Ana entró en el dormitorio de Roberto. Estaba ya terminando de vestirse. Con los nervios, a flor de piel, no acertaba a ponerse bien la pajarita que había escogido para ese traje gris oscuro que tan bien lucía en el cuerpo de Roberto, haciéndolo aún más atractivo.

Ana se le acercó sonriendo, con cierto aire de pena en sus ojos.

—¡Eh! ¡Déjame a mí!... Te quiero mi vida —le decía Ana con una voz muy dulce, colocándole bien la pajarita y poniéndole bien el cuello de esa camisa de seda blanca que sutilmente fue escogida por ella.

—Yo también te quiero mamá —dijo Roberto dándole un beso en la frente y esbozando una sonrisa—. Eres la mejor madre del mundo.

Ana se sintió muy alagada y con cierto aire de tristeza sonrió dándole un beso en la mejilla.

Pasaban diez minutos de la hora señalada cuando Roberto, y Ana vestida con un traje azul turquesa exquisitamente elegido por ella y su pamea a juego, esperaban en el altar la llegada de la novia que empezaba a retrasarse, haciendo que Roberto se viera afectado enérgicamente por la inquietud que le caracterizaba.

La iglesia estaba abarrotada de todos los seres queridos que habían invitado a la ceremonia. Unos lazos blancos, decoraban cada banco.

Por fin, la novia aparecía de la mano de su padre, que desde que supo que su hija pequeña se casaba no dejaba de pensar en lo rápido que pasa el tiempo, y lo pronto que los hijos se hacen mayores haciéndonos sentir a la vez más mayores a nosotros mismos.

Lleno de orgullo, Enrique, acompañaba a su hija al altar. Susana lucía un vestido de seda blanco con tirantas, dejando ver al detalle la hermosa silueta de Susana.

Roberto no pudo esconder una gran sonrisa que iluminaba su cara al ver entrar aquella belleza que lo volvía loco. Cuando Enrique le entregó a su hija en el altar de la iglesia elegida por Susana, puesto que allí fue bautizada cuando era un bebé de pocos meses hacía ya veintiséis años, su alegría se volvió gozo.

Miguel y Ana no pudieron reprimir algunas lágrimas de alegría cuando la pareja de enamorados se dieron el sí quiero.

Todos los amigos de Roberto y de Susana esperaban impacientes en la puerta de la iglesia para echarles a los recién casados un gran baño de arroz y pétalos de rosa deseándoles así lo mejor para los dos tortolitos que se cubrían con las manos abrazándose llenos de felicidad.

La celebración, organizada por Ana, a las afueras de la capital en una finca singular con un baile típico de caballos a la llegada de los novios, hizo que fuera una velada realmente exquisita.

Terminada la cena, se abrió el baile con una canción de Bryan Adams, *“Everything I do, I do it for you”*. La pareja de enamorados empezaron a bailar terminando rodeados de todos aquellos que se animaron a acompañarlos. Seguidamente, Roberto bailó con Ana y Enrique con Susana. A continuación Miguel bailó con Susana y Enrique con Ana, así fueron cambiando de pareja hasta terminar los dos saliéndose de la pista y dejando que todo el mundo disfrutara del baile.

Marta los observaba con recelo. Aunque estaba muy a gusto con Julián no podía olvidar a Roberto. Eran montones las veces que se lamentaba de haberle presentado a Susana. Si no la hubiera conocido, ella hubiera estado en su lugar, pensaba continuamente con tristeza.

Julián y Marta, junto con los demás amigos, se disponían a tomar una copa en la barra del establecimiento cuando Roberto y Susana, se acercaron a ellos agarrados de la mano, sonrientes y llenos de felicidad.

Con una copa en la mano, Marta se acercó a Susana.

—Estás radiante esta noche —dijo Marta a su pesar—. Enhorabuena.

—Gracias Marta, todo te lo debo a ti —dijo Susana ajena a los sentimientos de Marta hacia Roberto.

Marta sonrió sintiéndose totalmente herida. Julián que estaba a su lado le dio un fuerte beso a Susana quedando Marta un poco desplazada y teniendo así la oportunidad de hablar con Roberto.

—Jamás hubiese pensado este final cuando te conocí —le dijo Marta.

—Marta, sabes que yo te admiro mucho. Julián es un buen tipo y está loco por ti —contestó Roberto.

Marta con la copa en la mano y un poco alegre debido al alcohol, dio un trago y prosiguió:

—Realmente me hubiese gustado más que fueras tú el que estuviera loco por mí.

Roberto esbozó una leve sonrisa. Julián se le acercó por detrás y le puso la mano en el hombro.

—¡Eh, viejo amigo, vamos a brindar! Por los buenos momentos y por los que vendrán.

Fernando, Juanjo y Javier también se unieron al grupo y lanzaron un brindis por la felicidad de los recién casados.

Terminada la velada, sólo quedaban los novios y los amigos. Susana y Roberto se subieron al Chevrolet Independence Phaeton 1931 que habían alquilado para la ocasión sin darse cuenta de que sus amigos habían pasado una pequeña parte de la noche amarrándoles latas vacías en los bajos del mismo. Al arrancar pudieron sentir un gran estruendo. El chófer era cómplice de lo ocurrido y no se inmutó. Miraron para atrás y pudieron visualizar todas las latas que habían colgado con grandes cuerdas y que ahora arrastraban por toda la carretera. No pudieron dejar de reírse. La felicidad se había hecho latente en cada momento de la noche. Roberto le dio a Susana un beso apasionado.

Al entrar en el hotel donde pasarían la noche de boda, en la recepción, le dieron la bienvenida y le entregaron las llaves de la habitación. Subieron a la cuarta planta por el ascensor que los conducía a su suite llena de lujos. Roberto abrió la puerta y cogió a Susana en brazos llevándola directamente a la cama. Una hermosa botella de un buen Champagne francés les hacía los honores para ser degustado. Roberto la descorchó y llenó las dos elegantes copas que lucían al lado de la botella. Le entregó una de ellas a Susana y

brindaron porque todos los días de su vida fueran tan especiales como este. Finalmente se fundieron en una noche llena de lujuria.

Al día siguiente por la tarde, ya en el aeropuerto destino a Tailandia, se despidieron de Miguel, Ana y Enrique que habían venido a acompañarlos, deseándoles lo mejor en el viaje. Un viaje que se preveía pesado por la distancia entre los dos países pero que a ellos les hacía mucha ilusión.

Roberto y Susana se acomodaron en sus asientos y se dispusieron a relajarse. La azafata de vuelo relataba las medidas de seguridad mientras ellos se agarraban de la mano. La gran travesía en la noche se les hizo un poco latosa debido a las fuertes turbulencias que a menudo hacían vibrar en demasía al avión, despertándolos en cada momento.

Al amanecer, se dejaba ver un cielo azul totalmente despejado. Desde la ventanilla del avión se podía observar las enormes cordilleras que abarcan el maravilloso paisaje tailandés y sus preciosas playas afrodisiacas. Roberto despertó a Susana que se encontraba durmiendo apoyada en su hombro para que pudiera percibir la inmensa belleza del antiguo “Reino de Siam”.

Después de hospedarse en el hotel que se encontraba en el centro de Bangkok, se fueron inmediatamente a visitar el templo de Wat Traimit, para ver al impresionante Buda hecho de nada más y nada menos que de cinco coma cinco toneladas de oro macizo el cual, con su enorme resplandor parecía como si les incitara a seguir viviendo una aventura a través de todos los rincones que este país ofrece a cualquier visitante que se atreva a vivir una experiencia más allá del puro descanso necesario en la mayoría de las ocasiones.

Las gentes afables en todo momento, les recibían con las manos juntas en el pecho agachando la cabeza en señal de respeto. Pasaron unos días inolvidables por cada rincón que pasaron, bañándose en las cálidas playas celestiales que inundan la costa tailandesa y visitando la infinidad de templos Budistas que existen de norte a sur del país sin dejar atrás el popular Templo Blanco aun inacabado que se encuentra al norte en la ciudad de Chiang Rai.

La experiencia fue fantástica disfrutando en cada instante de los maravillosos paisajes que este grandioso territorio les ofrecía. Sus últimos días en esta fabulosa nación lo pasaron en el Golfo de Tailandia justo al sur, inspeccionando las preciosas islas, llegando hasta el mar Andamán con sus innumerables e impresionantes islotes y esos parajes excepcionales que demuestran la grandeza de la perfección de la naturaleza y las intensas playas de un celeste turquesa inigualable donde se respiraba total tranquilidad entre

sus aguas. Realmente, hasta el momento, había sido un viaje de ensueño.

Paseando por uno de sus mercados, entre el bullicio de la muchedumbre, se les acercó una pequeña mujer de avanzada edad. Hablándole en un claro y limpio inglés se dirigió a Roberto y le dijo:

—*“Si dices algo malo, puedes rectificarlo: si escribes algo malo, puedes enmendarlo, pero si haces algo malo, tu mala acción se queda contigo para siempre”*.

Era un proverbio tailandés. La pequeña mujer le puso la mano sobre el brazo y se alejó tal cual se había acercado. A Roberto, sin saber por qué, le recorrió un escalofrío por todo el cuerpo.

A falta de un día para la vuelta, Roberto empezó a sentirse mal. Una insignificante indigestión le jugó una mala pasada e hizo que estuviera todo el día de la cama al retrete. La alta fiebre le hacía tiritar de frío cuando la temperatura ambiente era de más de treintaicinco grados.

En su desvarío tuvo una premonición de que algo no iba a ir bien. Sus sueños se hacían difusos sin llegar a entender el significado. Susana llamó al médico que le atendió en un corto periodo de tiempo pagándole los honorarios que, en este país, son bastante caros.

Ya en la noche, Roberto se encontró mejor y, aunque sin fuerzas todavía, pudo acompañar a Susana a una de las impresionantes terrazas mirando al mar que el hotel les brindaba. Con una suave luz tenue, se podía divisar la orilla de la playa iluminada por la fuerza del resplandor de la luna llena que en ese momento brillaba en un cielo libre de nubes y plagado de estrellas.

—¡Uf! Qué mal lo he pasado. Pensé que me moría —comentó Roberto.

—Ha debido de ser algo que hayas comido o tocado, quizás en el mercado —argumentó Susana.

—Es curioso, pero sin querer, se me ha venido a la mente en varias ocasiones la mujer que se nos acercó. Espero que no tenga nada que ver. Éstas cosas me dan mal augurio y no me gustan nada —se expresó Roberto con cara de malestar.

—No pienses eso. Ha sido una indigestión. Nada más —sugirió Susana.

—Mañana ya estaremos de vuelta a casa, espero no dar el viaje. Quizás haya sido el cansancio. Después de dos semanas sin parar has demostrado ser más fuerte que yo —dijo Roberto sonriendo.

—Ha sido fantástico mi vida —le confesó Susana cogiéndole la mano—. Jamás olvidaré este viaje.



Roberto pasó la noche relativamente bien. De vuelta a Madrid se les hizo el viaje más corto. Al igual que la ida, escogieron la noche para volar. Esta vez el vuelo fue más tranquilo, algo que a Roberto le sentó muy bien después de lo mal que lo había pasado el día anterior. Sus familias los recibieron muy contentos y los acompañaron a su casa para que descansaran del largo viaje.

Después de dos meses, Susana esperaba ansiosa, sentada en la sala de espera de la clínica donde se había realizado unos análisis, los resultados para saber si eran positivos. El médico le dio la buena noticia.

—Enhorabuena. Estás embarazada.

Susana, loca de contenta, preparó una cena sorpresa para Roberto donde le anunció el nuevo acontecimiento. Aunque asombrado por la prontitud, Roberto se mostró muy contento, y llenos de alegría, se lo hicieron saber a sus respectivas familias. Ana rebozaba de satisfacción al igual que Miguel y Enrique.

Al filo de los cuatro meses de embarazo le comunicaron que sería una niña. A Ana le gustaba organizarlo todo con mucha pulcritud y se encargó de que nada le faltara a la futura nietecilla que vendría en breve a alegrar sus vidas.

## Lagunas

Ana entró en su casa sujetando un gran ramo de rosas que ella misma había cortado. La primavera había hecho que todos los rosales lucieran un color especial llenando de vida un jardín que había sido maltratado por el frío del duro invierno ya pasado.

—¡Miguel mira que ramo tan bonito he cortado! —dijo Ana entusiasmada colocando el ramo de rosas de diversos colores en un gran jarrón a la entrada de la casa.

Miguel permanecía sentado en el sofá de su espectacular salón, que daba la espalda al hall de entrada, leyendo muy concentrado el periódico.

Ana bajó los dos escalones que los separaban. Se acercó al sofá y echándose en la parte de atrás justo donde Miguel estaba sentado, se inclinó hacia delante rozando su mejilla con la cara de su esposo y con un toque de ironía le susurró al oído:

—No me engañas. ¿Qué estabas haciendo? Tienes el periódico del revés —soltando una carcajada se lo colocó bien. Rodeó el sofá y se posicionó en cuclillas delante de él apoyándose en sus rodillas. Miguel seguía sin mediar palabra alguna, sujetando el periódico tal como ella se lo había colocado.

Ana le bajó el periódico en forma juguetona y le dijo:

—¡Eh, no me ignores de ese modo, que soy madurita pero aún soy atractiva! —sonrió.

Ana pudo observar que Miguel no se encontraba bien, estaba raro. Finalmente, Miguel pudo conjeturar algunas palabras. Con la cara desencajada dijo muy despacio y casi susurrando:

—Estoy mojado.

Ana se puso de pie rápidamente y efectivamente observó cómo los pantalones de Miguel estaban empapados, mojando también parte de ese sofá que cuidadosamente ella se encargaba de mantener limpio todas las mañanas.

—¡Tranquilo cariño! —decía Ana nerviosa—. No pasa nada. Vamos al baño. Tómate una ducha sin ninguna prisa mientras te traigo ropa limpia.

Roberto preparaba el biberón para dárselo a su pequeña bebé recién nacida apenas unos días, cuando recibió una llamada. A Susana le habían

practicado una cesárea de urgencias en un parto difícil y apenas podía aún caminar. Sobresaltado por el sonido del teléfono, le sorprendió la llamada de Ana, la cual era muy metódica y siempre llamaba a la misma hora todos los días para preguntar por el estado de salud de su querida familia. Así se sentía mejor en su día a día. A Ana le gustaba siempre tenerlo todo controlado. En muchas ocasiones resultaba un poco pesada para los que la rodeaban, pero comprendían que si no era así, no podía ser feliz ya que era algo que no podía evitar. Los que tenían el placer de conocerla sabían que siempre tenía que estar atenta a todos, sin esperar nada a cambio. Siempre decía, “*Da amor y serás amada. Da odio y serás odiada*”. Para ella su principal fin era dar amor y ser amada. Alegre y viva como cuando era una niña. Para todo tenía una solución.

—¿Mamá? —contestó Roberto preocupado por la hora de la llamada.

—Hola cariño, siento interrumpirte a estas horas, sé que estás siempre muy ocupado y no me gusta molestarte.

—Dime ¿pasa algo?

—Es tu padre, me trae un poco angustiada.

—¿Qué ha ocurrido?

—Desde hace algún tiempo viene estando un poco confuso y desorientado en cada momento. Estoy bastante preocupada y no sé qué hacer —dijo Ana nerviosa.

Ana le contó lo sucedido y una serie de relatos más, que venían haciéndose ya habituales, que no tenían explicación. Aquel hombre fuerte y trabajador entrado en años, se desmoronaba poco a poco debido a su avanzada edad.

—No te preocupes. Cálmate. Mañana hablamos con más tranquilidad. Tendremos que llevarlo al médico a ver qué dice.

—En realidad, estoy muy nerviosa Roberto. No quiero ni pensar lo que puede ser.

—Es normal que lo estés, pero hasta que el médico no nos diga lo que tiene, es mejor tener calma.

Miguel siempre había sido un fanático del fútbol. Frecuentaba el bar cuando caía la tarde todos los días, donde se tomaba sus copitas con sus amigos. Se le pasaban las horas bebiendo e invitando a los demás a que bebieran con él antes de irse a casa para cenar, cosa que a Ana le irritaba terriblemente y causaba, en más de una ocasión, fuertes discusiones que al final inevitablemente, acababan en nada. Así, se hacía una rutina diaria. Rutina

que al final Ana, terminaba aceptando.

Miguel se levantó temprano y cogió el coche, supuestamente, para comprar el pan en el supermercado donde normalmente iban a comprarlo. A la mitad del camino paró el coche quedándose en medio de la calle obstaculizando el paso al tráfico. Los demás conductores le pitaban sin parar y le adelantaban mirándolo con los inevitables insultos que eso ocasiona. Miguel se quedó ahí parado un largo rato. Debido al gran atasco que estaba ocasionando, ya que la calle era de dos sentidos pero bastante estrecha, un conductor se bajó del coche y se dirigió hacia el de Miguel. Al ver que no reaccionaba a sus peticiones decidió llamar a la policía. Miguel reaccionó solo cuando un policía municipal se le acercó tocándole en la ventanilla y al ver que no se inmutaba le abrió la puerta.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó el policía.

Miguel lo miró con cara de asombro.

—¿Qué hace usted? —preguntó Miguel sorprendido.

—Tiene que quitar el coche de aquí. Está usted obstaculizando el tráfico.

—Claro, claro.

—Siga adelante por favor —dijo el policía.

Miguel arrancó el coche y sin ningún problema siguió su camino. Llegó a su casa sin nada. Ana estaba preparando el desayuno cuando apareció por la puerta.

—¿Dónde has ido Miguel?

—A comprar el pan —contestó Miguel.

—¿Y dónde está?

Miguel se dio cuenta de que no lo había comprado justo en ese momento y se quedó totalmente abochornado.

—No sé —contestó.

—Miguel. No debes salir sólo. Te lo he dicho varias veces. No puedo estar encima de ti todo el tiempo, ¿lo entiendes? —le reprochó Ana.

Miguel no supo que contestar y se derrumbó. Empezó a llorar igual que un niño pequeño cuando le pelea su madre por haber hecho alguna travesura. No le salían palabras para poder expresarse. Ana le abrazó desconsolada. No entendía el comportamiento de Miguel. Intuía que la situación iba a ser muy difícil a partir de ahora.

Hicieron una barbacoa con sus amigos en una zona de campo destinada a esa forma de ocio. Estaban todos charlando tomándose unas cervezas cuando,

por un momento, no se dieron cuenta y perdieron del campo visual a Miguel. Todos, alarmados ya que se encontraban cerca de un río, empezaron a buscarlo. No lo veían por ninguna parte y Ana, sabiendo en la situación en que se encontraba Miguel, se puso muy nerviosa. No paraba de preguntarle a las personas que se encontraban en la zona de alrededor, sin ninguna respuesta positiva. Su preocupación más inmediata era que se hubiese ido para el río. Se asomaba por todos lados pero no veía rastro de Miguel por ningún lado.

—¿Lo habéis visto? —le preguntó a sus amigos que lo buscaban sin cesar.

—Lo siento Ana, pero por aquí no se ve.

—¡Oh Dios mío! Hace algún tiempo que viene estando muy desorientado. Estoy muy preocupada. Por favor no paren de buscarlo —dijo Ana acongojada.

Miguel se había distraído viendo una paloma y la siguió hasta llegar donde estaban jugando unos niños al fútbol cerca de la entrada del parque. Sin darse cuenta se metió a jugar con ellos. Miguel les quitó el balón y se puso a correr llevando el balón con gran agilidad. Los niños lo miraban sorprendidos parando el juego. De pronto sintió mucho calor. Se paró y empezó a quitarse la ropa. Algunos niños fueron rápidamente a llamar a sus padres mientras que otros se quedaron mirándolo y riéndose de él. Algunos padres se acercaron aprisa y detuvieron a Miguel que se disponía a quitarse los pantalones teniéndolos ya por las rodillas.

—Oiga por favor. ¿Pero qué está usted haciendo? —dijo un padre evitando que se quitara más ropa.

—Mira esa luz que bonita —contestó Miguel ensimismado.

Fue entonces cuando se dieron cuenta de que se trataba de una persona perturbada. Rápidamente llamaron a los guardas del parque. Ellos se encargaron de arroparlo y se lo llevaron al establecimiento.

—A ver señor. ¿Sabe usted cómo se llama?

—Miguel —contestó.

—¿Está usted sólo en el parque?

—No.

—¿Está con alguien de su familia?

—Sí.

Al ver que sólo respondía con monosílabos avisaron por megafonía de la presencia de Miguel. Ana y los demás que lo estaban buscando desesperados,

salieron corriendo a su encuentro.

—¡Oh Miguel! —dijo Ana abalanzándose hacia él para abrazarlo—. Menudo susto nos has dado —prosiguió Ana sollozando.

Tras estos últimos acontecimientos es cuando se dieron cuenta de que la situación podía ser más difícil de lo que en un principio se pensaban.

Dejó de frecuentar el bar. Poco a poco sus lagunas mentales le impedían hacer las cosas sencillas que se hacen en la vida cotidiana. Los amigos, a menudo se preguntaban unos a otros si sabían algo de Miguel. Se extrañaban que no apareciese por el bar. Con el paso del tiempo fueron enterándose de la situación de Miguel y los cotilleos se hicieron continuos. Ya en muchas ocasiones lo habían notado algo raro con bastantes olvidos y discusiones sin sentido.

Finalmente, optaron por llevarlo a un médico especialista. Su médico de cabecera les aconsejó que fueran a ver al doctor Galván, un neurólogo muy prestigioso conocido en toda España por sus buenas experiencias con sus pacientes y divulgadas en revistas de interés mundial.

—Mañana vamos a ir a ver al doctor Galván tal como nos aconsejó nuestro médico —dijo Ana temiendo la reacción de Miguel.

—¿Para qué? A mí no me hace falta ningún médico —replicó.

Ana se le acercó sentándose a su lado. Le agarró de la mano derecha y le explicó la situación. Miguel, que en ese momento estaba en su pleno juicio, le dijo:

—No te preocupes, cariño. Esto es sólo pasajero. Con tu compañía seguro que me pongo bien enseguida —sonrió.

Ana se quedó en silencio mirándolo con una sonrisa de resignación en la cara. Jamás pensó en una situación así cuando sus padres le advertían del problema que había en una relación con tanta diferencia de edad.

**—¿Pero es que no te das cuenta hija? Cuando tú aun seas joven, él ya será un anciano a tu lado. ¿Sabes los problemas que eso conlleva? —dijo Elisa queriendo hacerle ver la realidad de la situación.**

**—Eso es problema mío mamá —le replicó Ana.**

Ahora se daba cuenta de la cruda realidad que esas palabras llevaban engendradas.

—¿Sabes Miguel? Deberíamos vender la casa y viajar por todo el mundo. ¿Te acuerdas cuando decíamos que cuando fuéramos mayores nos pasaríamos todos los días viajando?

—Sí, eran momentos felices Ana. He sido un hombre muy feliz contigo. Jamás podré agradecerte todo lo que has hecho por mí.

—Pero qué dices Miguel, ha sido mutuo. Yo también he sido muy feliz contigo cariño y lo sigo siendo. Esto no tiene por qué ser el fin de nuestra felicidad. Momentos malos hay siempre en la vida y no por eso vamos a achantarnos. Tienes que animarte.

Ana intentaba inútilmente convencer a Miguel de que lo que estaba pasando era algo que podían afrontar los dos sin problemas, como si de un simple resfriado se tratara. Sin embargo, la preocupación se hacía latente en todo momento temiendo lo peor.

—Roberto vendrá con nosotros al médico —continuó diciendo Ana.

—No tenéis por qué preocuparos Ana. Estoy bien de verdad. No tengo por qué ir a ningún médico —contestó Miguel refunfuñando.

Miguel, a su edad, apenas había frecuentado un médico en toda su vida. Tenía que estar muy malo para ir a visitarlos. Afortunadamente siempre había gozado de muy buena salud y su vida había transcurrido sin ningún incidente fuera de lo común. Los hospitales le causaban un auténtico terror debido a que cuando tenía una corta edad, vio morir a su madre en uno de ellos a causa de una negligencia médica. Para él, fue un fuerte trauma saber lo ocurrido. Era un niño muy apegado a su madre y su falta lo traumatizó durante varios años, odiando de este modo a los médicos en toda su totalidad y evitando sus visitas en la medida que podía.

## El Diagnóstico

Sentados en una pequeña sala de hospital, esperaban junto a Roberto, la llamada para entrar en la consulta. Miguel no se encontraba a gusto. No dejaba de quejarse, haciendo así más larga la espera, ya que la consulta iba retrasada y sus quejas la hacían insoportable.

—No sé por qué hemos tenido que venir aquí.

—Tranquilo cariño.

—Yo estoy bien y no me digas que me tranquilice por favor. Estoy muy tranquilo —protestaba frunciendo el ceño.

—Claro que sí —respondía Ana con voz tranquilizadora—. Solo queremos que nos digan a qué se deben esos dolores de cabeza que tanto te hacen sentir mal. Hay que buscar soluciones Miguel, no te impacientes cariño.

Roberto tenía ese día que asistir a una reunión muy importante con una empresa para convencerlos de que poseía un proyecto muy interesante para ellos. Esperaba impaciente ese momento desde hacía varios meses. Sin más remedio y a su pesar, debido a la hora que era, tuvo que despedirse dejando a Ana a solas con Miguel. Ana estaba visiblemente nerviosa tratando de calmar, en la medida que podía, a un impaciente y exasperante Miguel desconocido para ella.

—Tengo que irme —dijo Roberto levantándose del asiento de al lado donde se encontraba sentado su padre.

—Vale cariño —manifestó Ana intentando disimular su nerviosismo.

—Ya luego me dices, mamá.

—No te preocupes hijo. Que tengas mucha suerte —Ana se levantó y le dio un cálido beso en la mejilla.

—Gracias mamá. Y tú, hombretón, pórtate bien si no quieres que te echen a patadas de la consulta ¡eh! —exclamó al padre en tono bromista para ver si cambiaba de humor.

Miguel asintió con la cabeza con resignación ya que veía que no tenía otro remedio que aguantarse. Roberto se alejaba con la preocupación que la situación requería al ver que su padre se había vuelto huraño y un poco



agresivo.

Después de más de cuarenta minutos esperando y sufriendo las protestas de Miguel, se oía a lo lejos:

—Miguel García, pase a consulta número cuatro.

Al entrar en la consulta, se encontraron con un hombre de mediana edad, algo grueso y sonriente, luciendo algunas canas en un pelo corto bastante escaso. Les atendió con mucha amabilidad disculpándose por la espera.

Después de varias pruebas diagnósticas y varias consultas realizadas, el doctor Galván les comunicó los resultados.

Miguel, un hombre fuerte de setenta y tres años de edad, que había luchado toda su vida para que nada le faltara a su familia, llegando a tener una de las mejores empresas de construcción de la zona, estaba teniendo los primeros episodios de demencia senil. Los cuidados ahora iban a tener que ser continuos aprendiendo en todo momento de cada etapa de la enfermedad.

El diagnóstico les cayó a los dos como una jarra de agua fría que les echaran por la cabeza recorriéndoles por todo el cuerpo y llegándoles hasta los pies.

Miguel no podía creer lo que estaba oyendo y cayó en una profunda depresión. A Ana se le vino el mundo encima. Todo aquello que en su juventud le advirtieron con respecto al tema de casarse con una persona tan mayor, ahora se estaba haciendo realidad. Aun así, era una mujer fuerte y optimista y le ponía todo su empeño por llevarlo lo mejor que, en esas circunstancias, podía hacerlo. A pesar de ello, el bajón de ánimo fue inevitable.

El doctor Galván les informó que había centros especializados para estos fines y también asociaciones para atender a las personas cuidadoras de enfermos de este tipo, para ayudarlos a enfrentar la enfermedad. —: En muchas ocasiones, a los cuidadores, sobre todo de familiares con estas características, les hace falta apoyo moral y las asociaciones están formadas por psicólogos que ayudan en cada momento a todas aquellas personas que lo necesiten —les dijo dirigiendo la mirada hacia Ana con la intención de ayudarla a pasar ese primer trauma.

Roberto y Ana decidieron llevarlo a un centro de día especializados en estos temas que le habían recomendado. Miguel se negaba a ir, pero conforme pasaba el tiempo, cada vez los episodios de lucidez eran menos frecuentes. Miguel no tuvo más remedio que aceptar. Allí le ponían actividades para retrasar los efectos de esa cruel enfermedad. Poco a poco fue sintiéndose

contento con los logros que estaba consiguiendo.

Ana se apoyaba en sus amigas que la escuchaban y la animaban para que fueran más llevaderos esos momentos de angustia que surgían sin querer. Roberto la visitaba muy a menudo para que no se sintiera sola. Con su compañía, la de Susana y su nietecilla, que era lo que más le entusiasmaba en su vida, iba consiguiendo aceptar la nueva situación que se le había presentado. Roberto y Susana le comunicaron que iba a ser abuela por segunda vez, lo cual, le hizo llenarse de vitalidad y energía, puesto que a ella le encantaban los niños. Su gran ilusión había sido tener una familia numerosa pero, por cosas del destino, eso no había podido ser.

## La Oscuridad

Aquel día, hacía un calor infernal poco común por esas fechas en la capital. Caía la tarde del dieciséis de septiembre cuando Ana decidió abrir todas las ventanas para que entrara una ligera brisa que apenas se había hecho notar en todo el día en esa casa grande, de dos plantas, con unos magníficos ventanales libres de rejas que pudieran molestar la vista al exterior.

Miguel gozaba en ese momento de lucidez absoluta. La terapia en el centro y la medicación estaban dando buenos resultados. Ayudó a su querida Ana a preparar la cena.

Pasado un tiempo después de cenar y tras llevarse charlando un rato extendido en el porche de entrada, decidieron retirarse cada uno a su cuarto, que se encontraban en la parte superior de la casa, para dormir. Debido a la enfermedad que cruelmente estaba azotando fuertemente a toda la familia, dormían en habitaciones separadas.

Ya acostado y a pesar de haberse tomado la medicación, Miguel no podía conciliar el sueño. Después de varias vueltas llegó a dormirse ya adentrada la madrugada del lunes diecisiete de septiembre.

Pasaban las tres de la madrugada cuando un grito desgarrador alertó a todos los vecinos de la zona. La policía no tardó mucho en llegar alertados por las llamadas de varios de ellos.

Miguel podía oír a lo lejos el sonar de las sirenas como si de una película se tratara. Se sentía perdido sin saber cómo había llegado hasta el cuerpo de Ana tirado en el suelo de la cocina en medio de un gran charco de sangre. No sabía qué había ocurrido en realidad. El silencio entró en su cabeza. La oscuridad se adueñó de él...

Cuando la policía entró en la casa, se encontraron a Miguel sentado en su sillón favorito del salón, donde siempre solía sentarse. Tenía todo el cuerpo ensangrentado, la mirada perdida y un cuchillo de grandes dimensiones lleno de sangre en su mano derecha.

Ana yacía desangrada en el frío suelo de mármol blanco de la cocina que tanto le gustaba y había utilizado para toda la casa.

Sobre las cinco y media de la madrugada, sonaba el teléfono en casa de Roberto, que media hora más tarde solía levantarse cada día para ir a trabajar. Aunque entraba a las ocho de la mañana, le gustaba madrugar para darse una ducha y desayunar con tranquilidad.

La policía le alertaba de lo ocurrido en la casa de sus padres. Sin más preámbulo, se levantó rápidamente de la cama visiblemente nervioso.

Susana, gozaba de su tercer mes de embarazo de su segunda hija, Lucía. Y se quedó al cuidado de María, su hija mayor.

—Lláname en cuanto puedas —le dijo a Roberto que se vestía apresuradamente sin mediar palabra.

—Después te llamo —se despidió Roberto.

Indudablemente para la policía, era un caso de violencia machista, aun así, buscaban pruebas convincentes.

Miguel salió esposado de su casa, con las manos en la espalda, acompañado de un oficial que lo dirigía hacia su coche, sin saber siquiera qué estaba ocurriendo.

Roberto, que acababa de llegar, saltándose el cordón policial pudo ver a lo lejos como su padre, esposado, fue introducido en el coche. Se fue directamente para él.

—¡Oiga señor! No puede pasar —trató de detenerlo un policía.

—Es mi padre. Tengo que hablar con él.

—¡Ah, lo siento! Pase —contestó el policía.

El coche tenía la ventanilla bajada y Roberto pudo observar como su padre estaba totalmente ensangrentado.

—¿Qué ha ocurrido papá?

Miguel de repente volvió a la cruda realidad.

—¡Han matado a Ana, hijo! —dijo desesperado—. ¿Quién ha podido hacerlo? Yo solo he intentado ayudarla y me han arrestado a mí. Tienes que creerme Roberto, yo no he hecho nada —se expresaba Miguel gimoteando y desecho por el dolor.

—Lo siento señor. Tengo que llevármelo —interrumpió el oficial de policía.

Roberto con los ojos llenos de lágrimas y la mirada atónita, se quedó viendo como el coche policial se alejaba.

Las ventanas seguían abiertas y empezaba a entrar un poco más de aire fresco que hacían mover las cortinas largas y estampadas del salón.

Roberto entró en la casa repleta de policías. Jamás olvidaría esa imagen. La persona más entrañable que él había conocido nunca, yacía en el suelo sin vida; bañada en el rojo intenso de la sangre, mientras el forense la tocaba por todos lados contando las heridas sufridas como si de un muñeco de goma se tratara. Su ayudante tomaba notas sin parar.

Roberto, no podía dejar de mirar estupefacto a aquella mujer entrañable de mediana edad, desangrada en el suelo. Hacía poco que había cumplido los cincuenta. Una mujer que solo deseaba hacer el bien a cualquier persona que necesitara ayuda. No podía creérselo. Pudo observar como la policía tomaba huellas por todos los rincones de la casa. Las luces de los coches, que daban vueltas sin cesar, entraban por todas las ventanas.

—¿Es usted su hijo? —le preguntó el comisario.

—Sí —contestó apesadumbrado, cerrando por un momento los ojos para abrirlos nuevamente mirando a los del comisario.

—Permítame que me presente. Soy el comisario Ordóñez, encargado de

llevar este caso. Tengo que hacerle algunas preguntas.

—Adelante.

—¿Cómo era la relación de sus padres?

—Normal.

—¿Discutían mucho?

—No.

—¿Cómo era la relación de usted con su madre?

—Muy buena. La he querido siempre mucho...Ella se daba a querer —dijo pausadamente y con tristeza.

—¿Sabe usted si tenía algún problema con alguien de su entorno?

—No, ella no tenía enemigos. Todos la queríamos mucho, incluido mi padre.

El comisario, libreta en mano, no dejaba de escribir todo lo que le contestaba Roberto sin dejar de observar cada uno de sus movimientos.

—Señor —interrumpió un oficial.

—Dime Macías. Perdona un momento —se excusó Ordoñez para luego retirarse hacia un lado.

—Hemos encontrado un billete de avión en el bolso —susurró—. También hemos observado que falta bastante ropa de mujer en los armarios, sin embargo, no hay ninguna maleta hecha en la casa.

—¡Ajá! Buena observación Macías. ¿Algo más?

—No, señor.

—Muy bien, sigan buscando.

El comisario Ordoñez se acercó de nuevo a Roberto que seguía atónito mirando a su madre.

—Sus padres vivían juntos ¿verdad?

—Sí, sí claro.

—¿Tenía su madre intención de viajar a algún sitio?

—Que yo sepa no.

—¿Ha visto usted algo raro últimamente?

—No, nada —afirmaba Roberto con mucho dolor y tristeza sin quitarle la vista de encima al ser máspreciado para él después de su pequeña hija.

En ese momento, el comisario pudo observar como se había puesto nervioso al contestar esa pregunta.

—¡Bueno! Ya es suficiente por ahora. No quiero molestarle más. Reciba mi más sincero pésame —el comisario le tendió la mano—. Quedo a su

disposición para lo que haga falta. Si recuerda algo más no dude en llamarme.

—Gracias —respondió Roberto apretándole la mano con fuerza.

Una vez el comisario le dio la espalda, Roberto dijo en voz alta:

—Tiene demencia senil.

El comisario se dio la vuelta.

—Perdón, ¿cómo dice?

—Mi padre. Tiene demencia senil. Necesita medicación.

—¡Ajá! Lo tendremos en cuenta.

Se alejó asintiendo con la cabeza y levantando, a su vez, el dedo índice de su mano derecha.

Finalmente procedieron al levantamiento del cadáver y precintaron la casa.

Ya en el coche, camino a su casa, las lágrimas le nublaban la vista. Había tenido una fuerte discusión con su madre el día anterior. No podía creer que ahora estuviera muerta. Por un momento se sintió culpable y no quiso decirle nada a la policía. Ese era el motivo de su nerviosismo a la hora de responderle al comisario. Paró el coche a un lado de la calle y se echó a llorar desconsolado.

Una vez sosegado, pasado un rato, dio la media vuelta y se fue para la comisaría.

## La Declaración

En la sala de declaraciones, totalmente afligido, acompañado del comisario Ordoñez y un oficial, Miguel relataba lo sucedido:

—Estaba dormido en mi habitación. Escuché un grito muy fuerte. Bajé lo más rápido que pude, pero cuando llegué ya estaba muerta —se lamentaba entre sollozos—. Hice lo que pude para salvarla, pero ya era demasiado tarde. Yo la quería con toda mi alma pero no pude hacer nada por ella. Tenía que haber estado más atento —se reprochó—. ¡No pude salvarla! ¡No me lo perdonaré jamás!

Terminó llorando como cuando a un niño se le rompe su juguete favorito.

—¡Raquel! Un vaso de agua por favor —pidió el comisario.

El oficial cogía notas con la frialdad que le daba el haber oído ya tantos relatos escalofriantes después de más de veinte años de servicio. Raquel le trajo el vaso de agua.

—Gracias Raquel. Tome un poco —le ofreció Ordoñez a Miguel para que se relajara.

—Habíamos estado toda la tarde juntos en casa, después de que yo viniera del centro —continuó diciendo Miguel una vez sosegado—. Normalmente salimos a caminar un rato por allí cerca pero como hacía tanto calor, no salimos en todo el tiempo. Vimos un poco la tele y después preparamos la cena. A pesar de que es un barrio muy tranquilo y nunca ha pasado nada fuera de lo normal, a mí no me gusta dormir con las ventanas abiertas, pero ella insistió en abrirlas para que entrara el aire fresco de la noche.

El oficial no quitaba ojo de aquel papel reciclado donde anotaba todo lo que decía Miguel, sin dejar ningún detalle atrás. Terminada la declaración, lo invitó a tomar una ducha y le proporcionó ropa limpia.

Esposado con las manos a la espalda, fue conducido por el policía, agarrándolo del brazo izquierdo, hacia una de las cuatro celdas que quedaba al lado derecho de un corto pero amplio pasillo.

La puerta estaba abierta.

—Pase —le dijo el oficial con voz autoritaria.



Sin mediar palabra, Miguel se adentró en esa pequeña y estrecha habitación donde sólo había una cama y un retrete.

De espalda a la puerta, el oficial le quitó las esposas y a continuación sólo oyó el cerrar de la puerta con un doble ruido de llaves que se adentró en sus oídos como un clavo ardiendo aumentando así, su zozobra.

Miguel se sentía terriblemente sólo. Pasó un rato sin moverse, de pie, mirando esa pared ennegrecida por la humedad. Finalmente, se sentó en la cama y tras un largo rato se tumbó totalmente abstraído.

—¡Buenos días! —dijo Roberto al llegar a la comisaría.

—¡Buenos días! ¿En qué puedo ayudarle?

—Quiero ver a mi padre: Miguel García.

—Muy bien. Espere un momento por favor. Tome asiento si lo desea.

—Gracias —contestó Roberto angustiado.

Roberto se retiró al pasillo, el cual estaba repleto de delincuentes comunes esperando a que le tomaran declaración. Había algunos asientos libres y aprovechó para sentarse.

Después de un cuarto de hora esperando, salió un oficial y acercándose a Roberto, que se encontraba sentado con los codos asentados en las rodillas, las manos cruzadas apoyando la barbilla en ellas y la mirada hacia el suelo, le dijo:

—¿Roberto García?

—Sí, soy yo —contestó Roberto poniéndose inmediatamente de pie.

—Sígueme por favor.

Roberto fue tras él. El oficial le condujo hasta la celda donde se encontraba Miguel. Le abrió la puerta y le dijo:

—Tienen veinte minutos.

—Gracias —asintió Roberto.

El oficial cerró la puerta y se quedó esperando afuera.

—¡Roberto, hijo!

—¡Papá!

Los dos se fundieron en un fuerte abrazo.

—¿Dónde estoy? ¿Tienes que sacarme de aquí! —imploraba Miguel.

—Dime qué ha ocurrido papá.

—Yo no he sido, hijo.

—Pero, ¿qué pasó? ¿Discutiste con mamá o algo?

—Para nada hijo. Todo estaba bien cuando me fui a dormir.

—¿No viste nada raro en ella?

Sentándose en la cama y negando con la cabeza volvió a decir:

—Yo no he sido.

—¡Papá!, —exclamó Roberto en voz baja—. Concéntrate.

Roberto se sentó a su lado.

—Es muy importante que recuerdes todos los detalles.

—¡Ah! ¡Maldita enfermedad que me está volviendo loco! —dijo Miguel con rabia.

—Tienes que recordarlo todo papá, si no quieres terminar tus últimos días en la cárcel.

—Te juro que yo no he sido, tienes que sacarme de aquí —Miguel empezaba a impacientarse.

A golpe de llave, el oficial de policía abrió la puerta.

—Lo siento pero tiene que marcharse.

Los dos se pusieron de pie.

—Papá: recuérdalo. Toma nota, si es preciso, cuando estés bien.

—Tienes que sacarme de aquí hijo. No te vayas —dijo Miguel desesperado.

—Tengo que irme papá. Te prometo que haré todo lo que pueda para sacarte de este infierno, te lo juro.

Roberto salió al pasillo mientras el oficial cerraba la puerta. Miguel se puso a gritar exasperado.

—Yo no he sido. Tienen que sacarme de aquí. Yo no he sido —gritó dándole golpes a la puerta.

Las palabras de Miguel se quedaron grabadas en la mente de Roberto que se alejaba totalmente acongojado. Se fue directamente a buscar un abogado para la defensa de Miguel. Le comentó lo sucedido y en cuanto pudo, el letrado, se fue para la comisaría a visitarlo. Tras su llegada, se manifestó incómodo al saber que Miguel había declarado sin su presencia y alegó enajenación mental transitoria.

## El Secreto de Ana

Meses antes del trágico suceso, habían estado pintando la casa. No lo hacían desde la boda de Roberto, hacía algo más de tres años. Ana había decidido cambiar el color de las paredes totalmente blancas, y darles un toque de alegría a aquella casa entristecida por la ausencia de Roberto y la enfermedad de Miguel. Pese a ello, Ana nunca perdía la alegría que le caracterizaba. A sus cincuenta años, siempre mantenía ese aspecto alegre y juvenil que a Miguel tanto le gustaba.

—¡Buenos días Pedro!

—¡Buenos días señora!

—¿Qué color me aconseja para los dormitorios? —le preguntaba dubitativa.

—A ver... normalmente se ponen colores cálidos. Son más relajantes y para dormir vienen mejor —le contestó el pintor a modo de consejo.

—¿Qué le parece este salmón? —preguntó Ana.

—Hacemos una prueba y ya me dice —argumentó Pedro.

—¡Muy bien! —exclamó entusiasmada.

Tras varias pruebas, fue decidiendo uno a uno el color de cada habitación de la casa.

—¡Eah! Pues ya está hecho Miguel. Vamos a poner la casa súper bonita. ¿Te traigo algo de beber? —preguntó Ana con mucho júbilo.

—No, no —contestó Miguel un poco aturdido—. ¿Van a tardar mucho?

—¡Hombre Miguel! la casa es muy grande, así que pienso que vamos a tener una semana un poco movidita ¿no crees? —dijo Ana juguetona.

Mientras Miguel se quedaba en casa con los pintores, que empezaban a ponerlo todo patas arriba, Ana fue al supermercado de costumbre para hacer la compra ya que, hacía más de un día que su frigorífico lucía un desolado paisaje. Ya de vuelta a casa, mientras colocaba la compra en su sitio, le dijo a Miguel:

—He visto a mi amiga Marina al salir para el aparcamiento. ¿La recuerdas? ¡Uf! Hacía años que no la veía. Me ha dado mucha alegría verla.

La verdad: cuando la he visto, me ha costado reconocerla. Si no fuera porque ella se ha dirigido a mí, ni me doy cuenta. Al parecer se ha mudado a este barrio hace poco tiempo.

Miguel permanecía de pie a su lado escuchándola en silencio mientras la ayudaba a colocar la compra en la despensa.

—¿Sabes? —continuó hablando eufórica—. ¡Ya es abuela de cinco niños! Está totalmente viejita —decía riéndose—. Le he dicho que esperamos a nuestra segunda nieta. Realmente estoy deseando que ya llegue al mundo y todo salga bien. No quiero ni recordar lo que pasamos cuando nació María ¡uf! ¿Qué te parece si quedamos con ellos para cenar? Podríamos invitarlos para que vinieran a casa cuando ya hayan terminado los pintores. ¿Qué me dices? ¿Te parece bien?

—¡Bueno! —contestó Miguel sin mucho ánimo.

Después de varios meses de tratamiento y de acudir diariamente al centro de día para realizar actividades que le ayudaran a mantener la concentración, Miguel, parecía mantenerse más activo y ayudaba a Ana en sus quehaceres cotidianos, sintiéndose así más útil.

—Su marido... ¿se llamaba Jorge? —preguntó Miguel, mostrando un poco de interés.

—Exactamente. ¡Eh! ¡Lo has recordado! —exclamó entusiasmada.

—Como no recordarlo —susurró entristecido.

—¡Eso es estupendo cariño! —trató de animarlo.

—Era un fanfarrón. Espero que haya cambiado con los años.

—¿Entonces, eso es un sí o un no? —preguntó juguetona poniéndose delante de Miguel que le estaba ayudando a colocar la compra.

—Espero no meter la pata. Ya sabes, que no me confunda en nada.

—Miguel cariño: no tienes de qué preocuparte. Ya verás que todo sale bien. Además, si te confundes no pasa nada, ellos lo comprenderán.

—Si tú lo dices —afirmó resignado encogiéndose ligeramente de hombros.

—¡Bueno! Pues la llamaré y le diré que vengan el sábado de la semana que viene. ¿Te parece bien?, para entonces ya estará todo terminado.

—Como tú quieras —Miguel esbozó una leve sonrisa.

Ana lo abrazó y le dio un beso en la mejilla.

Marina y Ana habían sido muy buenas amigas. Cuando eran jóvenes, salían juntas todos los días en busca de algún joven alocado que las sedujera. La

complicidad era absoluta.

En una de estas salidas, Marina conoció a Jorge, del cual se enamoró profundamente. Aun así, Ana también salía con ellos, aunque ya menos frecuentemente. Marina no paraba de contarle a Ana todo de Jorge. Lo bien que se lo pasaban juntos y lo mucho que lo quería, poniéndole así los dientes largos, en más de una ocasión, a Ana. Aun cuando Marina y Jorge se casaron, seguían manteniendo la amistad. Hasta que por motivos de trabajo tuvieron que trasladarse al sur de Inglaterra.

Eran las nueve de la noche cuando sonó el timbre de la puerta.

—Ya están aquí —dijo Ana inquieta y un poco nerviosa por las circunstancias.

Marina Y Jorge llegaban puntuales a la cita. Dirigiéndose hacia la puerta, Ana se colocó bien el pelo mirándose en el espejo de la entrada y la abrió con serenidad.

—Hola Ana —se adelantó Marina.

—Hola Marina —contestó Ana dándole un beso de bienvenida.

—Hola Jorge —prosiguió Ana dirigiendo aquellos enormes ojos azules que la caracterizaban hacia la profundidad de los marrones de Jorge, los cuales la hicieron estremecer.

Su corazón empezó a palpar más rápido de lo normal. Jamás pensó que a los cincuenta pudiera volver a sentir esa sensación. Como si de una adolescente se tratara, el roce de su mejilla la hizo poner muy nerviosa y se ruborizó.

—Hola Ana —dijo Jorge—. Estás tan guapa como siempre.

Sus palabras la ruborizaron aún más que su penetrante mirada.

—Gracias Jorge —contestó sonriendo—. Pasad, Miguel está en el salón.

La pareja recién llegada se dirigió al salón y saludaron afablemente a Miguel.

—Hola Miguel ¿qué tal estás viejo amigo? —dijo Jorge fundiéndose los dos en un fuerte abrazo.

—Bien, con algunos años más, pero bueno, qué le vamos a hacer. Marina estás muy guapa, por ti no pasan los años.

—Gracias Miguel. Tú tan galán como siempre —contestó Marina tomando asiento esbozando una sonrisa de agrado.

Tras una plácida velada sin incidencias, seguían charlando de sus tiempos pasados. Ana se retiró a la cocina en busca de hielo para tomar una copa una

vez terminada la cena. Jorge aprovechó la ocasión de ayudar a recoger la mesa para encontrarse con Ana a solas en la cocina.

—No sabes lo que te he echado de menos. Aún recuerdo ese día — susurraba para que nadie le oyese.

—¡Cállate! —le susurró Ana.

—No puedo callarme. Moví cielo y tierra para encontrarte pero tú desapareciste sin dejar rastro. ¿Dónde demonios estabas? —le reprochó enfadado.

—Fue lo mejor para todos.

—¿Lo mejor?

—Tú tenías a Marina y yo a Miguel. Aquello no debió ocurrir nunca — replicó Ana susurrando y mostrando enfado.

—¡Eh chicos! —exclamó Marina interrumpiendo la conversación—. ¿Os ayudo en algo?

—¡Eh!... ¡Si Marina! Llévate el hielo para la mesa que yo llevo las bebidas —contestó Ana saliendo del paso.

Mientras Marina se levantaba charlando con Miguel, Jorge le dijo a Ana:

—Quiero verte otra vez. Necesito hablar contigo —le susurró al oído cogiéndola del brazo mientras Ana se disponía a irse para el salón.

—Vale. ¿Qué te parece mañana a las seis en el parque? Miguel está en el centro a esa hora —susurró apresurada para que Marina no pudiera oírla.

—Bien, allí nos vemos —afirmó Jorge.

Ana se cruzó en el salón con Marina que se había entretenido hablando con Miguel y se dirigía a la cocina. Ana puso las bebidas en la mesa y Jorge las copas.

—El hielo está en la encimera Marina —le informó Ana.

—¡Oye, que sólo nos vamos a tomar una copita! ¿Dónde vas con tanto hielo? ¡Hija mía! —bromeaba Marina.

Con los nervios, Ana había llenado la cubitera hasta arriba.

—¡Oh vaya! Se me ha ido el santo al cielo —se rio.

Jorge tomaba asiento al lado de Miguel sin quitarle la vista de encima a

Ana.

—¿Qué tal si quedamos el sábado que viene también para seguir rememorando los viejos tiempos? Pero ya en mi casa ¡eh! —decía Marina alegremente mientras se acercaba al salón.

—Claro Marina. Todo depende de cómo se encuentre Miguel. Si está bien no hay ningún problema. Por mí de acuerdo —dijo Ana—. ¿Vedad Miguel?

—Sí, sí, claro —respondió Miguel.

Una vez terminada la velada y los invitados se habían marchado, Miguel se tomó su medicación y se durmió de inmediato. Sin embargo, Ana se fue a la cama sin poder dormir. Estaba tan entusiasmada con la cita del día siguiente, que los nervios no la dejaron en toda la noche. Cuando amaneció, se sentía como si le hubieran dado una paliza. No había hueso que no le doliera.

—¡Buenos días cariño, hay que levantarse! —exclamó Ana alegremente despertando a Miguel.

—¿Qué? —preguntó aturdido por los rayos de sol que había dejado entrar Ana al correr las cortinas.

—Tienes que ir al centro, cariño.

—¡Ah, sí! Claro.

—Hoy iré yo a buscarte, ¿vale?

—¿Tú?

—Sí, tengo que coger el coche para hacer algunas compras. Así que, iré a por ti ¿de acuerdo?

—Como quieras.

Ana quería asegurarse de que Miguel no llegara a casa antes de tiempo, ya que el autobús del centro, muchas veces, lo traía antes de la hora acordada. Ana esperaba impaciente la cita acordada. Tal y como quedaron, a las seis de la tarde se vieron en el parque.

—¡Estás guapísima!, igual que el día que te conocí —se expresó Jorge con entusiasmo.

Ana se sentía muy alagada. En realidad, deseaba estar con él pero no podía dejarse llevar otra vez por sus sentimientos. Marina era su mejor amiga y a Miguel, su marido, lo quería con toda su alma. Ninguno de ellos sabía nada de lo que hubo entre los dos hacía ya más de treinta años y no quería hacerles daño.

*Sus cuerpos se atrajeron en una noche en la que los cuatro se embriagaban y bailaban al son de la música de una discoteca. Eran muy*

*jóvenes por aquel entonces y turbados por el alcohol se unieron en una fogosa aventura que nunca olvidarían.*

*Ana fue al servicio y Jorge, aprovechando la llegada de unos amigos, la siguió sin que nadie lo echara en falta.*

*Jorge la esperó a la salida y agarrándola por el brazo derecho, la introdujo en el servicio de caballeros sin que Ana pudiera hacer nada. Jorge empezó a besarla con frenesí. Ella opuso resistencia pero al final se dejó llevar por la locura que les invadía. Su cuerpo se estremecía hasta el último poro de su piel.*

*—Esto no puede ser. ¿Pero qué estamos haciendo? —decía ruborizada.*

*—¡Te quiero! —le dijo Jorge que no dejaba de besarla.*

*Llenos de deseo, se entrelazaron en un sucio y maloliente baño de discoteca, haciéndose la aventura más maravillosa que habían experimentado nunca, mientras Miguel y Marina charlaban con los demás en la barra, perdiendo así la noción del tiempo transcurrido sin la presencia de ambos.*

*En los siguientes días, Jorge no paraba de llamarla y enviarle mensajes al móvil, pero Ana, que se moría en deseo de estar con él, pensaba en el daño que le haría a Marina y a Miguel si lo llegaran a descubrir.*

*Jorge estaba casado con su mejor amiga y ella estaba comprometida con Miguel, el cual, a pesar de que le llevaba más de veinte años de diferencia, le había proporcionado estabilidad a la vida alocada que llevaba y se sentía muy tranquila a su lado.*

*Lo mejor era terminar.*

*Al poco tiempo Miguel y Ana decidieron irse a vivir juntos y fueron padres del único hijo que tenían. Poco más tarde se casaron.*

*A Jorge le ofrecieron un trabajo en el extranjero llevándose así, en silencio, una bonita historia de amor que siempre recordaría.*

*—Jorge, sabes que lo que pasó no tenía que haber ocurrido nunca —le dijo Ana.*

*Los dos se sentaron en un banco del parque.*

*—¿Sabes Ana?, todos y cada uno de mis días con Marina he pensado en ti. En cómo hubiese sido mi vida contigo. No sabes la alegría que me dio cuando Marina me dijo que te había visto en el supermercado.*

*—A mí me pasó lo mismo pero sabes que esto no puede ser —insistió*



Ana.

—Mi relación con Marina es un fracaso —la interrumpió Jorge.

—¿Cómo dices?

—Hace tiempo que no siento nada por ella. En realidad, desde aquella noche no lo he sentido nunca. Las discusiones se han vuelto una rutina. Por mí, lo dejaría todo ahora mismo.

—Se os ve tan enamorados que nadie lo diría.

—Es todo una farsa. Ahora que sé dónde estás, quiero estar contigo otra vez.

—Pero...eso no puede ser Jorge ¿y Miguel?

—¡Al diablo Miguel! Es un viejo chiflado que no puede hacerte feliz. No sé cómo te pudiste ir con él —dijo con desprecio.

—He sido muy feliz con Miguel. No te consiento que hables así de él, ¿me has oído? —contestó Ana enfadada—. Es cierto que ahora la situación es muy distinta. Su enfermedad es muy difícil de llevar. Pero no tengo más remedio. Él me ha dado todo lo que tengo en la vida. Sería muy cruel dejarlo ahora, cuando más me necesita.

—Lo siento Ana, pero todo hubiese sido muy diferente si me hubieses cogido alguna vez una de las tantas llamadas que te hice.

—Tú podías haberlo impedido. Te casaste con Marina sin darte cuenta que yo estaba loca por ti —le reprochó.

—Tenías que habérmelo dicho —replicó Jorge—. Te quiero Ana —dijo Jorge cogiéndola de las manos.

Ana se ruborizó y quiso decirle lo mismo pero se mantuvo en silencio.

—Tengo que irme. Le he dicho a Miguel que iría a recogerlo.

Cuando llegó al centro le comentaron que Miguel había tenido un episodio grave de enajenación. No sabía dónde estaba y se había puesto muy nervioso. No tuvieron más remedio que suministrarle un tranquilizante. Miguel, acompañado por la enfermera, salió cabizbajo del centro. Ana lo ayudó a subirse al coche.

Camino a casa, Ana recordaba las palabras que le había dicho Jorge. Se volvió a sentir tan atraída por él otra vez, que no quería ni pensar lo que podría ocurrir. Sin su hijo en casa y su marido tan enfermo, Jorge, le había dado una nueva ilusión para seguir adelante.

Las dudas sobre lo que está bien hecho y lo que no, empezaron a inundarle la cabeza. ¿Hasta qué punto estaría dispuesta a aguantar esta situación?

Jorge empezó a llamarla a menudo y fueron viéndose frecuentemente. Ana no se pudo resistir a la tentación de ser feliz otra vez. Aunque a ella siempre le gustaba aparentar que era feliz, en realidad, era la persona más desdichada del mundo, ya que su vida realmente había sido una gran mentira. Ahora, lucía una cara de felicidad verdadera.

En el fondo, siempre había estado enamorada de Jorge, nunca entendió cómo pudo fijarse en Marina y no en ella.

*“Todo hubiese sido totalmente diferente”*—pensaba.

## El Encuentro

Miguel era un hombre de mediana edad, de pelo corto, moreno, alto y atractivo que se enamoró profundamente de una joven alocada y entusiasta llena de alegría y vitalidad. Su forma de vivir y la picardía con la que Ana se movía al bailar, era lo que lo hacía enloquecer.

Desde la barra de aquel famoso pub, la venía observando desde hacía ya varios días. No podía resistirse a mirarla mientras ella, lejos de darse cuenta de ser observada por alguien como Miguel, bailaba sin parar con sus amigos que, por aquel entonces, eran Marina y Jorge y algún que otro agregado de la noche.

Nada más verla, supo que era la mujer de su vida, pero claro, ¿cómo se iba a fijar ella en un viejo anticuado que se pasaba la noche bebiendo en la barra del pub sin moverse de allí?

Afortunadamente para él, Ana dejó de bailar dejando a la parejita a solas y se fue a pedir una copa. Se apoyó en la barra justo al lado de Miguel, el cual la observaba sin quitarle ojo de encima.

—¡Perdone! —gritó al camarero pero no la oyó.

Miguel no podía dejar de mirarla. Estaba a un paso de él. Entonces vio su oportunidad y se atrevió a decirle:

—¿Qué quieres tomar?

Ana lo miró sin contestarle.

—Yo puedo pedirlo por ti —continuó diciendo—. Tengo la voz más fuerte. Seguro que puede oírme mejor —prosiguió diciendo sonriendo y profundizando en su mirada.

Ana inmediatamente, se sintió atraída por él y aceptó la invitación que Miguel completamente plácido le ofrecía.

Fueron innumerables los encuentros que tuvieron hasta que Ana decidió presentárselo a su familia.

Miguel era un hombre divorciado sin hijos, le doblaba la edad y Ana, sentía miedo de que su familia no estuviera de acuerdo con esa relación. Ya cuando se lo presentó a Jorge y a Marina, recibió algunas críticas por parte de

los dos. De todas formas no le importó, estaba muy ilusionada y le quitó importancia al asunto. Bajo la insistencia de Ana en seguir con él, rápidamente fue integrado como uno más en el grupo y no dejaron de salir juntos cada vez que tenían la ocasión.

Días después de la boda de Jorge y Marina, se lo presentó a sus padres. Ana sólo tenía un hermano. Era mayor que ella y en esa ocasión vivía en un pueblo al este de París.

Habían quedado para cenar en un restaurante. Cuando llegaron a la mesa ya estaban sus padres sentados esperándolos.

—Hola papá, hola mamá —dijo Ana muy contenta y un poco nerviosa—. Os presento a Miguel.

Los dos se levantaron para saludarlo. Ana no les había dicho nada referente a la edad de Miguel pero inevitablemente, los padres, se pudieron percatar de que era muy mayor para ella.

La velada transcurrió con normalidad. Hablaron de diversos temas de actualidad sin que nadie mostrara gesto alguno de discordia, aunque Miguel, pudo observar como al padre de Ana no le había hecho mucha gracia que un hombre de cuarenta y tres años y divorciado pudiera estar saliendo con su pequeña de veintidós.

Ya a solas en casa con su familia, sus padres, le mostraron su disconformidad con la relación. Ana no podía entender ese rechazo. Miguel era para ella la persona que le proporcionaba la estabilidad que ella necesitaba en ese momento. A pesar de la negativa de sus padres, decidió que lo mejor para todos era irse a vivir con él, cosa que ya Miguel, le había propuesto varias veces con anterioridad. Caprichosa y tozuda, le hizo caso omiso a sus padres que se lo desaconsejaban.

Dejaron de verse con Jorge y Marina a pesar de la insistencia de ellos para seguir saliendo juntos. Marina no entendía el porqué del rechazo de Ana a seguir como antes. Al poco tiempo, Jorge aceptó un trabajo en Inglaterra y se marcharon a vivir allí. La comunicación entre ellas era cada vez más escasa, hasta que al cabo de un tiempo fue totalmente nula.

Un mes después de dejar de verse con Jorge y Marina, contrajeron matrimonio en una ceremonia íntima por el juzgado. Fue un escándalo por aquel entonces para todos los que la conocían. Ana se casaba embarazada, después de haber vivido juntos apenas dos meses, con un hombre que le doblaba la edad. Sus padres no tuvieron otra opción que resignarse a la

decisión que Ana había tomado. La veían feliz y para ellos eso era lo más importante.

Ana no le hacía caso a ningún comentario que pudiera obstaculizar la relación con Miguel. Lo tenía decidido. Para ella era el hombre de su vida. Rápidamente fueron muy queridos por todos sus allegados. Ana tenía un don de gente especial que hacía que todo el mundo la quisiera. Al poco tiempo tuvo a su único hijo, Roberto.

## Resentimientos

Miguel y Marina nunca sospecharon de la infidelidad de sus respectivas parejas. Eran buenos amigos y se tenían un cariño especial. Desde que Jorge y Marina se fueron, no se habían vuelto a ver.

Roberto se acercó a la casa de sus padres para hacerle una visita a su madre. Miguel solía estar en el centro todo el día.

Cuando se disponía a aparcar el coche, vio salir a Jorge de la casa. Soltando las llaves en la mesa del salón, gritó un alegre saludo de bienvenida al ver que no había nadie.

—¡Buenos días!

Ana se apresuró a bajar rápidamente anudándose su elegante bata rosa que había estrenado recientemente.

—¡Hijo! ¿Cómo tú por aquí a estas horas? —preguntó sorprendida.

—Pues nada. Tenía un rato libre y decidí visitar a la madre más guapa que hay en este mundo —contestó alegremente dándole un fuerte abrazo y un beso en la mejilla.

Ana sonriendo y sin saber qué decir terminó preguntando:

—¿Quieres un café?

—¡Bueno! —le contestó Roberto mientras se sentaba en el salón.

—Pues eso está hecho. Ahora mismo te lo traigo —Ana se fue para la cocina a prepararlo.

—Por cierto —dijo Roberto—, ¿quién era ese tipo que acaba de salir de casa?, no lo había visto nunca.

En ese momento, Ana se puso muy nerviosa y derramó la taza de café caliente encima de la encimera.

Roberto, oyendo el ruido ocasionado, preguntó:

—¿Estás bien?

—Sí, claro —contestó colocando rápidamente otra taza en la bandeja.

Ana bajó los dos escalones que separaban la cocina del salón con la bandeja en las manos y la colocó en la mesa pequeña situada delante de Roberto.

—¿Quieres galletas? Están muy buenas, las he hecho yo —matizó tratando de cambiar de tema.

—Si las has hecho tú, tienen que estar riquísimas —esbozó una sonrisa—. ¿Tú no tomas nada?

—Acabo de tomar uno hace un momento.

—María está loca por verte. Hace tiempo que no vas por allí.

—Cierto. La verdad es que estoy bastante ocupada. Ya sabes, tu padre, las cosas de la casa, en fin... ¿Cómo va todo? ¿Cómo está Susana?

—Pues ya sabes cómo son esas cosas mamá, a Susana no le sientan bien los embarazos y teniendo que cuidar también a María... pues... ya sabes, es un poco complicado. No para de quejarse. A propósito, parece otra la casa con estos colores —prosiguió diciendo Roberto.

—¿Te gusta? ¡Uf! Por fin ya han terminado.

—¿Quién era ese? —insistió Roberto—. ¿El pintor?

—¡Eh! Sí, sí, tenía que revisar algunos detalles —sonrió.

—Pues la verdad es que ha quedado muy bien. Tienes que pasarme el teléfono para cuando yo pinte la mía.

—Sí, claro.

—¡Bueno! Me voy. Dale un beso a papá de mi parte —dijo Roberto una vez terminado de tomarse el café y haber degustado alguna que otra galleta hecha por Ana—. A propósito, las galletas están estupendas.

—Gracias cariño, dale un beso también a Susana y a la niña.

—Adiós mamá.

—Cuídate. Adiós.

Una vez Roberto se había ido, Ana se dejó caer en el sofá de un golpe y respiró profundamente aliviada.

—¡Oh Dios mío, que poco ha faltado! —se dijo.

Cerró los ojos esbozando una sonrisa de placer que no podía evitar. Era la primera vez que se había acostado con Jorge después de tanto tiempo. Así se quedó un largo rato hasta que la llamada de Marina la despertó de ese grato estado de relajación.

—¿Sí, Marina?

—¡Hola guapísima! Estaba en casa aburrida y me preguntaba si se te apetecería ir esta tarde de compras conmigo. ¿Qué me dices?

—¿Esta tarde? Déjame pensar...

—¡Chica no te lo pienses mucho que te va a salir humo hasta por las

orejas! —bromeaba.

—Vale, está bien. Quedamos esta tarde —dijo finalmente Ana sin mucho ánimo.

—De acuerdo. Me paso por tu casa sobre las seis y media. ¿Te parece bien?

—Perfecto. Después nos vemos.

Ana se echó las manos a la cara suspirando. Nada podía nublar lo que en aquel momento sentía. No quería pensar en nada más que en Jorge. No se lo quitaba de la cabeza. Él la hacía sentir importante otra vez, cosa que ya tenía olvidada.

Marina llegó puntual a la cita para recogerla como habían quedado. Visitaron varias tiendas de moda y tras hacer algunas compras, se sentaron en una terraza para tomar un café.

—¡Ay Dios! Estoy súper cansada —dijo Marina.

—¡Uf! Yo también.

—¿Qué quieres tomar?

—Un café, muy cargado y con leche muy caliente —sonrió Ana.

—Buenas tardes —dijo el camarero—. ¿Qué desean tomar?

—Dos cafés con leche por favor. Uno que esté bien cargadito y con leche muy caliente, gracias —dijo Marina con desparpajo.

—Muy bien. Ahora mismo se los traigo —dijo muy amable el camarero.

—¡Bueno! Ha estado bien la tarde. ¿Verdad? —comentó Marina.

—Pues sí. Hacía tiempo que no iba de compras. La verdad es que se me apetecía—contestó Ana.

—Sabes Ana, necesito hablar con alguien de confianza. Después de tanto tiempo fuera, aquí me siento un poco sola —le confesó Marina encendiéndose un cigarrillo—. ¿Quieres uno?

—No, gracias. Puedes contar conmigo para lo que quieras Marina, tú lo sabes.

—Claro que sí tonta y te lo agradezco. ¿Cómo llevas lo de Miguel?

—Fatal. Cada día está peor.

—¡Vaya hija! Aquí cada loco con su tema. Tú porque Miguel está enfermo y yo porque nunca sé dónde está mi marido —esbozó una carcajada dando una calada.

—El café —interrumpió el camarero poniéndolo en la mesa.

—Gracias —dijeron las dos a la vez.



—¿A qué te refieres?

—Mira chica. Quiero a Jorge con toda mi alma, como si fuera el primer día —Marina se sinceraba—. Pero por mucho que lo intento, no consigo que Jorge esté a gusto conmigo —se quejaba—. Desde que hemos llegado aquí, tenemos discusiones casi todos los días. Ya no sé lo que está bien ni lo que está mal. Para él todo lo que yo hago está mal. Lo noto nervioso, distante. Ya no sé qué pensar. Me trae amargada, la verdad —le dio otra calada al cigarrillo.

—¡Vaya! ¿Has pensado en dejarlo?

—¡Qué dices chica, ni loca! Soy tan tonta que no puedo vivir sin él. Por Jorge haría lo que fuese. ¡Vamos, que si me engañara con alguien, te juro que lo mato!

—No seas exagerada —sonrió estremeciéndose.

La situación se estaba haciendo difícil para Ana. No quería escuchar nada más de Jorge. ¿Por qué tenía que contarle sus intimidades? Ella no le contaba nada a nadie. Sólo quería que todo el mundo estuviera contento y no le vinieran con problemas que sólo la agobiaban. Ya tenía bastante con sus cosas pero, Marina no cesaba de contarle historias sobre Jorge. Aun así, a veces se evadía escuchando, a lo lejos, la voz de Marina quejándose sin parar. Sólo tenía oídos para oír la dulce voz de Jorge acariciándola en cada momento.

—¡Chica! ¿Qué te pasa, estás aquí? ¡Despierta! —dijo Marina al ver a Ana ensimismada.

—¡Oh! Perdona Marina, estoy un poco cansada.

—Me habías asustado. ¿Te pasa algo? —insistió Marina.

—Nada, nada, es solo cansancio.

—Bueno chica será mejor que nos vayamos.

—Vamos.

Varios días después, Roberto fue a desayunar a la cafetería que queda cerca de su oficina. Sentado en banco de la barra y leyendo el periódico a la vez que tomaba un sorbo de café, pudo observar como aquel hombre extraño que vio salir de la casa de su madre, se acercaba para pedir un café situándose al lado de él.

—Buen trabajo —le dijo Roberto. Dobló el periódico y lo colocó encima de la barra.

—¿Perdón, le conozco? —preguntó Jorge extraño.

—¡Oh...perdone! Soy Roberto, el hijo de Ana y Miguel —se presentó

Roberto poniéndose de pie sonriendo y extendiéndole la mano—. Les pintó usted la casa hace poco tiempo —matizó al ver que Jorge se mostraba despistado.

Jorge le dio un apretón de manos y le miró extrañado.

—¡Ah, sí! —dijo Jorge poniéndose nervioso al ver que era el hijo de Ana, sin saber por qué lo confundía con un pintor.

—Usted es nuevo en el barrio ¿no? —insistió Roberto.

—Sí, sí —contestó Jorge desconcertado.

En ese momento, sonó el teléfono de Roberto.

—¡Disculpe!

Se retiró para hablar un momento.

—¡Bueno! Tengo que irme, el deber me llama —dijo Roberto una vez apagado el teléfono y le pagó a la camarera también el desayuno de aquel desconocido—. Más adelante puede que le llame para pintar mi casa también —sonrió y se marchó dándole un suave golpe en el hombro.

—Sí claro, gracias —contestó Jorge siguiéndole la corriente.

El timbre del móvil, igual que si de una alarma de colegio para salir al recreo se tratara, le había salvado de una situación embarazosa. Seguidamente, Jorge llamó a Ana. Sin darse cuenta la llamó al fijo.

—No me llames aquí —contestó Ana susurrando—. Hoy Miguel se encontraba mal y no ha ido al centro. Podía haberlo cogido él.

—He conocido a tu hijo —dijo Jorge sin darle importancia a las palabras de Ana.

—¿Cómo dices? ¿Dónde lo has visto?

—Desayunando en la cafetería. Me ha felicitado por pintarte la casa —dijo irónicamente.

—¡Oh! Hace un par de semanas vino a verme y te vio salir de casa. No supe qué decirle —se explicó Ana.

—¿Qué edad tiene tu hijo Ana? Es igualito a ti, con esos enormes ojos azules...

—Tengo que colgar. Ya hablamos en otro momento —interrumpió Ana cambiando de tema.

—¡Espera! ¿Cuándo puedo ir a verte otra vez?

—Ya te llamo yo mejor. Hasta que Miguel no se encuentre mejor no puede salir de casa..., te echo de menos —contestó Ana cariñosamente.

—Yo también a ti. Espero tu llamada entonces. Te quiero —se despidió

Jorge.

Ana se sintió completamente feliz con ese te quiero pronunciado por Jorge. Miguel estaba pasando por un grave episodio de su enfermedad y Ana estaba agotada. A veces sentía ganas de dejarlo todo y salir corriendo de esa situación que la estaba superando. Sus pensamientos eran totalmente contradictorios. Su cariño y respeto por Miguel la agobiaban cada día más. Por otro lado, estaba Jorge que la enloquecía; Marina ajena de todo, que la atormentaba; y para colmo Roberto, la persona que más amaba en el mundo.

Sus días pasaban ensimismada pensando en Jorge, al que deseaba con locura. No se podía quitar la boba sonrisa que iluminaba su cara. Sólo en pensar que estaba otra vez con él, la hacía sentirse como una adolescente cuando encuentra su primer amor y está sumida en una nube de la que nunca se quiere bajar.

## La Decepción de Marina y de Roberto

Ana estaba sentada en un sillón pequeño del salón, cerca de una de las ventanas que daba a la calle, era su sillón favorito. Desde allí podía divisar su tanpreciado y cuidado jardín. Sobre una mesa pequeña, próxima a ella, apoyaba su vaso de infusión de té verde que acababa de prepararse. Miguel estaba acostado en el sofá de tres plazas que se situaba a la izquierda conforme se entra en el salón. Dormía profundamente.

Ana se disponía a leer un libro en la tranquilidad que el momento le estaba proporcionando cuando de pronto sonó el teléfono. Lo cogió rápidamente para que no despertara a Miguel sin ver quién la llamaba.

—¿Diga?

—¡Hola Ana!

—¡Ah, hola Marina! ¿Qué tal?

—Tengo que hablar contigo —dijo Marina angustiada—. ¿Puedo verte ahora?

—Claro. Si quieres puedes venirte a mi casa. Estoy aquí tomándome un té —sonrió— Miguel hoy no ha ido al centro, acaba de dormirse y normalmente suele estar así durante mucho tiempo, así que vente y te tomas algo conmigo.

—Vale gracias, ahora mismo estoy allí. Eres un encanto.

Pasaron unos diez minutos después de la llamada de Marina cuando sonó el timbre de la puerta. Ana, confiada, la abrió sin ver quién era.

—¡Jorge! —exclamó sobresaltada— ¿Qué haces aquí? —susurró.

—Necesito hablar contigo.

—No puedes estar aquí —replicó Ana encajando la puerta y saliendo al exterior de la casa.

—Tienes que escucharme —la agarró por los brazos.

—Pero es que... —se expresó Ana inquieta.

—Escúchame —la interrumpió Jorge—. No aguanto más a Marina —dijo enfadado—. Hemos tenido una discusión bestial y he decidido dejarla. No la aguanto más.

—¿Qué dices, estás loco?

—Definitivamente quiero estar contigo.

—Tienes una familia que te quiere. Marina te adora, jamás la he oído decir nada malo de ti.

—Me da igual Marina.

—¿Y tus hijos?

—Me dan igual mis hijos. Ellos tienen su vida hecha y no pienso perder ni un día más de la mía—se explicaba Jorge con desesperación.

—Tienes que irte —insistió Ana aturdida.

—Vente conmigo Ana, déjalo todo y vámonos de este infierno. Esta misma tarde compro los billetes. Miguel dentro de poco no tendrá consciencia de quién es, ni siquiera sabrá quién eres tú.

—¡Vete Jorge! Marina me ha llamado y está a punto de llegar. No quiero que te vea aquí —argumentó Ana—. Quedamos mañana por la mañana, seguramente Miguel podrá ir al centro ya. Te llamo si no fuese así.

—¡De acuerdo! ¡Te quiero! No puedo estar sin ti —la agarró con las dos manos por la nuca y le dio un fuerte y efusivo beso en los labios.

Marina se dirigía con el coche hacia donde vivía Ana. Llegando a la casa vio, a lo lejos, como Jorge besaba apasionadamente en la boca a Ana. Se detuvo observándolos.

Jorge entró en el coche y se alejó rápidamente. Ana se adentró en la casa sin percatarse de que Marina la observaba.

A Marina se le revolvió el estómago y esperó unos segundos parada en medio de la calle con la cabeza apoyada en el volante. Luego se enderezó y siguió hacia adelante sin detenerse. Sus ojos se empañaron en una tibia lluvia de lágrimas que no cesaban de caer. Ana era para ella como una hermana a la que le hacía todas sus confidencias. En las últimas semanas le había contado toda su vida con Jorge. Sus alegrías y sus penas. Había sido un libro abierto para Ana. No concebía cómo había podido traicionarla de ese modo.

Paró el coche al borde de una acera cerca de un pequeño puente por donde pasaba un profundo riachuelo. Su teléfono no paraba de sonar. Empezó a llorar desconsoladamente cuando vio que era Ana quien la llamaba.

Bajó del coche y se puso a caminar con la mirada perdida desbordada en lágrimas. Parada en medio del puente, bajó la mirada para adentrarse en la profundidad y la bravura que aquellas aguas llevaban. Sentía como su vida se había hecho añicos en apenas unos segundos. Por un instante se le pasó por la cabeza desaparecer para siempre. Su vida no tenía sentido sin la persona a la

que amaba. Los pocos transeúntes que por allí pasaban, la miraban extrañados. Hasta que al final, uno se atrevió a preguntarle:

—¿Está usted bien, señora?

Marina sin mirarle, tras unos segundos de silencio, respondió:

—Sí, sí, estoy bien gracias.

El teléfono volvió a sonar. Ya más serena, soltó las manos del barandal del puente y se bajó del pequeño escalón donde se había subido.

—¿Sí?

—Marina, soy Ana.

—¡Ah!... ¡Hola Ana! —exclamó Marina disimulando sin ningunas ganas de hablar con ella después de lo presenciado—. Perdona cariño, ha llegado una amiga mía a casa y se me ha pasado el tiempo volando... —sin saber qué decir continuó— ya sabes, se me ha olvidado que iba a ir para tu casa. Perdona si te he molestado.

—¡Ah bueno!, no pasa nada. Me tenías preocupada pero, si es por eso, ya me quedo más tranquila. Si necesitas algo ya sabes que puedes confiar en mí. ¿De acuerdo?

—¡Oh sí, claro! No te preocupes, sólo quería echar un ratito charlando contigo. Nada importante. Ya te llamo en otro momento. Un beso.

—¡Vale! Un beso, adiós guapísima —se despidió Ana aliviada.

—Adiós —dijo Marina colgando el teléfono y se dirigió hacia el coche llena de amargura.

Ana suspiró, cerró los ojos y respiró fuertemente sentada en su sillón. Seguidamente llamó a Jorge para quedar al día siguiente. Su cabeza no paraba de pensar en él, en lo diferente que sería su vida si estuvieran juntos los dos. No podía dejar que nada ni nadie le estropeará aquellos momentos tan especiales que estaba viviendo. Se sentía como una gaviota surcando los mares infinitos sin que nadie la detenga, libre como el viento. Dándole vueltas al asunto, Miguel se despertó y se sentó de inmediato.

—Miguel, ¿estás bien?

—¿Qué hora es?

—Son las siete de la tarde cariño, ¿te pongo un té?

—No quiero nada —dijo Miguel muy serio y desorientado—. ¿Dónde está Roberto?

—Pues, supongo que en su casa con su familia. Tranquilízate Miguel, me estás asustando —se acercó a él y le dio un beso en la mejilla—. Estás en

casa, todo está bien como siempre, no te preocupes por nada ¿de acuerdo?

Ana lo abrazó fuertemente y sintió cómo su corazón estaba totalmente dividido. Miguel no se merecía que lo dejara así tal como estaba ahora después de haberlo dado todo por ella pero, ¿qué vida le esperaba a partir de ahora? Quizás Jorge tuviera razón cuando decía que dentro de poco Miguel no iba saber quién era ella, ni siquiera quién era él y que cuando ese momento llegara se iba a dar cuenta que la vida hay que disfrutarla cuando nos da la oportunidad. Su cabeza era un mar de dudas. Por fin Miguel se tranquilizó.

Después de aquello, nada sería igual para Marina. El odio y la sed de venganza se apoderaron de ella. ¿Qué palabras eran esas? “ya sabes que puedes confiar en mí”. ¿Qué quería decir con eso? Claramente para ella, ahora Ana tenía dos caras; la de la amiga, que siempre está ahí cuando la necesitas y se lo agradeces, y la de la amante, a la que odias hasta la muerte y le deseas lo peor. ¿Con cuál se quedaba?, en este caso estaba claro, decidió quedarse con la segunda. Su odio aumentaba por segundos. Cuando llegó a su casa, ya Jorge estaba allí.

—¿Dónde estabas? —le preguntó Jorge.

—He dado una vuelta.

Colgó el bolso en el perchero de la entrada y se dispuso a hacer las paces con Jorge. Una vez las aguas regresaron a su cauce, Marina se fue para su habitación, se vistió con ropa sexy e intentó engatusar a Jorge para que se fuera con ella a la cama, cosa que, aunque se reconciliaron e insistió mucho, no consiguió.

A la mañana siguiente, Jorge se disponía a irse para la casa de Ana, tal y como quedaron el día anterior.

—Tenemos que hablar —dijo Marina, que se acababa de levantar. Apenas había cerrado ojo en toda la noche.

—Ahora no puedo. Tengo que irme a trabajar —contestó Jorge.

Abrió la puerta y se fue dejando a Marina con la palabra en la boca.

Como de costumbre, Jorge llegó puntual a la cita. Tenía claro en su mente todo lo que iba a proponerle. Para él, era de vital importancia que Ana aceptara sin ningún perjuicio y no admitiría un no, como respuesta.

Se sentaron los dos juntos en el sofá. Jorge estaba impaciente por decirle todo lo que había pensado hacer, pero Ana no lo dejó hablar y tomó ella la iniciativa.

—He estado pensando en lo que me dijiste ayer pero, por muchas vueltas

que le doy, no puede ser —dijo Ana tajantemente—. Date cuenta de mi situación. No puedo dejar a Miguel. Ahora él me necesita más que nunca. Mi hijo no me lo perdonaría jamás.

—Siempre pensando en los demás Ana —le reprochó Jorge—. ¿Por qué no piensas un poco más en ti, en mí, en nosotros? No estaría nada mal ¿no crees?

—No puede ser —dijo Ana acongojada negando con la cabeza.

—Ya te lo dije ayer, no puedo seguir más tiempo con Marina. Hemos tenido muchas crisis en nuestro matrimonio, pero esta es la peor. No la aguanto más ¿me oyes? No puedo dejar de pensar en ti, quiero estar contigo. Pensé que no te vería nunca más en mi vida pero el destino ha vuelto a ponerte en mi camino y nada ni nadie volverá a interponerse entre nosotros dos ¿entiendes? No puedo estar sin ti. Deja a Miguel y huyamos juntos.

—No es tan fácil Jorge. Son muchos años con él. Siempre me ha apoyado en todo y no estaría bien dejarlo así en éstas circunstancias, me sentiría la peor persona del mundo.

—Pero... ¿qué estás diciendo Ana? ¡Por el amor de Dios! —gritó enfadado—. Si Miguel dentro de poco no sabe ni quién es él. ¿Vas a sacrificar tu vida por un viejo chiflado?

—¿Y Marina?

—Marina es joven aún. Puede rehacer su vida en cualquier momento con alguien que pueda hacerla feliz mejor que yo.

Jorge la cogió de las manos y la miró profundamente.

—Vente conmigo Ana —le imploró.

Lentamente se besaron como si fuera la primera y última vez en su vida.

En ese preciso momento, Roberto entró en la casa sin llamar, como tenía costumbre. Había venido a ver a su madre como hacía asiduamente y le traía algunas compras.

Al ver aquella escena, dejó caer bruscamente al suelo las bolsas que traía en ambas manos y se dirigió hacia ellos gritando enfadado:

—¿Qué leches está pasando aquí?

Ana y Jorge se levantaron de un tirón.

—¡Hijo!—exclamó Ana nerviosa poniéndose en medio de los dos.

—¿Qué está haciendo este hombre aquí mamá? —dijo Roberto con rabia—. ¡Fuera de mi casa! —le gritó.

—Tranquilo, deja que te lo explique —gritó Ana desesperada.



—Dile que se vaya ahora mismo si no quiere que lo eche a patadas —gritó mirando fijamente a Jorge, fuera de sí.

—Quiero a tu madre —se atrevió a decir Jorge.

La tensión se hizo mayor al oír Roberto esas palabras.

—¿Pero qué está diciendo este tarado? —le gritó Roberto intentando agarrarle por la camisa.

—¡Basta ya! —gritó Ana intentando separarlos tras un breve forcejeo.

—¿Pero quién te crees que eres? —insistió Roberto muy enfadado.

—¡Es tu padre! —gritó Ana.

—¿Qué? —dijo Roberto.

—¿Cómo? —preguntó Jorge asombrado.

Ana suspiró y se quitó de en medio de los dos para echarse a un lado. Los dos la miraban con estupor esperando una explicación. Cabizbaja les dio la espalda y tras un breve silencio se volvió y dijo:

—Es así. No tenía que haberse sabido nunca. Éramos muy jóvenes por aquel entonces —se excusó sollozando—. Perdimos el control de nuestros sentimientos y tú... Roberto —giró la mirada hacia él—. Eres el fruto de ello.

Jorge la escuchaba boquiabierto. No daba crédito a sus oídos. Tantos años separados sin saber que Ana había tenido un hijo suyo, era realmente abrumador.

—No puede ser mamá. ¿Qué estás diciendo? —gritó Roberto entre dientes—. ¿Cómo has podido hacer algo así? Miguel es mi padre y nada, ni nadie cambiará eso.

—Lo siento hijo —dijo Ana sollozando.

—¡Te odio con toda mi alma! —gritó Roberto fuera de sí—. Y tú, como vuelva a verte ¡te mato!, ¿me oyes?, ¡te mato! —gritó enfurecido.

Salió de la casa dando un gran portazo. Un transeúnte que por allí pasaba paseando su perro le miró extrañado después de oír sus gritos. Ana desconsolada se echó a llorar. Jorge le tendió un pañuelo y la abrazó fuertemente.

—¿Por qué no me lo has dicho Ana? —trató de consolarla.

Sin dejar de abrazarlo contestó:

—Marina estaba tan enamorada de ti que no quería hacerle daño —explicaba entre sollozos ya más calmada—. Aquello no debió ocurrir nunca.

Jorge le acariciaba el pelo.

—Escúchame y mírame Ana —la agarró por los brazos—. A pesar de

todo, el saber que Roberto es mi hijo, me ha llenado de satisfacción.

Mirándola fijamente le secó las lágrimas y la besó suavemente en los labios.

—¿Miguel lo sabe?

—Nunca lo ha sabido y tampoco quiero que lo sepa ahora —dijo apenada—. No sabes lo de veces que he pensado en ti. No ha habido ni un solo día que no lo hiciera. Roberto se parece tanto a ti... Miguel ha sido todo para él. Siempre nos ha querido mucho a los dos —explicaba Ana ya más serena. Se sentó en un sillón, bajó la cabeza y sin parar de darle vueltas al pañuelo que antes le proporcionó Jorge, prosiguió—. Entiendes por qué no puedo abandonarlo ahora. No puedo dejarlo—se decía a ella misma totalmente derrotada negando con la cabeza.

—No es necesario que tomes una decisión ahora mismo. Piénsalo bien. Ya es hora de que seamos felices los dos juntos —insistió Jorge.

—Podemos seguir viéndonos como hasta ahora. Así no le haríamos daño a nadie —Ana intentó buscar una solución.

—Piensa en nosotros Ana. No me conformo solo con verte en ocasiones, te quiero solo para mí, ¿entiendes? Ya está bien de sufrimientos. Llámame en cualquier momento —se agachó para darle un beso en la frente y se despidió.

Desolada, quedó sola en esa casa que se le hacía cada vez más vacía. Toda su vida había sido una gran mentira. En consecuencia, su hijo, su único hijo, que era la persona que más amaba en el mundo, ahora la odiaba a muerte. Para colmo y muy a su pesar, Marina la volvió a llamar sin tener más remedio que quedar con ella para que no sospechara nada.

Quedaron en la cafetería de costumbre. Marina, lucía un bonito anillo de diamantes que llamaba la atención a simple vista, se lo había comprado ella misma.

—Quería disculparme por lo de ayer —se pronunció Marina muy alegremente.

—No pasa nada Marina.

—Bueno... ¿sabes? Es que había tenido una discusión con Jorge.

—¡Vaya! ¿Otra vez?

—Sí, pero mira... como dice el refrán, “después de la tempestad viene la calma” —dijo Marina riéndose con el desparpajo que la caracterizaba.

—¿A qué te refieres? —preguntó Ana sorprendida.

—Pues mira chica, Jorge se fue de casa muy enfadado. Pensé que era el

final, te lo juro. Sin embargo, cuando regresó me regaló este fantástico anillo e hicimos el amor como hacía tiempo que no lo hacíamos —sonrió—. Eso es lo que más me gusta de Jorge. Las reconciliaciones son geniales —mintió descaradamente para ver la reacción de Ana mientras se mordía los labios llena de rabia intentando disimularlo, pero que lejos de eso, se le notaba a la legua la ira en los ojos que se los cubría con unas grandes gafas de sol.

Pudo observar como a Ana se le cambió el semblante. Marina encendió un cigarrillo y tomó un sorbo de café. En ese momento Ana no tenía ganas ni de respirar.

—¿Qué te pasa? Te noto nerviosa.

—Nada, estoy bien. Me parece fantástico que ya estéis bien de nuevo, sólo que... no puedo entender cómo puedes ser feliz así. Yo no podría aguantar tantas discusiones —argumentó Ana.

—¡Oh! Es que Jorge es único chica. Ya te lo he dicho antes, no sabes lo bien que hace el amor cuando nos reconciamos —insistió Marina para hacerle más daño a Ana.

Marina disfrutaba viendo la cara que se le ponía a Ana.

—¿Sabes? —Marina se inclinó hacia adelante y le dijo mirándola fijamente a los ojos a modo de advertencia—: No sé lo que sería capaz de hacer por Jorge.

Ana muy nerviosa dijo:

—¡Bueno! Me tengo que ir Marina. Miguel viene hoy más temprano del centro.

—Muy bien, nos vemos en otro momento.

Se dieron dos besos de despedida. Marina rebozaba de alegría al ver a Ana como sufría, aunque le hubiese gustado verle una reacción más severa. Sin embargo Ana, se mantuvo ligeramente nerviosa pero fría.

“No sabes lo que soy capaz de hacer por Jorge, no te lo puedes ni imaginar” —pensaba Marina con rabia, mientras se quedaba sentada en la terraza, dándole una calada al cigarrillo que se acababa de encender viendo cómo Ana se alejaba.

Ana subió al coche y se dirigió a su casa desconcertada por las palabras de Marina. Envuelta de odio y furia llamó a Jorge nada más llegar.

—¿A qué juegas Jorge? —le dijo muy enojada.

—¿A qué te refieres?

—A lo que tú ya sabes.

—¿Qué es lo que yo sé, qué demonios te pasa ahora Ana?

—No puedes hacerme creer que me quieres sólo a mí y luego irte con Marina como si nada.

—No te entiendo Ana —prosiguió Jorge confuso.

—He estado con Marina y me ha dicho que os reconciliasteis.

—Tenía que volver a casa e hicimos las paces. ¿Pasa algo?

—Te odio Jorge. Haces que me sienta la mujer más dichosa del mundo y en un momento lo echas todo a perder.

—A ver..., no te entiendo. Me dices que no puedes dejar a Miguel y ahora, ¿me vienes con esas?

—No quiero verte nunca más —gritó Ana desbordada por la situación.

Ana colgó el teléfono y echó a llorar arrepintiéndose de todo lo sucedido.

Inmediatamente Jorge se fue para la casa de Ana, la cual le abrió la puerta a disgusto después de insistir muchas veces.

—¿Qué ha ocurrido Ana?

—Ya te lo he dicho por teléfono.

—Pero, ¿qué ha pasado en concreto?

—Tú sabrás. Marina dice que os liasteis ayer cuando hicisteis las paces.

—¿Qué?, ja, ja, Eso no es cierto Ana. Es verdad que hicimos las paces y ella intentó que nos fuéramos a la cama, pero no pasó nada. Créeme.

—¿Entonces, por qué Marina iba a inventarse algo así? Ella no sabe nada de lo nuestro ¿verdad? Tú no le has dicho nada.

—No.

—¿Entonces?

—Y yo qué sé. Marina está medio loca. Siempre está inventándose cosas.

—Pero cómo puedo confiar en ti. Traía un anillo que le habías regalado.

—¡Créeme Ana! No sé de qué demonios me hablas. Yo no le he regalado nada. ¡Maldita sea!, confía en mí —gritó Jorge enfadado—. Esta noche vengo a por ti, prepara las maletas. Toma tu billete de avión, mételo en el bolso para que no se te olvide. Nos vamos a Londres. Allí tengo contactos y empezaremos una nueva vida.

—Tengo miedo Jorge. No sé qué hacer. No puedo irme —gimoteaba—. Te quiero mucho, pero entonces, ¿por qué Marina me ha dicho eso?

—No sé, puede que sospeche algo. No tengo ni idea pero te juro que ayer no hicimos nada —Jorge la cogió por los brazos a la altura de los hombros—. Vendré sobre las seis de la madrugada, el avión sale a las nueve de la mañana.

Jorge la abrazó suavemente para convencerla, sin embargo, Ana lo abrazaba como si nunca más fuera volver a hacerlo.

## El Día X

Marina regresó a su casa después de la charla mantenida con Ana. Aunque herida, sintió gozo al ver que a Ana le había molestado su relato y su satisfacción era plena. Como no había nadie en la casa, se distrajo preparando la cena. Cubrió la mesa con uno de sus manteles preferidos de lino blanco y encajes de bolillo y colocó la cubertería que tenía guardada para ocasiones especiales. La vajilla exquisitamente elegida, resaltaba en el delicado mantel que se dejaba caer con la elegancia que lo diferenciaba de todos los demás. Seguidamente colocó la cristalería y un candelabro de plata con tres velas blancas a conjunto con el mantel. Para la cena preparó las carrilleras al Oporto que tanto le gustaban a Jorge y le dedicó el tiempo restante para elaborar un rico y delicado postre a base de yogurt con nueces. Una vez preparada la velada, se vistió con un elegante vestido para la ocasión y se sentó en el salón a la espera de Jorge.

Jorge, que llegó bastante más tarde que ella, no podía dejar de observar a Marina. Se veía muy contenta a pesar de la gran discusión que mantuvieron el día anterior. ¿Por qué le había dicho eso a Ana? ¿Acaso sabía algo? ¿A qué venía esa velada especial que había organizado sin avisar?

—¿Y esto, me he perdido algo? —preguntó Jorge sorprendido.

—¿No te gusta la sorpresa?

Jorge no supo que contestar y guardó silencio. Sentados a la mesa, Marina le sirvió una copa de vino regresando la botella otra vez al frigorífico para que siguiera tan fresco como a Jorge le gustaba y le preguntó con aires de grandeza:

—¿Qué tal el día?

—Bien —contestó Jorge con gesto serio—. Y tú, qué tal.

—Pues muy bien —respondió Marina sirviéndole la cena—. He pasado la tarde con Ana —lo miró desafiante sin quitarle la vista de encima.

Jorge hizo como que no le afectaba en nada el comentario y se limitó a probar la cena que había preparado Marina para la ocasión. Sin mirarle a la cara, pudo sentir la mirada fría de Marina adentrándose por cada poro de su

piel.

—Está muy buena la carne.

—Sí ¿verdad? La he preparado especialmente para ti —dijo Marina cariñosamente con los codos apoyados en la mesa, las manos cruzadas y con una provocadora mirada desafiante, sin dejar de lucir en la cara una peculiar sonrisa abrumadora.

Jorge, que se disponía a tomar otra porción de carne se paró de repente y dejó el tenedor en el plato. La situación se ponía tensa. Tras un breve silencio sin querer mirarla hizo un ademán de levantarse para ir a la cocina pero Marina lo detuvo.

—¿Qué quieres cariño?

—Voy a por otra copa de vino.

—No te levantes, ya voy yo.

La tranquilidad de Marina lo ponía muy nervioso. Marina le retiró la copa y cuando llegó a la mesa la traía llena de un vino blanco casi transparente del cual no se veía nada extraño, sin embargo Jorge, después de echarle una larga mirada, la depositó en la mesa sin probarlo.

—Y... ¿qué tal estaba Ana? —le preguntó Jorge.

—¿No quieres el vino? —le desafió Marina.

—Sí, claro —Jorge acariciaba la copa sin levantarla de la mesa.

—Pues... estaba muy nerviosa. No sé por qué. La noté extraña.

—Tendrá problemas con Miguel.

—Creo que no es con Miguel.

—¿Entonces?

—Me parece que tiene una aventura.

—¡Ah sí! ¿Y eso? —preguntó Jorge poniéndose muy nervioso—. ¿Cómo lo sabes?

—Se lo noté en la cara —afirmó Marina muy convincente.

Jorge asentía con la cabeza.

—Y... ¿Sabes con quién?

—Yo no, pero puede que tú sí.

Jorge la miró sobrecogido quedándose inmóvil.

—Marina no me vengas con tonterías —se levantó tirando la servilleta encima de la mesa.

—Vi como os besabais —se levantó a la vez que Jorge y dio un golpe en la mesa.

—Pero, ¿qué dices?

—Ayer fui a la casa de Ana y vi perfectamente como la besabas —dijo con mucha frialdad.

Jorge al verse descubierto, le dio la espalda y gritó con rencor:

—¡Soy el padre de Roberto!

—¿Qué?

—Lo siento Marina. Lo nuestro tenía que haber acabado el día que me presentaste a Ana.

Marina se sentó en la silla totalmente desolada. Jamás se imaginó esa respuesta.

—¿Me estás diciendo que llevamos treinta y dos años de una mentira continua? —gritó—. ¿Cómo has podido hacerme esto? ¿Cómo has podido ser tan ruin y despreciable? Te odio Jorge. Quiero que te vayas de esta casa inmediatamente.

Jorge no dudó ni un momento en hacer las maletas. Marina se fue para el cuarto pequeño hecha un mar de lágrimas. Cerró la puerta dando un portazo y sin consuelo se echó en la cama boca abajo con las manos en la cara llorando desconsolada.

Pasada las dos de la madrugada, Jorge salió para casa de Ana después de una llamada suya. Ana le había llamado para que la recogiese antes de la hora prevista. Al parecer, había tenido un percance con Miguel y quería irse lo antes posible. Ya lo tenía claro. Se iría con Jorge para siempre.

“Ya está bien de tanto sacrificio para nada” —pensaba Ana.

Bien entrada la madrugada, Jorge volvió a su casa totalmente desconcertado. Tenía un corte de grandes dimensiones en la mano izquierda. Se la vendaba fuertemente con una camiseta. Entró en el baño y se la enjuagaba en el lavabo cuando entró Marina.

—¿Qué ocurre? —preguntó Marina adormilada.

—Nada, vete a dormir.

—Pero... estás sangrando. ¿Qué ha pasado?

—¡Nada... he dicho que te vayas a dormir! —insistió Jorge enojado.

Marina se fue a la cama enfadada sin mediar palabra mirándolo con desprecio.

A la mañana siguiente, la noticia corrió como la espuma. Como cada mañana, Marina fue al café de la esquina a desayunar. Se sentó en la barra como de costumbre y se pidió su café con churros de todos los días. Ya en las



noticias de la mañana lo comentaban en todos los canales de la televisión. Marina se quedó observando las imágenes que salían por la tele pero no llegaba a oír el sonido debido a la cantidad de gente que se encontraba en aquella pequeña pero acogedora cafetería. El rugir de la máquina de café hacía imposible escuchar ni una sola palabra del televisor y su mirada rápidamente se posó en Raúl, el camarero más joven de todos los que allí trabajaban y que normalmente la atendía a diario.

—Buenos días Marina. ¿Te pongo lo de siempre?

—Buenos días Raúl. Sí por favor.

Raúl empezó a limpiar la parte de la barra donde se había sentado Marina. Retiró los platos vacíos y mientras le daba a la barra con la bayeta de microfibras marrón que solía utilizar, le comentó a Marina:

—¿Te has enterado ya de la noticia?

—¿Qué noticia?

—Al parecer, Miguel el constructor, ha asesinado a su mujer.

—¿A Ana? —preguntó Marina sorprendida.

—Pues sí. Era amiga tuya ¿no?

—¡Oh Dios! No me lo puedo creer. Sí, es mi mejor amiga, pero ¿qué ha sucedido?

—Dicen que se le fue la cabeza y la ha apuñalado varias veces. Por lo que tengo oído, ese hombre lleva malo bastante tiempo con algún tipo de demencia o algo así.

Raúl le sirvió el desayuno.

—Chico cóbrate, se me han quitado las ganas de desayunar.

Marina le dejó el dinero encima de la barra y se fue rápidamente para su casa. El relato del camarero la dejó abrumada. Entró en la habitación donde se hallaba durmiendo Jorge y le susurró:

—¡Jorge! ¡Jorge, despierta! ¡Han matado a Ana!

Jorge la miró sin levantarse de la cama.

—Ya lo sé —afirmó sin inmutarse.

—¿Qué ha ocurrido Jorge, no habrás sido tú?

—Déjame en paz Marina —seguía boca abajo sin levantarse.

—Por el amor de Dios Jorge, dime la verdad —insistió Marina.

—¿Qué es lo que te han dicho? —Jorge se incorporó y se sentó al filo de la cama cabizbajo, apoyándose con las dos manos en el colchón.

—No sé... dicen que Miguel ha matado a Ana. No me lo puedo creer.

—Pues créetelo —dijo Jorge fríamente, se levantó de la cama y se dirigió al baño.

—¿Y esa mano Jorge? Por favor dime la verdad —suplicó Marina.

Jorge se acercó a la cara de Marina desafiante.

—La verdad es que en esta maldita vida sólo hay una cosa segura y esa cosa es la muerte. Si viene la policía di que he estado toda la noche contigo. La mano me la he cortado arreglando la bicicleta de Mario ¿entendido? —le ordenó—. No quiero hablar más del tema —entró en el baño y cerró la puerta.

Marina inquieta, no sabía qué hacer puesto que horas antes su marido estaba dispuesto a abandonarla e irse con Ana tan frescamente, dejándola a ella totalmente sola sin importarle sus sentimientos. Sin embargo, ahora venía decidido a quedarse guardando un motivo espeluznante que no quería desvelar. En el fondo se alegraba de servirle de refugio. Se sentía otra vez necesitada por Jorge.

“Si le guardo el secreto, no podrá dejarme jamás, pero tengo que saber qué ha ocurrido” —pensaba Marina.

Cuando Jorge terminó de ducharse, salió del baño y se encontró a Marina esperándolo en la puerta apoyada en la pared.

—Está bien. Te ayudaré... Pero antes tienes que decirme la verdad.

—Vamos al salón —la agarró con su mano derecha por el brazo izquierdo y la dirigió hacia el salón—. Siéntate.

Marina obedecía sin mediar palabra.

—Hace dos meses aproximadamente, la empresa presentó suspensión de pago, con lo cual, no podemos hacer frente a las deudas que se nos amontonan. Lo íbamos a perder todo. Tenía que impedir por encima de todo que eso ocurriera. De sobra es sabido de la fortuna que gozan Miguel y Ana. Sólo quería engatusarla y quedarme con su dinero. Poco a poco pude saber, a través de Ana, que Miguel no se fiaba de los bancos y tenía la mayor parte del dinero en una gran caja fuerte que se encuentra al fondo del sótano, dentro de un cuarto que hace las veces de trastero —hizo una pequeña pausa, respiró profundamente y prosiguió—. Le dije que nos iríamos juntos sólo para que cogiera el dinero y una vez lo tuviera en mi poder, volvería a por ti. Tú eres la mujer de mi vida Marina.

Marina estaba atónita escuchándolo.

—Y... ¿qué es eso de que Roberto es tu hijo?

—¡Oh! —suspiró—. Eso no es nada. Sólo fue una vez. Para mí no

significó absolutamente nada. Éramos muy jóvenes y... esas cosas pasan —daba por hecho de que era una cosa normal—. Lo que no podía imaginarme es que Ana se quedara embarazada.

Jorge se paseaba de un lado al otro del salón mientras Marina lo escuchaba atentamente sin dejar de mirarlo un poco incrédula.

—Roberto para mí no existe. Era muy sencillo lo que había que hacer. Todo lo tenía perfectamente planeado. Tú no tenías que saber nada. Yo te diría que me iba de viaje como siempre he hecho y ya está. Todo resuelto —suspiró—. Pero todo salió mal. Primero tú con tus discusiones de siempre y luego ese viejo chiflado. Fue horrible.

Hizo un paro en el relato. Se detuvo delante de Marina que se hallaba sentada en la silla completamente en silencio, sin quitarle la vista de encima. Jorge la miró, volvió a suspirar y se llevó las manos a la cara cerrando los ojos y bajando la cabeza. Acto seguido se retiró las manos que le cubrían todo el rostro y prosiguió:

—Ana me llamó antes de la hora acordada para irnos. Al parecer, Miguel sospechó algo y la había amenazado. Me fui rápidamente para su casa. Cuando llegué me estaba esperando con las maletas hechas y lista para salir, sólo le quedaba recoger algunas medicinas del botiquín que tenía en la cocina. Yo cogí las maletas y las subí al coche. Cuando volví le pregunté por el dinero. Me dijo que no lo había cogido. Ella no quería darme la clave pero como tenía miedo de que Miguel se levantara, me la dio para así poder ella recoger los últimos detalles y no perder más tiempo. Sólo me pidió que no lo cogiera todo. Me fui rápidamente directo al sótano. Pero como te he dicho antes, todo salió mal. Mientras yo estaba tratando de hacerme con el dinero, ese maldito viejo se levantó y acuchilló a Ana varias veces. Ya con el dinero en la mochila oí un grito desgarrador. Cerré la puerta de la caja fuerte para que no se notara nada. Cuando llegué hasta donde se encontraba ella, ya Miguel la había matado. Fue horrible. No pude hacer nada por ella. Vi el teléfono móvil de Ana que lo tenía en la esquina de la encimera, lo cogí y salí corriendo. El pánico se apoderó de mí y me fui con el coche lo más lejos que pude para tirar las maletas al contenedor más lejano que vi.

—¿Y por qué no le dices eso a la policía?

—Porque yo tengo el dinero Marina. No puedo decirles nada. ¿Quién se va a creer mi historia?

Realmente, ni Marina se la creía. Se levantó de la silla y se colocó en

frente de Jorge.

—Puedes decir que ella te obligó a cogerlo.

—Es mejor no decir nada, créeme.

—Y la mano Jorge. ¿Qué te pasó en la mano?

—Al subir por las escaleras del sótano, había un hocino de estos que se utilizan para cortar las malas hiervas del jardín, estaba mal colocado con la punta para las escaleras, encima de una estantería que daba al barandal. Había poca luz y sin darme cuenta lo rocé. ¡Maldita sea!, lo tenía bien afilado el cabrón.

—Deberías ir al médico.

—Ni en broma. Ya se curará.

—Pero si la policía encuentra sangre tuya en la casa vendrán a por ti.

—Ya me encargué de quitarla. De todas formas vendrán con toda probabilidad a hacer preguntas. Tenemos que estar muy seguros de lo que decimos.

Marina y Jorge se abrazaron mutuamente.

## El Funeral

Debido a la gravedad de los hechos y a la cantidad de medios de comunicación que daban eco de la noticia en todos los puntos de España, Susana, sufrió un grave desvanecimiento en el funeral de quien para ella había sido hasta el momento, la madre que no tuvo desde que una grave enfermedad se la llevara cuando ella apenas tenía tres años.

Para Susana, la muerte inesperada de Ana en esas circunstancias, fue muy impactante y no se venía encontrando bien desde entonces, debido a su estado. Sus amigos, conocidos y familiares no paraban de llamarla por teléfono hasta tal punto que la situación se le hizo realmente asfixiante.

Fue conducida inmediatamente al hospital. Enrique, su padre, la acompañó para que Roberto pudiera así, despedirse para siempre de su querida madre.

El cansancio hacía presencia en la cara de Roberto. Ensimismado, no podía dejar de pensar en las últimas palabras que le dijo a Ana el día anterior a su fallecimiento. Se arrepentía con toda su alma de lo sucedido. Jamás la hubiese insultado como lo hizo si hubiese sospechado que algo así fuera a ocurrir.

Los remordimientos y la preocupación por Susana, no dejaban que se concentrara mientras todos los allí presentes pasaban por delante de él dándole el pésame. De pronto, posó la mirada en Jorge que se acercaba junto a Marina. Notó que tenía la mano izquierda vendada, la cual trataba de esconder. Jorge se percató de que Roberto le miraba la mano herida y se la puso en la espalda.

—Lo siento mucho Roberto —dijo Jorge tendiéndole la mano.

Lleno de rabia, se quedó mirándolo fijamente a los ojos. Jorge pudo sentir un escalofrío en su interior y el miedo a que su propio hijo pudiera sospechar algo en contra suya. Finalmente le tendió la mano sin más. Marina le seguía y le dio el pésame también.

Una vez terminado el funeral, Roberto se dirigió al hospital donde finalmente habían hospitalizado a Susana. Allí se encontró con Enrique. Mientras esperaba en la sala, Roberto se sentía terriblemente desolado. Esta

vez el dicho “*las desgracias nunca vienen solas*” le venía como anillo al dedo.

Susana apenas tenía tres meses de embarazo. Los médicos le aconsejaron reposo absoluto. Tras una semana ingresada, volvió a su casa. Su marido había pasado la mayor parte del tiempo en el hospital con ella, teniendo que delegar su trabajo a terceras personas en las cuales él confiaba.

Ya en casa, con Susana y su hija María de dos años y medio de edad, Roberto sintió que su familia era lo más importante que tenía en la vida. Tenía que aprovechar todo el tiempo que pudiera para estar con ellas, pero no podía olvidarse de su padre. Para él, su padre siempre sería Miguel y ahora más que nunca necesitaba toda la ayuda del mundo para demostrar que no había sido él. ¿Qué le llevó a matar a la persona que más quería en el mundo? ¿Qué conseguía con eso?

Miguel negaba rotundamente los hechos. Fue trasladado a un hospital psiquiátrico donde permanecía en espera de juicio. Estaba pasando los peores momentos de su vida. Abandonado y olvidado sin saber realmente qué había ocurrido. Esa noche, cuando Roberto se acercó al coche de policía, donde se encontraba esposado, parecía gozar de una lucidez absoluta y podía estar diciendo la verdad. Roberto no dudó ni un momento en visitar a su padre todos los días con el afán de sacarle algo en claro. Debido a su enfermedad, era muy difícil saber cuándo decía la verdad.

“*Jamás se lo perdonaré, pero si no ha sido él, jamás me lo perdonaré*” — pensó Roberto.

Pasado más de dos semanas del duro acontecimiento, antes de hacerle una visita al hospital, se pasó por el lugar de los hechos. Aparcó el coche delante de la casa donde había pasado toda su vida. Bajó del coche con rostro serio. Tras unos segundos mirando aquella casa que escondía toda la verdad entre sus cuatro paredes, se decidió a entrar. Se dirigió a la puerta y la abrió haciendo girar la llave muy lentamente. Una vez abierta, se adentró en ella pudiendo observar que todo estaba igual que aquel fatídico día. Un terrible estremecimiento recorrió todo su cuerpo. El sillón donde se halló a aquel viejo desalumbrado seguía manchado de sangre. El dibujo del cuerpo de Ana en el suelo de la cocina, aún sin desaparecer del todo, hacía que se sintiera peor de lo que ya estaba, deseando así, una vez más, que nada de aquello hubiese sucedido. Pero, ¿qué ocurrió realmente?

Aunque no quisiera, tenía que hablar con Jorge. Seguro que él tenía algo

que ver con todo aquello. ¿Por qué había un billete de avión en el bolso de Ana y dónde estaba su ropa? ¿Acaso iba a abandonar a Miguel? Sin duda tenía que verle. Cerró la puerta con más dudas que con las que venía y se dirigió al hospital.

—¡Hola papá! —le dio un beso en la frente.

Miguel estaba sentado en su habitación mirando hacia la ventana, totalmente abstraído.

—Solo quiero decirte que te quiero y que sepas que no estás solo. Llegaré hasta el final. De una manera u otra tengo que saber la verdad —se agachó y se puso delante de Miguel mirándolo apenado—. ¡Eh, hombretón! Tienes que recordar todo lo que sucedió. ¡Eh, mírame! —insistió.

Miguel seguía mirando para la ventana. Roberto le cogió la cara por la barbilla y se la dirigió hacia él. La mirada la tenía completamente perdida.

—Sabes...tu nieta no para de preguntar por ti...por ti y por mamá.

Aquello parecía más un monólogo que una conversación. No pudo sacarle ni una sola palabra de su boca. Se fue completamente afligido.

Las enfermeras que lo cuidaban, le dijeron a Roberto que desde que llegó allí, su actitud había sido muy negativa, negándose así a participar en todas las actividades que se hacían junto con los demás pacientes. Su estado de salud mental había retrocedido con mucha rapidez, como si ya no le importara seguir viviendo. Parecía que su mente había decidido dar un paso atrás para no recordar el presente pero sí en cambio le gustaba recordar el pasado y en muchas ocasiones preguntaba por Ana y se enfadaba porque ella no venía a verlo. Le gustaba contar sus historias, a veces sin sentido, a los demás enfermos que pasaban a su alrededor. Casi siempre tenía a algún espectador sentado a su lado escuchándolo sin protestar. Otros se quejaban de que siempre estuviera hablando y que siempre tuviera a gente dispuesto a escucharle. Afortunado era Roberto, que en muchas ocasiones, podía sacarle algo del presente casi siempre olvidado por Miguel.

A Susana, los meses se le hacían interminables. Pasaba todos los días tumbada, del sofá a la cama y de la cama al sofá. Para ella, cualquier sacrificio era poco, solo quería que el embarazo llegara a buen fin.

Aquel seis de mayo, en la madrugada, justo media hora antes de que Roberto se levantara para trabajar, Susana empezó a sentirse mal.

—¡Roberto! —exclamó tocándole la espalda para que se despertara.

—¿Qué ocurre? —dijo sobresaltado.

—No me encuentro bien. Creo que será mejor que nos vayamos para el hospital.

Roberto dio un salto de la cama y poniéndose muy nervioso no paraba de decirle a su mujer:

—¡Respira cariño, respira!

Le hacía gestos de respiración profunda mientras se paseaba de un lado a otro poniéndose la ropa rápidamente. Con una mano se colocaba un zapato y con la otra sujetaba el teléfono móvil para llamar a Enrique, al cual, llamo inmediatamente para que se quedara al cuidado de su pequeña María que dormía profundamente ajena a todo lo que estaba sucediendo. Su hermana pequeña, vendría al mundo en breves momentos.

Susana cogió el bolso que había estado preparando con mucho mimo durante todo el embarazo para que no le faltara nada a su pequeña hija, a la que, esperaba con mucha impaciencia desde que el médico le dijo que tenía que estar en reposo si quería que el embarazo terminara sin problemas.

Susana, tumbada en la camilla y agarrada de la mano de Roberto, sólo alcanzaba a ver pasar, una tras otra, las luces que alumbraban el techo del hospital.

Lucía nació sin las complicaciones mayores de un parto normal algo adelantado. Roberto daba gracias a Dios de que por fin algo fuera bien después de tanto desbarajuste en su vida y del anterior parto de Susana que sí fue muy complicado.

Cuando vio la niña recién nacida, rápidamente se le vino a la mente la cara que pondría Ana al ver a su nueva nieta. Ana estaba eufórica con la idea de ser abuela otra vez.

**—Cuando nazca Lucía, seremos cuatro mujeres en la familia —dijo Ana riéndose—. Así que ganamos por mayoría. No tendréis más remedio que hacer lo que nosotras cuatro queramos. ¿Verdad Susana? —Susana se rio con ella.**

“Todo se veía tan normal” —pensaba Roberto. ¿Por qué tubo que aparecer Jorge en sus vidas? Él no había oído nunca mencionar ese nombre en casa, ni tampoco había visto nunca una fotografía en la que apareciera.



## La Investigación

Llovía abundantemente en Madrid. Ese invierno estaba haciéndose realmente duro en todos los sentidos.

Roberto, cubierto con un gran paraguas negro y una gabardina gris oscura, acudió a ver a su padre como de costumbre. Siempre le insistía a Miguel que se esforzara por recordar. Desde que pasó lo de Ana, su mente había dado un paso atrás y todos los adelantos que había tenido anteriormente ahora se veían anulados totalmente por el sufrimiento. Parecía como si quisiera tenerlo en el olvido y no recordarlo jamás.

—Hola papá ¿cómo estás hoy?

Miguel le contestó de inmediato, cosa difícil ya que siempre había que repetírselo muchas veces para que contestara y aun así, casi siempre, no respondía.

—Hola Roberto. Estoy muy bien —contestó Miguel.

—¡Hombre, que alegría me das! —exclamó Roberto eufórico.

Roberto intuyó que hoy quizás podría sacarle algo que le ayudara a saber con más claridad lo que sucedió.

—¡Bueno hombretón! Hoy tenemos un día bastante lluvioso —dijo Roberto mientras se acomodaba en una silla delante de Miguel.

—Qué pena ¿verdad? Me hubiese gustado salir al jardín.

—En un par de días está reluciendo el sol otra vez y podremos salir cuando quieras.

—Me gusta mirar por la ventana cuando hace sol —prosiguió Miguel con voz tranquila.

—A ver papá... centrémonos. Tienes que recordar qué pasó el día que asesinaron a Ana.

Miguel, estaba extrañamente relajado y contestó con gran tranquilidad:

—La vida a veces te juega malas pasadas hijo y hay que saber seguir adelante con lo que te ha tocado vivir. Jamás pensé en tener un hijo. Cuando naciste tú, sin duda alguna, fue el día más feliz y especial de mi vida. Tu madre y yo decidimos vivir juntos a pesar de que a tus abuelos les pesaba

mucho que yo fuera bastante mayor que tu madre y se negaban rotundamente a nuestra unión. A pesar de eso, Ana siempre estuvo a mi lado. Era tan alegre que todo lo veía bien —relataba Miguel con añoranza.

Roberto lo escuchaba con mucha atención.

—Mi niñez no fue fácil. Mis padres no tenían ni para darme de comer. Me juré a mí mismo que a mí familia no le faltaría de nada y me he dedicado enteramente a mi trabajo para que eso fuese así.

Miguel hablaba pausado y con nostalgia.

—Para mí, Ana lo era todo en mi vida. Después de una tortuosa separación con Ángela, mi exmujer, ella me dio las ganas de vivir de nuevo. Yo no quería ni pensar en volver a casarme, pero no pude resistirme a sus encantos, a ella le hacía tanta ilusión vestirse de blanco, que no pude negárselo después de un par de meses viviendo juntos. Era tan pura y cristalina que hubiese dado mi vida por ella.

Miguel se paró un momento para beber un poco de agua que tenía en un vaso encima de una pequeña mesa cerca de su silla de ruedas. Su delicada salud y su edad, habían hecho que le costara un poco andar.

—Aún recuerdo aquel día de verano cuando nos fuimos de pesca a un pueblo blanco de la costa de Cádiz. Tú tendrías unos diez años. ¿Te acuerdas? —sonrió—. El sol y las enormes playas de arena blanca hacían de aquello realmente un paraíso...

Roberto asintió con la cabeza.

—*¡Vamos dormilones, a levantarse! Que hace un día estupendo —dijo Ana.*

*Separó las cortinas y abrió las ventanas dejando entrar la luz privilegiada del magnífico sol que relucía en un inmenso cielo azul totalmente despejado y, cogiendo una almohada, empezó a golpear a Miguel y a Roberto, que había dormido toda la noche en medio de los dos.*

—*¡Ah! ¿Qué quieres guerra? —dijo Miguel cogiendo otra almohada—. ¡Vamos Roberto al ataque!*

*Los tres se enzarzaron en una guerra de almohadas, riendo como niños. Roberto disfrutaba al máximo en todo momento. Terminaron todos agotados boca arriba tirados en la cama de aquel peculiar hotel.*

—*Vamos a pescar —dijo Ana con entusiasmo.*

*Parecía disfrutar más que una niña con la edad de Roberto. Después de desayunar, cogieron las dos cañas de pescar que habían comprado para*

*la ocasión y se fueron al río que pasaba adornando aquellas cálidas tierras para desembocar con toda tranquilidad en la inmensa playa azul verdosa que bañaba a tan maravilloso pueblo. Se colocaron en aquel ligero, pero resistente puente singular. Roberto se preparaba para lanzar la caña que era el doble de grande que él, hacia la profundidad del río, mientras Ana le ayudaba y Miguel preparaba el cebo para la otra.*

*Miguel, al ver que ninguno de los dos podían lanzarla, les explicó cómo se hacía, y entonces al fin, la lanzaron lo más lejos que pudieron no llegando a alcanzar ni los dos metros de distancia. Los tres se reían burlándose de ellos mismos.*

—¿Recuerdas Roberto lo que pasó después? —dijo Rafael sonriendo.

—Cómo no voy a acordarme. Después de llevarnos toda la mañana esperando que picara un pez, cogimos uno, lo metimos en un cubo, me volví con el cubo en las manos, tropecé y se me cayó al río en un segundo, sin darnos tiempo ni siquiera de observarlo un poquito. Aún recuerdo lo que lloré —echó unas carcajadas.

Miguel echó a reír como hacía tiempo no lo hacía. Roberto esperó un breve espacio de tiempo viendo melancólico como se reía su padre e insistió:

—¡Qué bonito es verte reír de nuevo, papá! Siento estropearte el momento, pero tienes que tratar de recordar qué ocurrió ese día.

—Fue horrible, horrible —a Miguel se le cambió la cara—. Hacía mucho calor. Tu madre y yo estuvimos en casa después de venir del centro.

Roberto escuchaba impaciente el mismo relato con el que Miguel empezaba siempre.

—Hicimos la cena entre los dos. Cenamos en el porche y luego yo me fui a dormir. Estaba muy cansado y las dichas pastillas que me daba tu madre me dejaban muerto.

Miguel hizo una pausa y dejó de hablar. Tras unos segundos Roberto volvió a insistir:

—Papá tienes que seguir. Lo que has dicho ya lo sé. Tengo que saber lo que pasó después, por favor no te pares, haz un esfuerzo más.

Roberto no quería tampoco meterle mucha prisa para que no se bloqueara como tantas otras veces, que empezaba con la misma cantinela y ya no decía nada más. Empezó a temer que esta vez fuera igual y para quitarle presión al asunto le dijo:

—Susana y la niña me han dado besos para ti.

—Qué bonito es tener una familia que te quiere —dijo Miguel.

—Tú también la tienes papá. Nosotros somos tu familia y te queremos.

Miguel se quedó pensando y tras unos segundos prosiguió con su relato.

—Oí un ruido y me levanté sobresaltado. Pensé que alguien había entrado en casa. Tu madre tiene la mala costumbre de dejar las ventanas abiertas cuando hace calor. Bajé con mucho cuidado para que no me oyera nadie.

Por fin Roberto, pudo escuchar algo más que el principio de la historia.

—Entonces —prosiguió—, allí estaban ellos.

Se hizo de nuevo un leve silencio. Roberto estaba deseando escuchar el final y temía que Miguel no llegara a terminarlo.

—¿Quiénes son ellos? —dijo Roberto titubeando.

—¡Eran los ladrones! —susurró Miguel.

—¿Ladrones? ¿Y qué pasó?

—Estaban discutiendo. Uno acuchilló al otro y salió corriendo.

—Papá, no acuchillaron a ningún ladrón —dijo Roberto decepcionado.

En ese momento se dio cuenta que no iba a poder sacar nada en claro, al igual que las otras veces que había intentado que dijera algo creíble. Desgraciadamente, no llegaba a nada más que a una vaga esperanza de saber con exactitud, lo ocurrido.

—Sí hijo mío, créeme.

—Papá, acuchillaron a Ana, tu mujer, mi madre —dijo Roberto con mucho énfasis—. ¿Comprendes ahora por qué no acuchillaron a ningún ladrón? Fue a Ana, entiéndelo. Así no llegaremos a ninguna parte —Roberto se irritaba—. Concéntrate un poquito más. Venga vamos papá, tú puedes.

—Estaban discutiendo —continuó Miguel—. Cuando llegué, el otro ladrón me miró y salió corriendo. Pero,... ¿tu madre dónde está? ¿Por qué no viene a verme?

—Papá, te lo he dicho antes, mamá está...—Roberto respiró profundamente—. Vamos a dejarlo ya, ¿vale? —se dio por vencido una vez más. Se reclinó en la silla y pudo observar claramente que Miguel estaba otra vez abstraído.

—Tengo que irme. Mañana me voy de viaje. Vuelvo en un par de días. Así que cuídate e intenta seguir recordando. ¿Vale hombretón? —le dio con la palma de la mano en una rodilla y se levantó.

Daba la impresión de que Miguel ya no sabía con quién estaba hablando.

—Dile a Ana que venga a verme. Que estoy muy sólo —dijo Miguel

enojado.

Roberto se le quedó mirando y tras unos segundos, cogió el paraguas y la gabardina. Le dio un beso en la frente y se marchó sin más. Cuando llegó a su casa, Susana lo estaba esperando.

—Hola cariño —dijo Susana.

—Hola a todos —dijo Roberto colocando la gabardina en el perchero de la entrada—. ¡Uf! Está lloviendo a chuzos.

Susana fue a recibirlo y le dio un suave beso en los labios.

—¿Qué tal con tu padre hoy?

—Fatal, como de costumbre. ¿Y las niñas?

—Lucía está dormida y María está en el baño ocupada, ya sabes.

—¡Hola papá! —gritó María a lo lejos.

—¡Hola cariño! ¿Dónde está la niña más guapa del mundo?

María se reía afanosamente.

Roberto se acercó a Susana, la agarró por la cintura y con voz cariñosa le dijo:

—El martes por la tarde, cuando vuelva de Sevilla, quiero que estés preparada para ir a cenar los dos solos. Llamaremos a Elena para que se quede con la niña.

—¡Oh qué bien! —dijo Susana con voz picarona esbozando una sonrisa.

Se besaron efusivamente. En ese momento, apareció María en escena y los abrazó a los dos por las piernas.

—¡Eh! ¿Quién es esta niña tan guapa? —Roberto la cogió en brazos y le dio un beso en la mejilla, María no paraba de reírse—. El abuelo me ha dado muchos besos para ti.

—¿Ah sí? ¿Por qué no viene a vernos?

—¡Bueno! Es una larga historia —contestó Roberto.

—Vamos a cenar. ¡Todos a la mesa! —interrumpió Susana.

A la mañana siguiente, Roberto cogió el AVE para ir a Sevilla. Tenía una reunión muy importante a la que no podía faltar. A la mitad del trayecto, recibió una llamada inesperada.

—Dígame.

—¿Roberto García?

—Sí, soy yo.

—Buenos días, Roberto. Soy el comisario Ordoñez.

—Buenos días comisario. Dígame.

—Quería saber cuándo puedo hablar con usted personalmente.

—Pues... me pilla de viaje. ¿Alguna novedad?

—Bueno, tenemos a un testigo que dice haber visto salir corriendo a alguien el día del suceso.

—Estupendo. ¿Es algún vecino? —preguntó Roberto con curiosidad.

—Me gustaría hablarlo con usted personalmente.

—¿Quedamos entonces el miércoles? —dijo Roberto esperanzado.

—De acuerdo. ¿A primera hora le viene bien?

—Perfecto. Me paso por la comisaría —afirmó Roberto.

—Muy bien, que tenga buen viaje. Adiós —se despidió el comisario Ordoñez.

—Gracias. Adiós.

Roberto colgó el teléfono ansioso en saber quién era el testigo, con la esperanza de poder sacar a Miguel de aquel maldito infierno en el que vivía. Deseaba profundamente que su padre llevara la razón y no fuese él. Había alguien más y Roberto se imaginaba quien podía ser, sólo necesitaba pruebas. Las maletas y el teléfono móvil de Ana no se llegaron a encontrar y la caja fuerte estaba vacía, pero nadie la había forzado. ¿Qué había hecho su madre con el dinero? Aparentemente, nadie la había tocado y permanecía cerrada sin ningún rasguño que hiciera sospechar que hubiese sido un robo, lo cual, le llevaba a pensar que Ana lo había sacado con anterioridad. Hecho que no denunció a la policía.

Tras su regreso a Madrid, llamaron a Elena, la canguro, para que se quedara al cuidado de las niñas. Roberto y Susana se fueron a cenar tal y como le había prometido antes de marcharse a Sevilla.

—Estás preciosa esta noche—le dijo Roberto sentado frente a ella en una pequeña y elegante mesa para dos.

—Gracias cariño. No me mires así que me sonrojo. Tú también estás muy guapo—sonrió Susana.

—Mañana he quedado con el comisario Ordoñez.

—Ajá. ¿Tiene nuevas noticias?

—Al parecer hay un testigo.

—¿Un testigo?, —interrumpió Susana—. ¿Quieres decir que alguien vio lo que sucedió?

—No exactamente. Solo vio a alguien salir corriendo de la casa.

Susana, que se encontraba sentada delante de Roberto, en ese elegante y

romántico restaurante con el que la había sorprendido, le cogió las manos y le dijo con voz dulce:

—Ya verás como todo va a salir bien. Yo también tengo el presentimiento de que no fue tu padre.

—Lo malo de todo Susana, es que yo creo que fue Jorge. Y si eso es así, también sería mi padre el que la mató —esbozó una sonrisa—. Irónico ¿verdad?

—No te atormentes más Roberto.

—Si yo hubiese sabido que tenían la intención de irse juntos, te juro que quien la hubiese matado sería yo. A ella y a él.

—No digas bobadas. Tú no eres capaz de matar ni a una mosca.

—Es que, no me puedo ni imaginar qué vio mi madre en ese tipo —insistió Roberto.

—Déjalo ya. No es necesario que te martirices más. Nada puede cambiar lo ocurrido. Tienes que comprender que tu madre era una mujer joven y tu padre, con su edad y su enfermedad, es normal que Ana necesitara un poco de cariño —Susana intentaba convencerlo.

—No trates de excusarla. No tiene ninguna justificación.

—Cariño, aún está muy reciente y es normal que estés dolido. No todo el mundo se entera que tiene un nuevo padre un día antes de morir su madre en esas condiciones, pero debes tener resignación y aceptar las cosas como son. Por mucho que te duela ya el daño está hecho y aunque tú no quieras, sabes que Jorge es tu padre.

—Mañana iré a hablar con el comisario. Tengo que hablar con Jorge también.

—Por favor Roberto. Deja que la policía haga su trabajo.

—¿Sabes Susana? Para mí lo más importante ahora mismo sois tú y las niñas. Pero tengo que saber con exactitud qué ocurrió en realidad para que pueda centrarme más en vosotras y en mí mismo. Soy muy feliz por la familia tan maravillosa que tengo. Os merecéis lo mejor del mundo, pero tienes que comprender que mientras yo no tenga claro qué fue lo que pasó, no podré estar al cien por cien con vosotras. Te quiero mi vida.

—Y yo a ti cariño.

A la mañana siguiente, Roberto, acudió puntualmente a la cita que tenía con el comisario.

Ordoñez se encontraba sentado en su oficina de grandes ventanales desde

donde divisaba toda la comisaría, la cual, era normalmente un hervidero de delincuentes a los cuales los oficiales acompañaban para hacer declaración. El comisario estaba totalmente distraído leyendo el periódico y tomando un café que, entre sorbo y sorbo, se le había quedado helado.

Roberto dio unos golpes en la puerta antes de entrar.

—¡Oh, pase, pase Roberto! —exclamó poniéndose de pie y dejando el periódico encima de la mesa.

Tras un fuerte apretón de manos, Ordóñez, invitó a Roberto a que se sentara.

—Tome asiento, por favor.

—Gracias.

—¿Qué tal se encuentra?

—Pues bien, aunque, creo que no he venido aquí para hablar de mi estado. Vaya al grano por favor —contestó Roberto impaciente por saber qué podía ofrecerle de nuevo el comisario.

—Bueno, la cosa es que, después de todas las pruebas policiales, hemos llegado a la conclusión de que había otra persona más en la escena del crimen. Hemos encontrado las huellas, por supuesto a parte de las de Miguel, de alguien más en el arma homicida. Aunque, claramente, hay una prueba que puede ser concluyente. Como ya le dije el lunes por teléfono, hay un testigo dispuesto a declarar en el juicio. Esta persona vio salir huyendo a alguien de la casa —el comisario se quedó pensativo mirándolo.

—¿Pudo verle la cara?

—No del todo. Dese usted cuenta que era de madrugada y la calle está muy oscura a esa hora. Al parecer, había alguien que frecuentaba la casa durante el día, aunque no sabemos por el momento quién es. Me gustaría que me proporcionara una lista de nombres de las personas de género masculino que tuviera amistad con sus padres. ¿Sabe usted si su madre tenía relaciones extramatrimoniales? No quiero ofenderle pero se lo tengo que preguntar —se reclinó en el sillón con el bolígrafo en las manos.

—Que yo sepa no —afirmó Roberto con convencimiento sin querer decir nada.

—Tenemos que hacerle una prueba de ADN a todos... incluido a usted — se inclinó hacia adelante y golpeó dos veces el bolígrafo contra la mesa mirándolo desafiantemente—. ¿Había tenido usted algún problema con su madre en algún momento?



—Esa pregunta me la ha hecho usted ya en alguna otra ocasión y ya le he dicho que no.

El comisario se le quedó mirando fijamente a los ojos. Roberto se sintió incómodo. ¿Qué estaba insinuando? ¿Por qué tenía que hacerse una prueba de ADN? ¿A caso lo estaba inculcando a él?

—Hay dos personas más, un vecino de sus padres y otro que pasaba en aquella ocasión, paseando a un perro por la calle, que aseguran haberle oído a usted gritar a altas horas de la mañana anterior al suceso, “*Te mato*”, en al menos, un par de veces. ¿Podría usted decirme a qué se debe esa expresión y a quién iba dirigida? —dijo Ordóñez con voz amenazante.

Roberto se puso muy nervioso. No quería que nadie supiera que Jorge era su padre y así no dañar la imagen de Miguel, al cual quería mucho y le tenía un gran cariño a pesar de todo.

—No sé a qué se refiere.

—¿Está usted seguro?

—Totalmente.

—Le informo por su bien, que es mejor que coopere en todo momento.

—Lo haré.

El comisario se quedó mirándolo incrédulo.

—Está bien —dijo repentinamente Ordóñez—. A ver, necesitamos la lista cuanto antes. Tómese su tiempo pero no se duerma en los laureles, contra antes encontremos a esa persona, mejor.

—Lo intentaré. Se lo mando por correo electrónico esta misma tarde si es posible.

—De acuerdo.

Sin más, se levantaron y se despidieron dándose un apretón de manos. Ordóñez, lo acompañó hasta la puerta.

Roberto pudo saber del número de teléfono de Jorge a través del teléfono fijo de la casa de Ana. Con total pesadumbre lo llamó sin dudar ni un minuto más. Su teléfono daba apagado o fuera de cobertura. Subido en el coche, se dirigió para la cafetería donde normalmente en más de una ocasión habían coincidido. Yendo por la calle principal lo vio caminar por la acera. Roberto redujo la velocidad y se puso a su altura.

—¡Jorge! —gritó—. ¡Sube!

Jorge lo miró extrañado pero no dudó ni un segundo en subirse al coche.

—Creo que es hora de que hablemos —dijo Roberto.

—Tú dirás.

Roberto siguió para adelante conduciendo despacio hasta que vio el lugar apropiado para mantener una conversación con Jorge sin que nadie pudiera molestarlos.

—Vamos a tomar un café —sugirió Roberto.

Paró delante de una solitaria cafetería. Bajaron del coche en silencio. Entraron y se sentaron en una esquina lo más apartada posible de cualquier persona que en ese momento pudiera entrar. La tensión se hacía latente entre los dos. Se hizo un incómodo silencio sentados el uno frente al otro hasta que Jorge se atrevió a decir:

—Y bien, a qué se debe esta sorpresa.

—Realmente no sé qué vio en ti —dijo Roberto mirándolo con desprecio.

—Si vienes a reprocharme el pasado es mejor que nos vayamos. No estoy para reproches.

—¿Qué has hecho con sus cosas?

—No sé de qué me hablas.

—No te hagas el tonto conmigo. Está claro que pensabais irnos juntos esa noche.

Jorge se inclinó hacia delante y se apoyó con los brazos en la mesa.

—Vamos a ver. Yo quería a tu madre más que a nadie en el mundo. Me enteré que eras mi hijo el mismo día que te lo dijo a ti. Yo no sabía nada.

—Eso me da igual, por eso no te preocupes: tú no eres mi padre. ¿Qué ocurrió esa noche? —la ira podía con Roberto que se notaba como apretaba la mandíbula del odio que le tenía.

—No tengo ni idea —respondió Jorge con indiferencia.

—¿Qué te ha pasado en la mano? —dijo Roberto viendo la cicatriz aún rojiza que le había quedado.

—Me corté arreglando una bicicleta para mi nieto. ¡Basta ya de interrogatorios! —replicó Jorge enfadado—. Tienes que entender que para mí es una situación muy difícil también. Yo sólo quería que fuera feliz. ¿Dónde estabas tú mientras tu madre luchaba contra la enfermedad de ese al que tú llamas padre? ¿Piensas que era feliz así? Tu madre no tenía vida. En realidad, hacía ya tiempo que estaba muerta.

—Quiero que me digas qué ocurrió esa noche —insistió Roberto lleno de furia.

—Tienes razón. Pensábamos irnos juntos —Jorge decidió sincerarse,

pensó que era lo mejor, se acomodó en la silla dejando la mano derecha apoyada en la mesa y prosiguió—. Teníamos, la intención de irnos a Londres esa misma mañana. Ana me llamó antes de la hora prevista. Al parecer tu padre la había amenazado y sentía miedo. Quería irse lo antes posible de la casa —Roberto lo escuchaba con especial atención—. Cuando llegué, Ana tenía las maletas en la puerta, sólo le quedaba por recoger los últimos detalles. Llevé las maletas al coche. Mientras las colocaba en el maletero, escuché un terrible grito que provenía del interior de la casa. Me apresuré para ver lo que pasaba y cuando llegué...tu padre había acuchillado brutalmente a tu madre. Ya no había nada que hacer. Pude observar que estaba muerta. Lleno de pánico salí corriendo y tiré las maletas a un contenedor.

Roberto se quedó en silencio, apoyado con los codos en la mesa y las manos cruzadas sin parar de mirarlo.

—¿Se lo has dicho a la policía?

—No puedo decírselo. Tienes que entender que Marina es mi mujer y no sabe nada de esto, además, ya la policía lo ha condenado, para qué echar más leña al fuego.

—¿Y por qué tengo que creerte?

—Créete lo que quieras, te estoy diciendo la verdad —dijo Jorge enfadado.

Jorge seguía acomodado en la silla dándole vueltas al azucarillo que le había traído la camarera mientras, la incómoda mirada de Roberto permanecía delante de él como si un fino y largo cuchillo quisiera atravesarlo. Miró a través de la ventana y pudo divisar como algunos niños jugaban al fútbol tranquilamente en la calle.

—¿Sabes?, no he querido nunca a nadie como he querido a tu madre y sé lo que estás pasando en estos momentos. Ojalá todo hubiese sido diferente. Ella solo pensaba en ti. No quería hacerte daño, pero tienes que entender que merecía también ser feliz y decidió serlo. Entiendo que estés dolido conmigo pero no quiero que tengas ningún resentimiento hacia ella. Era una gran mujer y se merece todo tu respeto.

—Hay un testigo que te vio salir de la casa... Tengo que darles tu nombre a la policía—, dijo Roberto indiferente.

Jorge se levantó.

—No te preocupes, haz lo que tengas que hacer. Evidentemente lo que te he dicho no se lo voy a contar a la policía. Miguel es mi amigo también y no

quiero que se pudra en la cárcel, entiéndelo. Esto lo pago yo —tiró el azucarillo en la mesa.

Jorge pagó en la barra los dos cafés que habían pedido y se fue sin más.

Roberto se quedó viendo por la ventana como se alejaba. Su declaración no lo había dejado del todo satisfecho. Sólo quedaba insistirle a Miguel para que pudiera recordar con precisión lo que sucedió. Irremediablemente, Miguel tenía poca credibilidad. Sus desbarajustes mentales le condenaban con total seguridad y sería muy complicado que saliera impune en el juicio.

Al día siguiente, estando en su oficina, Roberto le envió a Ordóñez una lista de los amigos más comunes con los que solían estar Miguel y Ana, aunque después de saber lo de la enfermedad de Miguel, muchos de ellos, habían dejado de frecuentarlos, aun así se los envió. Claramente en la lista iba el nombre de Jorge, al cual Roberto, se negaba a creer, pero que, poco a poco se fue concienciando de que tal vez, tuviera razón y realmente Miguel confundiera a Ana con un vulgar ladrón de barrio.

Jorge declaró ante el comisario Ordóñez que él, junto a su mujer, eran amigos de la pareja y que solían frecuentar la casa, que esa misma tarde habían estado allí y que él se había tomado una copa con Ana puesto que Marina no había querido tomar nada y Miguel estaba aturdido con la medicación. Eso daba respuesta a las pruebas de ADN encontradas en una copa encima de la mesa.

El juez instructor Federico Martín, que llevaba el caso del asesinato de Ana, le tomó declaración a cada uno de ellos tras haberlo hecho con anterioridad en la comisaría. Jorge se ratificó en todo lo dicho ante la policía y el abogado defensor aseguró que su cliente era inocente ya que había pasado toda la noche con su mujer en su casa. Jorge había cambiado de móvil recientemente asegurando que lo había perdido. Marina lo apoyaba en la coartada.

Todas las sospechas se centraban ahora en Roberto que, por no querer poner en evidencia la memoria de su madre y la honorabilidad de su padre, ocultaba su verdadera identidad.

Roberto no tenía una coartada clara. Supuestamente, esa noche tenía que coger un vuelo a Roma, sin embargo no llegó a realizarlo alegando que no se encontraba bien de salud. Susana, atemorizada ante el temor de que Roberto tuviera algo que ver con el asesinato de Ana, aseguraba que había estado toda la noche con ella, pero la policía empezó a dudar tras la declaración de dos

vecinos que aseguraban haber oído a Roberto gritar “Te mato” aquella misma mañana, y uno que afirmaba rotundamente, que esa noche lo vio salir corriendo de la casa de Ana. Aunque no podía asegurar con certeza qué hora era y si antes o después de aquel escalofriante grito. Ciertamente, Roberto estuvo en la casa de Ana esa noche. Estuvo charlando con ella después de que Miguel se hubiera acostado ya entrada la madrugada.

*Con el calor que hacía, se hacía muy difícil conciliar el sueño. Roberto cogió el coche y se dedicó a vagar por la ciudad. Pasó por delante de la casa de Ana y al ver luz encendida, se decidió a entrar. Roberto esta vez tocó el timbre para no asustar a su madre. Ana se encontraba haciendo las maletas desesperadamente en su cuarto.*

*—¡Roberto! —Ana lo abrazó y empezó a llorar súbitamente de alegría y tristeza al mismo tiempo.*

*Roberto la abrazó fuertemente esperando a que se calmara.*

*—Venía a decirte, que por encima de todo, eres mi madre.*

*Ana se aferraba a Roberto sin querer soltarle mientras él le acariciaba el pelo. No le dijo en ningún momento sus intenciones. Pocos minutos antes había llamado a Jorge para irse con él y se irían juntos en cuanto llegase.*

*—¡Eh vamos, mírame! —Roberto le secó las lágrimas.*

*—Nunca he querido hacerle daño a Miguel, pero inevitablemente siempre he querido a Jorge —le explicó Ana.*

*—Cálmate. Vamos a sentarnos.*

*—Éramos muy jóvenes —se explicaba Ana con ansiedad—, y no quería manchar la reputación de Miguel, así que le dije que el niño era suyo. Pensé que era lo mejor para todos. Al poco tiempo nos casamos y hemos sido muy felices juntos, pero ahora no puedo más. Estoy agotada. Espero que me perdones algún día —decía Ana sollozando.*

*Después de un largo rato charlando con Ana, el teléfono de Roberto empezó a sonar. Era Susana. No se encontraba bien, estaba con los terribles vómitos que no la dejaban tranquila ni un momento y al no verlo a su lado se asustó y decidió llamarlo.*

*—Susana no se encuentra bien. Tengo que irme. Mañana hablamos con más tiempo —dijo Roberto.*

*Roberto salió corriendo de la casa de Ana hacia su coche al filo de las dos de la madrugada. Susana estaba sola con la niña y necesitaba ayuda.*

*El vecino, que vive al lado de sus padres, se levantó de la cama en ese preciso momento para ir al baño y lo vio desde la ventana correr despavorido. Mientras estaba en el baño, oyó un terrible grito. En cuanto pudo, salió del baño y llamó a la policía. Se asomó por la ventana y no vio nada.*

La declaración ante la policía fue que esa madrugada vio salir corriendo a Roberto de allí sin especificar la hora exacta, aunque aseguraba que fue después del grito de Ana, dejando a Roberto como segundo sospechoso después de su padre.

Para Roberto, era imposible sentir odio hacia Miguel, a pesar de que la mayor parte de las sospechas recayeran sobre él. Lo veía una víctima más. Sin embargo, doliéndole mucho, no podía evitar un terrible odio hacia su madre. Ana le había ocultado la verdad durante toda su vida, engañándolo a él y a su padre sin ningún tipo de escrúpulos. Ahora pensaba abandonarlo sin más, igual que se abandona a un cachorro cuando ya estás cansado de cuidarlo. A pesar de haber estado hablando con ella esa madrugada, no fue capaz de decirle que al amanecer se iría con Jorge a Inglaterra. Él se habría conformado con que le dijera la verdad. Si viviera se lo reprocharía siempre. Se había convertido en una total desconocida para él, pero en ningún momento le hubiese hecho daño. En estas situaciones tan difíciles, nunca se sabe cómo una persona puede reaccionar. Aunque sus sentimientos eran nítidos, tenía absolutamente claro que no se merecía ese trágico final.

El juez instructor lo llamó para declarar. Roberto en su declaración, tenía algunas contradicciones con las descritas ante la policía. Tras la declaración del vecino y las huellas dactilares encontradas en el arma del crimen junto a las de su padre, el juez decidió arresto preventivo para Roberto.

Roberto no se podía creer lo que estaba sucediendo. Inmediatamente la prensa se hizo eco de la noticia y varios medios de comunicación a la mañana siguiente se levantaban con los siguientes titulares:

**“ACUSADO DE ASESINATO ROBERTO GARCÍA, HIJO DE ANA GONZÁLEZ ASESINADA BRUTALMENTE EL PASADO MES DE SEPTIEMBRE.”**

**“Después de llevar detenido Miguel García, marido de la víctima, más de seis meses en un centro psiquiátrico por el asesinato de Ana González, ahora es detenido también su hijo, Roberto García, por el mismo hecho.”**

**“El presunto asesino de Ana González declara haber estado en su casa**

**con su mujer la noche de los hechos, mientras un vecino asegura que lo vio salir a altas horas de la madrugada del domicilio donde se ejecutó el delito y otras dos personas lo oyeron gritar “Te mato” la mañana anterior. El letrado Rosendo Pascual, asegura que su cliente es inocente.”**

## La Cárcel

Roberto fue conducido a prisión. Esposado y cabizbajo bajó del coche policial mientras un grupo de manifestantes le gritaban asesino a las puertas de la cárcel. La prensa lo había juzgado anticipadamente. La expectación mediática había hecho que la gente diera por hecho que el asesino era Roberto. Sintió un vacío intenso en su interior cuando tras él, se iba cerrando cada una de las puertas por donde iba pasando. Un miedo espeluznante se apoderó de su cuerpo que empezaba a temblar incontrolablemente como si estuviese viviendo en una terrible pesadilla de la que no podía despertar. Desafortunadamente era la terrible realidad que se daba de bruces contra él.

A la entrada de la cárcel procedieron a identificarle y fue registrado en el libro de ingreso del centro. Posteriormente le tomaron las huellas dactilares y procedieron a sacarle una fotografía de frente y otra de perfil abriendo así su expediente.

El personal carcelario lo sometió a un cacheo y al despojo de todas sus pertenencias, dejándolas depositadas en el centro tras darle un recibo detallado con todos los objetos allí entregados. Después de todo esto, le proporcionaron varios kits necesarios para los días en la prisión. Un juego de sábanas, una manta, una bolsa con artículos de higiene personal y un juego de cubiertos de plásticos para ser utilizados durante su estancia. A su vez le entregaron una tarjeta monedero para así poder pagar en el economato. Su familia podría recargarlo cada vez que lo necesitara. Posteriormente procedieron a llevarlo a una pequeña enfermería donde le sometieron a un reconocimiento médico, en el cual, pudieron comprobar que Roberto estaba totalmente sano, pero que a raíz de los acontecimientos, manifestaba un grave trastorno de ansiedad. Fue entonces cuando lo dirigieron a una celda individual del módulo de ingresos a la espera de juicio o libertad condicional bajo fianza, pedida por su abogado nada más saber la noticia.

En sus primeras horas de internamiento fue visitado por un psicólogo para ver su estado emocional. Este señor pudo comprobar que Roberto necesitaba atención diaria de este tipo de servicio puesto que era muy nervioso y la



ansiedad se había hecho dueño de él. Le destinaron un compañero de celda ante el temor de que Roberto pudiera hacerse daño de forma voluntaria.

Al poco tiempo de la primera visita del psicólogo, entró por la puerta, ataviado con una mochila negra y varias mantas en las manos, el que llegara a ser su inseparable acompañante de celda por el tiempo que los expertos vieran oportuno. Estatura mediana, camiseta rasgada sin mangas, el pelo sobre los hombros bien peinado hacia atrás y con un gran bigote que le cubría todo el labio superior tapándole parte de la boca. Se posó delante de Roberto que se encontraba sentado en la cama viendo como esa persona se adentraba en la habitación, le tendió la mano derecha sujetando los enseres que traía con la mano izquierda y se presentó.

—¿Qué pasa tío? Soy el Carillas.

A duras penas, Roberto le tendió la mano.

—No te preocupes por nada. En cuanto pasen dos o tres meses estás como en tu casa—prosiguió el Carillas.

Depositó todas las cosas en los pies de su cama al lado de la de Roberto y se echó boca arriba con las dos manos detrás de la cabeza. No salía ni una sola palabra de la boca de Roberto cuando el Carillas le dijo:

—Y qué tío, me han dicho que rajaste a tu vieja —dijo el Carillas con desparpajo—. Yo le rajé el cuello a primo. Me traía negro, hasta que me cansé y le rebané el cuello.

—Soy inocente —dijo Roberto.

—¡Ja, ja! Eso dicen todos. Yo también soy inocente, lo que pasa es que mi primo era un pesado. Siempre que yo decía algo, iba él y me llevaba la contraria. ¿Tú te puedes creer? —se puso de lado mirando a Roberto—. No había quién lo aguantara. Créeme le he hecho un favor a la humanidad. Al fin y al cabo aquí no se está tan mal. Sólo tienes que tener cuidado con el Patracas y el Carroña, por lo demás todos son buena gente si no te entrometes en sus asuntos. El Carroña es un imbécil, siempre hace lo que le dice el Patracas. Esta semana nos traen la comidita aquí, pero la semana que viene tío, vamos al comedor y ya verás el personal, estando conmigo no tendrás problemas. Si no te quieres meter en líos, no aceptes nada, ni siquiera un cigarrillo de nadie ¿sabes?, en cuanto aceptes algo ya te tienen pillado. ¿Entiendes lo que te digo? Procura no ir solo por las escaleras, es el único lugar desprotegido de las cámaras y a los dos desgraciados esos les encanta esos sitios.

Tras su abogado, Susana fue la primera visita a la cárcel. Sentada en una

cabina de un frío y sucio cristal, después de haber pasado un suculento control, Susana esperaba impaciente su llegada.

Roberto llegó esposado acompañado por un policía, el cual le quitó las esposas y se desplazó hacia atrás esperando que la pareja hablara. Los dos se comunicaron tras el tibio cristal mediante aparatos telefónicos.

—Roberto —pronunció Susana apenada poniendo la mano izquierda sobre el cristal.

Roberto colocó a su vez la mano sobre la de Susana. Los dos se quedaron por un instante callados mirándose el uno al otro.

—¿Sabes?, esa noche estuve en la casa de mis padres pero, tienes que creerme, no ocurrió nada —dijo Roberto apenado y con lágrimas en los ojos.

—Sabes que te creo Roberto. Tenías que habérselo dicho a la policía para que no ocurriera esto.

—Pensé que no era necesario. Dile a Jorge que venga a verme. Necesito hablar con él —susurró Roberto.

—Lo haré —dijo Susana.

—No te preocupes, todo se va arreglar —dijo Roberto para tranquilizarla.

—Las niñas y yo te echamos mucho de menos —Susana echó a llorar.

Por un instante el pesimismo les invadió a los dos.

—Tienes que sacarme de aquí Susana.

—Moveré cielo y tierra si es necesario mi vida —dijo Susana sollozando.

Tras varios minutos de charla, el policía entró en la cabina.

—El tiempo se ha agotado. Despídanse por favor.

Roberto se levantó colgando el teléfono con los ojos llenos de lágrimas. Susana lo miraba entristecida aguantándose las increíbles ganas de llorar que se desataron cuando ya Roberto fue conducido fuera de su alcance visual. Tardó bastante rato en recuperarse. Cuando salió, la prensa estaba esperándola a la salida de la cárcel y nada más salir se abalanzaron sobre ella como si de unos buitres carroñeros se tratara.

—¿Ha podido hablar con su marido?

—¿Cómo se encuentra después de haber sido acusado del asesinato de su madre?

—Está muy tranquilo. Mi marido es inocente —dijo Susana angustiada.

—¿Es verdad que se había peleado con ella esa misma mañana?

—Por favor, déjenme pasar —rogó Susana.

Como pudo, se abrió paso entre todos ellos y se metió en el coche muy

nerviosa. La pena y la preocupación por el futuro no lejano de Roberto hacían que se sintiera perdida. Tenía que tomar las riendas de su destino y se fue de inmediato en busca de Jorge. Le comentó que Roberto quería que fuera a verlo. Él se negó rotundamente hasta el punto que Susana tuvo que implorarlo insistentemente para que Roberto pudiera hablar con él y convencerle de que dijera todo lo que sabía a la policía. Roberto solo quería que confesara lo que vio aquella noche.

—Iré a verle —dijo tras la insistencia de Susana —pero no te prometo nada.

Su abogado defensor pidió libertad bajo fianza, alegando falta de pruebas contra su defendido. La lentitud de la burocracia, hacía que Roberto se impacientara cada día más. Pasaba las noches en vela escuchando el ronquido ensordecedor de su compañero que dormía como un bebé sin el sentimiento de estar ahogándose en cada paso que daba como hacía él. Jorge se hacía esperar y no aparecía por allí.

Finalmente su abogado le comunicó que el magistrado estaba estudiando la posibilidad de dictar libertad bajo fianza en breve.

—Roberto García —se dirigió hacia él un guardia—. Tienes una visita.

Le puso las esposas y lo acompañó a las cabinas. Le quitó las esposas y lo dejó a la espera de que llegara la visita que aún estaban chequeando. Estaba sentado esperando, cuando entró Jorge mirándolo sobrecogido por el estado en el que se encontraba Roberto. Los dos cogieron el teléfono y Roberto empezó a hablar:

—Ya era hora de que vinieras.

—Mira Roberto, se me hace muy complicado decirte esto, pero no puedo hacer nada por ti.

—Maldita sea Jorge. Tú sabes la verdad. Tienes que decírselo a la policía. Tienes que decirles que fue mi padre.

—Puedes decírselo tú —replicó Jorge.

—Sabes que yo no estaba presente en ese momento. ¡Soy inocente, joder!

—Entiéndelo de una vez. Tengo a mi familia. ¿Tú sabes lo que podría pasar si mi mujer y mis hijos se enteraran de que quería escaparme con tu madre? Me arruinarían la vida—se quejaba Jorge.

—¡Yo también soy tu hijo! —gritó Roberto suspirando fuertemente—. Por el amor de Dios, haz algo en condiciones por una vez en tu vida, ¡maldita sea!

Los dos se quedaron callados por un instante.

—¿La policía, sabe algo del dinero? —preguntó Jorge frunciendo el ceño.

—¿Pero, qué me estás diciendo, fuiste tú? ¿Le quitaste a su mujer y también le robaste su dinero? ¿Qué clase de persona eres?

—¡Diablos Roberto!, ¿quieres que te ayude o no? Estoy pasando por malos momentos económicos y necesitaba el dinero. Pensaba devolverlo en cuanto pudiera.

Roberto respiró profundamente con resignación.

—No les he dicho nada —dijo Roberto—. Pensé que mi madre lo había puesto en otro sitio.

—Haré lo que pueda. Pero tienes que comprenderme: mi situación es delicada.

—Seguro que es menos delicada que la mía —afirmó Roberto con dejadez.

—Cuídate.

Roberto asintió con la cabeza.

Jorge colgó el teléfono y salió de la cabina. Roberto fue conducido de nuevo a su celda. Allí estaba el Carillas esperándolo.

—¿Qué tal colega, cómo te ha ido?

—Bien.

Roberto hablaba siempre con monosílabos sin querer darle muchas explicaciones al Carillas. Desconfiaba completamente de él. Pensaba que la policía lo había metido allí para sonsacarle declaraciones del asesinato de su madre.

Llegó el primer día en que Roberto, acompañado del Carillas, bajó a almorzar al comedor. Con rostro serio lo siguió detrás todo el tiempo. Esperaron en fila de a uno para que le sirvieran la comida en una bandeja. Posteriormente, con la bandeja en la mano, pasaron por delante de varias mesas en busca de un sitio para sentarse. El salón estaba repleto. A lo lejos se escuchó la voz del Carroña gritar:

—¡Atención chicos, el Carillas trae carne fresca!

Todos rieron.

Roberto, al escucharlo, no pudo dejar de dirigir la mirada hacia él. El Patracas estaba a su lado en silencio, cortando un trozo de pan sin dejar de mirarlo. El Carillas giró la cabeza hacia atrás y le dijo a Roberto:

—No le hagas caso. Y no lo mires ¡demonios! Una mirada aquí te puede costar la vida.

Se sentaron al final de una mesa el uno frente al otro dándole, el Carillas, la espalda al Patracas y al Carroña que estaban sentados en el otro extremo dos mesas más atrás de él.

—¡Eh, chico guapo, ten cuidado con el Carillas que es muy celoso. Le rebanó el cuello a su primo por ponerle los cuernos con su mujer! —insistió el Carroña a modo de reírse de él soltando unas carcajadas.

—¡Cierra la boca imbécil! —gritó el Carillas poniéndose de pie mirándolo fijamente.

Estaba claro que el Carroña había dicho la verdad. El Carillas había matado a su primo en un ataque de celos al ver que su mujer lo había engañado con él.

El Patracas le hizo un gesto con la mano al Carroña para que se callara y siguió comiendo en silencio sin dejar de mirarlos, sobre todo a Roberto. El Carillas se volvió a sentar.

—Ándate con ojo que esta gente quiere guerra —le advirtió el Carillas.

Roberto apenas tenía ganas de comer. La ansiedad volvió a reflejarse en su cara, pero sabía que tenía que dar aspecto de seguridad en sí mismo si no quería ser carne de cañón. Intentó actuar como si nada le afectara. Días más tarde le asignaron un lugar de trabajo en la lavandería.

El Carillas se iba ganando, poco a poco, su confianza. Se había vuelto su guardaespaldas, consiguiendo que nadie se le acercara. Se sentía protegido e intentaba, por su bien, no alejarse mucho de él. Iban juntos al comedor, al patio, al gimnasio, a cualquier sitio, siempre juntos.

En un despiste del Carillas, Roberto se quedó solo en la lavandería. Momento que aprovechó un recluso para acercarse a él.

—No te fíes del Carillas —susurró—. Le llaman así porque tiene doble cara. No perdona que nadie le mienta y menos que le traicionen. A la mínima te raja sin piedad. Es un mierda chivato que hace todo lo que sea con tal de que los guardias le den lo que él quiere.

Roberto se quedó parado por un instante sin decir nada. La confianza que estaba cogiendo con el Carillas se vio perturbada ante la inquietud que ese recluso le había metido en el cuerpo. El Carillas entró por la puerta tan normal como siempre pero Roberto ya lo miraba desconfiado.

En el tiempo de descanso decidieron, algunos reclusos, jugar un partido de baloncesto. El Carillas le propuso jugar a Roberto también, el cual aceptó. Ya en la pista se acercaron el Patracas y el Carroña con el afán de jugar también,

echando de la cancha a otro dos convictos, los cuales no opusieron resistencia y se fueron sin hacer si quiera un ademán de enfado. Sabían con qué personajes se enfrentaban y era mejor obedecer. El Patracas no le quitaba ojo de encima a Roberto.

—¡Eh, guaperas! El que gane tiene premio —le advirtió el Patracas acercándose a la cara de Roberto.

—Ya está bien Patracas, déjalo tranquilo —dijo el Carillas metiéndose en medio de los dos. Vamos a empezar.

El Patracas se alejó desafiante.

—¡Vamos! —gritó el Carillas.

Empezaron a jugar y entre gritos, enfados y risas en un partido muy igualados, fue ganando el equipo del Patracas quedando dos puntos por delante del contrincante a sólo un minuto del final.

—¡Ya eres mío guaperas! —le gritó El Patracas sonriente.

—Venga Roberto no te achantes, todavía hay tiempo —le dijo el Carillas —. ¡Vamos arriba, vamos! —gritó.

—¡Vamos Carillas, pásame el balón!

Roberto se apoderó del balón como si la vida se le fuera en ello. Corrió por medio de la cancha y lanzó el balón en un tiro desesperado a canasta desde la línea elíptica dibujada en el suelo a una distancia de seis metros y setenta y cinco centímetros de la zona del aro, adentrándose el balón con un suave roce en la red cuando apenas quedaban unos segundos para terminar el partido. El recluso que arbitraba hizo sonar el silbato justo cuando el Carroña se disponía a sacar, dándole la victoria al equipo del Carillas.

—Pero ¿qué haces imbécil? —gritó el Patracas al árbitro dándole un golpe con el puño cerrado rompiéndole la nariz.

De este modo se enzarzaron en una gran pelea de la que solo se pudo salir por mediación de los guardias que custodiaban a los reclusos. Tras los golpes, salieron muchos de ellos con arañazos de grandes envergaduras.

Los demás reclusos, apoyando cada uno a su bando favorito, se quedaban como meros espectadores animando sin parar. Roberto sangraba por la ceja derecha y fue conducido a la enfermería donde le dieron varios puntos de sutura. Mientras tanto, se dio cuenta como el Carillas hablaba a lo lejos con un guardia sin poder oír lo que decía. El guardia asentía con la cabeza oyendo atentamente al Carillas. En un momento dado, miraron los dos para Roberto quitando la vista rápidamente, al ver que Roberto los miraba sin parar. Ya no

se fiaba de nadie.

Al salir de la enfermería, subió sólo por las escaleras que conducían a su celda haciendo caso omiso a la advertencia del Carillas de que evitara las escaleras a no ser que fuera acompañado por alguien.

Al girar en el descansillo de las escaleras se encontró con el Patracas de frente.

—¿A dónde te crees que vas guaperas?

—¡Joder! —exclamó Roberto.

Se volvió rápidamente pero el Carroña, que se encontraba detrás de él, le interrumpió el paso. Se volvió a girar hacia el Patracas y le dijo:

—Tengo dinero.

—¿Ah, sí? Yo también tengo veinte euros. ¿Los quieres? —dijo el Carroñas riéndose detrás de él. Seguidamente lo cogió por los brazos llevándoselos fuertemente a la espalda.

El Patracas se le acercó y le acarició la barbilla.

—¿De cuánto dinero me estás hablando guaperas?

—Te doy veinte mil euros si me dejas tranquilo.

—Jaja, con eso no tenemos ni para pipas —dijo el Carroñas apretándole más los brazos hacia atrás.

—Mi colega tiene razón. Esta cara bonita vale más —dijo el Patracas acercándose al máximo al rostro de Roberto.

—Te doy treinta mil —dijo Roberto desesperado.

En ese momento apareció el Carillas.

—¡Eh, dejadlo! —gritó.

—Mira quién va a hablar. El gilipollas lameculos —dijo el Carroña despreciándolo.

—Suéltalo Carroña —dijo el Patracas—. Tú y yo tenemos que hablar, guaperas. Esta vez has tenido suerte. La próxima no te escapas.

Los dos bajaron las escaleras pasando por el lado del Carillas.

—Ahí lo tienes imbécil. Todo para ti —dijo el Carroña justo al pasar por su lado.

Roberto se giró hacia el Carillas todo sudoroso y con la respiración agitada.

—¿Pero te has vuelto loco? ¿En qué estabas pensando? Te dije que no cogieras las escaleras cuando fueras sólo —le reprochó el Carillas.

—Gracias Carillas —dijo Roberto bajando las escaleras y poniéndole la

mano en el hombro, pasó de largo.

Su situación en la cárcel no venía siendo precisamente un camino de rosas y cada vez su estancia apacible se le iba complicando más. Roberto se sentó en el suelo del patio apoyado con la espalda en la pared y colocó sus brazos, en las piernas que las tenía encogidas, a la altura de las rodillas. Pudo divisar a lo lejos al Carillas hablando de nuevo con un guardia. Ya era la segunda vez que lo veía en esa situación.

El Carillas se dirigió hacia él y se sentó a su lado.

—Que amistad tienes con los guardias ¿no? —dijo Roberto de forma irónica sin mirarle.

—Aquí... hay que sobrevivir como se pueda tío. Yo te protejo a ti, y otros me protegen a mí. Son los roles de la cárcel —dijo el Carillas liándose un cigarrillo—. ¿Quieres uno?

—No gracias.

—De todas formas, siempre hay algún capullo que te la tiene jurada ¿sabes? No puedes fiarte de nadie.

—¿De ti tampoco? —le miró Roberto desafiante—. ¿Qué le has dicho al imbécil ese?

—No va contigo tío.

—¿Estás seguro de que no va conmigo? —Roberto se levantó desconfiado y lo dejó allí sentado.

Su abogado defensor vino a visitarlo. Hacía varios días que no lo hacía. Roberto sufrió el protocolo de siempre y fue conducido esposado hasta la cabina donde ya lo estaba esperando el letrado.

—Tengo buenas noticias. El magistrado ha dictado libertad bajo fianza.

—¡Oh Dios, menos mal! —exclamó Roberto emocionado—. No puedo estar ni un día más aquí.

—¿Qué te ha pasado en la ceja?

—Nada, no tiene importancia. ¿Cuándo puedo salir?

—Tenemos que esperar a que llegue la orden a la cárcel para posteriormente, depositar el dinero —respondió el letrado.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando?

—Pues no sé, lo mismo pueden ser horas que un día o dos.

—¿Un día o dos? No lo entiendes, no puedo estar ni un día más aquí.

—Tenemos que reunir los ochenta mil euros de fianza y eso no es fácil —respondió el letrado.



—¡Joder! ¿Tanto?

—No hay más remedio que pagar esa cantidad si quieres salir inmediatamente. Nos pueden rebajar un poco más el monto, pero tienes que echar más tiempo en prisión.

—No puedo esperar ni un día más. Dile a Susana que utilice la casa como aval. ¿No ha ido Jorge a hablar con ellos?

—No tengo constancia.

—¡Maldita sea! Ese desgraciado me las va a pagar.

—Tienes que tranquilizarte. Recuerda que estarías en libertad provisional. No debes meterte en líos. Salir de aquí sólo es cuestión de horas. Ya Susana se está encargando de recaudar el dinero.

Roberto tuvo que resignarse y esperar a que llegara la dichosa orden. Susana hacía un gran esfuerzo, llamando a todas sus amistades para reunir el dinero y poder entregarlo lo antes posible. En un corto periodo de tiempo estaría de nuevo en libertad, dejando atrás lo que para él era una terrible pesadilla.

Haciendo cola en el comedor, con la bandeja en la mano detrás del Carillas, se le acercó por detrás el Patracas.

—Déjame sitio —le dijo al recluso que se encontraba detrás de Roberto.

Sin que Roberto se diera cuenta, el Patracas se le acercó a la oreja lleno de rabia.

—Me ha dicho un pajarito que en breve te vas de aquí.

Roberto giró la cabeza hacia atrás.

—¿Quién te ha dicho eso?

—¡Ja! No te olvides que habíamos hecho un trato.

—¿Qué dices?

—Tienes que darme los treinta mil pavos que me dijiste si no quieres que tu preciosa mujer y tus niñitas tengan un pequeño, pero desagradable percance. No olvides que tengo muchos contactos fuera de aquí y un trato es un trato guaperas —dijo el Patracas amenazándolo.

Los dos se quedaron atrás en la cola mientras los demás reclusos pasaban de largo en la fila dejándolos atrás. El Carillas se giró hacia donde estaban sirviendo la comida y fue sólo en ese momento cuando se dio cuenta de que Roberto se había quedado atrás observando así que estaba hablando con el Patracas. El Carillas se salió de la fila y se fue directo para el Patracas.

—Te he dicho imbécil que dejes a mi colega en paz —gritó.

El Carillas cogió al Patracas por el cuello dejándolo sin respiración por un momento. Los guardias acudieron inmediatamente a socorrerlo llevándose al Carillas detenido. El Patracas casi asfixiado le dijo a Roberto:

—Pero, ¿qué demonios le has dado al gilipollas ese para que te proteja tanto? Aun así, no te vas a librar. Piensa bien lo que haces —lo volvió a amenazar y se fue de allí sin parar de toser—. ¡Joder! —exclamó el Patracas con un gesto de dolor agarrándose la garganta mientras se alejaba.

El Carillas fue conducido a la celda de aislamiento por un día. Al igual que otros reclusos, él también tenía enemigos en la cárcel. Los guardias del turno de la noche no eran en especial muy amigos suyos que digamos. Entrada la madrugada, se encontraba tranquilamente durmiendo cuando tres guardias, con las porras en las manos, entraron en su celda.

—Mirad qué tenemos aquí —dijo uno de ellos en voz alta.

El Carillas adormilado se sentó en la cama protegiéndose con la mano de la luz de la bombilla que se adentraba en sus pupilas como agujas afiladas.

—No me jodas tío —susurró con resignación.

—¿Qué pasa Carillas, hacía tiempo que no te veía por aquí?

—Déjame en paz tío, no me fastidies más.

—Haré lo que me dé la gana contigo. ¿Me oyes imbécil? —le dijo el guardia poniéndole la porra en la barbilla—. ¡Levantadlo! A este gilipollas me lo cargo yo.

Sin poder hacer nada fue golpeado y ultrajado hasta la saciedad.

—¡Basta ya! —gritó uno de ellos viendo que el Carillas ya no se podía levantar del suelo.

La orden de libertad provisional llegó a la cárcel y Susana pudo entregar el dinero. Roberto no pudo despedirse del Carillas. A pesar de la desconfianza que siempre le había tenido, sabía que sin él, su estancia en la cárcel hubiese sido mucho peor de lo que había sido. Roberto fue conducido por un guardia al exterior donde le esperaban Susana y su abogado. Al despedirse del guardia, Roberto le dijo:

—Dale al Carillas las gracias de mi parte.

Roberto abrazó a Susana como si nunca lo hubiese hecho antes. Su abogado le dio también un fuerte abrazo.

Al llegar a casa le tenían preparada una fiesta de bienvenida. Realmente no era lo que más se le apetecía en ese momento después de casi tres meses en la cárcel pero, de todas formas, fue una grata sorpresa.

María salió corriendo para abrazar a su padre y Lucía lo miraba atentamente sentada en su carrito. Con María en brazos, se acercó y le dio un cariñoso beso, a su pequeña bebé, en la frente. Por fin estaba otra vez en su apacible hogar rodeado de todos sus seres queridos, claro está, echando en falta la presencia de sus padres a los que ya no podría ver juntos jamás.

Enrique y algunos amigos de la familia, que habían intervenido en el pago de la fianza, estaban allí participando en aquella pequeña fiesta sorpresa. Todos le dieron la enhorabuena y le desearon que todo fuera bien. Julián le dio un abrazo muy fuerte apoyándolo rotundamente en su inocencia.

—Los demás no han podido venir Roberto, pero me consta de que también están contigo —dijo Julián.

Roberto asintió en silencio.

—¡Gracias a todos! Me siento muy afortunado de teneros en mi vida —dijo Roberto emocionado.

## Libertad Bajo Fianza

En el trabajo también le dieron la bienvenida, aunque solo la sospecha de que pudiera ser culpable, hacía que algunos compañeros lo miraran con recelo. El clima lo sentía diferente, pudiendo advertir algunas miradas desconfiadas entre los que eran, entre comillas, sus colegas. Algunos susurros desagradables para sus oídos de algunos de sus compañeros más cercanos, le hacían sentir incómodo. Si quería mantener su trabajo, no tenía más remedio que hacer caso omiso a todo ello. De todas formas, no podía estar peor que dentro de la cárcel, pensó. Solo era cuestión de tiempo que sus compañeros volvieran a confiar en él.

Nada más salir del trabajo fue a ver a su padre. Miguel, como de costumbre, no abrió la boca al verle, a pesar de todo el tiempo que hacía que no le veía ni se inmutó. Roberto se dio por vencido y viendo que su integridad corría peligro no tuvo más remedio que resignarse. Con todo el dolor del mundo le dijo:

—¡Eh hombretón! Que bien te veo ahí sentado. Tú sí que sabes. Ahí... protegido en tu mundo... como si nada hubiese pasado. Siento decirte esto —dijo Roberto con tristeza—. Eres la persona que más admiro en este mundo. No sé realmente si eres culpable. Tus lagunas te juegan malas pasadas y posiblemente, hayas confundido a mamá con algún ladrón. Nunca lo sabremos, pero yo, tengo que demostrar que soy inocente —Roberto hablaba muy lentamente—. Tú, difícilmente vas a poder salir airoso de esta situación. Al fin y al cabo, tu enfermedad es tu cárcel —hizo una pausa y respiró profundamente—. Lo que te quiero decir con esto, es que no voy a poder ayudarte. Me temo que nunca sabremos la totalidad de la verdad. Tienes que entender de algún modo que lo que has hecho no tiene perdón. A pesar de lo que mamá iba a hacer, jamás se hubiese merecido ese desafortunado final. Jorge te vio con el cuchillo en la mano. No cabe duda que fuiste tú.

Miguel seguía sin decir nada con el rostro triste como si las palabras de Roberto le llegaran al corazón.

—Aunque sé que eres una víctima más por la situación en la que te

encuentras —prosiguió diciendo Roberto—. Mamá también lo era. Nunca olvidaré los gratos recuerdos que inundan mi mente cuando estábamos juntos.

*—Abrígate bien que en Navacerrada hace mucho frío —le dijo Ana a Roberto colocándole una gran bufanda que le cubría gran parte de la cara.*

*—Mamá, casi no puedo respirar —se quejó Roberto que apenas tenía ocho años de edad.*

*—¡No seas exagerado! —se rió Ana.*

*—¡Vamos chicos! —exclamó Miguel—. El coche está esperando.*

*Ya en la nieve, alquilaron un trineo para bajar por la zona destinada a ello. Roberto, montado con su padre, no paraba de repetir:*

*—Quiero otra vez. Otra vez —gritaba—. ¡Mamá súbete conmigo, ahora te toca a ti!*

*Ana lo miraba a lo lejos llena de felicidad.*

*—Claro que sí —gritó.*

La enfermera entró en la habitación de Miguel.

—La medicación.

—Oh sí, claro —contestó Roberto saliendo de su ensimismamiento—. ¿Y Teresa, no está por aquí?

—Está en su luna de miel.

—¡Ah, se ha casado! ¿Y por dónde anda? —preguntó Roberto.

—Ha ido a Tailandia y la verdad es que debe ser precioso, me manda unas fotos fantásticas.

—Lo es, lo es. Yo estuve allí también por nuestro viaje de novios —recordó con nostalgia asintiendo con la cabeza.

De pronto se le vino a la mente aquella extraña mujer que se le acercó en un mercado. ¿Tendría algo que ver lo que le dijo con todo lo que le estaba ocurriendo?

*—¡Vamos mamá súbete! —gritó Roberto.*

*Ana se tiró con el trineo situando a Roberto entre sus piernas. Los dos reían como niños. Ana necesitaba quemar adrenalina. Al llegar a bajo, subían los dos los brazos gritando de contentos. Miguel esperaba pacientemente su turno.*

*—¡Vamos chicos, vamos!*

*Terminaron reventados después de un día entero en la montaña. Entraron en su cálida casa y aprisa y corriendo Ana gritó:*

*—¡Que baño más bueno y más calentito me voy a dar! ¡Me pido la*

*bañera yo primera! —gritó corriendo hacia el piso de arriba para que nadie le quitara el baño que tenía bañera. Roberto salió corriendo también detrás de ella.*

—*¡Yo también quiero mamá!*

—Ya está —dijo la enfermera—. Si necesita alguna cosa llámeme. ¿De acuerdo?

—¡Okey! Gracias —dijo Roberto despejado.

La enfermera salió de la habitación dejándolos solos otra vez.

—Te prometo que vendré a verte todos los días, si no hay nada que me lo impida, claro está —prosiguió Roberto.

Pasado unos días, después del trabajo, Roberto llegó a su casa y antes de entrar recogió el correo. Entre todas las cartas pudo ver una sin sobre, dirección, ni sello. Claramente la había puesto allí alguien personalmente. En la carta ponía:

**“NO TE OLVIDES, UNA DEUDA ES UNA DEUDA. TE ESTOY OBSERVANDO.”**

—¡Joder! —exclamó Roberto angustiado.

Roberto miró para todos lados intentando ver si había alguien a su alrededor. Vagó apresuradamente por entre los coches que estaban aparcados en la calle sin llegar a divisar a nadie en su interior. Desasosegado entró en la casa. Dejó las demás cartas encima de la mesa de entrada y la otra la escondió en su habitación para que nadie la viera.

—¿Roberto?

—Voy Susana. Un momento —dijo Roberto escondiendo la carta.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Susana entrando en la habitación.

—Nada, nada. Estoy dejando mis cosas, nada más.

—No te ha ido bien en el trabajo ¿verdad?

—No muy bien, la verdad —Roberto abrazó a Susana—. Pero no tienes que preocuparte por nada. Todo está bien.

Sobre las ocho de la tarde, Roberto se fue al bar donde usualmente iba Jorge. Nada más entrar lo vio de espaldas apoyado con el brazo derecho en la barra, charlando con sus amigos. Roberto se acercó sin que Jorge pudiera divisarlo. Se puso detrás de él apoyando los dos codos en la barra del bar y pidió una copa. En ese momento lo oyó Jorge y se dio la vuelta.

—¡Hombre! ¿Cómo tú por aquí? —preguntó asombrado—. No tenía ni idea de que ya estuvieras fuera.

Roberto asintió sin inmutarse. Tomó un trago de ese whisky doble que se había pedido y le miró a los ojos.

—¿Así es como le das la bienvenida a tu hijo?

Jorge se le quedó mirando y tras un chasquido con la boca dijo:

—No he podido ir a verte más.

—No hace falta que me lo digas. Ya me he dado cuenta. Tienes que darme el dinero de mi madre.

Jorge se quedó pensativo levantando la ceja izquierda y tras otro chasquido se atrevió a decir:

—Me temo... que eso va a ser imposible.

—¿Quieres que se lo diga a la policía? —lo amenazó Roberto desesperado sin saber qué hacer para que le devolviera el dinero.

—A ver, creo que no me he explicado bien. Lo que quiero decirte es que no tengo el dinero.

—¿Qué estás diciendo? —dijo Roberto enfadado.

—Verás. Tenía algunas deudas incómodas que me estaban molestando demasiado ¿sabes? y decidí acabar con ellas.

—¡Ya, y tenías que joderme la vida a mí! —dijo Roberto con rabia.

Lo cogió con la mano izquierda por el cuello de la cazadora que la lucía cerrada. Alzó el otro brazo con el puño cerrado e intentó darle un golpe en la cara pero desistió cuando el camarero que se encontraba delante de él, al otro lado de la barra, lo detuvo.

—¡Eh! Nada de peleas en el bar —dijo el camarero.

—Eres un canalla Jorge. Algún día me lo pagarás.

Roberto lo soltó. Pagó el whisky y se fue por donde mismo había venido. Jorge lo siguió.

—¡Espera!, —le dijo Jorge ya en el exterior del edificio mientras Roberto abría el coche—. Estoy metido en un lío ¿sabes?, pero te prometo que te lo devolveré.

—No se trata de eso Jorge. Necesito una pequeña cantidad de dinero. La vida de mi familia corre peligro y con mi fianza ahora mismo no tengo un euro.

—¡Ja! De tal palo tal astilla. ¿En qué lío te has metido? Al final vas a acabar pareciéndote a mí.

—De eso ni hablar. Ha sido esa maldita prisión. Tengo que darle treinta mil euros a un desgraciado si no quiero que mi familia sufra un desafortunado accidente —dijo Roberto refiriéndose al Patracas.

—¿Te están amenazando?

—¿Tú qué crees?

—¡Bueno! Tengo amistades expertos en solventar ese tipo de problemas — se expresó Jorge confiado.

—¿Puedes ayudarme?

—Puede que tenga la solución, pero no te prometo nada.

Roberto se metió en el coche sin hacerle mucho caso debido a las experiencias ya pasadas. Jorge se acercó a la ventanilla.

—Me duele verte así, créeme. Haré lo que pueda para ayudarte.

Roberto arrancó el coche y se fue para su casa. Por el camino no paraba de mirar por todos lados. Desconfiaba de cualquier coche que se ponía detrás sin adelantarlo. Miraba por el retrovisor tantas veces que incluso, a veces, no veía la carretera. Posicionado en el carril del centro, paró en un semáforo mirando con estupor los dos coches que se pararon a su lado. Aparentemente no se veía nada raro. En uno había una chica hablando por el móvil y en el otro una pareja que charlaban entre ellos. Al llegar a su casa vio como un coche le pasaba lentamente de largo cuando se disponía a meter el suyo en el garaje. Se quedó mirándolo atentamente pero el coche siguió adelante sin pararse. Susana tenía las ventanas abiertas. Cuando entró, las cerró todas.

—¿Qué ocurre Roberto?

—No te preocupes, no es nada. A partir de ahora prefiero que las ventanas permanezcan cerradas.

Susana se quedó sorprendida por la reacción de Roberto pero no quería molestarle porque entendía que los meses pasados en la cárcel lo habían trastornado un poco. Desde que salió lo notaba extraño, diferente, raro. Inquietada, llamó por teléfono a su padre. Enrique estaba cenando tranquilamente viendo una película en el salón de su casa. Susana le pidió que hablara con él. Le explicó el estado de nerviosismo en el que se encontraba Roberto y quería que lo tranquilizara ya que después de la enfermedad de Miguel, Roberto, realmente se había quedado huérfano de padre y madre prácticamente a la vez. De sobra sabía que era una persona muy sensible y necesitaba la figura paterna que había perdido por la enfermedad.

Roberto, casi sin poder dormir en toda la noche, después de salir del trabajo decidió ir a la cárcel a hacerle una visita al Carillas, pensando que él podría ayudarle. Allí le dijeron que desgraciadamente el Carillas había



fallecido. Después de la última paliza recibida, no lo pudo resistir. Al preguntar el motivo, no le dieron muchas explicaciones sobre el asunto. Afligido se fue de allí sintiéndose totalmente desprotegido y su nerviosismo y ansiedad, se hacían cada vez más evidentes.

—Mi padre te ha llamado en varias ocasiones —dijo Susana—. ¿Dónde estabas?

—No me he dado cuenta. Tenía el teléfono apagado.

—¿Y eso, qué estabas haciendo?

—Escúchame Susana, quiero que prestes atención. No quiero que te separes de las niñas.

—¿Qué ocurre Roberto?

—Nada importante —Roberto se veía muy alterado—. La verdad, es que tengo un problema pero no es nada grave. A ver, ¿cómo te lo explico?

—Me estás asustando.

—Siéntate y hablemos. Necesito treinta mil euros o pegarle un tiro a alguien.

—¿Pero qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loco?

—No sé qué hacer, estoy desesperado.

—Roberto tienes que tranquilizarte. Entiendo que lo has tenido que pasar muy mal en prisión pero ya estás en casa cariño. No tienes de qué preocuparte.

—Sí tengo de qué preocuparme, ya lo creo que sí. Tú hazme caso, ¿vale?

—Roberto se levantó—. Voy a ducharme.

—¿Pero, qué ocurre Roberto, dímelo?

—Ya te lo he dicho —gritó—. Mira... déjalo ya, son tonterías mías —dijo Roberto al ver la cara que estaba poniendo Susana.

—Roberto, no hagas tonterías. Estás en libertad bajo fianza, no deberías meterte en líos.

—Olvidalo.

Roberto fue a ducharse. Su teléfono empezó a sonar pero con el ruido del agua cayendo sobre su rostro no pudo alcanzar a oírlo. Ya más relajado se vistió, cogió el móvil y vio que Jorge lo había llamado. Rápidamente le devolvió la llamada.

—Lo tengo todo solucionado —dijo Jorge.

—¿Qué has hecho?

—Ya te lo dije, tengo contactos.

—Pero, ¿qué es lo que vamos a hacer?

—Bueno, es muy fácil. Primero tenemos que saber con quién tenemos que quedar para entregarle el dinero y luego ya es cosa de ellos.

—¿Ellos, quiénes son ellos?

—¡Joder Roberto, pareces tonto hijo!

—Pues será que me parezco a alguien que yo sé. ¿No crees?

—Yo a tu edad estaba más espabilado, créeme. ¿Quiénes van a ser ellos?, mis contactos.

—¿Y quiénes son tus contactos? —preguntó Roberto entre dientes.

—Tú tranquilo, ya lo sabrás cuando los veas.

—¡Jo! No sabes lo tranquilo que me has dejado —dijo Roberto irónico.

—Venga, ya hablamos. Cuando vuelvan a contactar contigo me avisas ¿de acuerdo? Hasta entonces cálmate. Confía en mí.

—Sí claro. Como siempre —dijo Roberto incrédulo.

Pasaron varios días después de esa conversación con Jorge. En una tarde tranquila y con un tiempo agradable, Susana se fue con las niñas al parque. Se sentó en un banco con Lucía en el carrito mientras María jugaba en el arenero. La separaba de ella unos cuatro metros de distancia. A Lucía se le cayó el chupete y empezó a refunfuñar. Susana le perdió la vista a María por un breve periodo de tiempo mientras le ponía el chupete a Lucía para que se calmara. Cuando volvió la vista hacia María, pudo observar como un hombre joven, con no muy buenas pintas, le entregaba algo a María. La niña lo cogió obedientemente. Susana se apresuró a ir para donde estaban situados, dejando por un instante el carrito con Lucía a solas, pero el hombre se fue rápidamente y sólo pudo verlo de espaldas. Cogió a María en brazos y le advirtió que no aceptara nada ni hablara con nadie extraño. Susana, cogiéndole el sobre que le había dado ese hombre, volvió a mirar para donde estaba el carrito con Lucía. Cuál fue su sorpresa cuando vio que el carrito con la niña había desaparecido. Un enérgico sacudido le volcó el corazón y como un intenso vendaval, le vino de pronto a la mente las palabras de Roberto advirtiéndole que no se separara de las niñas. El pánico se apoderó de ella y empezó a gritar el nombre de Lucía por todos lados.

—¡Lucía!—gritaba Susana desesperadamente.

La gente de alrededor se alarmó con los gritos de Susana.

—¿Señora, qué le ocurre?

—¡Mi hija, mi hija! —gritaba Susana con María en brazos.

A lo lejos pudo ver que un niño de apenas unos cinco años de edad llevaba

el carrito de Lucía.

Susana salió corriendo hacia ellos y le regañó al niño que había cogido el carrito retirándole las manos bruscamente. La madre del niño, después de ver el escándalo que había formado Susana, se fue para ella. Lamentó que el niño cogiera el carrito sin que ella se hubiera percatado de que lo hubiera hecho y le reprendió el comportamiento agresivo que había tenido Susana hacia su hijo, debido a que era un niño pequeño y no tenía maldad alguna. Susana, a su vez, le reprochó también a la madre que tuviera más cuidado con lo que hacía su hijo.

Histérica, llegó a su casa con las niñas. Roberto acababa de llegar de ver a su padre y estaba tomándose una ducha. Con los nervios a flor de piel se le cayó el sobre, que aquel desagradable hombre le había entregado a María, en el suelo cerca del carrito de Lucía. Cuando Roberto salió de la ducha, Susana se encontraba haciéndose aprisa una tila para calmarse de la excitación que traía.

—¡Hola cariño! —dijo Roberto como normalmente lo hacía.

—¡Me estás volviendo loca! —le gritó Susana nerviosa.

—¿Qué ha ocurrido?

—No ha ocurrido nada. Esa es la cuestión.

—No te entiendo.

—No ha ocurrido nada Roberto —Susana se derrumbó y echó a llorar—. Pero yo he creído que sí. ¿Lo entiendes?

—Cálmate Susana —Roberto la agarró por los dos brazos para calmarla—. Mírame, cuéntame qué ha pasado.

—Ya te lo he dicho. No ha pasado nada en realidad, sólo que he pensado que se habían llevado a Lucía y he sentido mucho miedo sin ningún motivo. Un niño retiró el carrito de donde yo lo había dejado y la perdí de vista por un momento. Me he puesto muy nerviosa al no ver a la niña y le he gritado a la madre del niño como si fuera una asesina —explicó Susana sollozando.

—No te preocupes, ha sido solo un susto.

—Pero es que me estás poniendo de los nervios, Roberto.

—Olvídate de lo que te dije. Ya está todo solucionado. Confía en mí.

Roberto la abrazó muy preocupado. A Susana se le había pasado por alto el sobre que ese hombre le había entregado a María. Roberto se quedó con las niñas mientras Susana fue a ducharse. En ese momento fue a cogerle un juguete del carro a Lucía, la cual llevaba en brazos y observó la carta arrugada y sin

abrir que estaba al lado de las ruedas. Se agachó y la abrió. Dejó a la niña en la alfombra y se dispuso a leerla.

**“TU TIEMPO SE ESTÁ AGOTANDO, PERO QUE SEPAS QUE NO VAN A SER TREINTA, VAN A SER SESENTA MIL Y NI SE TE OCURRA LLAMAR A LA POLICÍA”**

—¿Qué pasa papá?, —preguntó María—. Un señor me la ha dado para ti.

—¿Dónde estaba ese señor María?

—En el parque.

Roberto sin tener a nadie en quién confiar pensó que Jorge realmente podría ayudarlo y se afanó en creerlo. Jorge, sin embargo, era un fantoche que iba presumiendo de sus logros como si todo lo que hiciera tuviera éxito.

Roberto fue de nuevo a la cárcel, pero esta vez a ver al Patracas. Después de todos los controles lo esperó en la cabina. El Patracas venía esposado y acompañado por un guardia como siempre solía ser el protocolo. El Patracas lo miró sonriente mientras se sentaba delante de él y descolgaba el teléfono. Roberto lo miraba con rostro serio.

—No sé por qué, tenía la impresión de que ibas a venir a visitarme guaperas, mucho has tardado —dijo el Patracas sin parar de sonreír.

—Dime qué quieres que haga.

—Pues está claro, creo yo. Una deuda es una deuda.

—Habíamos quedado en treinta mil.

—Ya, pero has tardado mucho en venir a verme. Te echaba de menos y eso se paga —dijo el Patracas poniéndose serio—. Quiero que me entregues el dinero y que me lo entregues ya. ¿Me has oído?

—¡Joder Patracas! Tienes que entender que estoy en libertad bajo fianza y ahora mismo no tengo el dinero suficiente. Necesito tiempo.

—Si algo me sobra a mí es tiempo. Pero, por tu bien, espero que me lo entregues ya. Mi paciencia se está agotando y por cada día que pase la cantidad irá subiendo. Tienes una mujer muy guapa y mis colegas se ponen muy nerviosos con tanta belleza. ¿Me has entendido guaperas o tengo que repetírtelo otra vez?

Roberto, al ver que no había nada que hacer, argumentó:

—Dime cuándo y dónde tengo que entregarlo.

—No te preocupes, mis colegas se pondrán en contacto contigo en breve.

Pasaron varias semanas sin noticia alguna. Como cada viernes, Roberto tenía que ir a las doce de la mañana a los juzgados para firmar. Esta vez

acudió un poco antes de la hora habitual y cuando salió, se encontró una nota en el parabrisas del coche. Les daban lugar, día y hora para la entrega del dinero. Rápidamente llamó a Jorge.

—Tengo día y hora para la entrega del dinero.

—Bien, no te preocupes por nada. Se lo diré a mis colegas. Me deben un favor y te puedo asegurar que no me fallaran. En breve te llamo.

—Perfecto.

A Roberto lo miraban con lupa desde que empezó a trabajar después de salir de la cárcel. Los compañeros se quejaban de él porque lo veían siempre abstraído y no entregaba sus trabajos a tiempo. Por ese motivo, su jefe decidió tener una reunión con él. Era obvio que nadie sabía del problema tan inmenso que tenía entre manos.

—Pasa Roberto. Siéntate —le dijo su jefe tendiéndole la mano—. ¿Un café?

—No gracias —contestó Roberto deseando saber cuál era el motivo de la reunión.

—A ver Roberto. Quería hablar contigo porque me están llegando quejas de algunos clientes ¿sabes? Entiendo todo lo que has pasado. Primero la muerte de tu madre y luego todo el tema tuyo. Yo espero y deseo que seas inocente como tú dices. En contra de todo el mundo, te he dado un voto de confianza. Llevamos varios años trabajando contigo y nunca ha habido ningún problema, por eso me gustaría que me explicaras qué es lo que ocurre últimamente para que no completes a tiempo los trabajos que te encomendamos. Si esto sigue así, no tendré más remedio que poner medidas, espero que lo entiendas.

Roberto escuchaba asintiendo con la cabeza.

—Como usted bien dice todo se debe a lo acontecido en mi familia. Deme otra oportunidad y le prometo que no le defraudaré.

—Por supuesto que sí. Tienes toda mi confianza, pero tienes que entregarte enteramente a tu trabajo. Tenemos muchos asuntos atrasados y hay que ponerse al día. ¿De acuerdo?

—Muchísimas gracias por su paciencia conmigo. No se arrepentirá, se lo aseguro.

Roberto le dio un gran apretón de manos y se despidió de su jefe. Se centró todo lo que pudo en su trabajo a la vista de que corría peligro de perderlo. Le advirtió a Susana que la semana iba a ser muy dura. Aprovechaba

la ocasión para quedarse a almorzar en la oficina y llegaba a altas horas de la noche a su casa, casi siempre cuando Susana estaba ya dormida. Así estuvo hasta ponerse al día.

Por fin, bien adentrada la noche del viernes, terminó el proyecto que tenía que entregar el lunes a primera hora de la mañana. Alicia, compañera suya de oficina, se quedó con él en varias ocasiones para ayudarlo, creándose así una buena relación de amistad que, sin quererlo Roberto, se vio envuelto en una situación un poco embarazosa cuando Alicia se le acercó con otras intenciones que no eran precisamente solo de trabajo.

—Muchísimas gracias Alicia por tu ayuda. Sin ti me hubiese sido imposible terminar a tiempo este proyecto antes del lunes. Gracias de todo corazón —dijo Roberto en señal de gratitud.

Alicia se le quedó sonriente mirándolo fijamente a los ojos.

—No hay de qué Roberto. Lo he hecho con mucho gusto.

Alicia se le acercó muy despacio y poco a poco se fundieron en un apasionado beso. De pronto Alicia se separó y lo dejó con la miel en los labios.

—Tengo que irme —dijo cogiendo el abrigo y el bolso de su asiento—. Nos vemos en otro momento —sonrió.

Roberto se quedó hecho una estatua sin poder creerse lo que había hecho. Para él Susana era la mujer perfecta y no entendía cómo se había dejado llevar por Alicia. Si ella hubiese seguido, indudablemente hubiese llegado hasta el final. Ahora se sentía muy atraído por ella, siendo una mujer nada fuera de lo normal.

Al día siguiente, sábado por la mañana, Susana y las niñas se habían levantado antes que Roberto. Susana estaba preparándolas para salir a pasear cuando Roberto llegó al comedor. Les dio un beso de buenos días a las tres y se sentó viendo como Susana las vestía jugando con ellas. La observaba en silencio. Susana con todo su encanto, jugueteaba con las niñas sin perder el sentido del humor y se divertía arreglándolas para salir a la calle. Sin embargo, mientras la veía, no podía dejar de pensar en el beso que le dio Alicia la noche anterior. Alicia, que era una mujer que pasaba inadvertida entre la gente, de estatura más bien baja y con pocos atractivos que pudieran llamarle la atención, había conseguido que se estremeciera con tal fuerza que no podía dejar de pensar en ella de forma obsesiva y apasionada.

Por un momento pensó en Ana y pudo comprender lo que siempre se había

preguntado de ella. ¿Cómo pudo fijarse en un tipo como Jorge? Jorge, que era un tipo más bien vulgar, patoso y poco delicado con las mujeres, había conseguido que Ana perdiera la cabeza hasta el punto de querer dejarlo todo para irse con él.

—¡Roberto! Si quieres venir, vamos a estar por el parque ¿vale? —dijo Susana.

—Eh... voy a descansar un poco si no te importa, he tenido una semana muy dura.

—Muy bien. Descansa cariño —Susana se acercó y le dio un beso en los labios—. Si cambias de opinión ya sabes dónde estamos ¿de acuerdo?

—Muy bien —asintió Roberto—. ¡Eh chicas!, portaros bien y no agobiéis a mamá.

—No te preocupes papá —dijo María dándole un beso—. Seremos muy buenas —sonrió con su muñeca preferida en los brazos.

Roberto llamó a Jorge y quedó en verse con él en el bar de siempre. Cuando llegó, Jorge lo estaba esperando apoyado en el quicio de la puerta fumándose un cigarrillo.

—¿Quieres uno? —dijo Jorge.

—No, gracias.

—Vamos a dar un paseo —Jorge se dirigió hacia su coche.

—Muy bien —Roberto lo siguió.

—Súbete, quiero que conozcas a mis colegas —dijo Jorge.

—¿Y el dinero? —preguntó Roberto una vez dentro del coche.

—Lo tenemos.

Jorge se dirigió hacia una casa en ruinas en medio de un descampado alejado de la ciudad. Allí le estaban esperando dos tipos, alias el Navaja y el Becerro. Éste segundo solía ser muy serio, callado y observador. No mencionó ni una sola palabra. Tras la presentación el Navaja dijo:

—El miércoles a las cinco nos vemos aquí. Te entregamos el dinero y una hora antes nos vamos para el vertedero de coches abandonado. Tenéis que ser puntuales. ¿Vale? ¿Todo claro? —dijo el Navaja mientras Jorge y Roberto asentían con la cabeza—. Se trata de darle un escarmiento a esta gente y hay que tenerlo todo preparado con antelación. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijeron los dos al unísono.

El lunes por la mañana, Alicia y Roberto tenían que presentar a la empresa interesada, el proyecto en el que habían estado trabajando toda la semana

anterior. Se sentaron en una mesa redonda, Alicia frente a Roberto y cuatro directivos de la empresa, dos a ambos lados.

Alicia empezó el discurso con la sutileza que la situación requería. Inmediatamente después le siguió Roberto. Cada vez que cruzaba la mirada con la de Alicia, sin poder evitarlo, se le ponía la piel de gallina. Intentó evitarla en todo momento hasta que terminó la reunión. La empresa salió muy satisfecha con el trabajo realizado y aceptaron seguir trabajando con ellos en los siguientes proyectos que tenían previstos. Muy agradecidos, se despidieron de ellos quedándose Roberto, a solas con Alicia mientras recogían toda la documentación.

—¡Bueno! —dijo Roberto—. Esto se merece una celebración. ¿Qué te parece si nos vamos a almorzar juntos?

—Por mí de acuerdo. No tengo nada especial que hacer esta tarde —contestó Alicia.

—Muy bien. Dejo mis cosas en mi despacho y paso a recogerte.

—Vale.

Roberto llamó a Susana desde su despacho advirtiéndole que no iba a ir a comer. Se excusó diciendo que tenía un almuerzo de trabajo que no podía rechazar. Susana le felicitó por el éxito de su proyecto y se alegró por él. Por fin iban saliendo las cosas bien y la normalidad iba volviendo otra vez a su hogar.

—Te quiero mi vida —dijo Roberto.

—Yo a ti también —contestó Susana.

—En cuanto pueda voy para casa. Ya sabes cómo son éstas cosas, preferiría almorzar con vosotras en casa pero el trabajo es el trabajo.

—No te preocupes cariño, quédate el tiempo que necesites. Las niñas y yo estamos muy contentas contigo. Te queremos mucho, ya lo sabes. Además, esta tarde María está invitada a un cumpleaños, así que tengo la tarde entretenida.

—Muy bien. Intentaré escaparme lo antes posible. Tenemos que festejarlo. Un beso.

—Otro para ti. Adiós cariño.

Roberto recogió a Alicia de su despacho y se fueron a un restaurante frente al río. Las vistas eran perfectas y el ambiente muy acogedor. Como no podía ser de otro modo, pidieron un buen champagne francés para celebrarlo. La ocasión lo requería.

—Quería darte las gracias por todo tu apoyo desde que volví a



incorporarme a la empresa.

—No hay de qué Roberto. Siempre he creído en tu inocencia y estoy segura de que saldrás adelante sin ningún problema. Eres una persona muy válida en todos los sentidos.

El camarero le sirvió las copas de champagne y depositó la botella en la hielera colocándola al lado de la mesa.

—Brindemos por el buen equipo que hacemos —sugirió Roberto.

Las dos copas se unieron en un suave chin-chin. Como si fueran dos tortolitos, se ruborizaron mirándose fijamente a los ojos. Tras el transcurso del almuerzo las risas tuvieron un protagonismo especial y los gestos de placer estuvieron presentes en cada momento. Una vez terminado el almuerzo se fueron a una terraza a tomar unas copas. La velada empezaba a alargarse más de lo normal. Roberto decidió acompañarla hasta su casa. Pasearon por el río hasta llegar al lugar donde tenía aparcado el coche. Estando en el interior del coche, Roberto la agarró por el cuello y le dio un apasionado beso en la boca excitándose como si fuera la primera vez. Cuando llegaron a la casa de Alicia, ella lo invitó a subir.

—¿Quieres un café?

Por un segundo, Roberto pensó en Susana, pero el deseo pudo más que la razón y sin dudarle ni un momento decidió subir con Alicia dejando atrás todos los prejuicios.

Nada más cerrar la puerta, el deseo se volvió locura. Se abrazaron apasionadamente como si no hubiera una mañana para continuar viviendo. Roberto le levantó la falda adentrándose en lo más profundo de su ser y se fundieron en un fuego ardiente terminando los dos tirados en la alfombra del salón. La satisfacción era plena. Su desasosiego había desaparecido por completo rebosante de gozo. En ese momento todos los problemas desaparecieron sin querer pensar en nada más que en los sentimientos acontecidos. Abrazados, se quedaron dormidos sin darse cuenta del paso del tiempo.

Cuando se despertó se dio cuenta de lo tarde que se le había hecho para volver a su casa.

—Me tengo que ir —dijo Roberto—. Nos vemos mañana en la oficina.

—Hasta mañana —contestó Alicia sonriente.

Roberto llegó a su casa sobre las diez de la noche. Susana ya había acostado a las niñas. Había preparado una cena especial para cuando llegara.

A pesar de que ya estaba impacientándose por su tardanza, Susana se le acercó en plan cariñoso.

—¿Qué tal cariño, todo bien? —preguntó Susana abrazándolo y dándole un beso en los labios.

—Perfecto —sonrió.

—Me alegro mucho por ti y porque todo vaya volviendo a la normalidad. Esto habrá que celebrarlo —dijo Susana con voz picarona.

—Estoy un poco cansado. El almuerzo se ha demorado demasiado y no tengo apenas hambre. Hemos tomado unas copas después y se me ha hecho demasiado tarde. Estoy agotado, créeme.

Roberto se dirigió al salón, se sentó y puso la tele sin prestarle mucha atención a Susana.

—Esta semana tengo una semana muy dura también. El miércoles tendré que quedarme hasta bien tarde y ya así acabo con el trabajo atrasado —prosiguió Roberto.

Aunque en parte decía la verdad, empezó a mentir muy bien. Lo peor de todo es que se sentía bien haciéndolo. No quería pensar en nada más esa noche. Susana se sintió desilusionada al ver el desánimo que traía Roberto para estar con ella. Esperaba que viniera contento y con ganas de divertirse un poco, pero al ver su estado, desistió tan pronto Roberto la rechazó por primera vez.

—¿No quieres cenar entonces?

—Déjame lo mío para mañana cariño, de verdad, estoy realmente cansado y no tengo ganas de comer nada.

Susana acabó cenando sola y retiró la mesa una vez había terminado. Para entonces, Roberto ya se había ido a dormir. Para nada había resultado ser la noche que ella esperaba.

El martes por la mañana, Roberto entró en el despacho de Alicia.

—Tengo que hablar contigo —dijo Roberto muy serio.

—No hace falta que digas nada Roberto. Ya sé lo que vas a decir —dijo Alicia sin dejar el trabajo que estaba realizando.

—¡Eh! Bueno...quería decirte...

—Que lo que ocurrió ayer no tenía que haber pasado, que estuvo muy bien pero que tienes una familia a la que adoras y bla, bla, bla... —le interrumpió Alicia mirándolo por un instante a la cara deseando no tener razón. Volvió a posar la mirada en sus papeles—. Ese truco me lo sé de memoria. Es lo que

dicen todos y tú no ibas a ser menos.

Roberto se quedó de piedra delante de Alicia viendo como no levantaba la mirada sentada en su sillón, indiferente y sin dejar de ordenar documentos que le ocupaban toda la mesa. Se quedó totalmente sorprendido porque realmente eso era lo que le iba a decir.

—Pues, ya hablamos en otra ocasión cuando estés menos ocupada —dijo Roberto turbado por la indiferencia de Alicia.

—Sí, claro. Mejor será —contestó Alicia enfadada viendo que tenía razón.

Roberto salió del despacho cerrando la puerta tras de sí. Desconcertado por la contestación de Alicia que lo había dejado fuera de sitio, se sintió más atraído aún de lo que ya había experimentado. Por si fueran pocos los problemas que se le acumulaban en la cabeza, solo con pensar en que su matrimonio pudiera irse a pique, se echaba a temblar. Por primera vez había rechazado los encantos de Susana y aunque se sentía mal por eso, no dejaba de pensar en Alicia. Ahora su cabeza se hundía en un mar de dudas sin poder salir a flote.

Alicia estaba acostumbrada a ser el comodín cuando algún desgraciado lo necesitaba. Pero ya estaba cansada de serlo y en esta ocasión lo sintió mucho puesto que Roberto era un tipo muy atractivo y nunca pensó que se pudiera fijar en ella. Desde que lo vio por primera vez se sintió atraída por él, sin que Roberto nunca hubiese posado la mirada en ella. Por lo menos tenía el regocijo de haber estado una vez con él, de la forma más apasionada que jamás hubiese pensado, y claramente no estaba dispuesta a que eso se quedara en el olvido.

“No te vas a deshacer de mí tan fácilmente” —pensó Alicia una vez Roberto se había marchado.

Roberto llamó a Susana.

—Cariño, hoy voy temprano para casa. Arréglate y estate preparada con las niñas para que cuando llegue vayamos a almorzar fuera.

—Bien. Perfecto —dijo Susana entusiasmada.

Cuando llegó a su casa, se fueron a celebrar lo que la noche anterior, Roberto, había dejado en el aire. Susana se sentía muy feliz, deseaba tanto que las cosas fueran otra vez como antes de la muerte de Ana, que cualquier cosa positiva la ponía contenta. Echaba de menos su presencia cuando las cosas iban mal. Ana, con la alegría peculiar que tenía, lo arreglaba todo con una gran sonrisa.

Sentados en un banco del parque, viendo como las niñas se divertían jugando en los columpios, Susana abrazó a Roberto y se acurrucó en su hombro.

—Ojalá todo vaya bien otra vez —dijo Susana.

Roberto se quedó pensativo sin decir nada. Al día siguiente tenía la cita con esos indeseables y no tenía ni idea de cómo iba a ir todo después de que les entregara el dinero. Dudaba si después de hacerlo lo dejarían realmente en paz. Su confianza en Jorge era escasa y sentía miedo que lo dejara colgado como en otras ocasiones. En realidad, por qué iba Jorge a preocuparse por él, teniendo a una familia la cual no sabía nada de su existencia.

—No te preocupes, todo volverá a la normalidad, te lo prometo. Sólo es cuestión de tiempo —dijo Roberto tranquilizándola y saboreando el momento de tranquilidad.

Al día siguiente, volvió al trabajo y no encontró a Alicia por ningún sitio. Se sintió aliviado de no verla, pero sin querer, deseaba encontrarse con ella. En el pasillo se encontró con un compañero de trabajo y le explicó con los papeles en las manos algunos cambios que habría que hacer para solucionar algunos problemas con el programa que estaban realizando.

—¿Has visto a Alicia?

—No ha venido hoy, al parecer se ha sentido indispuesta esta mañana y no ha podido venir.

—¿Algo grave? —preguntó Roberto.

—Creo que no. Seguramente mañana esté aquí.

—Bien.

—A propósito Roberto, ¿sabes que este viernes es el décimo aniversario de la empresa y vamos a celebrarlo?

—¡Ah! Pues, no tenía ni idea.

—Pues ya sabes, estamos organizando una fiesta. Puedes traer a tu mujer si quieres.

—Bien, bien. Me parece muy buena idea. Gracias —sonrió.

Media hora antes de la cita recibió la llamada de Jorge.

—Roberto.

—Dime.

—En media hora estoy ahí.

—¿Y el dinero? —preguntó Roberto obsesionado.

—No te preocupes por el dinero. Lo tenemos nosotros.

—Perfecto. Te espero en la esquina.

—Bien.

Roberto recogió todos los documentos que tenía por allí desparramados y los guardó en el primer cajón de la mesa cerrándolo con llaves. Sus nervios iban haciendo acto de presencia conforme se iba acercando la hora. Se concienciaba de que todo saldría bien pero viniendo la ayuda de Jorge, lo ponía en tela de juicio.

Jorge apareció con una Harley-Davidson último modelo.

—Pero, ¿qué es esto? —preguntó Roberto impresionado.

—Toma —dijo Jorge ofreciéndole un casco para que se lo pusiera—. ¡Sube!

Roberto se colocó el casco y se subió a la moto. Se posicionó en la parte trasera del asiento y se agarró fuertemente rodeándole la cintura a Jorge.

—¿Pero qué haces? —le gritó Jorge.

—Pues qué voy a hacer, agarrarme. No quiero caerme.

—Por favor, que corra el aire —dijo Jorge soltándole las manos y obligándole a que se echara para atrás.

Seguidamente echó la moto a rodar. Roberto, sin quererlo, volvió a agarrarse fuertemente a Jorge. Llegaron al punto de encuentro con sus colegas en las ruinas del descampado donde habían quedado. Allí estaban el Navaja y el Becerro esperándolos. Jorge y Roberto se bajaron de la moto, se quitaron el casco y entraron en la casa.

Ya en su interior, el Navaja posaba fumándose un puro apoyado con una pierna sobre la pared. El Becerro lucía su rostro serio y silencioso como siempre.

—¡Uf! Qué horror. No sé cómo puedes fumarte eso Navaja. Algún día apareces muerto con el puro en la boca —dijo Jorge nada más entrar.

—Eso qué es, ¿una gracia? —contestó el Navaja con desánimo.

Roberto los miraba sin decir nada situado detrás de Jorge. Después de la carrera que había hecho con Jorge, venía un poco turbado con los nervios cada vez más pronunciados.

—Vamos al grano —continuó diciendo el Navaja—. Becerro, dale la bolsa con el dinero y tú Jorge, explícale cómo va el tema.

El Becerro le dio la bolsa con el dinero. Roberto la cogió, la dejó caer y se agachó apoyándose con una rodilla en el suelo angosto para luego abrirla. Estaba repleta de fajos de cincuenta euros amarrados con gomillas.

Los demás le miraban todos atentos y extrañados sin decir nada. Roberto cogió un fajo y se dispuso a contarlo.

—¿Pero qué se supone que estás haciendo? —preguntó el Navaja asombrado.

—Contarlo, evidentemente —contestó Roberto como si eso fuera lo normal.

—Pero ¿no te das cuenta que son falsos? —le aclaró el Navaja quitándose el puro de la boca.

—¿Falsos? —Roberto miró a Jorge atónito—. ¡Pero se van a dar cuenta!

Jorge lo miraba sin pronunciar palabra alguna cuando el Navaja le dijo:

—Se supone que esto es para darles un escarmiento a estos desgraciados ¿no?

—Sí claro, pero se van a dar cuenta de que es dinero falso —interrumpió Roberto desesperado.

—No se van a dar cuenta, créeme —dijo el Navaja.

—Roberto, confía en ellos. Saben lo que hacen ¿de acuerdo? —dijo Jorge.

El Becerro lo observaba pensando que Roberto no tenía ni pajarera idea de lo que iban a hacer pero se guardó cualquier comentario.

—Vamos a ver, ya no queda tiempo para echarse atrás —comentó el Navaja—. ¡Jorge! explícale el procedimiento. Nosotros tiramos ya para el cementerio de coches. ¡Vamos Becerro!

Los dos salieron de las ruinas y se alejaron en su viejo coche de cuatro latas que habían robado para el acontecimiento.

Jorge se quedó con Roberto explicándole lo que tenía que hacer para que todo saliera a la perfección. Roberto visiblemente nervioso no entendía cómo iban a conformarse con unos simples billetes impresos. La voz de Jorge se hacía cada vez más lejana. Presintió que todo iba a salir mal, se acordó de nuevo de aquella pequeña viejecilla que se le acercó en su viaje de novios en Tailandia y un terrible escalofrío le sacudió todo el cuerpo.

—¡Oh no, otra vez no! —pensó Roberto.

—¡Vamos! tenemos que irnos —dijo Jorge—. Y haz el favor de relajarte.

—Sí, como si eso fuera fácil. No sabes con quién estamos jugando, Jorge.

—Tranquilízate. Tú haz lo que te he dicho y todo saldrá bien. Ponte el casco.

Los dos se subieron a la moto y se dirigieron al desguace abandonado donde ya les estaban esperando el Navaja y el Becerro.

—Tú quédate aquí en medio. Nosotros estaremos detrás de aquellos coches de allí —el Navaja señaló para un montón de coches amontonados que había cerca del centro del recinto donde se iba a posicionar Roberto—. Sólo tienes que hacer lo que te ha dicho Jorge y nosotros nos ocuparemos del resto. ¿Vale?

—Vale, de acuerdo.

A Roberto le temblaba hasta el último poro de su piel. Su preocupación en ese momento solo era el dinero. ¿A quién se le había ocurrido la gran idea de entregarles dinero falso? En cuanto lo vieran se darían cuenta. Era tan evidente el desenlace, que ya no podía centrarse en otra cosa que no fuera esa. Oía hablar al Navaja como si estuviera a un kilómetro de distancia sin poder entenderle ni una sola palabra. A falta de media hora para el encuentro, se posicionaron todos en sus respectivos lugares escondiendo el coche detrás de los coches abandonados. El Navaja y el Becerro se tumbaron delante de sus fusiles de francotirador que anteriormente habían perfectamente montado orientado en sus pies de apoyo y esperaron pacientemente la llegada de los individuos que vinieran a por el dinero. Jorge se situó más atrás en medio de los dos sin llegar a alcanzar a ver la zona cero.

Roberto esperaba impaciente delante de la moto de Jorge. A lo lejos se vio venir un coche a toda prisa que se dirigía para el cementerio.

—Ya están aquí —gritó Roberto.

El Navaja y el Becerro se miraron estupefactos por la reacción de Roberto sin decir nada. Seguidamente volvieron la vista a la mira telescópica de los fusiles.

El coche se detuvo justo delante de Roberto, a unos cuatro metros de separación. Sólo se veían dos tipos sentados en los asientos delanteros. Nada extraño en la parte trasera.

Después de unos segundos parados delante de Roberto, los dos tipos miraron a su alrededor sin bajarse del coche. No observaron nada raro y uno de ellos decidió bajarse mientras el otro se quedaba en el interior observando con atención todos los movimientos que se daban.

El Becerro apuntaba con su fusil al tipo que estaba en el interior del coche. El Navaja se ocupaba del tipo que se había bajado.

—¿Lo tienes a tiro, Becerro? —preguntó el Navaja.

—Un momento, se está cubriendo con algo —dijo el Becerro lentamente.

—Cuando lo tengas actuamos —prosiguió el Navaja.

El Navaja tenía a tiro al tipo que se había bajado. De pronto Roberto se puso en medio quitándole la visión al Navaja.

—¡Joder! Pero, ¿qué demonios está haciendo?... ¡Jorge! —susurró el Navaja volviendo la cara hacia él.

—Dime —susurró Jorge.

—Maldita sea. ¿De dónde has sacado a éste tipo? ¿Entendió lo que le dijiste?

—Claro —Jorge recordó las indicaciones que le había dado a Roberto.

—*Cuando lleguen, tú estarás esperándolos cerca de la moto con la bolsa en la mano. Le entregas la bolsa e inmediatamente te apartas de ellos. ¿Entendido? —le explicó Jorge.*

—*Pero, ¿y si cuentan el dinero? Se van a dar cuenta de inmediato que es dinero falso Jorge.*

—*No lo van a contar.*

—*¿Cómo estás tan seguro? Entiéndelo, la vida de mi familia está en juego —se quejaba Roberto.*

—*Tú haz lo que te he dicho —insistió Jorge.*

—*Pero, ¿y si lo cuentan?*

—Bueno, la verdad es que el chico es un poco patoso, pero en el fondo... es buena persona —le dijo Jorge al Navaja dudando si Roberto había entendido lo que iban a hacer.

—¿Tú cómo lo llevas Becerro?

—Lo tengo a tiro —dijo el Becerro.

—Bien, en cuanto lo tenga yo a tiro también, disparo —dijo el Navaja con total serenidad mirando por la mira.

Jorge se puso nervioso al ver la incompetencia de Roberto.

Roberto, bloqueado por los nervios y sin darse cuenta de la situación, intentaba dialogar con ese tipo para que no abriera la bolsa. En un instante dio un paso hacia atrás dejando a tiro del Navaja al indeseable que hablaba con él.

—¡Lo tengo!

Los dos dispararon al unísono. La bala del Navaja salió disparada cortando el viento, rozándole el flequillo a Roberto e impactando sobre la frente de aquel indeseable individuo que cayó súbitamente al suelo. Roberto quedó en estado de shock por lo cerca que pasó la bala. Salpicado de sangre por todos lados, se quedó con la bolsa en la mano sin poder moverse. El



Becerro tuvo que efectuar dos disparos para acabar con la vida del sujeto que se quedó en el interior del coche.

—¡Listo, vámonos!

Recogieron los fusiles y se montaron en el coche. Jorge se bajó al lado de Roberto que aún permanecía inmóvil.

—¿Pero, no ibais a darles un escarmiento? —preguntó Roberto desconcertado.

—¡Ja, ja! ¿Te parece poco escarmiento el que le hemos dado? —contestó el Becerro desde el coche con la ventanilla bajada.

—Vámonos Roberto, súbete al coche. Llévalo a la casa en ruina —les dijo Jorge a sus colegas—. Espérame allí. Te llevaré ropa limpia —le dijo a Roberto mientras se montaba en la moto.

El Navaja, casi obligándolo, tuvo que ayudar a Roberto para que entrara en el coche. Se había quedado paralizado al ver los acontecimientos inesperados para él. Sólo pensaba que le iban a propinar una paliza y así les serviría de escarmiento. Realmente, no sabía con la gente que se había relacionado. Los personajes, lo condujeron a la casa en ruina y lo dejaron allí a la espera de que llegara Jorge y le trajera ropa limpia para que no llegara a su casa ensangrentado. El Navaja y el Becerro se despidieron de él sin bajarse del coche.

—Espero no tener que volverte a ver en mi vida —le dijo el Navaja sorprendido por la torpeza mostrada de Roberto.

Roberto no dijo absolutamente nada y se adentró en la casa. Los dos continuaron su camino hacia el lago donde habían dejado el coche del Navaja. Hundieron el vehículo robado con la bolsa de dinero falso dentro, de forma que no se pudiera divisar en absoluto ni una mínima pieza del coche borrando así todas las huellas.

Jorge tardó en volver. La noche estaba en un absoluto silencio. De pronto se oyó a lo lejos el estruendo de una moto que se acercaba a gran velocidad. Las estrellas brillaban en el cielo con todo su esplendor y la luna en su estado creciente, hacía que la oscuridad se adueñara de esa noche turbia y desalentadora para Roberto. Jorge ataviado con una linterna entró en la casa.

—¡Roberto! ¿Dónde estás?

El silencio era ensordecedor, solo el grillar de los grillos hacía pensar que la vida seguía su camino fuera de aquella casa abandonada y agrietada amenazando derrumbarse en cualquier momento inoportuno. Jorge alumbró con

la linterna por todos lados hasta que lo encontró. Roberto tiritaba de frío acurrucado en una esquina, en estado de shock.

—¡Roberto! ¡Espabila!

—Solo había que darles un escarmiento —dijo Roberto ensimismado.

—¿Y qué piensas tú que hemos hecho?

—Pensaba que le iban a dar una paliza Jorge, pero no que los fueran a asesinar de ese modo —se quejaba—. Yo no oí nada de matar a nadie.

—Con una paliza no se arreglan estas cosas Roberto. Hubiesen matado a tu familia. Tienes que entenderlo. Ahora ese tipo de la cárcel sabe con quién está jugando y no volverá a pedirte nada ¿entiendes? De otro modo, siempre te estaría chantajeando y aunque le dieras el dinero siempre te pediría más —le explicó Jorge—. No te preocupes por esa gente. Nadie les echará en falta y para cuando se den cuenta ya habrán pasado varias semanas. La policía le echará la culpa a un ajuste de cuentas y todo se quedará ahí. ¡Vamos! Tienes que levantarte. Límpiase y ponte esto. No le digas ni una sola palabra a Susana, invéntate algo, ¿me has oído?

Roberto se levantó muy despacio y cogió la toalla que Jorge le daba. Se desprendió de toda la ropa manchada de sangre. Se limpió en la medida que pudo y se puso la ropa que le había traído. Jorge prendió fuego a la ropa que Roberto se había quitado para no dejar ni una sola huella y se marcharon cuando todo se había reducido a cenizas esparciéndolas con el pie por todo el suelo. Roberto se subió a la moto después de que Jorge ya la hubiera arrancado. Se sujetó fuertemente a la cintura de Jorge como si ello le diera la vida. Esta vez Jorge no le dijo nada y por una vez en su larga existencia, sintió compasión de una persona extraña para él pero que poco a poco le iba cogiendo cariño por el lazo de unión que les atraía sin ninguno de los dos quererlo.

Al filo de las once de la noche, Roberto llegó a su casa con la esperanza de que Susana estuviera dormida como otras tantas veces cuando llegaba tarde, pero esta vez no fue así. Susana lo esperaba impaciente sentada en el sofá viendo la televisión.

Roberto abrió la puerta con mucho mimo para no hacer ruido, pero Susana se percató enseguida de su llegada y se puso de pie de inmediato.

—A buenas horas llegas Roberto —dijo Susana disgustada.

—Cariño, ya te he dicho que tengo mucho trabajo atrasado y tengo que ponerme al día —se excusó Roberto.

—Esta tarde he llamado a la oficina y me han dicho que no has aparecido en toda la tarde —dijo Susana a modo de que le diera una explicación—. He llamado al hospital donde está tu padre y me han dicho que tampoco habías pasado hoy por allí y que hace varios días que no lo haces.

—No me vengas con reproches Susana —dijo Roberto alzando un poco la voz—. Estoy muy cansado. Esta tarde he tenido varias reuniones fuera de la oficina, cuando he llegado ya mi secretaria se había ido. Ya te he dicho que estoy muy ocupado. No me ha dado tiempo de ver a mi padre y tengo que ponerme al día lo antes posible. ¡Maldita sea! —gritó enojado—. Se me hace muy duro que no me creas.

—Pero...

—No quiero oír nada más —la interrumpió Roberto sin dejar que pronunciara ni una palabra más.

Roberto dejó a Susana con la palabra en la boca y fue a darse un baño. Se desprendió de toda su ropa y se metió en la ducha. Mientras el agua caliente le recorría todo el cuerpo, Roberto no paraba de pensar en lo sucedido. La imagen de ese hombre volándole la frente en pedazos hacía que Roberto se sintiera como un vulgar asesino sin haber apretado el gatillo. Ya solo cabía esperar que todo fuera como Jorge había dicho. Esa noche durmieron en habitaciones separadas por el enfado acarreado.

A la mañana siguiente, Roberto se levantó, se tomó su café como de costumbre y se fue a trabajar. Susana estaba despierta en la cama deseando que Roberto entrara y se despidiera de ella pero no fue así. La tensión entre ellos se hacía latente y el desconsuelo y la angustia se apoderaban de Susana. Con solo cinco años de matrimonio parecía que todo se iba al traste. Era su primera crisis matrimonial. Nunca antes habían tenido ninguna. Incluso en su noviazgo, todo había ido a la perfección.

Roberto entró en el coche y puso de inmediato las noticias a la espera de que dijeran algo. Sin embargo, pasó todo el trayecto a la oficina sin oír nada fuera de lo normal. Entró en su despacho saludando a todo el que se encontraba. Decidió tomar las riendas del asunto y llevarlo todo con normalidad. Se centró en su trabajo y daba órdenes sin parar a su secretaria. En toda la mañana salió de su despacho. Sobre la una de la tarde entró Alicia. Traía documentación para el proyecto que tenían que presentar al día siguiente.

—Esto ya está terminado —dijo Alicia—. Te lo dejo para que le echés un

vistazo.

—Bien —dijo Roberto sin dejar de trabajar.

Alicia al ver que no le echaba cuenta, le dejó el dossier encima de la mesa sin dejar de mirarlo, pero Roberto no levantó la cabeza de sus papeles. Sin decir nada se dirigió a la puerta, sujetó el pomo girándolo hacia la derecha y la abrió.

—Alicia —dijo Roberto.

Alicia sintió como su corazón quería salirse del pecho deseando con locura que Roberto volviera a sugerirle una nueva cita. Se volvió despacio sin soltar el pomo de la puerta entreabierta.

—Dime.

—¿Tienes libre esta tarde?

—Pues...creo que sí. ¿Por?

—Tenemos que repasar el proyecto, juntos. Voy apretado de tiempo y necesito ayuda.

—De acuerdo. Aquí estaré.

Puntual, se fue para su casa. Volvió escuchando las noticias por la radio pero no se hacían eco de nada extraño acontecido por la zona. Entró en su casa y sin hablar con Susana le dio un beso a las niñas y se dispuso a almorzar. Todos sentados a la mesa, las niñas no paraban de molestar.

—Ya está bien María, siéntate bien en la silla —le reñía Susana.

Lucía en la trona, permanecía llorona sin querer comer lo que la madre le daba. El ruido se hacía molesto para Roberto que quería escuchar las noticias. María se mostraba protestona preguntándole cosas que para él en ese momento no eran importantes.

—¡Basta ya! —gritó Roberto dando un fuerte golpe en la mesa.

María asustada empezó a llorar y Lucía al ver a su hermana llorando se unió a la fiesta. Susana cogió a María en brazos intentando consolarlas a las dos.

—Mira lo que has conseguido —le reprendió Susana.

Roberto dejó de comer y salió de su casa dando un portazo. Se subió al coche y se fue en busca de un lugar donde poder tener un poco de tranquilidad. Susana se quedó en la casa al borde de un ataque de nervios sin dar crédito a la reacción de Roberto que se mostraba apático y hostil con ella.

Sin un rumbo cierto, pero con la mente pensando en Alicia, se dirigió a su

casa, la llamó al telefonillo y pudo oír su dulce voz a través de ese gélido aparato pegado en la pared.

—¿Si, quién es?

—Soy Roberto, necesito hablar contigo.

—Sube.

Cuando llegó al tercero ya Alicia tenía la puerta abierta. Roberto entró y la cerró tras de sí. Sin decir nada se le quedó mirando fijamente a los ojos. Alicia notó como Roberto venía lleno de ira y pasión poniéndosele la piel de gallina. Roberto se abalanzó hacia ella cogiéndola con la mano derecha por el cuello, y llevándola contra la pared empezó a besarla desesperadamente. Con la mano izquierda le desgarró los botones de la camisa blanca que llevaba puesta dejando al aire sus encantos femeninos. Como si de una fruta fresca se tratara, Roberto empezó a morderlos dejándola completamente excitada. Descendió lentamente hasta su cintura bajándole la cremallera del pantalón y dejándola totalmente al desnudo. Roberto la utilizaba solo pensando en sus sentimientos sin importarle nada más, tratándola como a una vulgar prostituta y haciendo con ella todo lo que quería a su antojo como a él más le complacía. Sus cuerpos desnudos se comportaron como si fueran dos animales irracionales arrastrados por el instinto con el solo afán del placer absoluto. Ya en la cama, sudorosos y extasiados, se quedaron boca arriba el uno al lado del otro con la respiración agitada sin decir nada.

—Ha sido fantástico —terminó diciendo Alicia.

Roberto no dijo nada. Esperó unos minutos, cogió su ropa y se vistió.

—Me tengo que ir.

—¿Me paso por la oficina esta tarde? —dijo Alicia tapándose con la sábana.

—No hace falta, ya me encargo yo.

Subió al coche y puso otra vez la radio para ver si había algo nuevo pero no había noticia alguna relacionada con su caso. Llegó a su casa. Al ver que todo estaba en silencio abrió la puerta de la habitación de invitados y vio a Susana desecha. Las niñas estaban dormidas. Por un momento volvió a ser el mismo Roberto de siempre y sintió compasión de Susana. Lentamente se acercó a la cama y se sentó a su lado.

—Susana —susurró Roberto con delicadeza—. Siento mucho haberme ido esta tarde de esa forma. No era mi intención hacerte daño.

Susana se quedó en silencio escuchándolo.

—Mañana viernes hay una fiesta en la oficina y me gustaría que vinieras conmigo —continuó diciendo Roberto—. Sé que últimamente no me he comportado como tendría que haberlo hecho, pero te prometo que todo va a volver a ser como antes.

Susana se inclinó con lágrimas en los ojos y lo abrazó fuertemente. Él la abrazó acariciándole la espalda.

—Perdóname por haber dudado de ti —dijo Susana ya más tranquila—. Sé que todo es por el trabajo acumulado que tienes y no debería reprocharte nada. Te quiero mucho y tengo miedo a perderte. No sé qué haría sin ti.

—Yo también te quiero —le dio un simple beso en la frente.

Roberto se sentía más tranquilo y podía conciliar el sueño con más normalidad. Al día siguiente seguían los telediarios sin pronunciarse sobre los hechos. Al final Jorge iba a tener razón y pensaba que a aquellos indeseables, escoria de la humanidad, nadie los echaba de menos.

En la oficina cada vez se hacía más estricto, su carácter repulsivo se iba interponiendo en la relación con sus compañeros haciéndose así un tipo huraño y sin escrúpulos. A media mañana tenía una reunión muy importante donde Alicia era partícipe imprescindible, sin embargo, se retrasaba y tuvieron que empezar la reunión sin ella. Roberto tomó la palabra cuando Alicia hizo acto de presencia, creándole así cierta incomodidad para Roberto que la observaba mientras se acomodaba en su sillón, haciendo esperar más tiempo a todos los allí presentes.

—Perdón por el retraso —se excusó—. El tráfico está imposible hoy en Madrid —sonrió.

Después de sacar toda la documentación y posarla en la mesa, Roberto le dio la palabra a Alicia. Ella se explicaba de la mejor manera posible, como había hecho siempre, sin embargo, Roberto la corrigió en varias ocasiones. Era como si quisiera ponerla en un compromiso y no entendía qué le pasaba. Lo miró en tono despectivo intentando que se diera cuenta de que la dejara explicarse con tranquilidad. Con tanta controversia, el proyecto corría el riesgo de no seguir adelante.

Cuando terminaron, se quedaron solos en la sala recogiendo toda la documentación.

—¿Se puede saber qué te pasa? Has estado a punto de que todo el trabajo realizado haya sido para nada. Es muy importante para mí que este proyecto siga adelante —le reprochó Alicia.

—Hay cosas que no están bien.

—Te dije ayer que lo miraras.

—No he tenido tiempo —dijo Roberto con frialdad.

—La verdad Roberto es que me dejas totalmente descolocada. No sé qué pensar de ti.

—El trabajo es el trabajo, Alicia. Y hay que hacerlo bien —argumentó Roberto yéndose para la puerta dejándola desconcertada.

—¿Vas a venir a la fiesta esta noche? —se apresuró a preguntar Alicia viendo que Roberto se iba sin más.

—Sí.

Roberto salió de la sala de reuniones y la dejó allí sola. Alicia suspiró profundamente con resignación.

La mente de Roberto solo estaba ocupada en el afán de saber si había alguna noticia que pudiera estropearle lo que ahora se mostraba como una total tranquilidad no vivida desde hacía mucho tiempo. Tomándose una copa en la barra del bar, Roberto intentaba escuchar las noticias que daban en ese pequeño televisor instalado en una esquina pasando inadvertido entre la gente que hablaba sin parar. Conforme pasaba el tiempo se iba sintiendo más sereno, pero sabía que en algún momento esas personas iban a ser encontradas. A lo lejos vio a Jorge que se hizo el despistado para que él no se le acercara. Ya cuando se despidieron aquel día, Jorge le advirtió que no lo llamara más, ni que se dirigiera a él delante de la gente. No quería tener ninguna relación con Roberto, su deuda la dio por zanjada.

Roberto y Susana llegaban un poco tarde, la niñera se había retrasado y no habían podido dejar a las niñas hasta que ella llegara.

Susana se vistió con un traje estrecho y elegante dejando lucir su figura que seguía impecable después de sus dos embarazos.

Cuando llegaron a la fiesta, la sala ya estaba repleta de gente. A un lado habían colocado una mesa alargada con bastante comida y bebida para que todos pudieran comer y beber a su antojo.

Alicia estaba sirviéndose una copa cuando lo vio entrar. Esbozó una gran sonrisa que se le cambió de inmediato cuando vio que, justo detrás, apareció Susana tan elegante como siempre. Con la copa en la mano, lo observaba sin que Roberto se diera cuenta.

—¿Quieres un canapé Alicia? —le dijo un compañero.

—No gracias —contestó Alicia sin quitarle ojo a Roberto que se veía muy

atractivo vestido con ropa informal.

Roberto dejó a Susana hablando con su amigo Julián que trabajaba en la misma empresa pero en diferente departamento. Estaba acompañado por Marta, su mujer.

—Me voy a servir una copa. ¿Queréis algo?

—No gracias. Tenemos todavía —contestaron Julián y Marta.

—Para mí, tráeme una copa de vino —contestó Susana mostrando una sonrisa.

—Muy bien. Ahora vuelvo.

Roberto se dirigió para la mesa donde se servían las bebidas, justo para el lado donde estaba Alicia, la cual lo miraba incesantemente.

—Estás guapísima esta noche.

—¿A qué juegas Roberto? ¿Cómo has podido traerla después de lo de ayer?

—Es mi mujer —afirmó Roberto con total frialdad.

—Me tratas como a una simple basura —se quejó Alicia.

—¿Es que acaso no te gusta que te trate así? —preguntó Roberto con ironía.

Alicia se disponía a contestarle pero se mordió la lengua al ver que Susana se acercaba por detrás de Roberto agarrándolo suavemente y posicionándose a su lado. Roberto giró la cabeza y le dio un beso en los labios ante la mirada celosa de Alicia.

—Hola Alicia —dijo Susana sonriendo.

—Hola Susana. Hacía tiempo que no te veía. Estás tan guapa como siempre —dijo Alicia educadamente mordiéndose los labios de la rabia que sentía.

—Gracias —contestó Susana—. Tú también lo estás.

—¿Quieres una copa Alicia? —preguntó Roberto sirviéndose una.

—No gracias. Ya estoy servida.

Roberto disfrutaba al ver la cara que se le ponía a Alicia y ella se daba cuenta de ello, lo cual hacía que se sintiera más atraída aún por él. Era un amor odio que se la comía por dentro. Enrabietada, sin entender qué se le pasaba por la mente para tener ese sentimiento de atracción hacia él, se fue a hablar con otros colegas.

—Qué rara está Alicia ¿verdad? —comentó Susana.

—Sí, a mí también me lo ha parecido. Esta chica es así —dijo Roberto



con indiferencia.

Alicia charlaba con sus compañeros e intentaba olvidarse de Roberto cuando de pronto, a lo lejos, en la multitud, sintió la mirada de Roberto clavándose en sus enormes ojos negros. ¿Por qué hacía eso?, pensaba. Podía haber sido una noche fantástica si no hubiese traído a su mujer. Sin embargo parecía que le excitara el peligro de ser descubierto. Al mismo tiempo, Alicia, contemplaba la imagen de Susana riendo inocentemente sin darse cuenta de nada. La veía un poco estúpida. Su marido buscando cobijo en otros cuerpos y ella, ahí, tan plácidamente a su lado. ¿A caso no echaba de menos el arropo de su marido en su lecho? ¿Qué clase de persona era Susana? Eran preguntas que se venían a la mente de Alicia cada vez que la veía tan sonriente a su lado.

Intencionadamente, Alicia pasó por el lado de Roberto dándole un roce para atraer su atención. Una vez conseguido, siguió adelante flirteando con su compañero Pedro, el cual estaba encantado de que Alicia le hiciera compañía. Se daba cuenta de que Roberto la seguía observando y ese juego la volvía loca.

Inesperadamente vio como Roberto y Susana, se despedían de todos para marcharse de la fiesta.

—¿Ya os vais? —preguntó Alicia cuando se acercaron para despedirse, haciéndose la desinteresada.

—Sí —contestó Susana—. La niñera no puede quedarse hasta muy tarde así que, tenemos que irnos ya —sonrió.

—Adiós Alicia —dijo Roberto yendo detrás de Susana lanzándole una mirada provocadora.

—Adiós pareja —dijo Pedro—. Que descanséis.

Alicia se resignó al ver que Roberto cerraba la puerta tras él y dejó a Pedro con la palabra en la boca para ir a tomarse otra copa más. Sintió un vacío tan profundo y tan abrumador que se dejó llevar por los celos. Cogió su móvil e hizo una llamada a Roberto, el cual iba montado todavía en el taxi de vuelta a su casa. Roberto cogió el teléfono y cortó la llamada apagándolo enseguida.

—¿Quién era? —preguntó Susana.

—No he podido verlo. Se me ha ido la batería —se excusó Roberto.

Alicia no apareció por su despacho en varios días. Roberto tan ocupado como siempre, recibió la visita de su amigo Julián en su despacho.

—Entra Julián —dijo Roberto.

—Vengo a rescatarte —dijo Julián sentándose al borde de la mesa sosteniendo un periódico en las manos—. ¿Vamos a tomar un café?

—¡Uf! Julián, estoy a tope. Esta semana es muy dura para mí.

—¿Has leído el periódico esta mañana? —dijo Julián dejándolo de un golpe encima de la mesa—. Se han cepillado a dos tipos en el viejo cementerio de coches abandonados. ¿Te acuerdas? Allí íbamos a jugar cuando apenas teníamos doce años.

Roberto cogió de inmediato el periódico y dijo sorprendentemente:

—Yo no he estado allí.

—Ja, ja, pero si íbamos casi a diario, ¿cómo no puedes acordarte? —insistió Julián.

—Eh...digo ahora —dijo Roberto sin darse cuenta, ensimismado leyendo el periódico.

—Y para qué vas a ir ahora ¿estás loco? Ahí ya no van ni las cabras. Venga vamos a tomarnos un café que veo que el trabajo te está volviendo loco.

—Vamos.

Roberto salió de su despacho dejando el periódico encima de la mesa. “Al final la viejecilla esa tenía razón”, pensaba. “Si haces algo malo perduraré contigo para siempre”. Los remordimientos no le dejaban escuchar a Julián.

—Roberto, ¿te pasa algo?

—Es el trabajo. Nada más —dijo Roberto tratando de quitarle hierro al asunto.

—¿Cómo va lo de tu padre?

—Pues igual. En breve saldrá el juicio.

—¿Y lo tuyo?

—Yo estoy tranquilo —dijo Roberto asintiendo con la cabeza—. Soy inocente y, creo que puedo demostrarlo.

De pronto salieron las noticias en el televisor. Con tanto ruido no alcanzaba a oír bien lo que decían.

—¿Puede subirle un poco más la voz? —le pidió al camarero.

El camarero le subió un poco más la voz al televisor. Pudo percibir como mencionaban que todos los datos apuntaban a un ajuste de cuentas, tal y como dijo Jorge que era lo que iban a creer. Se sintió un poco aliviado. Ahora no quería ni pensar en lo que pudiera estar pensando el Patracas desde la cárcel. En cuanto se deshizo de Julián llamó a Jorge, el cual, le colgó de inmediato, pero Roberto volvió a insistir hasta que por fin Jorge le cogió la llamada.

Jorge estaba con Marina de compras y se retiró de ella para que no se enterase.

—Te he dicho que no me llames —susurró Jorge.

—¿Has visto las noticias? —dijo Roberto.

—Claro que las he visto. ¿Tú estás tonto o qué? Tienes que actuar con normalidad y ni se te ocurra llamarme más. ¿Me oyes?

—Pero es que...

—¡Ni es que ni leches, que no me llames más! —dijo Jorge colgando el teléfono—. ¡Éste tío es tonto! —se dijo a sí mismo.

Roberto recogió todas sus cosas y se fue para su casa. Al salir de su despacho le preguntó a su secretaria:

—¿Has visto a Alicia?

—La verdad es que no. Desde el viernes no la he visto.

—Vale, gracias Merche. Me voy a ir, estoy un poco indispuerto.

—Adiós Roberto, que te mejores.

—Gracias.

Cuando llegó a su casa no había nadie. Las niñas estaban en sus respectivos colegios y Susana había salido. Encendió el televisor y se dio cuenta de que la noticia era portada de todos los telediarios del día. Intentó relajarse tomándose una tila. Pasaba una hora de estar en su casa a solas, cuando llegó Susana.

—¿Se puede saber dónde estabas? —le preguntó sin ningún saludo de bienvenida.

—¿Y tú, qué haces aquí tan pronto? —contestó Susana.

—No me encuentro bien. Pero no me has contestado a mi pregunta.

—Comprando.

—Pues no veo que traigas nada.

—No he visto nada que me guste —dijo Susana soltando el bolso encima del sofá—. ¡Uf! Vengo cansadísima. Y, ¿qué es lo que te pasa?

—Nada importante. Me duele un poco el estómago. ¿Con quién has ido a comprar?—insistió Roberto.

—Con nadie, he ido sola. ¿Quieres un zumo? —Susana intentaba cambiar de conversación.

—Ya te he dicho que me duele el estómago. ¿A qué hora salen las niñas?

—Lucía sale a la una y media y María a las dos.

—Muy bien. Iré yo a recogerlas.

—Vale.

—A partir de ahora iré yo a recogerlas mientras pueda salir antes de la oficina.

— Ah, mira que bien. ¿Y a qué se debe el placer? —preguntó Susana sorprendida.

—Quiero estar más tiempo con vosotras —dijo Roberto mintiendo una vez más.

—Me parece genial. Ya era hora de que te ocuparas tú también de ellas. Te echan de menos, así que, me parece una muy buena idea.

Mientras esperaba en la puerta del colegio para recoger a María, con Lucía en el carrito, notó como todavía había gente, que al no estar acostumbrada a verlo por allí, susurraban a su paso. Intentaba hacer caso omiso a los comentarios que pudieran llegar a molestarle y desconfiado, miraba para todos lados temiendo que el Patracas pudiera mandar a otros colegas suyos para terminar con él y su familia.

Susana se quedó en la casa preparando el almuerzo, por un momento le llamó la atención la noticia de los asesinatos pero no le dio la más mínima importancia.

El Patracas en la cárcel, se retorció de rabia contenida. No podía ni imaginarse cómo un niño de papá había podido hacer una cosa así. Se había cargado a dos de sus mejores hombres de confianza. Su cólera aumentaba por segundos oyendo el suceso por televisión.

—¿Pero quién demonios es ese tipo? —se preguntó enfadado.

El miedo que ahora tenía Roberto, era que el Patracas pudiera tomar represalias cuando saliera de la cárcel. Ante la negativa de Jorge de hablar con él, se sentía terriblemente sólo. Decidió tener calma en la medida que pudiera y guardar silencio en espera de algún dato que pudiera indicar lo contrario para no tener la tranquilidad de la que, hasta el momento, venía gozando.

En la visita que diariamente le hacía a su padre, Miguel le dio un dato interesante.

—Hola papá.

—Tú no eres mi hijo —afirmó Miguel muy serio.

A Roberto le llamó la atención que dijera eso, aunque en su desvarío no se podía saber si era consciente de lo que estaba diciendo.

—Pues claro que sí lo soy papá.

—Nunca lo has sido —insistió Miguel.

—¿Y quién soy entonces?

Miguel se quedó callado con cara de enfado. Y tras unos segundos dijo:

—Eres el hijo de Ana y Jorge.

Roberto se quedó frío después de esa afirmación. ¿Estaba Miguel realmente cuerdo en ese momento? ¿Sabía toda la verdad? Aparentemente parecía que sí. Pero qué tal si era otra de sus crueles lagunas que le llevaban a sacarle de sus casillas.

—¿Qué sabes sobre eso papá? —se atrevió a preguntarle Roberto.

Miguel no quiso contestar y tercamente se quedó en silencio sin decir ya ni una sola palabra más en el rato que Roberto estuvo allí. Roberto sabía que esa enfermedad hacía que las personas confundieran a sus seres queridos con extraños pero, Miguel dijo alto y claro que Roberto era el hijo de Ana y Jorge. Ese era un dato que a Roberto le hacía pensar, que si Miguel sabía la verdad, los celos, podían ser la razón por la que le llevó a quitarle la vida a Ana y que Jorge podía tener razón cuando dijo que fue Miguel el que la mató.

Como de costumbre, Roberto salió derrotado del hospital. De todas formas, ya estaba acostumbrado. Hacía tiempo que daba por hecho que fue Miguel quien lo hizo y el mero hecho de conocer ese dato, le hacía reafirmarse en sus pensamientos. El juicio estaba a punto de celebrarse. En breve todo estaría resuelto. Entendía que sería difícil que Miguel saliera airoso de esa situación y con toda probabilidad lo declararían culpable.

Camino a su casa se le pasó por la mente hacerle una visita a Alicia. Su intención se vio frustrada cuando la vio por la calle paseando con un tipo desconocido para él. Sin quererlo, advirtió un sentimiento en él totalmente desconocido hasta ese momento y enfurecido, se dirigió directamente a su casa. Desde la fiesta no la había vuelto a ver, sólo alguna que otra vez de lejos sin tener intención de acercarse a ella. Y ella pasando de él haciéndose la desinteresada, pensaba él.

Al día siguiente en la oficina, la llamó a primera hora.

—Quiero que vengas a mi despacho inmediatamente —le ordenó Roberto.

—Voy —dijo Alicia.

Seguidamente, Roberto llamó a su secretaria pidiéndole que fuera a buscar unos documentos que le faltaban a la oficina de Julián que se encontraba en otro edificio cercano.

—Y de paso puedes ya desayunar. Tengo bastante trabajo acumulado y necesito que estés aquí toda la mañana —le sugirió Roberto.

—De acuerdo —dijo Merche y se marchó sin ver llegar a Alicia.

Al entrar Alicia en su despacho, Roberto se encontraba acomodado en su sillón, sosteniendo un bolígrafo con ambas manos, pensativo.

—¿Sí? —dijo Alicia después de cerrar la puerta.

Roberto la observó con su mirada abrumadora.

—Siéntate, por favor.

Alicia tomó asiento en espera de algún argumento por parte de Roberto que pudiera aclararle la llamada repentina obligándola a ir a su despacho.

—Tú dirás.

Solo la mirada de Roberto la hacía estremecer.

—¿A dónde ibas anoche con ese tipo?

—¿Qué? —la pregunta de Roberto la dejó totalmente descolocada.

—No te hagas la tonta, anoche te vi paseando con un imbécil.

—¿Pero quién te crees que eres? No tienes ningún derecho a preguntarme eso —dijo mostrándose enfadada.

Alicia se puso de pie y se dirigió hacia la puerta enojada. Roberto la siguió y cuando ya la tenía casi abierta, él la cerró de un golpe empujándola hacia ella y evitando que hiciera ningún movimiento.

—Te quiero solo para mí —le susurró al oído.

Roberto empezó a besarla por el cuello y Alicia se derritió en deseo sin poder negarse a ello. Roberto echó el cerrojo de la puerta y se fundieron en un ardiente juego mañanero. Le excitaba tanto que Roberto se comportara así, que no podía dejar de seducirse por su comportamiento tan enrevesado que tenía. No llegaba a entender cómo su mujer no se daba cuenta de sus devaneos.

Ambos se colocaron bien la ropa. Roberto se acercó a ella y mirándola a la cara le colocó bien el pelo. Por primera vez, Alicia vio un sentimiento de cariño de parte de Roberto. Sus ojos la miraban diferente esta vez y se dio cuenta de que estaba completamente enamorada de él.

—¿Cuándo puedo verte otra vez? —le preguntó Roberto inesperadamente para Alicia.

El gesto y la pregunta hicieron que sintiera un amor sincero por parte de Roberto y le dio la impresión de que la situación iba pasando a ser algo más que una simple aventura.

—Sabes que puedes tenerme cuando quieras —dijo Alicia adulada.

—Tengo que ir a Sevilla la semana que viene para asistir a una conferencia. Me gustaría que me acompañaras —Alicia asintió.

—Lo pensaré —sonrió mientras Roberto le acariciaba la barbilla dándole después un suave beso en los labios.

Esta vez fue Alicia la que se marchó con un agradable sabor de boca. Cuando iba pasando por el pasillo vio venir a Merche, a la cual saludó eufóricamente.

—Hola Merche —dijo Alicia pasando de largo con una gran sonrisa en la cara.

—Hola Alicia —dijo Merche sorprendida, volviendo la cara a la vez que Alicia se alejaba. Seguidamente le entregó la documentación requerida a Roberto.

—Merche no me pases ninguna llamada hasta que yo te lo diga —dijo Roberto.

—De acuerdo.

Merche cerró la puerta. Posteriormente, Roberto llamó a Susana.

—He pensado que como a las niñas les gusta mucho las pizzas, después de recogerlas del colegio, podemos ir al almorzar a una pizzería. Así que, arréglate para cuando llegue, nos vamos de inmediato.

—Muy bien cariño. Te quiero.

—Yo a ti también —dijo Roberto.

Roberto jugaba ahora a dos caras, intentando que todo pareciera normal. Se había vuelto totalmente egoísta, dándole igual los sentimientos de los demás. Su paso por la cárcel había hecho que se hiciera un tipo rudo sin importarle nada más que él. ¿Por qué?, él era joven y atractivo, hacía poco tiempo, hubiese dado su vida por Susana. ¿Qué había cambiado? Susana era una chica espectacular y estaba enamorada de su marido. Sus hijas lo adoraban. ¿Qué estaba ocurriendo? Miguel era un padre ejemplar. Su figura más preciada. ¿Por qué se había derrumbado ante sus ojos? Ana, una mujer como la copa de un pino ¿por qué se dejó llevar por un hombre despreciable como era Jorge? Marina ¿Qué vio en Jorge? Alicia ¿por qué se dejaba llevar por la arrogancia de Roberto?

Preguntas que solo el destino tiene la contestación. Sentimientos encontrados que no tienen explicación. La mente humana que deambula sin parar para no estar a gusto con lo que se tiene. Lo siempre enseñado por los mayores como si eso fuese lo correcto. Todo se viene a pique. Una mujer, un

marido, un matrimonio, unos hijos y todos felices. Una utopía difícil de encontrar para los tiempos que corren. Todo lo que hagas en tu vida deja huella y sólo tú, eres el dueño de tu propio destino. ¿Tiene sentido complicarse la vida con lo sencillo que puede llegar a ser? ¿Por qué queremos más? Sólo vamos a vivir una vez. ¿Qué pretendo ser en mi vida? —pensó Roberto—. ¿Una persona ejemplar que no hace daño a nadie pero que pasa desapercibido? ¿Un despiadado, odiado por todo el mundo pero recordado por generaciones? ¿Qué más da! Al final la muerte acaba con todo. Nacemos, crecemos, sólo algunos nos reproducimos y todos, todos: morimos. ¿Qué sentido tiene la vida? Roberto no paraba de darle vueltas a la cabeza y decidió hacer lo que le apetecía en cada momento. Podía ser una persona ejemplar sin que nadie se diera cuenta del ser despiadado en el cual se había convertido. Visitar a su padre se había convertido en una rutina aburrida y sin provecho alguno. Imposible sacarle nada en claro pero, sin embargo, se veía obligado a ir a visitarlo. Era su padre aunque su sangre no corriera por sus venas. No le importaba ya lo que fuese de él, pero no podía dejarlo abandonado y en el olvido. Era una obligación impuesta por él mismo, como si le debiera la vida sin debérsela. Su madre lo había engañado cruelmente. Hijo de un hombre insulso y despreciable al cual, en parte, le debía ser la persona despiadada que era ahora. Todo lo que hasta el momento le habían enseñado no había servido para nada. Intentó ayudar a Miguel, ser una buena persona y lo acusaron de la muerte de Ana sólo por no querer dañar la imagen de aquel que hasta el momento había sido su padre. ¿Y qué más da? Intentas ayudar y te dan de bruces contra la pared. Si no haces nada, eres la persona más despreciable del mundo y si actúas el perjudicado eres tú. Se sentía un fuera de la ley. Nadie sospechaba nada y sin embargo había participado en el asesinato de aquellos desgraciados sin que nadie le notara nada diferente. Ya no le preocupaba el qué dirán. El mundo estaba a sus pies y para ellos era la persona más buena y sensible del planeta. Todo lo que tenía que hacer era ser amable con todo el mundo y nadie sabría nunca la verdad.

Roberto almorzó con su familia en una pizzería cercana. Intentaba que todo fuera normal ante la vista de la gente pero, su obsesión por Alicia se hacía cada vez mayor sin importarles mucho los sentimientos de Susana. Nada más llegar al día siguiente a su despacho ordenó a Merche que llamara a Alicia.

—Merche llama a Alicia por favor y dile que venga a mi despacho —dijo Roberto.



—Ahora mismo —dijo Merche.

Alicia se apresuró a la llamada de Roberto y se presentó de inmediato en su despacho.

—Siéntate Alicia. Tenemos que repasar los temas de la conferencia. No quiero que nada se quede atrás.

Alicia se sentó obediente. Los dos se pusieron a repasar todos los contenidos que iban a impartir en el congreso. En principio iba a hablar Roberto y seguidamente lo iba a hacer Alicia, así que, todo tenía que estar bien organizado.

En ese preciso momento, Susana se presentó en la oficina.

—Buenos días Merche.

Susana se dirigió hacia la puerta del despacho de Roberto sin pararse.

—¡Está reunido! —exclamó Merche temiéndose lo peor bajo la sospecha de que pudieran estar liados.

Susana sujetando el pomo de la puerta contestó:

—No te preocupes Merche, seguro que no es nada que no pueda esperar para más tarde.

Susana abrió la puerta con toda la seguridad que le daba ser la mujer de Roberto, el cual, al verla entrar argumentó rápidamente:

—¡Hola cariño! —exclamó Roberto poniéndose de pie y dirigiéndose rápidamente hacia ella.

Roberto se le acercó y le dio un beso en los labios. Alicia miraba la escena como una simple espectadora. Se levantó y dijo:

—Me voy —sonrió Alicia amargamente—. Avísame cuando hayáis terminado.

—De acuerdo Alicia, te llamo después —contestó Roberto indiferente.

Alicia salió del despacho y pasó por delante de Merche sin decir nada, la cual la observó sentada en su mesa dándose cuenta de la situación que ella sospechaba. Claramente eran sólo sospechas, no podía demostrar nada más.

Alicia se fue para su oficina con la desesperación que le causaba ver a Roberto con Susana. A veces sentía la tentación de hablar con ella y decirle toda la verdad para que de una vez por todas, Susana se diera cuenta de la mentira en la que vivía. Sólo el saber que de ese modo perdería a Roberto era lo que la mantenía callada.

—¿A qué se debe esta grata visita? —preguntó Roberto.

—Pues nada, estaba de compras y se me ha ocurrido pasarme por aquí.

Tenía ganas de verte —sonrió.

—Me parece estupendo —Roberto la agarraba alrededor de la cintura—. Estaba agobiado con tanto trabajo —sonrió—. La semana que viene tenemos una conferencia en Sevilla y tenemos que tener todos los temas claros.

—¿Con Alicia? —preguntó Susana.

—Sí. Ella viene conmigo. Estaremos tres días allí.

—¿Y tiene que ser precisamente con Alicia?

—¿Qué tiene eso de malo?

—Nada, nada sólo que, no me gusta que vayas con ninguna mujer a tus viajes. Ya sabes.

—Tienes que estar totalmente tranquila cariño. Yo sólo te quiero a ti. Esto son temas de trabajo, nada más. Me encantaría que fueras tú pero, con las niñas es imposible que puedas ir.

—Ya, lo entiendo.

—Te quiero —Roberto le dio un beso en los labios.

—Yo también a ti —dijo Susana plácidamente—. Bueno, te dejo que veo que estás muy ocupado y yo tengo muchas cosas que hacer antes de llegar a casa.

—Adiós cariño —dijo Roberto.

Sin esperar un minuto más volvió a llamar a Alicia.

Alicia entró en su despacho con cara seria y se sentó como antes estaba delante de Roberto. Roberto se levantó y echó el pestillo a la puerta.

—Levántate —dijo Roberto.

Alicia, a su pesar, no podía resistirse a sus órdenes. Se levantó muy despacio y se volvió hacia Roberto que se encontraba justo detrás de ella, le acarició la mejilla y la besó apasionadamente.

—Sabes que sólo me gustas tú. ¿Me oyes?, —la miró desafiante agarrándola por la barbilla—. Eres mía —la volvió a besar apasionadamente y la volvió a mirar lleno de deseo.

Alicia no entendía esos comportamientos pero la hacían enloquecer y se dejaba llevar sin resistirse a ellos.

—Tenemos mucho trabajo y hay que terminarlo lo antes posible —Roberto la soltó, abrió el pestillo y se sentó en su sillón delante de Alicia para seguir repasando los documentos.

Alicia, con el corazón a mil palpitaciones por segundo, se sentó soltando un suspiro y miró a Roberto que rápidamente empezó de nuevo el trabajo

como si nada los hubiera interrumpido. No tenía palabras para sus sentimientos. Como pudo, continuó trabajando.

Listos para el viaje, se encontraron en la estación de Atocha para coger el AVE destino a Sevilla. Susana se despidió de Roberto justo delante de Alicia. No notaba nada extraño más allá de la relación de trabajo que ellos tenían. Ni una sola sospecha de que Roberto se iba, ante de sus propios ojos, con su amante a la que deseaba con locura. Pasados los controles de seguridad se montaron en el vagón. Susana regresó tranquilamente para su casa.

Alicia se sentía muy afortunada y no podía borrar de su cara una gran sonrisa de felicidad. Nada más sentarse, Roberto la agarró de la mano y fueron así la mayor parte del trayecto. Cuando llegaron al hotel se dio cuenta de que Roberto, había reservado solo una habitación doble y que la presentó como su mujer. Alicia radiaba felicidad por todos lados.

Una vez acomodados, pasearon por las peculiares callejuelas del centro de Sevilla, visitando la majestuosidad de su catedral con su Giralda y su Giraldillo siempre vigilante, atento a la extraordinaria belleza de sus monumentos y sus gentes, que pasean a su alrededor, terminando en un atractivo paseo en barca por la plaza de España en su espléndido parque de María Luisa.

Como dos niños pequeños, jugaban remando y echándose agua en el rostro el uno al otro sin dejar de reírse. Alicia se situó entre las piernas de Roberto dándole la espalda. Roberto dejó de remar y la abrazó. Por un largo instante se quedaron así sin decir nada. Los dos se sentían libres de hacer lo que quisieran sin el temor a ser descubiertos. Alicia estaba tan feliz que se atrevió a decir:

—Estoy embarazada.

—¿Qué has dicho?

—Que estoy embarazada —repitió Alicia pensando que a Roberto le iba a gustar la noticia.

—No puede ser —Roberto la soltó de inmediato y Alicia se giró hacia él.

—¿Cómo dices? —preguntó extrañada.

—No puedes tener a ese niño —contestó tajantemente.

—Claro que lo puedo tener.

—Tienes que abortar —afirmó Roberto con rotundidad.

—Eso es imposible, estoy fuera de plazo.

—Pero, ¿qué has hecho, estás loca?

—No te preocupes, no te voy a pedir responsabilidades —dijo Alicia viendo que la situación se ponía tensa—. Es mi hijo y quiero tenerlo.

—No se trata de eso. No quiero tener un hijo mío por ahí rodando.

—No va a estar por ahí rodando, va a estar conmigo y no te preocupes por nada, yo le voy a dar todo el cariño que necesite sin necesidad de que tú le des nada —dijo Alicia con rabia.

—No entiendes nada Alicia.

—¿Quién te crees que soy? ¿Una niñata que no tiene sentimientos? Me utilizas como si fuera una muñeca con la que jugar y tengo que aguantar la presencia de tu encantadora mujer mientras tú la besas delante de mí. ¿Te parece eso normal? No soy de hierro Roberto. Quiero tener este niño y lo tendré. Digas tú lo que digas.

Roberto respiró hondo al ver la negativa de Alicia de abortar.

—Escúchame con atención: mi madre —a Roberto le costaba hablar del tema pero decidió contárselo—, engañó a mi padre y como resultado vine yo al mundo. Sólo hace un tiempo que me enteré de la verdad y créeme, no es nada agradable. No quiero que a ningún hijo mío le pase lo mismo ¿me entiendes?

Alicia se quedó sorprendida por la confesión de Roberto.

—Yo no se lo voy a decir nunca. Será hijo mío nada más.

—Algún día querrá saber la verdad. Estará en todo su derecho a saberlo ¿entiendes?

—Yo quiero tenerlo Roberto —dijo Alicia sollozando—. Y no quiero perderte.

—Sshhhh cálmate.

Al ver que se echó a llorar, Roberto la abrazó mientras Alicia se calmaba y no dijo nada más.

Volvieron al hotel. Alicia había notado un cambio repentino en Roberto, el cual, se mostraba frío y distante pero no había tenido más remedio que decírselo, ya estaba casi de cuatro meses y se le empezaba a notar. No podía esconderlo por más tiempo. Alicia esperaba la pasión con la que Roberto le hacía el amor pero ni siquiera la tocó en toda la noche.

Al día siguiente tuvieron la conferencia y al terminar, Roberto le anunció que había adelantado el AVE de vuelta a Madrid para esa misma tarde. Alicia hecha trizas no le reprochó nada, se sentía culpable de la situación. Pensó que eso era el fin. Roberto no querría estar más con ella, aun así, se armó de valor

y decidió tirar para adelante.

En el trayecto de vuelta, apenas se cruzaron unas palabras. Cuando llegaron a la estación estaba Susana esperándolos. Alicia se llenó de rabia contenida al verla. Siempre con esa sonrisa en la cara, tan feliz. Alicia no la soportaba. ¿Realmente era tan ingenua? Como siempre, tuvo que aguantar el caluroso beso de bienvenida. Con su maleta en una mano y el maletín en la otra, se dirigió a la parada de taxis.

—Adiós. Nos vemos en la oficina Roberto.

—Espera, ¿a dónde vas? Tengo el coche aquí, puedo llevarte a tu casa — dijo Susana con el afán de ayudar.

—No es necesario Susana, gracias —contestó Alicia—. Tengo que hacer una parada antes de llegar a casa.

—Bueno, como tú quieras, pero que sepas que para mí no es ninguna molestia.

—Lo sé. Gracias.

—Nos vemos en la oficina Alicia —dijo Roberto agarrado a Susana.

Alicia se fue asintiendo con la cabeza. Se introdujo en un taxi y con los ojos llenos de lágrimas le dijo al taxista la dirección de su casa. Pudo observar como Roberto se iba abrazado a Susana para recoger el coche. Sin quererlo se echó a llorar intentando que el taxista no se diera cuenta pero fue imposible que no lo hiciera.

—¿Se encuentra usted bien, señora?

Alicia no podía contestarle. Lloraba desconsoladamente tapándose la cara con las manos. El taxista afligido intentó consolarla en la medida que podía.

—No sé qué es lo que le ocurre señora, pero créame, siempre hay una solución para todo —el taxista la miraba por el espejo retrovisor—. Si es por la pérdida de un ser querido, ahí me callo. Ante eso no se puede hacer nada, pero si no es por eso hay soluciones para todo —seguía mirándola—. Si es por un amor no correspondido, no se preocupe por eso que es porque no se la merece. Ya encontrará a esa persona que sepa valorarla. Hombres hay muchos y ninguno se merece las lágrimas de una mujer.

Alicia fue calmándose viendo como ese pobre hombre trataba de consolarla sin éxito alguno. El taxista la seguía observando desde el espejo en la medida que podía, sin quitarle ojo a la carretera.

—¿Se encuentra usted mejor?

—Gracias —dijo Alicia secándose las lágrimas—. Es usted muy amable.

Al llegar a su destino, el taxista la ayudó a bajar el equipaje del coche.

—Ya verá como todo se arregla —dijo el taxista.

—Muchas gracias por sus consejos —dijo Alicia esbozando una ligera y triste sonrisa.

—No hay de qué. Ha sido un placer traerla. Espero que todo le vaya bien.

—Gracias.

Jorge estaba cenando con Marina cuando de pronto le sonó el teléfono. Cuando fue a cogerlo se dio cuenta de que era Roberto quien le llamaba. Lo puso en silencio y siguió cenando.

—¿Quién era? —preguntó Marina.

—Nadie importante.

Roberto volvió a llamar, Jorge lo cortó y volvió a llamar, no pararía hasta que lo cogiera.

—Pues para ser nadie importante, sí que insiste —dijo Marina.

—Es...es un pesado. Un tipo que no para de molestarme —Jorge no quería decirle a Marina que tenía relación con Roberto para que no se molestara—. Voy a tener que contestarle. Discúlpame un momento.

Jorge contestó al teléfono y se retiró a su dormitorio.

—¿Diga? —dijo Jorge delante de Marina levantándose de la mesa.

—Jorge, soy Roberto. Necesito hablar contigo.

—Ya sé quién eres y te he dicho que no me llames más. No quiero tener ninguna relación contigo. Mi deuda ya te la pagué, así que déjame en paz —contestó Jorge susurrando—. Estoy en mi casa y Marina puede oírme ¿entiendes?

—No te preocupes. Sólo quiero que me des el número del Navaja.

—Ja, ja, ja. De todos los hijos que tengo, tú, eres el que más se parece a mí. ¿En qué lío te has metido ahora? —dijo Jorge riéndose.

—No le veo la gracia.

—¿Para qué demonios quieres el teléfono de ese desgraciado? Sólo conseguirás meterte en más problemas, hijo.

—A ti eso no debe importarte, además, no me llames hijo.

—Bueno... bueno. Con que esas tenemos. Muy bien, te lo voy a dar, pero después no me digas que no te lo advertí. Quieras o no, me preocupo por ti.

Jorge le dio el número e intentó sonsacarle el motivo del por qué quería el teléfono del Navaja, pero no hubo manera de que Roberto dijera nada.

Esa misma noche llamó al Navaja.

—¿Diga?

—Eh...soy Roberto. ¿Te acuerdas de mí?

—¿Roberto? Déjame pensar... —dijo el Navaja haciéndose el interesante

— ¿Cómo no me voy a acordar? —pensó—. Sí, sí ahora caigo. Todo ha ido bien, ¿no?

—Tengo un trabajito para ti —dijo Roberto.

—A ver... ¿cuándo y dónde quedamos?

—¿Te parece bien mañana sobre las ocho en las ruinas?

—Bien. Allí estaré —contestó el Navaja.

Roberto se sentó a cenar con Susana y las niñas que lo esperaban sentadas a la mesa.

—Lo siento, el trabajo no me deja ni respirar —se excusó por la tardanza en salir de la habitación—. ¿Qué tal ha ido todo?

—Bien —contestó Susana—. En realidad te fuiste ayer. Ha sido un visto y no visto —se rio.

—Yo si te he echado de menos papá —dijo María.

—Y yo a vosotras, por eso me he venido tan pronto —sonrió Roberto—. A partir de ahora voy a intentar estar más tiempo con vosotras —miró a Susana.

—A ver si es verdad —contestó Susana con su peculiar sonrisa.

Cuando terminaron de cenar, Susana notó que Roberto estaba muy participativo, cosa poco común en él. Acostó a las niñas, luego se acercó a Susana silenciosamente por la espalda mientras ella terminaba de recoger la cocina. Le rodeó la cintura con los brazos y empezó a besarla por el cuello.

—¡Eh! Me has asustado.

—Te quiero —le contestó Roberto.

—Y yo a ti, cariño —dijo Susana volviéndose cara a Roberto. Le rodeó con los brazos por el cuello y se besaron—. Estoy un poco cansada. Esta noche no he dormido muy bien y esta mañana he tenido que madrugar como siempre—dijo Susana a modo de quitárselo de encima y se volvió para seguir colocando las cosas en su lugar.

Aquello lo dejó un poco descolocado. Era la primera vez que Susana se inventaba una excusa absurda para no tener relaciones con él. Se fue para el salón, encendió le tele y posó la vista en el móvil de Susana que se encontraba encima de la mesa central. Se aseguró de que Susana no lo viera y lo cogió. Le echó un vistazo rápido por los números de teléfono y vio que tenía muchas llamadas de una amiga suya desconocida para él. En realidad, no era nada

anormal puesto que Susana tenía muchas nuevas amistades a causa de llevar las niñas al colegio, pero le llamó mucho la atención una en particular porque la había llamado varias veces el día anterior, cuando él estuvo en Sevilla con Alicia. Al oír que Susana se acercaba, lo dejó rápidamente en la mesa y siguió como si nada.

—Me voy a acostar —dijo Susana cogiendo el móvil de la mesa—. Hasta mañana cariño.

—Hasta mañana —dijo Roberto mirándola desconfiado.

Amanecía el día frío y desagradable. El sol brillaba en un cielo cubierto por la contaminación que a veces se hacía ver de forma ingrata.

—Buenos días Merche. Llama a Alicia por favor.

—Buenos días Roberto. Alicia no ha venido hoy. Me ha llamado a primera hora y me ha dicho que se encontraba indispuesta.

—¡Vaya! —dijo Roberto y se adentró en su despacho sin decir nada más.

Roberto se acomodó en su sillón y la llamó personalmente.

—Buenos días Roberto —dijo Alicia con pocas ganas de hablar.

—¿Qué tal Alicia, como te encuentras?

—Regular. Tengo vómitos y mareos, creo que no podré ir a trabajar en varios días.

—¡Vaya! Espero que te pongas bien lo antes posible. Necesito tu ayuda urgentemente.

—No te preocupes por nada. Mándame el trabajo por correo y lo voy revisando en casa.

—Bueno —Roberto le daba vueltas al bolígrafo que mantenía sujeto en su mano derecha—. Cuídate y recupérate pronto. Te necesito aquí.

Alicia cogió la indirecta de la orden que le daba Roberto y la hizo sentir peor de lo que ya estaba. Hundida y agotada se puso a trabajar en casa para que no se molestara más con ella.

Roberto se quedó a almorzar en la oficina. Llamó varias veces al móvil de Susana pero viendo que no lo cogía la llamó a casa en varias ocasiones sin tener éxito. Como cada día fue a ver a su padre y después de salir del hospital hizo tiempo para encontrarse con el Navaja.

Un cuarto de hora antes de la cita, ya Roberto se encontraba en las ruinas. Esta vez no estaba nervioso. Todo lo contrario. Parecía un hombre totalmente diferente, frío y calculador.

Apenas pasaban cinco minutos de la hora fijada, cuando se presentó el



Navaja luciendo un coche nuevo, como siempre, robado.

Roberto lo esperaba apoyado en el quicio de la puerta derribada de la entrada. El Navaja se bajó del coche y se dirigió hacia él. El aire frío del invierno hacía que viniera abrigado con su chaqueta de cuero abrochada hasta el cuello.

—¿Qué tal tío, cómo estás? —preguntó el Navaja a modo de presentación.

—Tengo un problema —contestó Roberto muy serio.

—Eso lo tengo claro, si no fuese así no me hubieses llamado.

—Necesito deshacerme de algo.

—Me lo imagino. Larga.

—Hay una chica que está embarazada y quiero que pierda el niño.

—¡No me jodas! ¿La has preñado?

—Eso a ti no te importa. Sólo debes deshacerte del niño.

—Eso está hecho. Un corte en la yugular y listo en dos minutos —dijo el Navaja como si fuese coser y cantar.

—¿Pero qué dices? Sólo quiero un empujoncito con el coche. Lo suficiente para que pierda el niño. Nada más. Ni se te ocurra hacerle daño.

—¿Hacerle daño, te parece poco eso? No hay nada peor para una mujer que perder un hijo.

—A ver, vamos al grano —lo interrumpió Roberto sin querer escuchar nada más—. Esta semana ya no va a poder ser porque no está viniendo a la oficina. En cuanto venga yo te aviso. Hay un paso de peatones justo delante de mi oficina. Ella lo cruza todos los días para coger el autobús. Sobre las seis de la tarde es cuando menos gente hay para cruzarlo. Tú tendrías que esperar en el coche cerca del semáforo para que cuando yo te avise de que ella esté bajando tú te posiciones en primer lugar. Cuando esté pasando cerca del lateral izquierdo de tu coche, aceleras y le das un refilón lo suficiente para que caiga al suelo sin mayores problemas que el que ya te he mencionado antes. Sólo se puede hacer si va cruzando sola. Si hay más gente, no lo hagas. ¿Me has entendido? Esperaríamos el momento oportuno.

El Navaja escuchaba con atención.

—Eso te va a costar unos cuarenta mil.

—Sin problema.

—Lo quiero todo por adelantado. El miércoles que viene como muy lejos.

—Lo tendrás.

—Trato hecho —el Navaja le tendió la mano.

—Yo ya te aviso —dijo Roberto dándole la mano.

De ahí se dirigió a su casa. Quería que todo pareciera normal y que Susana no sospechara nada raro. Actuó como cada día cuando llegaba a su casa, pero en esta ocasión, sentado a la mesa no paraba de observar a Susana que se disponía a servir la cena con las niñas preparadas para comerse las deliciosas hamburguesas con patatas fritas que les había preparado. La había estado llamando toda la mañana y no había contestado a ninguna de sus llamadas. La veía contenta sin que le molestase que no hubiera ido a almorzar a casa sin haberle avisado. Ni siquiera le hizo una pregunta. Roberto no pudo resistirse y le preguntó:

—¿Dónde has estado hoy?

—En casa.

—Todo el día no has estado en casa —afirmó Roberto.

—¿A qué te refieres? —preguntó Susana dejando la sartén en el fregadero.

—A que te he llamado en varias ocasiones y no me has cogido ninguna llamada.

—¡Oh! Es posible que estuviese en el baño, secándome el pelo o haciendo la comida, con el ruido del extractor de la campana es complicado oírlo.

—¿No has salido en todo el día de casa? —preguntó Roberto extrañado.

—No —dijo Susana sin darle importancia.

—¿Y por qué no me has devuelto alguna llamada?

—¿Qué es lo que pretendes Roberto?, no me he dado cuenta. Nada más.

Roberto decidió callar para no acabar en una discusión sin salida. No era lo que ahora mismo le convenía más. Todo lo contrario. Necesitaba el apoyo incondicional de su mujer por si algo saliera mal y tuviera que declarar ante la policía.

El sábado por la mañana Roberto fue a hacer la compra. Iba empujando el carro por una calle del supermercado cuando vio venir de frente a Jorge y a Marina. Jorge iba delante de Marina empujando el carro, lo miró y quiso pasar desapercibido sin decirle nada. Roberto hizo lo mismo pero al pasar a la altura de Marina, esta dijo:

—¡Eh! Tú eres... Roberto ¿no? El hijo de Ana.

—Eh, sí —contestó Roberto sin saber qué decir.

—Qué de tiempo sin verte. Creo que no te veo, desde el funeral de tu madre.

—Puede ser.

—¡Cariño, mira quién está aquí, es el hijo de Ana! —dijo Marina desafiando a Jorge que se encontraba parado más adelante haciéndose el despistado.

—¡Ah sí! ¡Hola Roberto! ¿Qué tal estás chico? —dijo Jorge simulando como si hiciera tiempo que no lo veía. Se acercó y le dio la mano.

—¿Qué tal tu mujer y las niñas? —prosiguió Marina.

—Bien, bien. Gracias.

—¿Qué te parece Jorge si invitamos a cenar algún día de estos a Roberto y a su familia para que vengan a casa?

—Oh... me parece bien —dijo Jorge.

—¿Qué te parece Roberto? —le preguntó Marina.

—Pues... es una buena idea —sonrió dubitativo mirando a Jorge—. Tendré que consultarlo con Susana.

—¡Bien, estupendo! Sería fantástico. La verdad es que echamos mucho de menos a tus padres —dijo Marina hundiendo el dedo en la llaga—. ¿Cómo está tu padre?

—Pues... no muy bien.

—Pobrecillo, realmente no debía estar muy bien cuando hizo lo que hizo. ¡Qué lástima!

—¡Marina! —la interrumpió Jorge—. Tenemos que irnos. Deja al chico tranquilo.

—Adiós Roberto. Quedamos en eso ¿de acuerdo? —insistió Marina.

Roberto asintió en silencio viendo como Jorge obligaba a Marina a seguir para delante detrás de ella. Jorge volvió la cabeza para dirigir la mirada hacia Roberto y respirando profundamente siguió adelante.

—Marina, te he dicho que no quiero tener relación con él. No sé a qué ha venido ese espectáculo.

—Ja, ja. La verdad es que me he divertido mucho al ver la cara que se te estaba poniendo —se rio—. ¿A caso él no sabe que eres su padre? —dijo Marina con desprecio. Le dolía en el alma que fuera hijo de Jorge y no lo podía disimular.

—El chico no tiene culpa de nada. Déjalo tranquilo. Eso fue un error, ya te he dicho varias veces que no quiero nada con él, ¿de acuerdo?, así que por favor, déjalo ya.

Roberto, aturdido por el comportamiento de Marina, siguió comprando y cuando terminó se fue para su casa. Estaba deseando que todo pasara y saliera

tal y como él lo había pensado. Quedaba muy poco para que el juicio de su padre y el suyo se celebrara. Quería que todo pareciera normal y actuaba de la forma más corriente posible pero no podía evitar curiosidad por el teléfono de Susana. Solo la sospecha de que pudiera estar engañándolo con otro, lo enfermaba. La obsesión se hacía cada vez mayor. Trató de calmarse pero, para su tranquilidad, decidió instalar un programa en su móvil para tener localizado en todo momento los movimientos de Susana, así sabría con seguridad si estaba diciendo la verdad.

Tal y como quedó con el Navaja, le entregó los cuarenta mil euros acordados. Roberto le insistió en lo que tenía que hacer para que quedara claro y no hubiera ningún contratiempo.

Llovía a chuzos en Madrid esa mañana desapacible y ruda en la que Alicia llegó a su despacho después de una semana sin aparecer por allí. Con mala cara, el pelo largo y suelto sin recoger como de costumbre solía llevarlo, entró en la oficina de Roberto sin levantar la mirada de su dossier.

—Aquí tienes la documentación preparada. Échale un vistazo —dijo Alicia entristecida.

Roberto no dejaba de mirarla a la cara, sin embargo ella no levantaba ojo de la documentación entregada y le explicaba todo lo que había hecho para que nada se quedara atrás.

—¿Cuándo tienes que ir al ginecólogo? —preguntó de repente Roberto dejando a Alicia sorprendida por su interés.

—El jueves por la mañana —dijo sin levantar la vista.

—¿Puedo ir contigo?

Fue entonces cuando Alicia, asombrada, levantó la mirada para adentrarse en la de Roberto en un absoluto silencio.

—También es mi hijo ¿no? —prosiguió diciendo Roberto.

A Alicia le dio un vuelco el corazón. Por primera vez en mucho tiempo se le vio brillar una ligera sonrisa en la cara. No podía creerse el interés de Roberto por su hijo. Deseaba tanto que eso ocurriera, que se llenó de felicidad en un segundo.

—Claro que sí —contestó Alicia.

—Estás muy guapa —Roberto se levantó posicionándose delante de ella, esbozó una sonrisa y le agarró ambas manos—. Ya se te nota un poco.

—Sí.

—Tómate todo el tiempo que necesites para recuperarte. ¿De acuerdo?

—Gracias Roberto.

—Te quiero mucho.

—Y yo a ti —dijo Alicia emocionada.

—Para mí eres una persona muy especial —Roberto la acarició por el cuello y le dio un beso apasionado en los labios—. Te necesito y quiero que todo salga bien.

Alicia lo abrazó fuertemente. Deseaba quedarse así para siempre. Roberto la abrazaba y le acariciaba el pelo con la mano derecha.

—Gracias Roberto, ahora mismo soy la mujer más feliz del mundo. Te juro que no te voy a pedir nada. Este niño será un secreto entre tú y yo. Te puedo asegurar que no te vas a arrepentir —afirmó Alicia.

—Estoy completamente seguro, eso sí, esta semana tendrás que venir algunas tardes para ayudarme, ¿okey?

—Ja, ja. Okey. Te lo prometo, aquí estaré —dijo Alicia poniendo la palma de la mano derecha en alto.

—Bueno pues, ahora voy a echar un vistazo a toda la documentación y luego te comento lo que sea ¿vale?

—Muy bien —Alicia se fue muy ilusionada para su despacho.

Roberto terminó pronto y decidió irse para su casa sin decirle nada a Susana. Su móvil la localizaba en su casa. Cuando llegó se encontró con que Susana no estaba. La llamó por teléfono y se dio cuenta que el móvil sonaba en su dormitorio. Cuidadosamente fue acercándose por donde lo oía hasta llegar al primer cajón de la mesita de noche de Susana. Allí estaba escondido entre su ropa. Lo cogió y le echó un vistazo. La última llamada era de esa amiga desconocida, una tal Manuela. Decidió hacerle una llamada desde su teléfono móvil.

Una voz de hombre lo descolgó.

—¿Diga?

Roberto decidió no decir nada y colgó tras unos segundos.

Susana estaba en la cama de un pequeño hostel de carretera con Manuel, un compañero del gimnasio.

—¿Quién era? —preguntó Susana.

—Me han colgado.

—Se habrán equivocado —dijo Susana abrazada a Manuel.

Roberto la esperaba impaciente y con mucha ira contenida.

Antes de entrar en su casa, Susana se percató de que estaba el coche de

Roberto aparcado en la puerta, lo cual la hizo ponerse un poco nerviosa.

—¡Roberto! ¿Cómo tú por aquí tan pronto?

Roberto se encontraba sentado en el sofá del salón viendo la tele.

—¿Qué tal cariño? ¿Hoy tampoco has ido a ningún sitio?

—Eh... he salido un momento.

—Ya, ya me he dado cuenta. Te he llamado al móvil —Roberto le había quitado el teléfono de la mesita de noche a Susana.

—¡Oh vaya! lo siento, se me ha olvidado cogerlo —bajo el temor de que Roberto pudiera localizarla, siempre que salía, lo dejaba en casa.

Susana fue rápidamente a coger el teléfono de donde lo había guardado y se dio cuenta de que Roberto lo había cogido. Atemorizada, volvió al salón donde seguía sentado en frente de la televisión. Pudo observar cómo tenía el móvil entre sus dedos y le daba vueltas sin parar.

—¿Qué estás buscando? —dijo Roberto.

—Nada —contestó Susana, la cual Susana se quedó de pie paralizada observándolo.

—¿Quieres tu precioso móvil? —dijo Roberto levantándose y dirigiéndose hacia ella.

Susana se puso muy nerviosa.

—¿Por qué no llamas a tu querida amiga Manuela? —prosiguió Roberto.

—Dame el móvil Roberto —dijo Susana intentando quitárselo pero Roberto no la dejó.

—Mejor vamos a llamarla ahora —Roberto marcó el número de Manuela y puso el teléfono en voz alta.

—Está trabajando, mejor no la molestamos.

—¿Ah sí? —contestó Roberto con ironía.

El teléfono iba por el tercer tono cuando una voz masculina contestó a la llamada.

—¿Susana?

Susana se quedó en silencio mirando a Roberto al igual que él la miraba a ella sin decir nada.

—Susana cariño ¿pasa algo? —insistió Manuel desde el otro lado del teléfono.

Susana se abalanzó hacia Roberto quitándole rápidamente el móvil y lo apagó de inmediato.

—Tiene tu amiga la voz un poco ronca ¿no te parece? —le dijo Roberto

irónico.

—¿Qué se supone que debo hacer? ¿Ver cómo llegas a casa a altas horas de la noche, día tras día, sin ponerme la mano encima? ¿Piensas que no me he dado cuenta de tus devaneos con Alicia? ¿Tan estúpida crees que soy? —gritó Susana a punto de llorar.

—Eso no te da derecho para irte con el primero que encuentres como si fueras una vulgar fulana. Yo no tengo nada con Alicia y ya te he dicho que he estado muy ocupado con el trabajo atrasado ¡maldita sea! —gritó Roberto mintiendo.

Susana empezó a desmoronarse.

—Para mí no ha significado nada. Siempre te he querido más que a mi vida misma, pero, después de la muerte de tu madre nada ha sido igual. Todo se ha complicado Roberto, estás diferente, frío, distante, no eres el hombre que yo conocí —sollozaba.

Roberto, sin demostrar la más mínima expresión de afecto, como últimamente acostumbraba ser, se fue dando un portazo tras de sí y dejó a Susana totalmente desolada sin parar de llorar.

Los días posteriores se basaron sólo en encuentros ocasionales por el pasillo sin mediar palabra. Ahora mismo sólo tenía en mente a Alicia. El jueves por la mañana la acompañó a la cita que tenía con el ginecólogo. Alicia se sentía feliz. Roberto se mostraba amable y la hacía sentir especial, no notaba nada raro en él y por supuesto, no sabía nada de su situación con Susana. El día amaneció frío y lluvioso en un día que se presentaba apacible y alegre para Alicia.

Roberto se presentó en la consulta del ginecólogo como un amigo que la acompañaba para que no estuviera sola. Acostada en la camilla, el ginecólogo se dispuso a practicarle una ecografía. Roberto se encontraba a su lado agarrándole la mano. En el monitor se podía divisar como una pequeña criatura se movía sin cesar dentro del fértil y cálido vientre de Alicia.

—Es un niño —afirmó el ginecólogo—. Todo está perfectamente, va a ser bastante grande —sonrió.

Roberto y Alicia se miraron y sonrieron los dos al unísono.

—La siguiente visita será para el mes que viene, ¿de acuerdo? —confirmó el ginecólogo.

—De acuerdo —dijo Alicia colocándose bien la ropa.

Aparentemente los dos salieron muy contentos de la consulta. Cuando

Roberto se despidió de Alicia le dijo que tenían que repasar unos documentos por la tarde. Que lo terminarían en pocas horas. Alicia rebozaba de una felicidad nunca advertida por ella.

—Gracias Roberto por venir conmigo. Esta tarde nos vemos.

—No tienes por qué darme las gracias, es lo menos que puedo hacer.

Alicia se despidió de Roberto convencida de que había cambiado y había aceptado a su futuro hijo con el cariño que un niño se merece. Nada más lejos de la realidad. En ningún momento se podía imaginar el plan maléfico que Roberto le tenía preparado. El día anterior había avisado al Navaja para llevar a cabo el plan que habían acordado. A las seis en punto de la tarde daría por concluida la tarea con Alicia y ya se encargaría el Navaja de todo lo demás.

Puntual, como siempre solía ser Alicia, llegó por la tarde al trabajo. Se encontró con Roberto y estuvieron sobre unas dos horas preparando el nuevo proyecto. Sobre las seis menos diez de la tarde Roberto se levantó y echó un vistazo por la ventana de su despacho. Pudo observar que el Navaja todavía no había llegado. Se miró el reloj y volvió a sentarse para seguir trabajando con Alicia. Cada vez se iba poniendo más nervioso. Volvió a mirar el reloj sobre las seis menos cinco y volvió a asomarse a la ventana disimuladamente. En ese preciso momento vio posicionarse al Navaja en el primer lugar del semáforo, interrumpiendo en parte el tráfico a unos escasos tres metros del paso de peatones. Alicia seguía repasando la documentación para que todo estuviera en regla. Por Roberto haría ella todo lo que fuese necesario para ayudarlo. La tarde continuaba con una fina pero ininterrumpida lluvia.

—Bueno Alicia, ya está bien por hoy —dijo Roberto volviendo a la mesa.

—No te preocupes Roberto, estamos a punto de terminarlo. Es mejor llegar hasta el final.

—Escúchame Alicia —Roberto la interrumpió y la agarró de una mano haciendo que se pusiera en pie—. Ya está bien por hoy. Te agradezco que hayas venido a ayudarme. Lo que queda lo termino yo. Vete a casa y descansa. ¿Vale?

—Está bien —sonrió—. La verdad es que estoy bastante cansada. Me hace falta echarme un poco.



Roberto le dio un beso afanosamente en los labios.

—Abrígate. Está lloviendo.

—Gracias Roberto.

La ayudó a ponerse el abrigo amablemente y le dio el paraguas. Con un tono cordial, le abrió la puerta y se despidió de ella.

—Adiós Alicia.

—Hasta mañana Roberto.

Roberto se quedó, por un instante, viendo cómo se alejaba por el pasillo. Seguidamente cerró la puerta y se acercó a la ventana. Llamó al Navaja por el móvil.

—Ya está en camino —le avisó Roberto.

—Preparado —contestó el Navaja.

—Recuerda Navaja, sólo un refilón certero.

—Sin problema.

En ese momento la vio salir por el portón hacia el paso de peatones. Apenas había tráfico en esa tarde desalentadora para Roberto. Alicia se acercó al semáforo que permanecía en rojo. Estaba sola, sin nadie a su alrededor, ataviada con su confortable abrigo negro y su paraguas azul con lunares de colores refugiándose de la tibia y fría lluvia que no cesaba de caer. Vista desde arriba parecía una muñequita indefensa que se acercaba a su depredador sin que ella se diera cuenta.

—Esa es —dijo Roberto que permanecía al habla con el Navaja.

—Tranquilo —contestó el Navaja.

Roberto colgó el teléfono y se quedó observando desde la ventana de su despacho que se encontraba en un tercer piso con grandes ventanales a la calle. La tensión aumentaba por segundo y su corazón quería salirse del pecho. Alicia esperaba pacientemente en el semáforo de peatones que seguía en rojo. Cuando la luz del semáforo de coches se puso en ámbar, el Navaja se preparó para acelerar y se situó en medio de la calzada para que nadie se le pusiera delante. Inmediatamente después la luz del paso de peatones se puso en verde. Con su paraguas abierto, se dispuso a cruzar. Roberto no le quitaba la vista de encima. Cuando iba pasando justo delante del Navaja, en un movimiento inesperado, éste aceleró brutalmente atropellando de una forma bestial a Alicia. Acto seguido se echó a la fuga.

—¡Oh, Dios! —exclamó Roberto.

Alicia salió volando por el aire impactando en el parabrisas del coche que se encontraba parado en el carril de al lado. Lentamente, se fue deslizando hacia el suelo su frágil cuerpo ya sin vida, cayendo boca arriba sobre la calzada. La incesante lluvia le caía por el rostro como queriendo borrar la terrible escena recién acontecida. La pareja que se encontraba en el interior del coche, quedó aterrorizada por el atropello que acababan de presenciar. Conmocionados, salieron rápidamente en su auxilio viendo que ya poco podían hacer por ella. Todos los que estaban dentro de los coches salieron a ayudarla y llamaron a emergencias.

Roberto, que observaba desde arriba, respiró profundamente y se sentó en su mesa como si nada hubiera pasado, deseando que Alicia estuviera bien, pero temiéndose lo peor por la agresividad de la colisión. Sostuvo unos documentos en las manos con la mirada perdida. Mientras, se empezaban a oír las sirenas de la policía mezclada con las de la ambulancia.

Debido a la lluvia y a la rapidez del atropello, nadie pudo coger la matrícula del coche que se dio a la fuga.

Los médicos sólo pudieron certificar el fallecimiento de Alicia y del hijo que esperaba.

Roberto no se movió de su sillón hasta no oír ya, absolutamente nada. Entonces recogió todos los documentos que se encontraban esparcidos por toda la mesa. Con toda frialdad y tranquilidad lo metió todo en su maletín y se fue en busca del coche que se encontraba en el sótano del mismo edificio. Merche no estaba ya que esa tarde libraba.

Roberto se subió al coche y salió del aparcamiento. Inevitablemente, tenía que pasar por el semáforo donde se produjeron los hechos. Pudo divisar el rastro de sangre derramada en el suelo, ya que la lluvia había hecho que resbalara la arena esparcida por los operarios para taparla. Se fue directo a su casa. Esta tarde no tuvo fuerzas para ir a ver a su padre. Cuando llegó se dirigió hacia su habitación. Susana y las niñas se encontraban en la cocina. María salió a saludar a su padre pero él pasó de largo sin hablar con nadie y se metió en el baño. Se despojó de la ropa y se metió en la ducha. Con la cabeza apoyada en la pared dejó caer el agua caliente por todo su cuerpo. La imagen del Navaja atropellando a Alicia y su frágil cuerpo volando por los aires se le repetía en su cabeza. Jorge tenía razón. Éste tipo no era de fiar, sólo le traería más problemas. Alicia se veía tan feliz cuando salió de su despacho.

“Quizás hubiese habido otra solución mejor”, pensó. Deseaba en lo más hondo de su ser, dar marcha atrás y que nada de eso hubiese sucedido, pero irremediablemente ya no tenía solución. Roberto salió del baño con el albornoz puesto. De pie delante del televisor, lo encendió y cambiando los canales sin parar se dio cuenta de que todas las noticias iban dirigidas al brutal atropello.

**“UN CONDUCTOR SE DA A LA FUGA TRAS HABER ATROPELLADO A UNA MUJER EMBARAZADA DE CUATRO MESES CAUSÁNDOLES LA MUERTE A ELLA Y AL BEBÉ QUE ESPERABA”.**

Varias personas de los coches que se encontraban en ese momento parados en el semáforo, relataban los hechos.

—Ha sido de una brutalidad tremenda —decía un testigo—. La chica iba cruzando el paso de peatones cuando el coche que se encontraba delante de mí, aceleró de repente dándose a la fuga. Fue todo muy rápido. La chica no tuvo tiempo de reaccionar.

—Lastimosamente, nadie pudo cogerle la matrícula puesto que las condiciones meteorológicas y la rapidez de los hechos hicieron que la visibilidad no fuese la más adecuada. Sólo pudieron apreciar que era un coche pequeño de color blanco —comentó la reportera.

La policía no descartaba que fuera un crimen pasional de violencia de género ya que Alicia estaba embarazada.

Una vez finalizada la noticia, Roberto cambió de canal. Como un zombi, se sentó delante del televisor respaldándose en el sofá. El teléfono no dejaba de sonar. Era Merche aterrorizada por la noticia. Roberto ni siquiera movió la cabeza para ver quién llamaba. Seguidamente lo llamó su amigo Julián. Susana que no se había percatado de la noticia, se acercó a Roberto y se sentó a su lado.

—¿No lo vas a coger? Es Julián.

—Sé lo que me va a decir —dijo Roberto sin mirarla.

—¿Qué te ocurre Roberto?

—Alicia ha muerto. Estaba embarazada. Han muerto los dos.

—¡Oh Dios mío! ¿Qué ha sucedido? —Susana se sentó a su lado.

—Hemos estado trabajando juntos por la tarde... al salir... la ha atropellado un coche dándose a la fuga.

—¡Oh Dios, qué horror! —Susana le agarró de la mano—. ¿Y no saben quién ha sido?

—La policía supone que ha sido un crimen pasional. Ella me dijo que tenía algunos problemas con el padre de su hijo.

—No me lo puedo creer. Cómo pueden hacer algo así. Es terrible hasta dónde puede llegar la agresividad de algunos maltratadores. ¿Tú lo conocías?

—No, no tenía ni idea que estuviera con alguien. Terrible —Roberto mentía una vez más.

Roberto miró a Susana que estaba posicionada a su lado agarrándole la mano y se la apretó cariñosamente.

—¿Qué nos ha pasado Susana?

Susana respiró profundamente y sin querer, sus ojos empezaron a inundarse de unas pequeñas lágrimas que amenazaban con desbordarse.

—Lo siento mucho Roberto. No era mi intención hacerte daño. Me sentía completamente sola y necesitaba el cariño que tú ya no me dabas —Susana se echó a llorar—. Jamás he querido a otro hombre como te he querido a ti. Ojalá nunca hubiese ocurrido lo de Ana. Estoy segura que todo hubiese ido bien.

Roberto se inclinó hacia ella y la abrazó emocionándose él también. Así estuvieron por unos segundos. Una vez relajados, se separaron lentamente y se besaron con pasión tras mirarse deseosos a los ojos. Se entregaron apasionadamente el uno al otro terminando agotados en la cama.

A la tarde siguiente, acudieron los dos juntos al funeral. Ahora más que nunca necesitaba el apoyo de Susana. Todos sus familiares, amigos y compañeros de trabajo esperaban con resignación la incineración del cuerpo de Alicia.

Merche, que estaba allí presente, se acercó a Roberto y se atrevió a preguntarle susurrando un poco amenazante:

—¿Cómo es que Alicia tuvo que ir ayer a trabajar? Supuestamente libraba igual que yo. Además, no tenía ni idea que estuviera embarazada. Nunca la he oído mencionar a nadie cercano a ella. ¿Tú sabías algo?

Roberto la miró temiendo que ella supiera algo que pudiera delatarlo.

—No —respondió sin más.

—Una lástima, la verdad. Se desvivía siempre por ayudarte... —prosiguió Merche con ironía.

Tras un breve silencio, sin dejar de mirarse los dos, Roberto añadió:

—Ha sido una verdadera pérdida —asintió.

Roberto volvió a sentir miedo en su interior. No podía permitir que nadie le delatara. “Por el bien de todos, sería mejor que Merche se mantuviera al

margen sin crear problemas, de lo contrario, tendría que tomar medidas”, pensó Roberto.

Merche, cercana a su jubilación y cansada de ser la simple secretaria a la que nadie mira si no es para pedirle ayuda, se le ocurrió que podía sacar tajada de la situación, ya que la sospecha que ella tenía era evidente. No en vano habían sido las innumerables veces que había visto a la pareja en situación cariñosa cuando ella llegaba sin avisar.

Como cada mañana, Roberto llegó a su despacho.

—Buenos días Merche —entró sin más.

Merche se encontraba sentada en su sillón como de costumbre.

—Buenos días Roberto —no le quitó ojo de encima.

Roberto cerró la puerta, dejó su abrigo en el perchero y se disponía a sentarse cuando Merche entró en su despacho sin llamar cerrando la puerta tras de sí.

—Quería hablar contigo.

—¿Ah sí? Dime —dijo Roberto sin mucho ánimo.

Roberto se acomodó en su sillón y se dispuso a escucharla. Merche permanecía de pie mirándolo un poco nerviosa.

—Siéntate —dijo Roberto.

—Estoy bien así. Gracias.

—Pues tú dirás. Adelante —Roberto se reclinó poniendo los codos en la mesa y cruzó las manos para posteriormente escucharla con atención.

—A ver, lo que quiero decirte no es fácil para mí. Mi situación económica no es muy brillante que digamos. Y mi vida familiar es más bien una ruina. Necesito un cambio en mi vida.

Merche hizo una parada en su manifestación esperando alguna reacción de Roberto, sin embargo, solo se limitó a mirarla. Al cabo de un tiempo Roberto añadió:

—¿A qué viene esto? ¿No estás contenta con tu trabajo?

—No es eso.

—¿Entonces?

—Sé la relación que tenías con Alicia.

—¿A qué te refieres?

—Sé que el hijo que esperaba era tuyo.

¡Oh Dios! El proverbio Tailandés se le venía a la cabeza una y otra vez. Haces algo malo y te perseguirá siempre. ¿Hasta cuándo iba a durar esto?

Salía de una y se metía en otra. ¿Qué quería Merche ahora? No se daba cuenta del peligro que corría haciéndole chantaje. No tenía ni idea en la persona que se había convertido Roberto y con la que ahora ella, se disponía a jugar como si fuera una distracción inofensiva. A Roberto se le cambió el semblante, el cual, sin decir nada, parecía amenazador.

—¿Por qué crees eso?

—Ella me lo dijo —se aventuró a decir.

—En el funeral me dijiste que no sabías que estaba embarazada.

—No era el momento para decir nada.

—¿Se lo has dicho a alguien?

—No.

—¿Qué es lo que quieres Merche?

—Dinero.

—¿Cuánto dinero?

—Lo suficiente para vivir tranquila lo que me queda de vida.

—Como comprenderás, no voy a ceder ante ningún chantaje y sobre todo si no tienes pruebas de lo que estás diciendo, con lo cual te estás jugando tu puesto de trabajo —Roberto la amenazó del modo más inofensivo que podía hacerlo para ver si así la persuadía y abandonaba la idea del chantaje.

—Créeme. Tengo suficientes pruebas como para delatarte ante tu mujer y ante la policía. No te atrevas a cuestionarme. Llevo mucho tiempo viendo vuestros devaneos y realmente se me revolvía el estómago cuando veía a la pobre Susana, ajena de todo, riéndose a tu lado como si fuera la mujer más afortunada del mundo. Sé que no querías al niño que Alicia llevaba en su vientre y que le dijiste que abortara.

—¡Basta ya! No te consiento que me hables así —dijo Roberto alzando la voz.

—Quiero cien mil euros lo antes posible y nadie sabrá ni una sola palabra de esto.

—¿Te has vuelto loca? ¿De dónde voy a sacar ese dinero?

—Eso es problema tuyo.

—Vamos a ver Merche. Entremos en razón. Llevamos varios años trabajando juntos. Para mí eres como de la familia. ¿Se puede saber por qué demonios ahora me vienes con esto?

—Te lo he dicho antes. Necesito un cambio en mi vida. Quiero vivir mejor.

—¡Yo también quiero vivir mejor! —gritó.

—Tengo entendido que el juicio de tu madre está cerca. No te conviene otro escándalo de esas características en tu vida —Merche se mostraba tranquila y lo volvió a amenazar sin perder la compostura.

—Está bien, está bien. Tendrás el dinero sólo que... tienes que darme tiempo. No puedo reunir ese dinero en un día.

—No es necesario que me lo des ahora mismo. Pero no te duermas en los laureles.

Merche se marchó airoso del despacho de Roberto. Al cabo de un rato Roberto salió con el maletín en la mano.

—Si me llaman por teléfono pásamelo al móvil —le ordenó a Merche.

—De acuerdo, acuérdate también de sacarme un billete de avión a París para el viernes de la semana que viene —contestó Merche con la seguridad que le daba tener la sartén bien cogida por el mango.

—Muy bien —contestó Roberto enojado, mirándola con desprecio.

Roberto se marchó aprisa. Había recibido una llamada de Jorge e iba a encontrarse con él. Mientras abría la puerta del coche, oyó su nombre en una voz masculina que provenía de detrás de él. Roberto se giró y pudo observar a un joven alto y apuesto parado enfrente suyo.

—¿Roberto?

—Sí, soy yo.

Por un instante Roberto se quedó pensativo intentando recordar si lo conocía de algo.

—¿Le conozco? Su cara me suena.

—No hemos tenido el placer de ser presentados. Me llamo Alberto. Era íntimo amigo de Alicia.

“Por el amor de Dios ¿otro que viene a hacerme chantaje?”, pensó.

—¿Y a qué se debe su grata compañía? —preguntó Roberto irónico.

—Sólo quería que supieras que Alicia y yo teníamos una relación sentimental abierta.

Roberto se quedó de piedra cuando lo oyó decir eso.

—Llevábamos dos años juntos —prosiguió—. Y te juro que nunca la oí hablar de nadie como hablaba de ti. Estaba totalmente enamorada. Alicia tenía un corazón único, era todo bondad.

Roberto lo escuchaba atónito. En ese momento recordó su cara. Era el tipo con el que la vio paseando una noche por la calle mientras él iba en el coche.

—Estaba dispuesta a dejarlo todo por ti. Cuando empezasteis la relación ella no sabía que estaba embarazada. Lo supo al poco tiempo —Alberto siguió con su relato—. El niño era mío. Eso cambió todo en nuestras vidas.

Roberto se sobrecogió. ¿Cómo que el niño era suyo? La angustia lo invadió de nuevo.

—Pensábamos irnos de aquí y rehacer nuestras vidas lejos del entorno que nosotros mismos habíamos creado. Donde el niño creciera ajeno al tipo de vida que habíamos llevado hasta entonces. Pero ella no dejaba de pensar en ti y se resistía a irse. Desgraciadamente el accidente lo ha cambiado todo. Sólo quería que supieras el amor que ella te tenía y te agradezco todo el apoyo y cariño que le diste.

Roberto se quedó sin palabras. Alberto le dio un par de golpes de amistad en el antebrazo a la altura del hombro y se marchó.

—Adiós.

—Adiós —contestó Roberto totalmente perplejo. No daba crédito a sus oídos. Se quedó inmóvil ensimismado por un momento, con la llave del coche en la mano.

¿Pero qué demonios es esto? ¿Una broma pesada? ¿A qué viene eso de que el hijo que esperaba Alicia era suyo? ¿Por qué Alicia le mintió diciendo que el niño era de él? Nada tenía sentido. ¿Es que acaso pensó que diciéndole eso, él no la dejaría nunca?

—¡Joder! —gritó.

Roberto se metió en el coche y se fue en busca de Jorge.

—Espero que me des buenas noticias —le dijo Roberto en cuanto lo vio—. Llevo un día de perros.

—¿Una mediana? —preguntó Jorge.

—Si por favor.

Los dos se sentaron en una esquina del bar lejos de la muchedumbre.

—¿Cómo estás? —le preguntó Jorge.

Tras un trago de cerveza contestó:

—Fatal. ¿Y tú, que hay de tu vida?

—Pues, bien. No me puedo quejar —respondió Jorge.

—Aja, me alegro por ti —dio otro trago a la cerveza.

—¿Sabes Roberto? Oí lo que le ocurrió a esa chica.

—¡Oh no, por favor tú no! —replicó Roberto tomándose la mediana del tirón.



—¡Escúchame Roberto! Te dije que tuvieras cuidado con el Navaja. Ese tipo se va de la lengua enseguida.

—Fue un accidente. Nada más.

—¿Era hijo tuyo?

—¡Ja! Buena pregunta. Hasta el día de hoy pensé que sí —Roberto resopló fuertemente—. Una cerveza por favor —gritó a la camarera—. ¿Quieres otra?

—No gracias. Todavía tengo. ¿En qué quedamos, era hijo tuyo o no? —insistió Jorge.

—Ya te he dicho que hasta el día de hoy he creído que sí, pero no te pierdas lo mejor —se rio—. Ahora me viene un tipo diciéndome que el niño era suyo, ¿te lo puedes creer? —volvió a reírse—. ¿Qué demonios me está pasando? —volvió a beber—. Parece como si alguien me estuviera gastando una broma macabra. Si no hubieras aparecido tú, nada de esto hubiera pasado.

—Pero qué dices. No vengas a echarme la culpa a mí. Esto te lo has buscado tú solito.

—Yo era feliz con Susana. Mi madre y mi padre eran felices. Todo era normal.

—Para el carro ¿vale?, no te he llamado para que me culpes a mí de todo. Nadie te dijo que le pusieras los cuernos a Susana.

—¡Oh, por el amor de Dios! ¿Quieres dejar de darme lecciones? No me podía permitir tener un hijo que no fuera de Susana. Ella me dijo que el niño que esperaba era mío. No quería que le pasara igual que a mí. Vivir engañado toda mi vida para después descubrir que un tipo como tú era mi padre.

—¡Eh! Un poco de respeto, que yo no te he hecho nada. Había otras soluciones.

—Se negó a abortar. Sólo quería que le diera un roce, pero ese desgraciado aceleró con todas sus ganas y... ¿quieres otra cerveza?

—Ya la pido yo. Dos cervezas por favor —le dijo Jorge a la camarera.

—Estoy desesperado Jorge. Siento que cada paso que doy fuese como un profundo foso del que no puedo salir.

—Tranquilízate. Todo volverá a la normalidad, sólo es cuestión de tiempo. Pero por favor, deja ya de meterte en líos. El juicio está cerca y no te conviene para nada que te veas envuelto de nuevo en algo semejante al asesinato de tu madre.

—Tienes que decir la verdad ante el juez, Jorge. Prométeme que le dirás la verdad y sólo la verdad. Tú fuiste el único testigo que vio realmente lo que

pasó. Sabes que soy inocente.

—Haré lo que pueda, pero tienes que entender que Marina no sabe que yo pensaba irme con Ana —mintió descaradamente.

—¡Maldita sea Jorge! No me vengas otra vez con esas. Poco te importó lo que pensara Marina cuando la ibas a dejar por mi madre —Roberto volvió a pedir otra cerveza—. Tienes que decir la verdad. Al fin y al cabo, Miguel no sabe dónde tiene la cabeza. Todos los días, intento que recuerde algo pero siempre salgo peor de lo que voy. A veces pienso que disfruta viéndome así y otras me da tanta lástima que no puedo dejar de ir a visitarlo. Siento que le hago falta. Siempre fue un hombre bueno y honesto. Hizo lo que pudo para que nada me faltara. Me enseñó a ser una persona buena y educada.

—Ya se ve lo bueno que eres —lo interrumpió Jorge—. No sigas que me vas a hacer llorar.

—Ya veo que para ti todo esto es sólo un juego. Pero es mi vida, ¿entiendes? Si tú hubieras asumido el papel de padre que eras nada de esto hubiera pasado.

—Sabes perfectamente que tu madre no me dijo nada. No me cansaré de decirte que me enteré el mismo día que te enteraste tú. ¿Qué papel querías que asumiera? He intentado ayudarte en todo lo que he podido y cada vez lo complicas todo un poco más —replicó Jorge.

Tras haberse tomado varias cervezas, Roberto se levantó medio borracho mientras Jorge se quedó sentado.

—¿Sabes Jorge? Eres un desecho de la humanidad —dijo Roberto poniéndole la mano en el hombro.

—¡Ja! Mírate tú a ver qué eres. No te preocupes, pago yo —dijo Jorge con desánimo quedándose sentado mientras veía como Roberto se alejaba tambaleándose. No era ni la sombra de aquel Roberto que él había conocido.

Como pudo cogió el coche y llegó a su casa. Susana no estaba. Se echó en la cama y se quedó profundamente dormido.

Tumbado en la cama boca abajo, oyó a lo lejos la voz de Susana que se hacía más fuerte a la vez que se le iba acercando.

—¡Roberto! ¡Roberto, despierta! —dijo Susana dándole toques en el hombro.

—¿Eh? —dijo Roberto adormilado levantando la cabeza.

—¡Roberto! La policía está aquí.

—¿Cómo? —Roberto dio un salto de la cama y se sentó rápidamente.

—Está la policía en la puerta y pregunta por ti —insistió Susana.

—Eh, díles que ya voy —entró en el baño y se echó agua en la cara.

Mientras Roberto se cambiaba de camisa, Susana se dirigió a la puerta de entrada para excusarse ante la policía que esperaba pacientemente en la entrada de la casa.

—Hola —dijo Roberto llegando a la altura de ellos.

—¿Roberto García? —preguntó un oficial.

—Sí, soy yo. Dígame.

—Le traemos la citación para el juicio de Doña Ana González que se celebrará en el juzgado de lo penal número dos el próximo día veintiséis a las diez de la mañana.

—Bien, de acuerdo, gracias —dijo Roberto asintiendo con la cabeza.

—Que tenga un buen día —se despidieron los dos oficiales.

—Igualmente —respiró profundamente aliviado, por un momento pensó que venían por el tema de Alicia.

Roberto se quedó mirando cómo se alejaban mientras sujetaba la puerta con la mano derecha. Susana se encontraba a escasamente un metro detrás de él.

—¿Dónde estabas? —le preguntó a Susana dándose la vuelta.

—Estaba comprando. Esta vez no te engañó. Ayúdame a bajar las cosas del coche.

Roberto se acercó a Susana y se derrumbó ante ella.

—Te necesito... te necesito más que nunca. No quiero perderte.

Roberto echó a llorar como un niño pequeño asustado por la situación. Susana lo abrazó fuertemente.

—No te fallaré. Puedes estar tranquilo —se limitó a decir Susana.

## El Juicio

Roberto decidió tomar las riendas de su vida. Seguro de sí mismo, llegó a su despacho con su maletín en la mano. Merche se encontraba ya en la oficina cuando él llegó.

—Buenos días Merche.

—Buenos días Roberto.

—Pasa un momento por favor, quiero hablar contigo.

—Claro, voy —respondió Merche confiada en sí misma.

Roberto entró en su despacho, dejó su abrigo en el perchero, el maletín lo puso a su lado en el suelo y se acomodó en su sillón. Seguidamente entró Merche entusiasmada, pensando en tener buenas noticias para ella.

—Siéntate por favor.

Merche se sentó sin decir nada. Roberto se veía seguro de sí mismo y sin más preámbulo dijo:

—Estás despedida.

—¿Cómo dices? —preguntó Merche confusa.

—Lo que has oído Merche, estás despedida. Recoge tus cosas y márchate lo antes posible.

—Pero...

—No hay peros que valgan —la interrumpió Roberto con rotundidad.

—Hablaré con la policía —replicó Merche—. Les diré que el niño que esperaba Alicia era tuyo y que no querías que lo tuviera.

—El niño de Alicia no era mío. Yo no he tenido nada que ver con ese asunto, así que, haz lo que quieras. No acepto ningún tipo de chantaje. Soy inocente, ¿entiendes?

Merche se derrumbó.

—Por favor Roberto, necesito el trabajo —imploró.

—Haberlo pensado antes. Hubiese sido mejor, ¿no crees?

Merche, al ver que no había nada que hacer, se levantó ofuscada y se fue para su mesa. Con gran resignación, empezó a recoger todas sus pertenencias. En ese momento llegó Julián.

—Hola Merche, ¿está Roberto?

—Sí —dijo Merche con voz desganada.

—¿Te ocurre algo? —dijo Julián observando como recogía todas sus cosas.

—Nada.

Ante la negativa de Merche de aclararle las dudas, Julián tocó a la puerta y entró en el despacho de Roberto.

—Hola Roberto.

—¡Hombre Julián! ¿Qué tal, cómo tú por aquí?

Los dos se dieron un buen apretón de manos y un abrazo.

—¿Qué le pasa a Merche?, está un poco rara.

Roberto se acercó a la ventana y posó la vista hacia el semáforo donde ocurrió todo.

—La he despedido.

—¿Y eso? Quieres a una jovencita ¿o qué? —dijo Julián bromeando.

—Es una larga historia —Roberto se sentó en el sillón—. Siéntate Julián, dime ¿a qué se debe tu visita?

—Pues nada, he oído que tienes pronto el juicio.

—Sí, el día veintiséis.

—Bueno pues, quería darte mi apoyo. Sabes que puedes contar conmigo con lo que sea —manifestó Julián.

—Gracias Julián. No lo he dudado nunca, está todo controlado. ¿Cómo están Marta y los niños?

—Bien, todos bien.

—Estupendo —asintió Roberto.

—Bueno... pues ya sabes. Avísame con lo que sea.

—No te preocupes. Gracias Julián.

Julián salió del despacho y se despidió con un simple adiós hacia Merche.

Roberto quería ahora centrarse en su defensa. Llamó a su abogado. Concertó una cita con él lo antes que pudo. Tenía que dejar claro que él no había tenido nada que ver con el asesinato de su madre. Cambió la declaración de los hechos aclarando que había tenido una discusión con su madre esa misma mañana pero que en ningún momento le dijo “Te mato” a ella. Seguía sin querer mencionar nada sobre Jorge pero no tuvo más remedio que explicar que era a él a quién se lo había dicho por motivos personales ajenos a Ana. Que por la noche estuvo en la casa de sus padres para hacer las paces con ella

y estuvieron hablando largo y tendido. Que en un momento dado cogió el cuchillo para cortar un limón y echárselo a una copa que le ofreció su madre, dejándolo luego encima de la encimera sin más. Que tuvo una llamada de Susana sintiéndose mal y por eso salió corriendo de la casa de su madre pero que la dejó sin un rasguño ni nada que pudiera sospechar lo que ocurrió luego. Que a la hora que supuestamente ocurrieron los hechos ya llevaba en su casa más de una hora.

Roberto recordó el momento en que agarró el dichoso cuchillo con el que asesinaron a Ana.

*—Te voy a servir una copa —dijo Ana con el afán de agradarle.*

*Se levantó del sofá y se dirigió a la cocina. Roberto la siguió aceptando la invitación.*

*—¿Con qué refresco te pongo el cubata?*

*—Con cola por favor —contestó Roberto—. ¿Tienes limones?*

*—Sí. En el frigorífico hay algunos.*

*Roberto abrió el frigorífico. Tomó un limón en la mano y seguidamente cogió un gran y afilado cuchillo que tenía Ana en la correspondiente tabla.*

*—¡Guau, como corta este cuchillo! —argumentó Roberto.*

*—Está recién afilado, ya sabes que odio que no corten bien —sonrió Ana.*

*Roberto lo agarró fuertemente observando el filo bien afilado que tenía y asintiendo con la cabeza asombrado de lo bien que cortaba, lo dejó encima de la encimera. Se apoyó de espaldas en ella y se dispuso a tomarse el cubata. Ana se colocó delante de él.*

*—Te quiero más que a mi vida —dijo Ana agradecida—. No sabes lo que me alegro que hayas venido a verme.*

*—Siento mucho haberte insultado antes —dijo Roberto arrepentido—. Tienes que comprender que para mí ha sido muy impactante saber que Miguel no es mi padre. Aún me cuesta trabajo aceptarlo —Roberto siguió tomándose el cubata—. Tienes que darme tiempo.*

*—Si por mí fuese no lo hubieras sabido nunca, era lo mejor para todos. Lo siento muchísimo.*

*En ese momento llamó Susana. Roberto atendió la llamada de inmediato.*

*—¿Susana?*

—Roberto ¿dónde estás?

—Estoy en casa de mi madre ¿ocurre algo?

—No me encuentro bien. La niña no para de llorar y no la puedo atender, no paro de vomitar —dijo Susana quejándose—¿Le pasa algo a tus padres?

—No, nada importante. Voy para casa enseguida cariño.

Roberto colgó el teléfono y dejó la copa a medio terminar en la encimera.

—Me tengo que ir. Susana no se encuentra bien.

Los dos se fundieron en un fuerte abrazo. Ana no quería que ese momento terminase y se resistía a dejar de abrazarlo.

—Mañana seguimos hablando ¿de acuerdo? —prosiguió Roberto.

Ana lo miró con tristeza y no le dijo nada de sus intenciones. A la mañana siguiente estaría volando hacia Londres junto a Jorge. Sólo la mantenía viva la esperanza de que algún día Roberto la comprendiera y pudiera perdonarla.

El letrado no paraba de hablar orientándolo sobre la estrategia de defensa que deberían seguir. Sin embargo, Roberto, seguía abstraído pensando en lo que aconteció a continuación.

Se aligeró en la salida de la casa de sus padres y se fue rápidamente para su casa. Al entrar se oía el llanto de María que permanecía sola en la cuna mientras Susana estaba sentada en el suelo del baño cerca del retrete con el teléfono cerca de ella.

—Susana.

Roberto cogió a la niña en brazos y se fue para el baño.

—Shhhh, ya, ya, tranquila —le dijo Roberto a María mientras la mecía en sus brazos.

—No puedo levantarme —dijo Susana.

—¿Quieres que llame al médico?

—No, no, ya se me pasará. Ayúdame a irme para la cama. Estoy completamente mareada.

—Sí claro. Ahora mismo —Roberto dejó a la niña en la cuna y se apresuró en ayudarla.

En poco tiempo Susana logró quedarse dormida abatida por el cansancio.

—Roberto ¿me estás oyendo? —le preguntó el letrado.

—Si claro —dijo Roberto saliendo de su ensimismamiento.

—Hay que tenerlo todo claro y bien atado, que no se nos quede nada atrás por insignificante que sea ¿me oyes? —insistió el letrado.

—Sí, sí, está todo claro —respondió Roberto.

Su abogado, junto con Roberto, se presentó ante el juez instructor para dar la nueva declaración. Dado que su padre estaba totalmente demente, poco se podía hacer por él, aunque el fiscal pensaba que Roberto pudo ponerle el arma homicida en las manos a Miguel aprovechándose de las circunstancias en la que se encontraba y ese era su mayor escoyo.

El caso estaba casi resuelto pero, qué iba a contar Jorge. El fiscal acusaba a Roberto y a Miguel de asesinato. Su declaración era clave para que el juez dictara sentencia favorable hacia él. Roberto no le había dicho en ningún momento a su abogado que Jorge era su padre, sin embargo Marina, llena de odio hacia él, le comentó deliberadamente al fiscal que Roberto había descubierto ese mismo día la cruda realidad.

Por ese motivo ya en el juicio, el fiscal llamó a declarar a Marina bajo la sorpresa de Roberto que no entendía por qué era llamada por el fiscal. Marina y Jorge esperaban fuera de la sala en calidad de testigos. En ningún momento le había dicho a Jorge que iba a declarar en contra de Roberto. Jorge pensaba que solo iba a corroborar su coartada, la cual había cambiado a última hora. Roberto era fruto de su apasionada relación con Ana y a pesar de su negatividad con él, sentía que le debía algo como hijo suyo que era y no quería dañarlo sabiendo que él no había tenido nada que ver.

Al entrar en el juzgado, Roberto pudo divisar una fría sala donde se situaba el estrado formado en la parte central por el juez, a su derecha estaba la parte del fiscal y a la izquierda del juez estaba la parte de la defensa. En el primer asiento se sentaría Roberto como único acusado ya que su padre no podría asistir por sus circunstancias, en medio se situaba el temido y solitario micrófono donde se colocaría toda aquella persona llamada a declarar y detrás de Roberto, se situaría cualquier persona ajena al caso que quisiera presenciar la vista, aparte de los medios de comunicación que se colocarían casi al final de la sala. Los testigos estarían en el pasillo exterior esperando la llamada para declarar y finalmente una vez hecha la declaración se situarían casi al fondo.

Después de la llamada de Susana por el abogado defensor, el fiscal



empezó llamando a los diferentes testigos que declararon en contra de Roberto hasta que por último llamó a Marina.

—¿Es verdad que su marido le comentó que Roberto García había mantenido una fuerte discusión con Ana González ante una visita a la difunta ese mismo día? —preguntó el fiscal.

—Sí, es cierto. Roberto insultó a su madre delante de Jorge.

—¿Hubo algún motivo por el cual la insultó?

—Pues sí. Ana le dijo que Jorge era su padre y se sintió herido hasta tal punto que la amenazó de muerte en varias ocasiones— dijo Marina fríamente reflejando una ligera sonrisa de satisfacción mirando de reojo la cara que se le ponía a Roberto.

En lo más hondo de su ser, deseaba vengarse en cierta medida de los dos y pensó que ese era el mejor modo de hacerlo. Sabía que Jorge, a pesar de su negativa, le tenía estima a Roberto y estaba convencida que haciendo eso, algún daño le haría. Tenía la seguridad de que Jorge no la abandonaría nunca sabiendo todo lo que Jorge le contó la noche de los hechos.

Se oyó un gran murmullo en la sala. Los periodistas tomaban notas sin parar. Susana, después de haber declarado a favor de Roberto, se encontraba en la sala junto con Julián, Marta y Enrique para apoyarlo en todo momento. Todos se quedaron perplejos ante la declaración de Marina.

—No hay más preguntas —dijo el fiscal viendo el barullo que se había formado en la sala.

—Silencio por favor —dijo el magistrado.

El letrado pidió un receso de quince minutos para hablar con su defendido.

En el pasillo, fuera de la sala, Jorge esperaba impaciente a Marina ajeno a todo. El público y los periodistas empezaron a salir tras el receso de quince minutos pedidos por el abogado defensor. En ese momento salió Roberto junto al letrado.

—¿Qué tal, cómo ha ido todo? —preguntó Jorge sobrecogido por el aluvión de gente que salía de la sala.

—Pregúntaselo a tu querida mujer —contestó con rabia Roberto.

—¿Qué ha ocurrido? —insistió Jorge.

Roberto y su abogado lo dejaron sin contestación y se fueron a una sala adjunta para comentar lo ocurrido.

Al final del todo, salió Marina airosa de la sala.

—¿Qué ha ocurrido Marina? Roberto y su abogado no llevaban muy buena

cara.

—Pues nada. He dicho la verdad —dijo Marina.

—La verdad. ¿Qué verdad? —dijo Jorge desconcertado.

—Pues lo que tú sabes, que tú eres el padre y que él la amenazó de muerte cuando lo supo.

—¿Pero te has vuelto loca, qué es lo que pretendes? Ya te he dicho que el chico no tiene nada que ver. Ha sido Miguel.

—Lo siento Jorge pero, Miguel ha sido siempre amigo nuestro y una persona muy buena y educada con todo el mundo. Se me hace un mundo pensar que ha podido ser él—contestó Marina.

—Yo lo vi ¿entiendes?

—¿Seguro que lo viste?

—Seguro.

—¿Seguro? —insistió Marina.

—No sé dónde quieres llegar.

—Supuestamente, por lo que has dicho siempre, tú estabas en el sótano cuando sucedió ¿no?

—Sí ¿pero que tiene eso que ver? Vi a Miguel con el cuchillo en la mano.

—¿Y si fue él el que se lo puso? —Marina odiaba tanto a Roberto que deseaba que lo encerraran para siempre.

—Por favor, no hagas esto más difícil de lo que ya es. Miguel realmente ya no tiene vida, qué más da si ha sido él o no —insistió Jorge.

—¿Y vas a dejar que el asesino de tu amante quede en libertad? —dijo Marina con recochineo.

—Marina, ya te he explicado que sólo quería engatusarla. Ana no era mi amante —susurró Jorge para que nadie lo oyera, mintiendo una vez más, bajo el miedo de que Marina pudiera acusarlo a él—. No tergiverses más la situación por favor —imploró.

—¿Y qué más te da a ti? Siempre has dicho que no te importa nada y que no quieres saber nada de él, ¿no es así?

—Sí, pero...

—¿Entonces, qué hay de malo en mi declaración? —lo interrumpió Marina—. No he dicho nada que no fuera verdad. No quiero tener nada malo en mi conciencia.

Por otro lado, el abogado defensor de Roberto le recriminó que no lo hubiera informado de ese acontecimiento. Roberto se sintió dolido ante la

situación ya que él evitó en todo momento que esa información saliera a la luz.

—Vamos a ver Roberto —dijo el letrado—. Se supone que yo estoy aquí para defenderte, pero va a ser imposible hacer mi función si te niegas a cooperar conmigo, ¿lo entiendes? —el letrado se sentía ofendido ante la falta de confianza que Roberto había depositado en él y empezaba a mostrarse cansado y enfadado—. A partir de ahora te ruego que si hay algo más que quieras contarme lo hagas en este preciso momento antes de empezar la nueva sección.

—No ha sido mi intención molestarte. No tenía ni idea de que esa mujer supiera nada de este asunto. Jorge siempre me había dicho que Marina no sabía nada del tema. ¡Ja! —sonrió—. ¡Pero qué iluso soy!, ¿cómo puedo fiarme de ese desgraciado? Me he dejado embaucar y le he creído en todo momento. ¿Seré estúpido? ¡Oh Dios! —prosiguió Roberto con rabia—. Quizás haya sido él. Maldigo el día en el que apareció en nuestras vidas.

—A ver Roberto, vamos a tranquilizarnos, esto se ha complicado un poco. La declaración de Jorge es fundamental para que todo salga bien. Tenemos que estar seguros de que Jorge no cambiará la última declaración.

—La verdad es que después de esto, no puedo garantizarte nada —contestó Roberto desolado.

Tras el breve descanso, se disponían a entrar de nuevo en la sala cuando Roberto le lanzó una mirada de piedad a Jorge cuando se cruzó en el pasillo con él, estando junto a Marina. Jorge le devolvió la mirada para que en cierta medida se tranquilizara. En realidad, le había tomado aprecio por lo vivido anteriormente y sentía lástima por él. Al fin y al cabo le había ayudado a deshacerse de esos dos indeseables despojos de la humanidad. Tenían algo en común que ocultar. No podía traicionarlo ahora. El nerviosismo se volvía a hacer presente en la persona de Roberto que no podía dejar de moverse sentado en su silla.

—Ahora entrarás a declarar tú, así que por favor tranquilízate —le sugirió el letrado y se dirigió a su asiento.

Roberto contestó a todas las preguntas que su abogado le realizó y ejerció su derecho a no contestar al fiscal. Sus nervios se apoderaron de él por el miedo a que pudiera ser acusado por el asesinato de su madre tras la declaración de Marina y los otros dos testigos. Sólo con pensar que pudiera volver otra vez a la cárcel lo hacía enloquecer.

Tras la declaración de los testigos, sólo quedaba el interrogatorio de Jorge

que se produciría al día siguiente y Miguel, que acudiría a la sala no se sabe en qué condiciones.

Una vez finalizado el primer día de juicio, Roberto salió de la sala acompañado de su abogado.

—¡Roberto! —le gritó Jorge que se encontraba esperándolo a la salida. Marina se dirigía hacia el aparcamiento de coches situado a la espalda del edificio.

Roberto se giró hacia él. Se despidió del letrado y esperó a que Jorge se acercara.

—Dime —dijo Roberto sin mucho ánimo.

—Disculpa a mi mujer. Entiendo que lo que ha hecho no está bien —se excusaba—. Tuve que decírselo para defenderte mañana y no se lo tomó muy bien —Jorge seguía mintiendo.

—Ya. Y tuviste que decírselo justo antes de su interrogatorio. Una pura casualidad.

—En ningún momento pensé que fuera a tener esa reacción, créeme. Te juro que mañana declararé a favor tuya —se excusó Jorge.

—Por tu bien espero que sí. No olvides que si yo voy a la cárcel tú vendrás detrás de mí —le amenazó Roberto—. Ya me da igual todo Jorge. Si vuelvo a la cárcel te juro que me llevo conmigo a todo el que pueda y no voy a escatimar en detalles.

—Haré lo que pueda Roberto, tienes que entender que no depende todo de mí.

—Hoy no puedo ver a mi padre —le confesó Roberto—. Ni siquiera sé en qué condiciones estará mañana y espero que el juez no le tome en serio las declaraciones que pueda hacer en mí contra.

—Por eso no te preocupes. Ya me encargo yo de decir la verdad, dentro de lo que pueda decir sin perjudicarme, claro está —se excusó sonriendo—. ¡Vamos, chico! No te desanimes y tranquilízate, todo va a salir bien —le aseguró Jorge para apaciguarlo. En realidad se sentía, en cierto modo, culpable de sus desgracias. Le dio un golpe de consuelo con el puño cerrado en el brazo a la altura del hombro izquierdo y se despidió—. Nos vemos mañana.

—Sí —contestó Roberto muy preocupado.

Susana, Enrique, Julián y Marta, lo esperaban a una corta distancia más adelante. Roberto se acercó a ellos.

—¡Bueno chicos! —se dirigió a ellos resignado—. Siento no habérselo dicho antes, pero tenéis que entender mi posición. Fue un golpe muy duro saber que mi padre no es Miguel y que mi verdadero padre es Jorge. Espero que me comprendáis.

—No tienes que excusarte Roberto —contestó Enrique—. Quiero que sepas que sigues teniendo todo mi apoyo hasta el final.

—Yo digo lo mismo —dijo Julián al igual que Marta.

—Gracias a los tres, de verdad. No sé qué hubiese hecho sin vuestra ayuda. Os lo agradezco de todo corazón.

—No hay de qué. Nos vemos mañana —se despidió Julián acompañado por su querida mujer.

—Adiós Julián —dijo Roberto haciéndole un guiño de gratitud a Marta.

—Bueno, os dejo a los dos —añadió Enrique—. Relájate Roberto e intenta descansar todo lo que puedas —sonrió—. Hasta mañana.

Enrique se alejó dejándolo en compañía de Susana. Roberto se quedó sin palabras delante de Susana que lo miraba apenada. Suspiró profundamente y finalmente conjeturó como pudo unas leves palabras.

—Te quiero Susana —Roberto la abrazó afligido—. Siento tanto haberte hecho daño...

—Shhhh. Olvídalo ya Roberto. Eso pertenece al pasado. Nos hemos herido mutuamente mi vida. No tiene sentido recordarlo —dijo Susana angustiada.

Los dos se fueron para su casa. Elena, la niñera, había recogido a las niñas del colegio, les había dado de almorzar y se las había llevado al parque para jugar. La casa estaba totalmente tranquila. Roberto se sentó en el sofá y encendió la televisión. Los telediarios se habían encargado de difundir el secreto que con tanto recelo había guardado para no mancillar el prestigio de su familia. Se sentía derrotado. Un tremendo sentimiento de ahogo hacía que casi no pudiera respirar.

—¿Te preparo algo para almorzar? —le preguntó Susana.

—Gracias cariño. No voy a comer nada —se pronunció Roberto hundido.

—Debes comer algo Roberto. No tienes que dejar que la ansiedad te invada.

—No tengo hambre de verdad —insistió—. Me voy a acostar un rato. Por favor Susana que no me molesten las niñas cuando lleguen, estoy muy cansado.

—Está bien, no te preocupes, acuéstate.

Roberto se dirigió a su dormitorio. Se acostó boca abajo en la cama sin deshacer y, por un instante, se le vino a la mente la sonrisa de Alicia paseando por Sevilla.

*Alicia y Roberto paseaban agarrados de la mano por el parque de María Luisa con la tranquilidad que les aportaba el estar lejos de todas las miradas conocidas de su ciudad.*

*La sonrisa de Alicia relucía ante todo lo demás. Roberto, a su vez, se sentía liberado de las presiones acontecidas últimamente y le parecía estar libre como el viento que recorre los rincones más inhóspitos del planeta.*

*—No sabes cuánto me alegro que me ofrecieras venir al congreso —dijo Alicia.*

*—Yo también me alegro mucho —dijo Roberto cogiéndola suavemente por la cintura—. Eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.*

De ese modo se quedó profundamente dormido.

Roberto ignoraba que Alicia tuviera una relación abierta con otra persona que duraba ya varios años. Ante el temor de ser descubierta y el miedo a ser rechazada por él, decidió decirle que el hijo que esperaba era suyo pensando que de ese modo sus lazos serían más fuertes que nunca. Su deseo por Roberto le hizo cometer ese error. Un terrible error que tuvo las peores consecuencias inimaginables para ella.

Ahora el futuro de Roberto dependía en su totalidad de la declaración de Jorge. A pesar de que no confiaba mucho en él no tenía más remedio que hacerlo y esperaba ansioso ese momento. Roberto durmió inquieto toda la noche.

En la segunda vista del juicio, Jorge esperaba en el pasillo fuera de la sala para declarar. Tras la llamada del letrado, entró pasando por el lado del asiento de Marina que lo acompañaba en todo momento y colocándose bien la corbata, se dirigió hacia ese frío y solitario micrófono que lo invitaba a ser interrogado, sintiéndose sólo y desprotegido ante la mirada aterradora del tribunal. Le dirigió una leve pero intensa mirada a Roberto. Marina se situaba sentada varias filas detrás de Roberto casi al final de la sala, detrás también de Susana, Enrique, Julián, Marta, la prensa y algún que otro interesado en saber en primera persona lo que ocurría en la sala.

Jorge se encontraba de pie, delante del escalofriante micrófono situado a su altura. Hacía lo que podía para mantenerse firme y sereno. El interrogatorio lo comenzó esta vez el abogado defensor.

—¿Cuál era su relación con la fallecida?

—Éramos... —Jorge se le atragantaba la respuesta sabiendo la cara que se le pondría a Marina—. Éramos amantes —concluyó diciendo.

Al igual que el día anterior, se volvió a oír un gran murmullo en la sala.

—Silencio por favor —dijo el magistrado poniendo orden en la sala—. Siga —le ordenó al letrado.

—¿Cuál fue el motivo de su visita a altas horas de la noche para ver a Ana? —continuó el abogado con el interrogatorio.

—Teníamos la intención de irnos juntos a Londres esa misma mañana.

—¿Cuál fue el motivo de que eso no llegara a producirse?

—Pues... Ana me llamó antes de la hora acordada diciéndome que Miguel la había amenazado de muerte y tenía miedo que pudiera hacerle daño.

—Cuando llegó usted, ¿Ana seguía con vida?

—Sí. Estaba con las maletas en la puerta. Me dijo que las metiera en el coche mientras ella recogía algunas cosas de última hora —a Jorge le costaba hablar.

Roberto respiraba profundamente rezando para que Jorge siguiera en la línea que hasta ahora lo estaba haciendo.

—¿Y qué ocurrió después?

—Estaba metiendo las maletas en el maletero del coche cuando oí el grito de Ana —Jorge se quedó en silencio por unos segundos—. Entré rápidamente en la casa y... y... —casi no podía hablar del ahogo tan grande que sentía al recordar la imagen de su querida Ana, a la que deseaba con locura, tirada en el suelo totalmente desangrada. Fue escalofriante para él recordarlo, como pudo prosiguió con su relato—, allí estaba Miguel, con un gran cuchillo en las manos completamente ensangrentado. Vi a Ana tirada en medio de un gran charco de sangre —Jorge hizo otra parada. La sala estaba totalmente en silencio. Los periodistas oían con interés la confesión de Jorge—. Miguel me atacó. Desorientado, sin saber qué hacer, salí corriendo.

—¿Por qué no llamó a la policía? Ana podía haber estado aún con vida.

—Claramente cuando la vi supe que ya no tenía vida. Miguel le había asestado varias puñaladas. El miedo se apoderó de mí.

—¿Por qué tiró las maletas y el móvil a un contenedor?

—Mi mujer no sabía nada del tema y temía que después de saberlo me abandonara. Tenía miedo de que nadie me creyera, realmente fue un terrible error por mi parte.

—¿Vio usted en algún momento al acusado Roberto García, por la escena del crimen?

—No.

—No hay más preguntas señorita —añadió el letrado.

—Damos paso a las preguntas del fiscal —contestó el magistrado.

—Bien. ¿Dice usted que tenía miedo de que su mujer lo abandonara? —preguntó de entrada el fiscal.

—Así es.

—Supuestamente usted trataba de abandonarla. Eso quiere decir que no quería a su mujer, ¿no es así?

—No del todo.

—¿A qué se refiere?

—Pues a que —Jorge empezaba a ponerse muy nervioso—, a que al ver que Ana estaba muerta no quería perder también a Marina, sentí miedo y no quería quedarme sólo —su voz empezaba a temblar—. Ese fue el motivo por el cual no le dije nada a la policía.

—¿Su mujer estaba al tanto de los hechos?

—En absoluto.

—¿Y a qué se debe su cambio en la declaración? ¿Ya no le importa perder a su mujer o ha influido en algo que el acusado sea hijo suyo?

—El sentido común me ha hecho reaccionar. Espero que mi mujer me perdone, para mí siempre ha sido una persona muy importante en mi vida —comentó avergonzado bajando la cabeza—. Lo otro no ha tenido nada que ver. Vi como Miguel estaba ensangrentado con el cuchillo en la mano y no había nadie más con él. Veo injusto que una persona inocente vaya a la cárcel.

—¿Y no es verdad que la mañana anterior a los hechos, Roberto García amenazó de muerte a su madre delante de usted?

—No. No es así —dijo Jorge negando con rotundidad—. Me lo gritó a mí. Roberto llegó esa mañana y nos sorprendió a su madre y a mí juntos y fue cuando Ana nos dijo que él era mi hijo. Yo tampoco lo sabía.

—¿Y no es cierto que se enojó mucho y la insultó?

—Sí, bueno... —dudó.

—Su mujer asegura que usted le dijo que la amenazó de muerte —lo interrumpió el fiscal antes de que pudiera argumentar algo más— ¿Está usted diciendo que su mujer miente?

—No. Sólo que... sólo que ella lo entendió mal.



—¿Lo entendió mal o es que usted le dijo la verdad y es ahora cuando está mintiendo?

—No, no es así —dijo Jorge aturdido por el incesante interrogatorio del fiscal—. Le dije que habíamos tenido una discusión nada más y que... — Jorge paró un momento.

—¿Qué? —insistió el fiscal.

—Que me amenazó a mí.

En ese momento Marina abandonó la sala enojada.

—No hay más preguntas señorita —el fiscal concluyó no muy convencido con la declaración que Jorge había realizado.

—Puede usted retirarse —le anunció el magistrado.

Jorge miró a Roberto cuando pasó por su lado. Roberto no se inmutó para no dar sospechas al fiscal y se mantuvo con la mirada fija hacia el magistrado.

—En vista de que Miguel García se encuentra en enajenación mental permanente, no podrá asistir a la sala y ya que no hay nadie más para testificar, queda este juicio visto para sentencia —anunció el magistrado.

Jorge salió de la sala en busca de Marina la cual, lo esperaba con rabia en el pasillo.

—Me has puesto de mentirosa —dijo con furia—. No sabes lo que puedo llegar a hacer.

—No te lo tomes así Marina. ¡Entiéndelo mujer!, —exclamó Jorge con el afán de que entrara en razón—. Sabes perfectamente por qué lo hice. Gracias a ese dinero seguimos adelante —insistió—. Si lo descubren nos hundiríamos en la miseria. Roberto lo sabe y no ha dicho nada. Él no ha sido, entiéndelo Marina yo estaba allí. Es lo menos que puedo hacer por él. ¿A ti qué más te da? Puedes estar enfadada conmigo y odiarnos a Ana y a mí, pero no a él que no tiene culpa de nada, es una víctima más, compéndelo.

Jorge intentaba convencerla de que era lo mejor para todos. Marina no supo que decir y no tuvo otra opción que resignarse al ver que no le iba a hacer cambiar de opinión. Estaba claro que, en el fondo, Jorge sentía compasión por Roberto y quizás le había cogido más cariño del que él en un principio pensaba. Con su mirada intensa, Roberto se parecía mucho a su madre, a la que en realidad Jorge amó con locura toda su vida aunque ahora le dijera lo contrario a Marina.

A la salida de la audiencia, Roberto quería agradecerle a Jorge su apoyo, pero su abogado le aconsejó que no tuviera contacto alguno con él hasta que el

magistrado dictara sentencia firme y se diera el juicio por cerrado. Decidió entonces, tener un momento de soledad y le pidió a sus seres queridos que le acompañaban que lo dejaran pasear por un breve tiempo sin que nadie pudiera molestarlo. Necesitaba reflexionar sobre su situación y soltar el estrés que últimamente había acumulado. Mientras los demás regresaban a sus casas en coche, Roberto decidió irse andando y pasear por las calles, a veces desiertas, de su barrio.

Con la mirada un poco perdida se sentó en un parque donde había niños y niñas jugando por su alrededor. Viendo cómo se divertían los más pequeños acompañados de sus madres siempre vigilantes, regresó a su grata y feliz infancia a la que recordaba asiduamente con gran añoranza y en la que se refugiaba muy a menudo.

*Acostado en una pequeña cama de hospital, Roberto se recuperaba de una dolorosa operación de apendicitis. Se acababa de despertar después de una noche bastante inquieta por la intervención. Poco a poco fue abriendo los ojos y pudo observar como Ana estaba rendida en un asiento que se divisaba bastante incómodo al lado de él.*

*—¡Mamá! —exclamó Roberto.*

*Ana seguía dormida agotada por el cansancio.*

*—¡Mamá! —insistió.*

*—¡Roberto cariño! —Ana se inclinó alarmada—. ¿Cómo estás mi vida? —empezó a acariciarle la frente echándole el pelo hacia atrás con una mano mientras con la otra le agarraba la suya.*

*—Me duele mucho, mamá —se quejaba.*

*—Tranquilo cariño. Poco a poco te irás sintiendo mejor.*

*—¿Dónde está papá?*

*—Ha ido a casa un momento. Viene enseguida.*

*De pronto entró Miguel sujetando una hermosa tarta de cumpleaños en la mano y un regalo envuelto en la otra. Sin abrirlo ya se podía adivinar cuál era ese fantástico regalo que había llenado de alegría ese día que amenazaba ser triste y aburrido tras la operación, justo cuando él cumplía seis años.*

En ese momento un balón llegó a sus pies. Seguidamente un niño pequeño se le acercó corriendo, pero al ver que Roberto lo cogía en sus manos, se quedó quieto mirándolo muy serio.

*—Toma —dijo Roberto ofreciéndoselo para que se acercara y así poder*

entregárselo.

El niño se le acercó y lo cogió rápidamente para luego marcharse lo más aprisa posible.

Roberto lo miraba con una sonrisa y se le reflejó cierta nostalgia en la cara viendo como nuevamente se ponía a jugar con sus amigos.

*—¡Gracias papá, es mi balón preferido! ¡Te quiero mucho, eres el mejor padre del mundo!*

*—Y tú eres el mejor hijo del mundo —Miguel lo abrazó con mucho cariño.*

*Todos sonreían de placer.*

## La Venganza

Al día siguiente Roberto llegó a su oficina. Le presentaron a la nueva chica que iba a ser su secretaria de ahora en adelante. Su nombre era Esther. Una chica joven, alta y delgada. Lucía el pelo largo, negro y liso y unos rasgos extraordinariamente femeninos. Roberto le tendió la mano posándole una intensa y abrumadora mirada a los intensos y profundos ojos marrones que la caracterizaban.

Poco a poco fueron familiarizándose. En el puesto de Alicia pusieron a un hombre de mediana edad. De ahora en adelante sería la persona con la que intercambiaría todos los proyectos que llevaban a cabo Alicia y él.

Al no estar Esther presente en ese momento, Arturo entró en el despacho de Roberto con un simple toque en la puerta. Esther llegó a su mesa tras él, sin llegar a verlo.

—¡Buenos días Roberto! Soy Arturo —se presentó tendiéndole la mano—. A partir de ahora me encargaré de todos los proyectos de Alicia.

Roberto se levantó y le dio un cálido apretón de manos.

—Buenos días Arturo. Ya me habían comentado que vendrías hoy a trabajar. Siéntate por favor.

Los dos se sentaron al unísono. Empezaron a debatir varios temas, poniéndolo Roberto, al día de todo el trabajo a realizar de ahí en adelante repartiéndoselo de forma ecuánime.

—Esther ¿podrías traernos dos cafés que estén bien cargados, por favor? —le preguntó Roberto a través del teléfono.

—Enseguida voy.

Rápidamente Esther le trajo los dos cafés que había obtenido de la máquina que se situaba en medio del pasillo central de las oficinas.

—Los dos cafés —dijo Esther dejándolos en la mesa.

Arturo se quedó perplejo mirando la belleza de aquella joven chiquilla que sutilmente hacía su trabajo.

—Gracias Esther. Cuando puedas, pásame a Julián ¿de acuerdo?

—Ahora mismo —contestó sonriendo.

Esther salió del despacho y acto seguido Arturo pronunció un desafortunado comentario.

—¡Vaya secretaria que tienes! Yo me la tiraría en dos días —sonrió.

Roberto sintió el instinto masculino que impulsa a golpear a otra persona cuando éste se siente ofendido por el susodicho individuo en cuestión, pero se reprimió las ganas y se mantuvo inmóvil en su sitio manteniendo la compostura. La cara de Arturo se manifestaba sonriente como si hubiese contado el mejor chiste del mundo sin darse cuenta de que a Roberto le había molestado infinitamente. Sólo se dio cuenta del desagravio cuando Roberto dijo con voz amenazadora dejando ver que sus palabras no eran la más adecuadas para la ocasión:

—Aquí estamos para trabajar. Que no se te olvide.

—Por supuesto —dijo Arturo carraspeando.

Teniendo en cuenta de que lo acababa de conocer y de que era su primer día de trabajo junto a él, se dio cuenta de que no había estado muy acertado.

Arturo, de mediana edad, delgado y estatura media, lucía el pelo negro poblado de unas atractivas canas, lo cual le hacían ser un tipo interesante para las mujeres. Divorciado hacía dos años y medio y sin hijos a cargo, no tenía nada que perder. Salió del despacho de Roberto lanzándole una gran sonrisa a Esther.

—Roberto, tengo a Julián al teléfono. Te lo paso —le anunció Esther.

—Gracias Esther. Pásamelo.

—¡Julián! ¿Qué tal cómo estás?

—Hola Roberto. ¡Uf! a tope de trabajo. ¿Y tú qué tal? —contestó Julián.

—Bien. Tranquilo. ¿Bajamos a tomarnos un café?

—Buena idea, yo iba a bajar ahora.

—Vale pues nos vemos en cinco minutos en la cafetería —dijo Roberto.

—De acuerdo.

Roberto salió de su despacho. Al cerrar la puerta le dijo a Esther:

—Pásame las llamadas al móvil. Volveré lo antes posible.

Seguidamente se fue para la cafetería que se encontraba en el bajo del edificio. Arturo, que se encontraba con la puerta de su despacho abierta, lo vio pasar a lo lejos entrando en el ascensor. Momento que aprovechó para volver a la mesa de Esther.

—Hola de nuevo —sonrió.

—Hola Arturo, Roberto no está. Volverá en breve. ¿Quieres que lo llame?

—No vengo buscando a Roberto.

Esther se mostró un poco confundida.

—¿Necesitas algo?

—Te necesito a ti —dijo Arturo sentándose en la mesa justo delante de Esther sin quitarle ojo de encima a su hermoso escote.

—¿Qué quieres decir? —preguntó nerviosa sintiéndose incómoda.

—Nada mujer —contestó rápidamente poniéndose de pie—. Prepárame un informe de la última reunión mantenida con los jefes del departamento. Tengo que ponerme al día —sonrió.

Sin más, se fue para su despacho.

Cuando Roberto llegó a la cafetería, ya Julián lo estaba esperando sentado en uno de aquellos bancos altos de madera reposando su brazo izquierdo en aquella barra de cinc repleta de tazas preparadas para ser utilizadas por un sinnúmero de clientes que venían a menudo a por los maravillosos cafés que allí se servían.

—¡Hombre Julián! —Roberto se mostraba muy animado.

—Te veo muy bien Roberto.

—Me siento bien —confirmó Roberto.

—Me he permitido el atrevimiento de pedirte un café bien cargado como a ti te gusta —sonrió Julián.

—Estupendo, ya es el segundo que me tomo.

—Me alegro mucho verte así, ya iba siendo hora.

—Gracias Julián. Hoy me ha llegado el sustituto de Alicia —dijo Roberto mientras se disponía a tomar un trago de café.

—¿Ah sí? Ha llegado pronto, ¿no te parece?

—Sí.

—¿Y qué tal?

—Pues... se ve bastante despierto —dijo Roberto haciendo una mueca dubitativa.

—Pero...

—No sé, me da mala espina.

—Pues no le quites ojo, que esta gente viene con muchas ganas de echarse encima —le advirtió Julián.

—Sí, lo tendré en cuenta.

—¿Y la nueva secretaria, ha llegado ya?

—También. Llegó hace dos días —contestó Roberto.

—Estupendo —Julián pagó los cafés—. En unos días me acerco para entregarte los documentos que me pediste. Estoy a tope, no te lo puedes ni imaginar.

—No te preocupes Julián. Cuando puedas me los traes.

—De acuerdo, nos vemos Roberto, tengo que irme —le dio una palmada en el hombro y se fue para su despacho.

Roberto se quedó leyendo el diario un rato más. Al poco tiempo le llamó la atención una risa masculina que sonaba fuertemente detrás de él. Se giró con el periódico en la mano y vio cómo Arturo se acomodaba charlando alegremente con unos compañeros de trabajo en una mesa cercana a él. En unos segundos, Arturo se percató de que Roberto estaba allí.

—¡Hombre Roberto! —lo saludó cordialmente—. Siéntate con nosotros.

Roberto se dirigió hacia ellos ya que tenía que pasar por su lado para salir del local.

—Tengo que irme. Quizás en otro momento.

—Como quieras —concluyó Arturo.

Una vez Roberto se había ido, Arturo le comentó con ironía a sus colegas:

—Más de cien trabajadores en la empresa y me toca trabajar bajo las órdenes del tarado ese. ¡Tiene narices la cosa! —dijo con desprecio.

—¿Qué me estás contando? —le preguntó riéndose uno de los dos compañeros—. Ten cuidado que ese, a la primera te raja —bromeó echando unas carcajadas mientras Arturo se iba quedando poco a poco más serio.

Pasado unos días, Esther se dirigía hacia los servicios de las oficinas que se encontraban situados al final de un largo y estrecho pasillo. En ese preciso momento, Arturo salía del baño de caballeros. Cuando advirtió la presencia de Esther acercándose, se apresuró a decir en voz alta:

—¡Mira que belleza viene por ahí!

Esther no le contestó y siguió su camino. Al pasar a su altura, Arturo extendió el brazo izquierdo y apoyó su mano en la pared interrumpiéndole el paso.

—Creo que cuando se conoce a alguien se saluda —dijo Arturo acorralándola en la pared—. La gente educada suele hacerlo —prosiguió recorriéndole el cuello de la camisa con el dedo índice de la mano derecha hasta llegar al primer botón de la camisa sin quitar el brazo izquierdo, ya encogido, de la pared.

En ese momento Esther le dio un manotazo y se quitó rápidamente de en

medio volviendo de nuevo para su puesto de trabajo.

—No creas que te vas a librar de mí fácilmente —gritó Arturo un poco enojado viendo cómo se alejaba.

Esther llegó muy alterada a su mesa y decidió entrar de inmediato en el despacho de Roberto olvidándose de llamar a la puerta.

Roberto estaba contestando al correo en su ordenador. Levantó la mirada sorprendido.

—¡Roberto!

—Estoy trabajando. ¿Qué ocurre?

—Tengo un problema —contestó Esther.

—¿Y no puede esperar? Ahora estoy muy ocupado —replicó Roberto.

—Es que... —Esther estaba visiblemente nerviosa y se calló por un momento.

—Es que ¿qué?, no estoy para perder el tiempo —concluyó Roberto.

—Nada... no es nada importante —desistió Esther al ver la fría reacción de Roberto—. Siento haberte molestado.

—La próxima vez llama antes de entrar ¿de acuerdo? —ordenó Roberto desagradablemente para los oídos de Esther.

Roberto, con el rostro serio, se mostró frío y calculador sin importarle en absoluto los sentimientos de Esther que se mostraba inerte ante un Roberto arrogante y sin escrúpulos. La idea que tenía sobre él se estaba afianzando en su cabeza.

—Sí claro, por supuesto. Perdón por la intromisión —se excusó Esther volviéndose para la puerta.

—¡Esther!... Siéntate —Roberto recapacitó cambiando rápidamente de opinión—. Ya que me has interrumpido haz el favor de tranquilizarte y dime el motivo.

Esther se quedó sorprendida y se sentó obedeciendo las órdenes de Roberto. Finalmente su voz temblorosa pudo conjeturar palabra.

—Es...es Arturo.

—¿Arturo? ¿Qué le pasa a Arturo?

Roberto se inclinó y se apoyó en la mesa.

—No sé cómo decirlo. Desde que lo conocí está continuamente acosándome. No me deja respirar.

—Ignóralo. Es un poco fanfarrón nada más.

—Pero es que... ahora mismo he ido al servicio y no he podido entrar



porque él me ha acorralado en el pasillo.

—¿Te ha tocado? —preguntó Roberto dándole más importancia al asunto.

—Un poco.

—A qué te refieres cuando dices eso.

—Pues que lo ha intentado.

—Lo ha intentado... bien... —Roberto se quedó pensativo—. ¿Algo más que deba saber?

—Nada más —contestó Esther ya más tranquila.

—De acuerdo. Hablaré con él, no te preocupes por nada.

—Gracias Roberto.

Nada más salir llegó Julián.

—Eh, ¡hola! —dijo Julián anonadado por tanta belleza—. Soy Julián —sonrió—. Hemos hablado por teléfono hace un momento.

—¡Ah sí Julián! Roberto te está esperando. Un momento por favor, enseguida te paso.

Esther llamó a Roberto y seguidamente le dio permiso para entrar.

—¡Vaya pibón te han puesto como secretaria! —dijo Julián nada más cerrar la puerta—. Ésta, a la vista, es mejor que Merche —soltó una carcajada—. ¡Que calladito te lo tenías pillín! —continuó diciendo Julián a la vez que se daba un amigable apretón de manos y un fuerte abrazo con Roberto.

—Es una niña. Aunque debo de admitir, que no está nada mal —sonrió.

—En absoluto, te lo puedo asegurar —afirmó Julián sentándose los dos para charlar—. Cambiando de tema, te traigo el dossier con los documentos que me pediste. Échale un vistazo y ya me comentas.

—Estupendo Julián en cuanto pueda te doy mi respuesta y si está todo bien, seguimos adelante con el proyecto.

Mientras Julián estaba reunido con Julián llegó Arturo.

—¿Está Roberto? —dijo sin quitarle la vista de encima a Esther.

—Está ocupado.

—Pues...estupendo, así tendré tiempo de observar a ésta belleza.

Esther hizo caso omiso al comentario de Arturo y le anunció de inmediato a Roberto su llegada. Roberto se dio prisa en terminar con Julián lo antes que pudo con la intención de que Arturo no estuviera mucho tiempo esperando fuera junto a Esther.

La espera, aunque breve, se le hizo eterna y bastante incómoda a la pobre Esther que no le quitaba ojo a su ordenador con el afán de pasar inadvertida

ante la incesante y molesta mirada de Arturo que se apoyaba en la esquina derecha de la mesa. Seguidamente salió Julián. Los dos se cruzaron en la puerta.

Arturo entró en el despacho donde Roberto lo esperaba sentado. Después de charlar largo y tendido con Arturo, Roberto lo acompañó hasta la salida para ver qué reacción tenía ante Esther.

—Gracias Arturo, seguimos en contacto —se despidió Roberto dándole la mano mientras miraba, parado delante de la mesa de Esther, cómo se marchaba.

Pudo observar la mirada intensa que le lanzó a Esther sin decirle nada. Roberto esperó unos segundos mirando cómo se alejaba. Cuando ya había desaparecido de su campo visual, se volvió para la mesa de Esther y le preguntó:

—¿Te ha molestado cuando estabas esperando?

—Un poco. La verdad es que no ha parado de mirarme —contestó Esther.

—¿Tienes planes para almorzar ahora? —dijo de repente Roberto mientras se lanzaban los dos una mirada intensa, mostrando ambos, una ligera sonrisa.

—Pues no.

—Te invito a almorzar. Recojo mis cosas y nos vamos. Pásame primero a Susana, por favor —continuó diciendo alzando la voz mientras entraba en su despacho.

Después de disculparse por teléfono con Susana, ya que no iba a poder ir a su casa para almorzar, se fueron los dos juntos a un pequeño pero acogedor restaurante cerca del centro de trabajo. Tras una agradable conversación, una vez finalizado el almuerzo, Roberto la acompañó en su coche hasta su casa.

—Aquí es ¿quieres subir a tomar un café? —sugirió Esther.

Ganas no le faltaron a Roberto de decir que sí. Por un instante, sintió la tentación de ponerle la mano sobre la pierna y acariciársela, pero rápidamente recapacitó y se contuvo como pudo.

—Será mejor que no —sonrió.

—Como quieras, muchas gracias por todo. Ha sido un placer —se despidió Esther.

—Para mí también lo ha sido. Nos vemos mañana.

Camino al hospital para ver a Miguel, después de dejar a Esther, Roberto pensó en Alicia. No podía volver a caer en la misma historia otra vez. Su relación con Susana iba de nuevo viento en popa. Trataba de convencerse a sí

mismo de que Susana no se lo perdonaría una segunda vez. Bastante habían sufrido ya los dos, como para verse envuelto una vez más en una relación sin salida como la que tuvo con Alicia. Decidió no pensar más en ello.

Después de la visita al hospital donde residía su padre, decidió tomarse una copa en un bar. Sentado en un banco junto a la barra de zinc abarrotada de gente, se distrajo leyendo el periódico como de costumbre hacía cuando estaba sólo. Por un momento levantó la vista y le pareció ver al otro lado de la barra, en la esquina, la cara del Patracas que se disipaba entre la gente. De repente, su corazón le dio un vuelco incontrolable. ¡No podía ser! Su vida volvía poco a poco a la normalidad con la inquietud que le causaba el no saber todavía el veredicto del juez, necesitaba en lo más hondo de su ser tener tranquilidad. Supuestamente al Patracas le quedaban muchos años que cumplir en la cárcel. Estaba convencido de que no podía ser él. Lentamente se apartó de la barra para ver si, de ese modo, conseguía verlo mejor desde atrás. En ese momento, el individuo en cuestión, le echó una mirada a lo lejos dándole un trago a la gran jarra de cerveza que mantenía en su mano derecha. Rápidamente Roberto, se echó para delante para ocultarse detrás de varias personas que charlaban afablemente entre ellos. Roberto le pagó al camarero y salió lo antes que pudo del bar dejándose olvidada la chaqueta de la cual minutos antes se había despojado dejándola en un banco al lado suyo. El individuo, que se percató de la salida de Roberto, salió tras él.

—¡Eh tú! —le gritó mientras Roberto se dirigía hacia el coche.

Roberto se quedó inmóvil sin darse la vuelta. A continuación cerró los ojos. Notaba cómo su corazón quería salirse del pecho. Ya se sentía herido de muerte sin poder escapar de su ejecutor cuando aquel individuo prosiguió diciendo en voz bastante alta:

—Te has dejado la chaqueta en el banco.

Roberto suspiró aliviado. Por un momento, pensó que se había equivocado de persona. Se giró muy despacio hacia él y desgraciadamente, pudo comprobar que, en efecto, aquel hombre que estaba ante sus ojos y se mostraba inofensivo estirándole el brazo para ofrecerle que cogiera su chaqueta, era en sin duda alguna el desgraciado por el que se había visto en la necesidad de matar y al que había estado temiendo desde que entró en la cárcel. Su corazón se aceleró de nuevo. Muy lentamente, se dirigió hacia él en silencio, con el temor a que le agrediera cuando estuviera cerca. Sin embargo, lejos de lo que pudiera pensar, el Patracas no le dijo absolutamente nada. Sólo se limitó a

mirarlo.

—Gracias —dijo tímidamente Roberto cogiendo su chaqueta. Intuyó que no lo había reconocido aunque su intensa mirada decía lo contrario.

El Patracas se la entregó sin más mientras permanecía parado en medio de la explanada de aparcamientos. Roberto se volvió a girar, esta vez para irse hacia su coche que lo tenía aparcado justo en frente, dándole nuevamente la espalda al Patracas. Sintió como su mirada le penetraba a través de su nuca como si fuera una espada bien afilada.

—No creas que no te he reconocido guaperas —afirmó el Patracas elevando la voz.

Nuevamente se quedó inmóvil y cerró los ojos sin volverse hacia él. Por un instante pensó que ya su vida había terminado y que no le había dado tiempo de disfrutar de su familia a la que ya no volvería a ver más. Pensó en Susana, no podría despedirse de ella y sentía profundamente un desasosiego atroz al no haber sabido hacerla feliz el poco tiempo que llevaban de casados. Se le pasó por la mente toda su vida en un segundo. Por último, pudo oír la voz del Patracas como decía fríamente y con desdén para sorpresa de Roberto que no daba crédito a sus oídos:

—Sigue tu camino que yo seguiré el mío.

Roberto abrió los ojos y respiró profundamente. No se lo podía creer. Temía que al moverse, una bala le atravesara la nuca. Lentamente siguió su trayecto hacia el coche, abrió la puerta y se introdujo en él. Una vez en el interior, pudo observar como finalmente el Patracas se adentraba en el bar, pudiendo así, sentirse más tranquilo. Roberto, sin darse cuenta, al haber terminado con esa historia de la forma acontecida, había hecho que el Patracas y todos los de su calaña, tuvieran, en cierta medida, respeto hacia Roberto. En definitiva, tenía que sentirse agradecido hacia Jorge por el apoyo que le mostró en ese momento.

Aún nervioso, llegó a su casa donde le aguardaban Susana y las niñas. Se fueron a dormir muy temprano. Roberto se sentía con unas ganas terribles de hacerle el amor a Susana. No quería volver a perderla. Como dos adolescentes desesperados, empezaron a besarse apasionadamente. Acurrucados y extasiados, se quedaron dormidos hasta el amanecer cuando la suave, pero a la vez irritante melodía del despertador, hacía que llegara el despertar de un inminente, cansino y estresante día.

Cuando llegó al despacho, Esther ya estaba allí con su carita angelical

mostrándose con alegría como si nunca hubiese roto un plato, pero que lejos de eso, tenía como fin, terminar con la vida empresarial de Roberto. Intentó por todos los medios que Roberto se fijara en ella de otro modo del que hasta ahora venía haciéndolo, sin éxito hasta el momento, ya que el día anterior lo intentó pero fracasó en su propósito. El tema se le iba complicando ya que la persona que se mostraba interesada en ella era el tipo menos apropiado. Un vulgar y ordinario Arturo que solía presumir de sus hazañas con las mujeres, nada en comparación con Roberto.

—¡Buenos días Esther! Pasa un momento por favor.

—¡Buenos días! —sonrió y entró en el despacho detrás de él.

—Quiero que me informes de cualquier movimiento inadecuado de Arturo. Voy a estar fuera toda la mañana, así que por favor, pásame todas las llamadas al móvil y si viene por aquí ese desgraciado comunícamelo en el momento ¿de acuerdo?

Después del almuerzo mantenido con Roberto, Esther se sorprendió de su forma de ser. Para ella, Roberto era un ser despreciable y sin escrúpulos, el cual no debería permanecer por mucho tiempo en este mundo. Ante la preocupación mostrada por Roberto frente al comportamiento de Arturo, le daba la sensación de que la idea preconcebida que tenía sobre él era una idea equivocada.

Roberto se sentía en la obligación de protegerla y temía que al estar sola, Arturo intentara algo con ella. Quería pasar la mañana con Susana. Terminó pronto en la oficina y se fue a buscarla. La sensación que tuvo al encontrarse con el Patracas otra vez, le hizo darse cuenta del amor que sentía por ella. Estuvieron de compras y pasearon por Madrid, parándose de vez en cuando para tomarse algún que otro aperitivo. Volvía a sentirse feliz con ella. Roberto la miraba sentados en la terraza de un bar lleno de diferentes personajes que llamaban la atención con la sola intención de distraer a los viandantes para así poder llevarse algo de comer a la boca. Acababa de terminar una chica que se afanaba en conseguir que los espectadores que se encontraban allí sentados, disfrutaran de su actuación. Con una voz melodiosa, dio por concluida su interpretación de la canción que curiosamente era la que ellos habían escogido para abrir el baile, en la noche de boda y se disponía a pasar su extravagante sombrero gris por todas las mesas. La gente que se encontraba a su alrededor, junto con ellos, le tocaron las palmas a modo de gratitud por la agradable compañía.

—¿Te acuerdas de cómo escogimos esa canción? —dijo Roberto.

—Jamás lo olvidaré —contestó Susana.

Los dos se echaron a reír. En ese momento llegó la chica que acababa de cantarla.

—¿Os ha gustado la actuación? —preguntó.

—Ha sido fantástica —respondió Susana.

—Muy bonita —contestó Roberto mientras le echaba unas monedas en el sombrero.

—Gracias —comentó agradablemente—. Que tengan un buen día.

—A ti, igualmente —contestaron al unísono.

—La verdad es que fue curiosa la elección —manifestó Susana.

*Susana y Roberto estaban decidiendo el catering que iban a ofrecer en la velada el día de la boda. El encargado se esforzaba porque escogieran el mejor menú acorde con los invitados. Ana estaba con ellos, pero la exquisitez y el gusto de Ana no congeniaban en absoluto con la de aquel pobre hombre empeñado en hacerles comprender cuáles serían los mejores alimentos que deberían anexar a la lista de entrantes acompañados por un buen vino y una buena música ambiente y discutía continuamente con él. Completamente abrumado por las indicaciones de Ana, el encargado decidió desistir en su empeño y terminó aceptando el menú que le imponía Ana. Roberto y Susana presenciaron el hecho como unos simples espectadores que quedan deslumbrados por la escena de una película cómica, sin saber si reírse de la situación fuera la mejor opción. Una vez el encargado se dio la vuelta y salió al jardín donde se proponía dar el convite, los dos echaron a reír descontroladamente.*

—¿Se puede saber qué os pasa? —preguntó Ana sin darse cuenta del número protagonizado.

—Al pobre hombre se le ha cambiado la cara cuando le has dicho que eran muy simples cada uno de los menús que proponía. Cada vez se iba quedando más blanco y ya no le quedaban argumentos mientras tú seguía en tu empeño —contestó Roberto y volvió a reírse nuevamente junto a Susana.

—Sinceramente, no le veo la gracia —dijo Ana un poco incómoda y se fue tras el encargado del catering.

Los dos no podían evitar reírse al ver el semblante sulfurado que se le había quedado a Ana. En ese momento sonó la canción “Everything I do, I

*do it for you". Los técnicos estaban probando el equipo de música al fondo del salón. Los dos pararon de reírse y en ese preciso instante empezaron a bailar haciendo ver, lo radiantes de felicidad que se encontraban a las pocas personas allí presentes en ese momento. De esa forma decidieron que esa sería la canción para abrir el baile nupcial.*

El móvil de Roberto empezó a sonar en el preciso momento que abandonaban aquella acogedora terraza desde donde se divisaban unos árboles gigantes, llenos de pequeñas hojas verdes que empezaban a brotar una vez llegada la primavera. La temperatura era genial para disfrutar al aire libre de la mañana que había transcurrido con una total y plena tranquilidad.

—Dime Esther —contestó Roberto.

—Arturo está aquí —dijo Esther llamándolo en el mismo instante que lo vio aparecer por allí, evitando así que Arturo expulsara por la boca cualquier tipo de comentario absurdo que se le pudiera pasar por la mente enrevesada que tenía.

—Pásamelo.

Arturo la miró desafiante mientras cogía el teléfono que ella le ofrecía alegando que Roberto estaba al otro lado.

—¿Qué tal Roberto? No sabía que estabas fuera y me he pasado por tu despacho para dejarte algunos documentos para revisar —Arturo le dio la espalda a Esther mientras hablaba con Roberto—. Mañana si acaso le echamos un vistazo —se volvió nuevamente para Esther que lo miraba fijamente y posó nuevamente la mirada en la inmensidad de esos ojos marrones.

—De acuerdo, déjaselos a Esther —respondió Roberto.

Dando dos toques en la mesa con los documentos, una vez había colgado la llamada, mantuvo la mirada fija en la de Esther y le dijo:

—Dáselos mañana a Roberto de mi parte —Arturo se retiró sin más al ver la jugada de Esther.

Susana y Roberto, fueron a recoger a las niñas al colegio. Primero salió Lucía con su traje color turquesa y sus bolsillos a rayas. Rápidamente abrazó a su padre, el cual, la cogió en brazos. Posteriormente salió María, que al verlo, salió corriendo hacia él con gran alegría.

—¡Papá! —gritó.

Roberto soltó a Lucía para coger a María en brazos.

—¡Guau, te estás haciendo mayor! —exclamó Roberto.

—Es que ya soy una niña grande —contestó María.

—Claro que sí, bastante grande —le siguió el juego Roberto mientras le hacía cosquillas.

María no cesaba de reír en los brazos de su padre. ¿Qué mayor satisfacción que esa?, pensó Roberto.

Esther quedó para almorzar con su madre. Sobre las tres y media de la tarde cuando el sol irradiaba en todo su esplendor y lucía un cielo azul intenso sin que ninguna nube lo perturbara, Marina esperaba ansiosa la cita con su hija en un restaurante apartado de la muchedumbre donde poder charlar sin agobios. Cuando llegó Esther, ya Marina la esperaba en la mesa.

—¡Hola! —dijo Esther dándole un beso a su madre, depositó el bolso en el respaldar de la silla y se sentó.

—Hola cariño —contestó Marina sin levantarse.

Esther cogió la carta y dijo:

—¿Sabes ya lo que vas a pedir?

—Pues, la verdad es que no —sonrió—. Para mí lo más importante no es la comida.

—Ya, pero algo hay que comer, que ya es hora ¿no crees? —sonrió también Esther.

Esther se mostraba un poco desganada de mantener la conversación que sabía con certeza que Marina, ansiosa, deseaba escuchar e intentaba evitarla el máximo tiempo posible, pero intuía angustiada, que su madre no tardaría mucho tiempo en ir al grano. Efectivamente fue así y la temida pregunta no se hizo esperar:

—¿Y qué, has conseguido algo ya? —dijo Marina mientras bebía de la copa de vino francés que había pedido.

—Tienes que darme tiempo mamá —respondió Esther echándole un vistazo a la carta—. Esto no es tan fácil como parece.

—¿Con el cuerpo que tú tienes, me vas a decir que no es fácil seducir a un imbécil como ese?

—No es fácil mamá —contestó Esther enfadada—. Además... tengo un problema.

—¿Un problema, qué ocurre?

—Pues que... aunque a veces parece que hay química, un idiota está haciendo que Roberto se sienta como un protector más que otra cosa ¿entiendes?



—No, no entiendo —contestó Marina indignada.

—A ver mamá, cómo te lo explico. Hay un tipo que me está acosando. No sé cómo quitármelo de encima. Se lo dije a Roberto y... ahora sólo pretende protegerme de él.

—¡Hija por Dios, si eres más tonta no naces!

—¡Mamá por favor!

En ese momento llegó el camarero.

—¿Quiere algo de beber la señora? —preguntó refiriéndose a Esther.

—Sí por favor. Tráigame el mismo vino que está bebiendo mi madre gracias —sonrió.

El camarero se retiró de la mesa. Marina se puso a leer la carta también pero lejos de prestarle atención continuó diciendo:

—No puedo entender cómo se te ha ocurrido decírselo a Roberto.

—Fue una situación muy desagradable —se excusaba—. Me puse muy nerviosa y no vi otra solución que decírselo a él. Debo admitir que cometí un error pero créeme, realmente no veo que Roberto sea el ser tan despiadado que me has contado que era.

—¿Insinúas que estoy mintiendo?

—No es eso mamá, pero... —Esther hizo un inciso—, me cuesta creerlo.

—¿No estarás enamorándote de ese desgraciado? ¡Es tu hermano!

—¿Qué dices mamá? Ya sé que es mi hermano, no hace falta que me lo repitas cada vez que nos vemos —por un momento dejó de hablar e hizo como que leía la carta otra vez—. Además, tú quieres que me acueste con él.

—No digas tonterías, tan sólo quiero que lo seduzcas y lo hagas sufrir. Teniendo el cuerpo que tú tienes no es nada complicado.

El camarero volvió de nuevo a la mesa depositando la copa en la mesa.

—¿Han elegido ya las señoras?

—Todavía no, gracias —sonrió burlona Marina.

El joven camarero volvió a irse resignado a seguir esperando.

—Me temo que se me están quitando las ganas de comer —continuó diciendo Marina, cerró la carta y la depositó a un lado de la mesa—. A ver, que me he perdido, entonces, ¿cuál es la situación ahora mismo?

—Pues... está como al principio —replicó Esther.

—Como al principio —repitió Marina suspirando—. No puedes dormirte en los laureles —le recriminó Marina.

—Sinceramente, no sé si lo que estamos haciendo está bien, mamá.

—¿Qué me quieres decir, que te estás arrepintiendo?

—No...

—Eres igual que tu padre. No puedo confiar en nadie —la interrumpió Marina quejándose.

—Mamá por favor, no te pongas así. Todo va a salir bien. Te lo prometo.

El camarero volvió a acercarse a la mesa con un poco de estupor. Nada más llegar, Marina le dijo sin dejar que soltara palabra alguna:

—Tráiganos la cuenta por favor.

—¡Mamá! —le susurró Esther con la carta en la mano.

—No me encuentro bien, prefiero irme para casa ya —replicó Marina.

—Excúsenos un momento por favor —le pidió Esther al camarero.

—Como diga la señora.

El camarero indignado por el comportamiento de Marina, volvió a irse.

—Te estás comportando como una niña pequeña, por favor relájate —le imploró Esther—. Ya te he dicho que todo va a salir bien. Sólo necesito un poco más de tiempo, eso es todo.

—Ya, pero es que el tiempo se agota y el juez dictará el veredicto en breve y seguramente lo declarará inocente y no estoy dispuesta a que eso sea así y si no podemos meterlo en la cárcel por lo menos que sufra igual que su madre me hizo sufrir a mí.

—Mamá, tú lo has dicho, el daño te lo hizo su madre y papá, no él. Además, su madre está en el otro mundo, no creo que ya sea un problema para nadie.

—Definitivamente, se me han quitado las ganas de comer —Marina soltó la servilleta de un golpe en la mesa y se dispuso a irse dejando a Esther a solas.

—¡Mamá! —gritó Esther susurrando para no llamar mucho la atención por el espectáculo que estaba dando.

Marina la dejó con la palabra en la boca y le hizo caso omiso a sus súplicas para que se quedara a comer.

—Cuando pueda por favor —llamó Esther al camarero con un gesto levantando la mano—. Finalmente comeré sola, gracias —sonrió.

El almuerzo fue lo más alejado de lo que ella podía haberse imaginado cuando se dirigía a la cita con su madre. Finalmente, almorzó sola y desolada por el comportamiento absurdo que había tenido Marina.

Al día siguiente en la oficina, Esther entró en el despacho de Roberto

luciendo un bonito traje ajustado a la altura de las rodillas, dejando ver a la imaginación todos sus encantos femeninos. Esther se había propuesto llevar a cabo el plan organizado por su madre. Haría lo imposible para que Roberto se fijara en ella y así lograr sonsacarle cosas de su pasado para conseguir hacerle el máximo daño posible.

Roberto levantó la mirada y observó cómo se acercaba a la mesa. Por segunda vez volvió a sentir deseos de estar de nuevo con otra persona que no fuera Susana. La relación con Alicia lo había dejado muy marcado y no quería volver a caer en la tentación que se hacía cada vez más fuerte y complicada de rechazar.

—Aquí tienes los documentos que trajo ayer Arturo.

—Bien, gracias Esther —sonrió—. ¿Hubo algún problema?

—No, ninguno. Todo bien.

—Estupendo, mejor así.

Esther abrió la puerta y se disponía a salir cuando volviendo la mirada hacia Roberto dijo:

—Si necesitas algo más, llámame.

—Gracias —dijo Roberto sin dejar de mirarla.

Al cabo de una hora de trabajo, Roberto la llamó.

—¿Se te apetece tomar un café?

—Pues... sí —contestó Esther con decisión. Sintió cómo Roberto iba mordiendo el anzuelo. Sólo era cuestión de tiempo que cayera.

Los dos bajaron en el ascensor. Cuando se abrió la puerta en la planta baja del edificio, Arturo esperaba para subir.

—¡Hombre! ¿Qué tal está la parejita? —preguntó con ironía.

—Vamos a tomar un café —se apresuró Roberto en contestar—. ¿Quieres uno?

—No estaría mal, si no fuera porque me lo acabo de tomar, gracias —sonrió.

—Bien, pues si cambias de opinión estamos en la cafetería —prosiguió diciendo Roberto.

—De acuerdo —contestó Arturo posando la mirada en Esther.

Esther se limitó a escuchar y no expresó ni una sola palabra en ese momento, solo se dedicó a observar la reacción de Arturo que en parte la atraía y la arrastraba sin querer poco a poco más hacia él que hacia Roberto. Teniendo en cuenta de que Roberto era un pretendiente impuesto por su madre

a sabiendas que era su medio hermano, la atracción hacia él no era la más idónea. Sin embargo, Arturo la iba haciendo estremecer con su arrogancia y prepotencia que hacía que lejos de agobiarla, se sintiera como si fuera la presa más fácil de engullir por su depredador desesperado, sólo que en ese momento no quería que se entrometiera en su camino y, por su bien, debería esquivarlo.

—Mañana tengo un almuerzo de trabajo. Me gustaría que me acompañaras —le propuso Roberto ya en la cafetería.

—Por mí encantada —respondió plácidamente Esther. “Ya lo tengo en el bote”, pensó.

A última hora de su jornada laboral, Esther llamó a un amigo fotógrafo que hacía algún tiempo que no lo veía. Era la mejor ocasión para volver a tener un encuentro con él. Quedaron por la tarde para verse después del horario de trabajo. Vicente llegó con un poco de retraso debido a las desavenencias del tráfico en hora punta.

—Hola Vicente, ¿qué tal estás? —los dos se besaron efusivamente en la mejilla.

—Muy bien, ¿y tú qué tal?, te veo tan guapa como siempre.

—Gracias Vicente, eres un primor, me encanta hablar contigo.

—Oye, perdona por la tardanza querida, pero es que el tráfico está insoportable esta tarde —se excusó Vicente posando la mochila en una de las sillas.

Vicente, con el pelo corto desaliñado, su gorra negra rasgada y sus gafas de sol redondas, era un chico homosexual muy amigo Esther. Los dos se sentaron en la terraza del bar donde habían quedado. Estuvieron charlando, largo y tendido, antes de que Esther le propusiera el trabajito que quería llevara a cabo. Entre bromas y risas se les fue pasando el tiempo sin darse cuenta.

—Tengo que pedirte un favor —comentó Esther.

—Soy todo oídos, querida.

—Verás... estoy liada con un tipo que me ha hecho mucho daño, ya sabes, cosas del amor. ¿Qué te voy a contar yo a ti que tú no sepas? —esbozó una sonrisa— Después de llevarme más de un año con él, me enteré que estaba casado y que jamás dejaría a su mujer por mí.

—¿Y...?

—Y... quiero vengarme de él.

—Más claro imposible, ¿no te parece? —comentó Vicente.

—Quiero que me eches algunas fotos en situaciones comprometidas para luego mandárselas a su mujer, ¿me explico?

—Estupendamente bien cariño, con pelos y señales —Vicente se quedó pensativo mirándola—. ¿Cuándo sería eso?

—Voy a intentar que sea mañana —dijo Esther—. Hemos quedado para una comida de empresa, pero ya sé por experiencia que luego el almuerzo se alarga —mostró una sonrisa picarona.

—Eres una pillina cariño, siempre metiéndote en líos, no sé cómo puedes hacerlo —se echaron a reír los dos.

—Ya me conoces, viene de familia: lo llevo en la sangre —se rio—. No puedo ser de otra forma —volvió a reírse—. Si no fuera así: no sería yo.

—Está claro, realmente eso es lo que me gusta de ti. Estaré vigilándote muy de cerca, así que cuidado con lo que haces —los dos echaron unas carcajadas.

—Es un placer hacer negocios contigo —continuó diciendo Esther—. No me falles.

—Tranquila, seré tu sombra. Estaré donde menos te lo esperas —Vicente le hizo un gesto de disparo con la mano y se despidieron dándose nuevamente dos besos.

Roberto, en la noche, ajeno a toda la trama que Esther estaba organizando, abrazó a Susana por la espalda acostado en la cama. Sentía que tenía necesidad de estar con ella, y todo el cariño que le daba le parecía poco. Abrazado a su cintura le susurró al oído:

—Mañana no vendré a almorzar. Tengo una comida de trabajo.

—Vale —susurró Susana acariciándole la mano.

—Es una reunión muy importante para mí. Si cogemos esta empresa puede que me asciendan en el trabajo.

—¿No me digas?, eso es estupendo cariño —dijo Susana acercando su rostro al de Roberto.

—Te quiero mi vida —continuó diciendo Roberto.

—Y yo a ti —afirmó Susana.

Llegó la hora de tan ansiada cita con los empresarios que podrían hacerle dar un giro de trescientos sesenta grados a su vida. Roberto se mostraba un poco nervioso, se jugaba mucho en este acontecimiento. Decidió llevar a Esther para deslumbrar a los dos directivos de la empresa. Pensó que ella

haría del momento, un almuerzo agradable a la vista. La presentó como era: su secretaria. Los cuatro disfrutaron mucho de la reunión, poniendo Roberto más énfasis en lo que a él, en realidad, le interesaba. Esther había advertido la presencia de Vicente al otro lado del salón, así que mostraba siempre cara de felicidad brindando en cada ocasión con unas hermosas copas de un buen vino español acercándose lo máximo posible a Roberto.

Vicente estaba sentado en una esquina, acompañado de una chica que trabajaba para él. Entre ellos, había varias mesas de separación. Vicente se situó justo delante de los dos en cuestión, teniendo a varias personas entre ambos. Disimuladamente hacía como si le echara fotos a su chica, poniendo el foco en Esther y Roberto.

Cuando terminaron de almorzar, Esther se subió al coche de Roberto. Vicente salió tras ellos sin dejar detalle atrás. Se sentó en el asiento del acompañante de su coche que estaba aparcado un par de coches más adelante del de Roberto, y no les perdió de vista ni un solo instante con su objetivo.

Roberto se disponía a arrancar el coche cuando notó cómo la mano de Esther se posaba en su pierna derecha. Roberto bajó la mirada para luego subirla rápidamente hacia los ojos de Esther que se esforzaba para que Roberto terminara besándola locamente, pero, cuál fue su sorpresa cuando después de intentarlo por segunda vez, Roberto volvía a rechazar sus encantos de seductora desquiciada.

—Será mejor que te lleve a tu casa —manifestó Roberto mordiéndose los labios.

Esther se quedó blanca como una pared. Jamás había fracasado en su propósito e insistió una vez más. Se acercó lentamente y le dio un suave beso en los labios. Fue solo un momento. Momento que inmortalizó Vicente. Roberto no se dejó llevar, sabía que si volvía a meterse en líos iba a ser muy difícil volver a recuperar la confianza de Susana y no se podía permitir más devaneos con Esther, ésta sería la última vez que le propondría que lo acompañase.

Por un instante, Roberto sintió el deseo de enredarse entre su piel. Le acarició el rostro y acto seguido le dijo:

—Eres una chica joven, guapa e inteligente. Tienes toda una vida por delante, aprovéchala de la mejor manera que puedas. Ésta vía no es la adecuada.

Roberto arrancó el coche y la acompañó hasta su apartamento. Se

despidieron con un simple hasta mañana en la puerta del edificio.

Esther entró en su apartamento que se encontraba en la primera planta con unos grandes ventanales que daban a la calle y, llena de rabia, echó todas las cortinas que se había molestado en recoger minutos antes de salir para la cita con Roberto. Lo tenía todo planeado, cuando Roberto subiera al apartamento, ella se acercaría a los ventanales besándolo y Vicente, desde el otro lado de la calle, le echaría todas las fotos que pudiera efectuar. Todo el plan hecho añicos. Con una pataleta de llanto y rabia, se echó en la cama desconsolada. Así se quedó dormida hasta el amanecer.

Al día siguiente por la tarde, Esther quedó de nuevo con su amigo Vicente, el cual la esperaba sentado en la misma terraza donde hacía dos días habían estado hablando sobre el sucio y despreciable plan.

—¿Qué tienes? —preguntó Esther desilusionada.

—Cariño con éste ejemplar tienes para meterlo en la cárcel hasta que las ranas críen pelos —se burló echándose a reír.

—No me vengas con bobadas que no está el horno para bollos. Dame, a ver qué demonios tienes —sonrió con desagrado.

—Ya me veo los titulares. **“EL JEFE ABUSA DE SU PODER, DOBLEGANDO A SU SECRETARIA A HACERLE TRABAJOS SEXUALES.”**

—Calla, calla y déjate de tonterías. Dame las fotos por favor —dijo Esther mostrándose enojada.

—Si querida, ya me callo, pero ya tú verás cómo llevo toda la razón del mundo en lo que digo —dijo Vicente dándole el sobre—. No hay desperdicio alguno, te lo puedo asegurar.

Esther abrió el sobre y empezó a ver las fotos. Pudo observar la calidad de la que gozaba Vicente con la cámara, cambiándosele el semblante en cada una de ellas.

—¡Has pillado el beso, no me lo puedo creer! ¡Eres un genio Vicente! —se mostró Esther entusiasmada.

—Ya te lo había dicho, incrédula, que eres una incrédula. No hay nada que se me resista —sonrió Vicente.

Esther se levantó y le dio un fuerte abrazo.

—No sé qué haría yo sin ti. Te quiero —dijo Esther amistosamente.

—¡Ay Dios mío, esta juventud me vuelve loca! —exclamó Vicente.

Seguidamente, Esther puso la dirección de Roberto en el sobre a nombre

de Susana sin remitente alguno que pudiera identificar la procedencia de la carta.

—Tendrás más copias ¿verdad?

—Por supuesto querida, todas las que tú quieras —contestó Vicente.

—Eres un tesoro Vicente, cuenta conmigo para cualquier cosa que necesites —se despidió con el sobre en la mano.

—Claro querida, nos vemos.

Esther se dirigió hacia el buzón más cercano e introdujo el sobre de color azul, deslizándose lentamente en su interior y cayendo entre otras cartas de colores, por lo general, blancas. Ésta carta destacaba entre todas ellas ya que era un sobre cuadrado de diferente color y tamaño. Al final de esa misma mañana, el cartero recogió cada uno de los buzones. La carta de color azul fue transportada hasta las oficinas de correos donde fue seleccionada para llegar a su destino. El repartidor la dejó caer en el buzón de Roberto a media mañana del día siguiente.

En la oficina, el trato de Roberto hacia Esther siguió siendo normal después de lo sucedido. Se posicionó en un estado más disciplinario e intentó que los sentimientos no se mezclaran con el trabajo. La atracción por Esther debía desaparecer, pidiendo así a su jefe que le cambiaran de secretaria. Esther no estaba al tanto de esa petición.

Susana recogió el correo un poco antes de la hora de ir al colegio a por las niñas. Acababa de llegar del gimnasio y depositó las cartas en la mesa del salón. Apenas había dos o tres sobres incluyendo el de color azul. Colgó su bolso en el perchero y dejó las llaves en la entrada. Fue a la cocina, cogió una manzana y dándole un mordisco se sentó en el sofá. Encendió la tele y se dispuso a ver las noticias que estaban dando. Rápidamente le llamó la atención aquel sobre azul de gran tamaño, además tenía su nombre escrito a mano, le dio la vuelta y pudo observar que no tenía remitente. Inmediatamente dejó la manzana en la mesa y se dispuso a abrir aquel extraño sobre. Sacó su contenido del interior y pudo divisar una tras otras las seis fotografías perfectamente tomadas por Vicente. Los roces de Esther con Roberto en el almuerzo y el desafortunado beso y posterior caricia de Roberto sobre el rostro de Esther. Su respiración empezó a agitarse haciéndosele un nudo atroz en la garganta. A duras penas, con lágrimas en los ojos, llegó hasta el grifo donde se echó un poco de agua en la cara. Posteriormente se desplomó llorando en el suelo por el dolor abrumador que sentía ante una nueva



infidelidad de Roberto. Desconcertada y sin saber cómo proceder, le hizo una copia a las fotos y depositó la carta sobre la mesita de noche de Roberto con las copias en el interior, reservándose para ella los originales.

Cuando llegó Roberto a su casa después de un día agotador, saludó como de costumbre a sus hijas y le dio un beso en los labios a Susana, la cual lo observaba con detenimiento mientras él, lejos de toda sospecha, jugaba con las niñas como de costumbre.

—Voy a cambiarme de ropa —comentó—. Estoy cansadísimo —respiró hondo y se dirigió por el pasillo hacia su dormitorio quitándose la corbata.

Susana no dijo nada y esperó impaciente, sentada a la mesa de la cocina, la reacción de Roberto. Las niñas ya habían almorzado y jugaban tranquilamente en la salita.

Roberto se cambió de calcetines cogiendo un par de uno de los tres cajones que constituían la mesita de noche. El sobre azul deslumbraba desde lejos, sin embargo, debido al cansancio, Roberto no llegó a percatarse de que estuviera allí.

Susana lo vio llegar a la cocina y sentarse tranquilamente a la mesa, era obvio que no se había dado cuenta del tal desafortunado sobre. Aun así, Susana decidió guardar silencio. Quería ver cuál era el comportamiento con ella para darse cuenta del hombre perverso y desconocido que tenía al lado.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Roberto extrañado por la actitud silenciosa de Susana.

—Nada ¿por qué, tendría que pasarme algo?

—No, solo que... estás muy callada.

—No tengo ningún motivo para estar cantando ¿no crees? —replicó.

Susana se le acercó para servirle la sopa. En ese momento la agarró por la cintura y la atrajo hacia su rostro abrazándola fuertemente.

—No sé qué haría yo sin ti. Te quiero mucho, vida mía.

Susana sintió un irritante estallido en su cabeza y le empezaron a invadir todo tipo de pensamientos. ¿Cómo podía mentir de esa manera? Sus palabras parecían tan sinceras que aun viendo las fotos parecía que estaba diciendo la verdad, cuando en realidad era un farsante, egoísta y embustero que no le importaba los sentimientos de los demás, solo los suyos. No quería ni imaginar cuántas veces le habría mentido y cuántas otras le habría engañado con alguien sin importarle que ella la conociera o no, siendo así la burla para todas ellas.

Susana se sentó una vez había servido la sopa a Roberto y empezaron a comer.

—¿Sabes?, puede que mi ascenso sea inminente —le informó Roberto sonriendo—. Cuando llegue el momento quiero que tú y las niñas estéis presentes. ¿Qué te parece?

—Eso... eso es genial —contestó Susana con media sonrisa en la cara y siguió comiendo.

—He pensado en mudarnos a una casa más grande. Las niñas son ya más mayorcitas y esta casa se nos queda demasiado pequeña —dijo Roberto entusiasmado—. Podemos ir a alguna agencia inmobiliaria a ver si hay algo que nos pueda interesar.

Roberto advirtió que Susana no estaba muy comunicativa esa tarde.

—¿Qué te parece? —insistió.

—¿El qué? —contestó Susana despistada.

—Pues qué va a ser, lo que te he dicho antes sobre visitar una agencia.

—¡Ah! Pues sí, me parece una buena idea —Susana lo miró deseando que las fotos no hubiesen llegado nunca. Su vida estaba totalmente destrozada y no tenía ganas de escuchar tantos embustes que solo servían para hacerle más daño.

Roberto la ayudó a recoger la mesa, le dio un beso en la mejilla abrazándola por detrás, alrededor de la cintura, y le dijo:

—Voy a descansar un rato. Si no me he despertado antes de las cinco, me llamas —le susurró con voz cariñosa mientras la abrazaba.

Susana permaneció en silencio y observó cómo se iba para su habitación. Ella, sigilosamente se fue tras él sin que Roberto notara su presencia.

Roberto bajó las persianas para evitar los rayos destellantes del sol, se sentó al filo de la cama cerca de la mesita de noche y encendió la lámpara que se encontraba situada encima de ella. Rápidamente se le fue la vista a aquel enorme sobre azul. Estaba a nombre de Susana, miró por detrás y vio que no tenía remitente. La curiosidad hizo que lo abriera inmediatamente. Cuando empezaron a deslizarse por sus manos aquellas imágenes besándose con Esther, su corazón volvió a brincar como un condenado a muerte a la hora de su ejecución.

—¡Oh Dios! —susurró—. ¿Pero qué es esto?

Rápidamente trató de esconderlas y miró para el pasillo como un loco desesperado. Allí estaba ella, silenciosa. Susana lo observaba desde aquel

largo pasillo, detrás de la puerta que se encontraba medio abierta, divisando la imagen de Roberto. Vertiginosamente se fue para ella.

—¡Susana!, esto tiene una explicación —manifestó desesperado cogiendo el sobre entre sus manos y mostrándoselo afligido.

—Quiero el divorcio —dijo Susana tajantemente.

—Tienes que creerme Susana.

—Tengo que creerte qué, Roberto. Estoy harta de tus mentiras y de tus escarceos amorosos —gritó—. En definitiva estoy harta de ti.

—Pero Susana déjame que te explique...

—No quiero escuchar ni una sola palabra más tuya —gritó Susana dándole la espalda y dirigiéndose a la salita donde se encontraban las niñas y las cogió de las manos—. Quiero que te vayas de aquí —agarró su bolso y abrió la puerta de entrada—. Cuando vuelva no quiero verte aquí ¿me oyes? —le gritó desafiante y se marchó con las niñas dando un gran portazo que hizo vibrar las paredes.

—¡Oh Dios, no puede ser! —gritó Roberto quedándose sólo.

Muy a su pesar, cogió una maleta y metió algo de ropa y aseo en su interior. Si estas fotos salieran a la luz posiblemente lo despedirían del trabajo que con tanto afán se empeñaba en sacar adelante. Buscó habitación en un hostel cercano y allí pasó la noche. Como no pudo dormir en gran parte de la noche, llegó al trabajo tarde y algo desaliñado. Saludó a Esther con una gran cara de cansancio. Ni siquiera se limitó a mirarla y entró en su despacho sin más. La llamó por el teléfono y le dijo:

—No me pases ninguna llamada ni ninguna visita. No estoy para nadie.

Esther notó, por la voz de Roberto, que estaba derrotado. Se imaginó el motivo y avisó de inmediato a su madre.

—Ya está el trabajo hecho —susurró Esther por teléfono.

—¿No me digas, conseguiste hacerle fotos? —dijo Marina alegrándose.

—Pues claro mamá ¿quién te crees que soy? A mí no hay quién se me resista —se rio—. La verdad es que me da un poco de pena...

—Déjate de tonterías —la interrumpió Marina—. ¿Se las has mandado a su jefe también?

—Todavía no.

—¿Y a qué estás esperando? ¡Quiero hundirlo en la miseria!

—¡Mamá! Poco a poco. Ten calma por favor, todo a su tiempo.

—¡Me has alegrado el día hija! Si estuvieras aquí te comía a besos.

—Qué exagerada eres mamá. Te dejo que tengo que seguir trabajando. Besos.

—Adiós cariño.

Arturo tardó unos escasos minutos después de colgar Esther el teléfono, cuando se presentó ante ella.

—¿Está Roberto?

—Está ocupado.

—¿Crees que tardará mucho tiempo?

—Todo lo que queda de mañana.

—Habíamos quedado para hoy —dijo Arturo extrañado—. No me ha dicho nada de anular la cita. ¿Con quién está reunido?

—Con nadie, simplemente me ha dicho que no le pase a nadie.

—¡Ah, bobadas!

Arturo se dirigió hacia la puerta del despacho de Roberto decidido a abrirla sin más. Esther se apresuró a interrumpirle el paso poniéndose delante de él.

—¿Qué se supone que estás haciendo? ¿Quieres jugar? —dijo Arturo tocándole el pelo.

—Déjame —dijo Esther sin quitarse del paso.

Arturo se abalanzó hacia ella empujándola contra la pared sin dejarle posibilidad de movimiento alguno. Roberto oyó la voz alzada de Esther pidiendo que la soltara. Salió al exterior de su despacho y vio cómo Arturo la obligaba a besarlo. Roberto lo agarró por los hombros y lo tiró al suelo bruscamente gritándole a su vez:

—¡Quítale tus sucias manos de encima!

—La quieres sólo para ti, ¿verdad? —gritó Arturo desde el suelo.

En ese momento la ira pudo con Roberto, se tiró encima de él y se limitó a darle golpes sin parar. Su puño cerrado rebotaba en el rostro de Arturo una y otra vez, como si de una pelota de goma se tratara.

—¡Basta ya Roberto! ¡Basta ya! —gritó Esther sollozando—. ¡Lo vas a matar!

Esther le agarró del brazo para que dejara de golpearlo. En ese momento Roberto paró y se levantó muy despacio con la respiración agitada y la cara sudorosa llena de desprecio hacia Arturo. El rostro de Arturo se mostraba totalmente ensangrentado.

—¡Me has roto la nariz, capullo! —le gritó Arturo que a duras penas fue

poniéndose en pie.

—¡No quiero verte en mi vida, me oyes! —le increpó Roberto.

—No creas que esto se va a quedar así —afirmó Arturo desafiante y se marchó por ese extenso pasillo que conectaba con las demás oficinas.

—¿Qué te ha ocurrido Arturo? —le preguntaron varios compañeros de trabajo al verlo sangrando.

—A ese tarado que se le ha ido la pinza —contestó Arturo señalando con la cabeza hacia el despacho de Roberto y continuó su camino.

—Roberto, relájate —le dijo Esther que se encontraba situada detrás de él—. Ya pasó todo —se acercó y le puso la mano en el hombro.

Roberto respiraba agitadamente.

—Ese desgraciado nos ha echado varias fotos besándonos en el coche y se las ha mandado a Susana. Me ha destrozado la existencia —dijo Roberto desmoronándose ante Esther—. Susana me ha abandonado y eso es lo último que quisiera en mi vida.

Esther se mostró compasiva y lo abrazó suavemente. Se le hizo un nudo en la garganta cuando se dio cuenta de que Roberto no sospechaba nada en absoluto de ella. Culpaba de las dichas fotos a Arturo, sin darse cuenta que la culpable de todo, lo estaba abrazando.

Sintió como Roberto era una persona realmente sensible que no tenía nada que ver con el Roberto descrito por su madre. El hecho acontecido podía hacerle perder su puesto de trabajo. Esther, lejos de sentir satisfacción notó remordimientos al ver lo desecho que se mostraba.

—No te preocupes, vete a tu casa y descansa, ya verás como todo se va a arreglar —dijo Esther a modo de consuelo.

—Llevo ya mucho tiempo pensando que todo se va a arreglar pero cuando pienso que va llegando el final, todo vuelve a empezar de nuevo —Roberto abatido intentó besarla.

—¡No, Roberto! —se lo impidió—. No soy la persona que tú piensas.

—Perdóname Esther, no quería molestarte. Sé que tú no eres de esas.

—No me refiero a eso —contestó Esther—. Yo soy... soy...

—¿Lesbiana? —preguntó al ver que le costaba hablar—. No te preocupes, no tengo nada en contra de las lesbianas —prosiguió levantando las manos.

—¡No, no es eso! —Esther lo miró escéptica. En ese momento llegó su jefe acompañado de dos guardias de seguridad y un compañero suyo de trabajo.

—¡Roberto! ¿Puede saberse qué ha ocurrido aquí? Espero que tengas una buena explicación porque esto es inconcebible en una empresa de nuestro prestigio —dijo bastante enojado.

Tras un breve silencio Roberto pudo articular palabra.

—Mañana a primera hora le entregaré un informe.

—Me parece bien. Lo espero a primera hora de la mañana si no quieres que esto se te escape de las manos —se reafirmó con rotundidad en sus palabras.

Los cuatro le dieron la espalda para marcharse. Su compañero de trabajo, que a la vez era amigo de Arturo, se quedó rezagado y se volvió haciéndole una señal.

—Estás muerto —susurró para que los demás no le oyeran recorriéndose el dedo pulgar por el cuello.

Roberto se quedó inmóvil observándolos.

Cuando regresó a aquel inhóspito hostel, intentó hablar con Susana pero no le cogía las llamadas. Se acercó por su casa pero no había nadie, las ventanas permanecían cerradas y todo estaba como si no hubiesen pasado allí la noche. Se le ocurrió hacerle una visita a Enrique y acertó, allí estaba su preciada familia. Roberto tocó al timbre de la puerta. Enrique le abrió con gesto muy serio.

—Hola Enrique, ¿está Susana?

Enrique cerró la puerta y salió para a hablar con él.

—Verás Roberto, yo no quiero entrometerme en vuestros asuntos, pero, Susana no quiere verte en estos momentos. Debes de entender que la situación es delicada.

—Necesito hablar con ella —insistió Roberto.

—Será mejor que te vayas, no es el momento idóneo, te lo aseguro. Susana está muy alterada. He visto las fotos y, la verdad es que no son nada agradables.

—Pero es que no ocurrió nada más lejos que ese beso —se quejó Roberto—. Te lo aseguro.

—A mí no me tienes que convencer —afirmó Enrique—. Pásate en otro momento cuando las aguas estén más tranquilas.

—Tienes que ayudarme Enrique —suplicó Roberto—. Yo sin Susana no soy nada.

—Eso tenías que haberlo pensado antes —le reprochó Enrique—. ¿No

crees?

Roberto se giró dándole la espalda a Enrique para luego, seguidamente girarse otra vez hacia él. Se mostraba deshecho y agobiado. Susana lo observaba desde una ventana ocultándose tras una cortina.

—No sé por qué todo me sale mal —volvió a quejarse Roberto en un tono derrotista.

—No te quejes Roberto —le advirtió Enrique—. Si no haces las cosas bien, es normal que te salgan mal, no hay otra explicación.

—Déjame verla por favor, necesito hablar con ella.

—Lo siento Roberto pero es mejor que te vayas —insistió Enrique.

—¡Maldita sea! —gritó—. ¡Sé que me estás escuchando... te necesito Susana! —volvió a gritar destrozado alzando la vista hacia las ventanas superiores de la casa.

Susana dio un paso hacia atrás para que no la viera. Acogojada, se puso a llorar desesperadamente.

Roberto se marchó sin poder conseguir su objetivo, anulado por los comentarios de Enrique que dejaban entrever el resentimiento que tenía su suegro hacia él. Las fotos mostraban el lado oscuro de Roberto, desconocido para todos aquellos que lo rodeaban.

La mañana se presentaba difícil en un día donde su inminente ascenso quedaba en entredicho después del desafortunado incidente con Arturo la mañana anterior. Roberto fue derecho al despacho de su jefe y le entregó el informe que anteriormente le había pedido, alegando que Arturo acosaba a Esther y que en el momento de los hechos estaba abusando de ella obligándola a que lo besara.

—Es una acusación muy grave, por tu bien, espero que esto sea verdad —le comunicó su jefe después de leer detenidamente el informe.

—Es la verdad —afirmó rotundamente Roberto.

Cuando llegó a su despacho, se acercó a la mesa de Esther y le dijo:

—Quería hacerte una pregunta. ¿Si... si eres lesbiana, por qué me besaste aquella tarde?

Esther no daba créditos a sus oídos.

—No soy lesbiana —contestó tajantemente.

—¡Ah! —asintió Roberto con la cabeza y se marchó para su despacho levantando la mano a modo de perdón, se sentía confundido.

Terminada la jornada de trabajo, Roberto salió más tarde que de

costumbre, apenas había nadie en las oficinas. Entró en un restaurante para comer algo con el solo afán de emborracharse. En medio del salón, en una mesa para cuatro, se encontraban almorzando Jorge y Marina mirando para la barra del bar acompañados por una joven que daba la espalda a la susodicha barra de zinc donde Roberto pidió una cerveza apoyándose en ella. Bebiendo un trago tras otro, los observaba detalladamente desde el silencio arrollador que perturbaba su mente abrumada por tanto desasosiego.

—Otra cerveza, por favor —le dijo al camarero.

No llegaba a verle la cara a la chica que estaba con ellos, pero notaba cómo se reía continuamente, acompañada por los otros dos individuos que no se percataron de que Roberto estaba allí mirándolos.

Cuando ya llevaba cinco o seis cervezas en el cuerpo, Roberto decidió entrar en acción y se dirigió, acompañado de una gran jarra de fresco jugo de cebada rubia en la mano, a la mesa de Jorge, el cual seguía sin percatarse de su presencia.

—¡Hombre, qué tal, pero si está aquí mi gran amigo Jorge, acompañado de su querida esposa! —Roberto no miró hacia la chica.

A los tres se les cambió la cara de un golpe.

—¡Roberto, qué sorpresa! —se apresuró en decir Jorge al ver en el estado que se encontraba—. ¿Qué... qué tal te va, chico?

—Fenomenal —contestó notándosele en la voz un poco de embriaguez y posándole la mano izquierda en el hombro derecho de Jorge, dirigió la mirada hacia la chica que los acompañaba —¡Esther!

—¿La conoces? —preguntó Jorge—. Es mi hija pequeña.

—¿Tú qué? —preguntó con asombro volviendo a mirar a Jorge.

Posteriormente, la miró a los ojos, Esther no sabía que decir y permanecía callada ante el temor de la reacción de Roberto. Jorge estaba al margen de todo y no sabía nada de la trama que sus dos reinas de la casa habían confeccionado.

—¿Eres... su hija? —le preguntó atónito y decepcionado.

Marina lo miraba como una espectadora sin mediar palabra desde el temor a ser descubierta delante de su marido.

Esther no dijo nada y se limitó a agachar la cabeza apoyada con las dos muñecas en la mesa.

—No entiendo nada. ¿Tú sabes quién soy yo? —le preguntó Roberto.

Esther seguía sin levantar la cabeza.



—Te he hecho una pregunta —prosiguió diciendo Roberto algo enfadado—. Me gustaría que me respondieras.

—Pues claro que sabe quién eres. Todos mis hijos están al corriente de ello. ¿A qué viene esto, Roberto? —interrumpió Jorge ante la negativa de Esther a pronunciar palabra alguna.

—Viene, a que tu querida hija, ha querido engatusarme y casi lo consigue —explicó Roberto sin quitarle ojo de encima a Esther—. ¿Por qué? ¿Cómo has podido dejar que yo te...? ¡Oh Dios!

Roberto se retiró de la mesa decidido a abandonar el local sin despedirse de nadie. Ya iba por la puerta cuando oyó en voz fuerte:

—¡Oiga señor! Tiene que pagar las cervezas —le informó el camarero.

Roberto se volvió rápidamente sacando un billete de cincuenta euros y lo depositó encima de la barra.

—Quédese con el cambio —dijo Roberto y salió del bar.

Jorge no entendía nada y vio cómo Esther corría detrás de Roberto sin comprender lo que estaba sucediendo.

—¿Pero qué demonios les pasa a éstos chicos? —preguntó Jorge desconcertado quedándose a solas con Marina.

—No tengo ni idea —contestó Marina disimulando.

De repente, ya en la calle, escuchó tras él la voz de Esther.

—¡Roberto! —gritó.

Roberto se giró hacia ella.

—¡Maldita sea Esther, eres mi hermana y tú lo sabías!

—Deja que te explique.

—¿Qué habría ocurrido si yo hubiese seguido hasta el final, lo hubieses hecho?

Esther se quedó callada.

—No me lo puedo creer —prosiguió Roberto—, ¿qué clase de persona eres? He intentado ayudarte en todo momento quitándote de las garras de ese imbécil ¿y así me lo pagas?

En ese momento le dio la espalda para irse de allí. Nada le importaba ya, se sentía derrotado y hundido como cuando un barco se va a pique y sientes que ya no hay salida.

—¡Espera Roberto! Yo no quería hacerlo.

Roberto volvió de nuevo hacia ella.

—¿Entonces, por qué lo hiciste?

—Mi madre estaba destrozada al saber que mi padre le había sido infiel con su mejor amiga y que, a consecuencia de eso, tú fueras su hijo. Cuando entré a trabajar en la oficina y se lo dije a mi madre, ella me informó de quién eras tú. La ira me invadió a mí también y decidí ayudarla en su venganza. Lamentablemente la descripción que ella me dio sobre ti, no tenía nada que ver con la realidad, pero ya era tarde para abortar el plan y decidí seguir adelante con el objetivo acordado con ella. Un amigo mío echó las fotos. Créeme que en muchas ocasiones quise desistir, pero me veía en la obligación de complacerla. Es mi madre, entiéndelo. Estoy totalmente arrepentida y haré todo lo que esté en mi mano para ayudarte. Debes creerme Roberto.

—¿Me estás diciendo que has sido tú la que le mandó las fotos a Susana?

—Lo siento de verdad, perdóname —suplicó afligida.

—¡Esto es de locos, no me lo puedo creer! Y yo pensando que era el gilipollas de Arturo —reflexionó—. ¿Estabas dispuesta a acostarte con tu hermano sólo con el único fin de hacerme daño para que tu madre disfrutara del espectáculo? ¡Ni en las películas lo hacen mejor! —gritó tremendamente enojado moviéndose de un lado a otro con los dedos cruzados detrás de la nuca.

—¡Oh Dios! —prosiguió lleno de rabia—. No tienes ni idea de las veces que he hecho el amor con Susana pensando en ti y ni te imaginas las cosas que he llegado a pensar de hacer contigo —Roberto se quedó parado justo delante de su cara lleno de odio—. Enhorabuena. Ya lo has conseguido. Puedes sentirte orgullosa de tu cometido. He perdido a Susana y ahora estoy a punto de perder mi puesto de trabajo. ¡Felicidades!

—Hablaré con Susana, te lo prometo.

—¡Oh no! No quiero ni que te acerques a ella, ¿me has oído?

## El Veredicto

Tras varios días en la casa de su padre, Susana volvió a la suya con las niñas. Estaba pasando el peor momento de su vida después de la muerte de Ana y el posterior ingreso en la cárcel de Roberto. La casa resultaba tan extraña y vacía sin su presencia, que nada más entrar, su estado de ánimo se vio afectado hasta la saciedad, costándole incluso mantenerse en pie. Soltó las maletas en la entrada y se sentó en el sofá cubriéndose la cara con las manos. Respiró profundamente con los ojos cerrados sin querer ver la cruda realidad que se le hacía muy cuesta arriba. Las niñas jugaban sin darse cuenta de la situación en la que se encontraban las dos personas que más querían y necesitaban en la vida.

Roberto desistió en las continuas llamadas rechazadas, todas ellas, por Susana. Apenas sentía la leve sensación de querer seguir viviendo. Ya nada le importaba.

El juez había fijado fecha para la sentencia, su ascenso en el trabajo se había pospuesto ante tanta controversia y la intranquilidad se hacía latente en cada despertar de noches continuadas por un intenso tormento que no le dejaba dormir.

La sustitución de Esther en la oficina no se hizo esperar. Su jefe dio el orden para cambiarla de oficina y en su lugar, entró una mujer de mediana edad casada y con hijos a cargo, más parecida a su antigua secretaria, algo que Roberto agradeció profundamente tras los acontecimientos recientemente ocurridos. No quería oír nada de Esther.

Julián le mostró su máximo apoyo moral como en tantas otras ocasiones demostrándole así, una vez más, su incondicional amistad. Su relación con Marta, aunque a veces un poco turbulenta, no le llegaba ni a los talones a la relación entre Roberto y Susana que se había visto envuelta en más de una ocasión en odio, engaños e infidelidades absurdas que les habían llevado al borde del precipicio.

—¡Eh, hombretón! —le gritó Roberto a su padre en una de las continuas visitas que diariamente le hacía al hospital—. Mírate bien, ahí sentado como

si nada fuera contigo. Te van a declarar culpable de asesinato de la única persona que más has amado en tu vida y tú ahí, pasando de todo —prosiguió angustiado—. Y quién sabe si a mí también —terminó diciendo con resignación.

Miguel no levantaba la cabeza ligeramente ladeada hacia su hombro derecho. Algo en el brillo de sus ojos le hacía intuir su auténtica tortura.

Esther, fumándose un cigarrillo, esperó apoyada en el frontal de su coche la salida de Susana de su casa, la cual ajena de todo, salió con las niñas para pasear por el parque. Tiró la colilla al suelo y la siguió a una distancia prudencial para que no sospechara nada hasta que llegó al parque y se sentó en un banco situado bajo la sombra fresca de un viejo árbol poblado por múltiples hojas pequeñas que caían sin parar debido a una ligera brisa que agitaba, de una forma liviana, el habiente fresco de la tarde, siempre atenta de sus hijas que jugaban en el arenero. Se le notaba a lo lejos un aire tremendamente triste que, sin quererlo ella, la invadía sin poder remediarlo.

Esther, ataviada de unas grandes gafas de sol que no dejaban ver su joven y bello rostro en toda su totalidad, se posó al lado de Susana sin que ella pudiera sospechar absolutamente nada de aquella alta y delgada desconocida con el pelo recogido en una larga y elegante cola. Esther colocó su bolso, a modo de separación, entre las dos.

—Susana —pronunció Esther ante la mirada asombrada de Susana.

—Perdón, ¿te conozco?

—Tú a mí no, pero yo a ti sí. Mi nombre es Esther y soy la hermana pequeña de Roberto.

—¡Oh, vaya! No sabía que tuvierais relación alguna —dijo Susana sorprendida.

—Quiero que veas algo —Esther se quitó las gafas y sacó las fotos del bolso—. Me gustaría que vieras estas fotos para que comprendas que Roberto es completamente inocente y que la culpable de todo soy yo —le enseñó las dichas fotos ante la estupefacción de Susana—. Lo hice con el simple propósito de hacerle daño al saber que mi padre había sido infiel con su madre causándole un gran dolor a la mía. Entre ella y yo planeamos destruirle pero, pasado el tiempo, me he dado cuenta que los rencores solo hacen daño a la persona que los tiene y que eso no se alivia con nada. Créeme, no ocurrió nada más, él se negó a besarme. Fui yo la que lo propició para que pudieran sacar esas fotos y posteriormente también fui yo, la que echó la carta al buzón

para que llegara a tu casa. Roberto se comportó como el verdadero caballero que es. El próximo jueves el juez dictará sentencia y pienso que no estaría mal que tuviera tu apoyo tan importante para él en estos momentos tan duros que está viviendo —Susana se quedó sin palabras ante la confesión de Esther.

Esther se puso de pie y se colocó de nuevo las gafas, agarró su bolso con la mano derecha y se lo colgó en el hombro izquierdo. Haciendo un ademán de una ligera sonrisa continuó diciendo:

—Él no sabe que he venido a hablar contigo y prefiero que no lo sepa nunca. No busco su perdón solo tener la mente tranquila.

Susana la miraba sin poder conjeturar palabra alguna. Su expresión se quedó estática sin hacer ningún gesto que la pudiera identificar con el estado de ánimo que en ese momento experimentaba. Esther se marchó sin más, dejándole las fotos entre sus manos inmóviles por el asombro de la historia que acababa de escuchar. En el fondo se sintió aliviada aunque entristecida a la vez, ¿cómo tanta maldad había podido terminar con algo tan maravilloso como el amor que sentía por Roberto? No sabía si reír o llorar, o simplemente quedarse como estaba y no hacer nada. Poco a poco fue mirando las fotos detenidamente una tras otra y pudo apreciar como aquella desconocida para ella, era realmente la que le daba el beso a Roberto tal y como le acababa de comentar y no al contrario. En ese preciso momento tuvo deseos de llamarlo pero su orgullo, pudo más que sus sentimientos y se reprimió las ganas de hacerlo.

Roberto, acompañado de Julián, esperaba ansioso la llegada de Susana en los pasillos del juzgado sin éxito alguno. Llegó la hora de entrar y sus esperanzas de que Susana apareciera para apoyarlo se fueron disipando ante el desmesurado silencio ensordecedor segundos antes de que el magistrado le ordenara que se levantara para escuchar la sentencia.

Cuando Susana entró en la sala, acompañada por Enrique, su padre, ya estaban sentadas todas las personas que constituían el tribunal y el magistrado se disponía a dar su veredicto. Roberto se situaba de pie, delante de aquel espeluznante tribunal y se limitaba a oír la sentencia dictada por el juez. Roberto no pudo notar la presencia de Susana y se sentía sólo y abandonado, los nervios los tenía a flor de piel. Miguel, sentado a su lado en su silla de ruedas, esperaba también la decisión del magistrado sin saber, a ciencia cierta, el por qué estaba allí.

—Este tribunal declara inocente, por falta de pruebas, a Roberto García

del asesinato de Ana González, queda en libertad sin cargos —manifestó el magistrado una vez concluida la audiencia.

Roberto cerró los ojos lleno de alegría con la tristeza enorme de oír a su vez, que a su padre lo declaraban culpable de todos los hechos, condenándolo a veinte años de cárcel por asesinato con alevosía y ensañamiento por enajenación mental transitoria, pero que debido a su enfermedad y a su avanzada edad, pasaría la mayor parte internado en un hospital psiquiátrico para posteriormente ser recluido en su casa.

—¡Eh, viejo loco! No te has enterado de nada ¿verdad? —le dijo Roberto dándole un abrazo—. ¿Por qué tuviste que hacerlo?

Seguidamente los guardias custodiaron a Miguel. Roberto se quedó de pie tras el cordial abrazo de su abogado y posterior apretón de manos y abrazo de su incondicional amigo Julián para luego posar la vista en Susana que se encontraba de pie justo detrás de Julián esperando expectante su turno.

Julián se apartó y dio paso a que Susana se pudiera acercarse a él. Con lágrimas en los ojos le dijo:

—Me alegro mucho cariño.

Los dos se fundieron en un fuerte abrazo atrapados en medio de los profesionales de la comunicación que hacían fotos sin parar.

## El Desenlace

Roberto se despidió de su familia y se fue apresuradamente para coger el coche que lo tenía aparcado en frente del centro comercial donde habían decidido pasar la tarde de sábado. Como cada día, iba sin falta a ver a su padre.

—Hola Sara.

—Hola Roberto. Miguel se ha puesto un poco nervioso al ver que no llegabas —le informó la enfermera conduciéndolo hacia el jardín donde estaba sentado su padre.

—¡Uf! Lo siento, no he podido llegar antes —contestó Roberto excusándose.

—A ver si se calma contigo, si no, tendremos que darle algún tranquilizante —prosiguió Sara—. Teresa está con él.

Cuando llegó a su lado, Miguel, no paraba de balancearse de delante hacia atrás mientras se preguntaba continuamente una y otra vez:

—¿Por qué a ella? ¿Por qué a ella?

—Hola Roberto —dijo Teresa.

—Hola Teresa.

—Así lleva sobre un cuarto de hora más o menos —le comentó.

—No te preocupes, ya me encargo yo.

Roberto respiró hondo y se le cambió el semblante al verlo en esa situación. Se acercó a Miguel y susurrándole al oído, con la frialdad que últimamente siempre lo acompañaba, le dijo pausadamente:

—Has...sido...tú.

Por un instante, Miguel, empezó a recordar todo lo sucedido. Aquel día gozaba de una lucidez plena. Después de varios meses, el tratamiento estaba dando resultado. Había llegado del centro y ayudó a Ana a preparar la cena. Ana abrió todas las ventanas de par en par para que la leve brisa de la noche refrescara la acalorada casa que durante el día, había permanecido totalmente cerrada.

Después de cenar, se sentaron en el sillón doble que se encontraba en el

porche delantero de la casa. Miguel llevaba observando con todo detalle, cada vez que su enfermedad lo permitía, el comportamiento de Ana, después de que Jorge apareciera de nuevo en sus vidas. Ana estaba visiblemente nerviosa. Supuestamente, había decidido no irse con Jorge. Había tenido una velada muy tranquila con Miguel y decidió poner orden a sus ideas. Definitivamente, no dejaría a su familia por nadie. Lo había decidido.

Sentados el uno al lado del otro, Miguel la cogió de la mano.

—¿Sabes Ana? Siempre he sabido que Roberto no es mi hijo —confesó Miguel.

Ana lo miró sorprendida e intentó soltarse de la mano de Miguel, pero, Miguel la agarró con fuerza para que no lo soltara.

—Aquella noche, en la discoteca, cuando me di cuenta que tú y Jorge faltabais, me dirigí al servicio y pude oír tus gemidos con ese desgraciado — Miguel hablaba con odio e ira—. Yo no podía vivir sin ti y decidí silenciarlo. Cuando estaba casado con Ángela, me dijeron que era estéril y que nunca podría tener hijos. Nuestra vida en común se rompió en pedazos. Ángela deseaba con locura tener un hijo y yo era incapaz de dárselo. Cuando me dijiste que estabas embarazada, te odié a ti y al niño con toda mi alma, pero a la vez, vi la oportunidad que la vida me ofrecía de ser padre y fue entonces, cuando pensé que era mejor callar y así poder saber cuáles son los sentimientos de algo que yo ya tenía desechado. No podía vivir sin tus encantos, sin tu vitalidad que me volvía loco. El mundo se me caía encima si me faltaras. Afortunadamente, Jorge desapareció de nuestras vidas y Roberto llegó como un soplo de aire fresco para mí. Se parecía tanto a ti, que enseguida sentí amor por él. Le di todo el cariño que un padre puede darle a un hijo y siempre luché para que nada os faltara y estuvierais a mi lado.

Ana lo escuchaba atónita. No podía creerse lo que estaba oyendo. Con lágrimas en los ojos pensaba en lo mal que Miguel lo habría pasado y se sintió como una basura ante él. A su vez, la mirada de Miguel se hacía amenazadora, llegando a sentir miedo de escucharlo. Ana quiso levantarse pero Miguel se lo impidió agarrándola más fuerte.

—No creas que por mi enfermedad, no me doy cuenta de lo que hay entre vosotros dos. Sólo un tonto sería capaz de no verlo —continuó diciendo Miguel—. Te juro que si me engañas otra vez...te mato —dijo lleno de odio y apretándole más la mano.

—Miguel, me haces daño. Todo tiene una explicación. Por favor



perdóname —imploraba Ana.

—Para mí, no hay ninguna explicación válida —dijo Miguel enfadado—. Jorge no me gustó desde el primer momento en que lo vi. Sabía perfectamente cuáles eran sus intenciones al igual que ahora. Es un sinvergüenza sin escrúpulos que juega con los sentimientos de los demás. Estoy completamente seguro que tiene algo oculto. No es de fiar.

—Por favor, Miguel, perdóname —imploró Ana llorando.

De pronto la soltó. Ana se fue llorando para adentro y se sentó en una butaca del salón totalmente afligida. Seguidamente entró Miguel.

—Me voy a acostar —dijo Miguel.

—¡Espera!, tienes que tomarte la medicina —dijo Ana sollozando.

Miguel esperó de pie en el salón mientras observaba cómo Ana se dirigía cabizbaja hacia la cocina para coger las medicinas y el vaso de agua. Ana le dio todas las pastillas que se tenía que tomar, que no eran pocas, y el vaso de agua. Avergonzada, apenas podía mantener la mirada hacia el que había sido hasta el momento su fiel esposo, amigo y compañero, el cual, cogió las pastillas y se las tomó todas a la vez. Miguel se le quedó mirando, le dio el vaso vacío y sin más se fue para arriba a dormir. Entró en su dormitorio y escupió todas aquellas pegajosas pastillas que no le dejaban ni levantarse de la cama.

Rápidamente Ana, cogió el móvil y llamó a Jorge. Estaba en su casa. Acababa de mantener una delicada discusión con Marina y se encontraba haciendo las maletas.

—Jorge —susurró Ana—. Tienes que venir a por mí lo antes posible. Tengo miedo, Miguel sabe todo lo nuestro y también que Roberto es hijo tuyo. Me ha amenazado de muerte y quiero salir de aquí inmediatamente.

—En media hora estoy ahí —contestó Jorge.

Roberto, tampoco podía dormir pensando en todo lo sucedido por la mañana. No podía ni imaginarse que su madre le hubiese sido infiel a su padre. Cogió el coche y sin avisar a Susana se fue a vagar por la ciudad. Se acercó por la casa de sus padres y al ver luz encendida, decidió entrar para hacer las paces con su madre. Pensó que siempre había alguna explicación del por qué se hacen las cosas. Ésta vez tocó al timbre para no asustar a nadie. Ana se encontraba en su habitación haciendo las maletas lo más rápido posible. Pensó que era Jorge y bajó rápidamente para abrir la puerta. Al ver que era Roberto, lo abrazó con fuerza como si nunca más lo fuera volver a

hacer. Tras tomarse una copa con ella y mostrar su arrepentimiento por la pelea acontecida por la mañana, la llamada desesperada de Susana diciéndole que se encontraba mal, hizo que Roberto se fuera corriendo en su ayuda.

Jorge sacó las maletas de su casa y las subió al coche. Marina estaba en su habitación poniéndose guantes y ropa oscura. Cuando lo oyó salir, se fue tras él sin que Jorge se percatara de ello. Cogió su coche y le siguió.

Cuando llegó a la casa de Ana, Roberto se acababa de marchar. Ana tenía las maletas preparadas, solo le quedaba recoger algunas cosas de última hora. Mientras Jorge colocaba las maletas en el maletero, Marina lo observaba desde su coche. Jorge entró en la casa y le requirió a Ana el dinero que guardaban en la caja fuerte del sótano. Ana angustiada, le dio la clave y le dijo que cogiera solo la mitad del dinero mientras ella, terminaba de recoger los últimos detalles. Marina bajó del coche y los observaba desde una de las ventanas escondiéndose para que nadie la viera. Jorge se fue al sótano, y sólo entonces, fue cuando Marina se introdujo en la casa y se puso detrás de Ana mientras terminaba de recogerlo todo. Ana se dio la vuelta y dio un salto del susto que se llevó al ver a Marina en silencio delante de ella.

—No creas que te vas a salir con la tuya —afirmó Marina encolerizada.

Con la mirada llena de odio, Marina cogió un cuchillo de largas dimensiones que había encima de la mesa. Justo antes, Roberto lo había utilizado para cortar un limón y echárselo a la copa que su madre le ofreció. Sin mediar palabra se abalanzó hacia ella asestándole varias puñaladas directas al vientre. Ana, sin apenas darse cuenta de las circunstancias, lanzó un quejido aterrador. Cayó al suelo desplomada. Marina dejó caer el cuchillo encima de ella resbalándose hasta el suelo. Eran las tres de la madrugada cuando el grito desgarrador de Ana alertó a todos los vecinos de la zona. Miguel dio un salto de la cama. El grito venía de la parte baja de la casa. Salió corriendo escaleras abajo encendiendo todas las luces por donde iba pasando hasta que finalmente llegó a la cocina donde pudo divisar a Ana tumbada boca arriba en el suelo bañado por un gran charco de sangre. Marina lo miró y salió corriendo antes de que Jorge pudiera llegar a verla.

Rápidamente se abalanzó sobre ella.

—¡Ana! —gritó.

Con el brazo izquierdo le sujetaba la cabeza y con la mano derecha trataba de taponar las innumerables heridas que tenía en la parte del vientre. El cuchillo que había utilizado Marina yacía al lado del cuerpo ya sin vida de

Ana.

Desesperado, llorando y con voz entrecortada, gritó varias veces:

—¡Socorro, ayúdenme!

Jorge se apresuró en cerrar la caja fuerte y salió lo más rápido posible para ver lo que había ocurrido. Al salir se rozó con un hocino afilado que se encontraba mal colocado encima de una estantería que daba para las escaleras. Se entretuvo un pequeño instante para taparse la herida con la camiseta. Cuando llegó, se encontró a Miguel sujetando un gran cuchillo en la mano derecha y a Ana que yacía sin vida en el suelo. Miguel lo miró llorando y pidiendo ayuda. Jorge, al ver la situación, cogió el móvil de Ana que lo tenía encima de la encimera y salió corriendo, arrancó el coche y huyó despavorido. Se alejó con gran velocidad y tiró las maletas de Ana y el móvil lo más lejos que pudo en varios contenedores. Cuando llegó a su casa, Marina estaba en su habitación. Se había colocado ya el pijama y deshizo la cama rápidamente. Al oír que Jorge estaba en el baño, se dirigió hacia él y se hizo la adormilada preocupándose por él. Lo tenía todo planeado. Jamás dejaría que Jorge se fuera con Ana. Jorge le contó un montón de mentiras de lo sucedido para volver otra vez con ella. Marina lo miraba atenta a toda la trola que claramente sabía que le estaba narrando. Tergiversó la realidad para que Marina lo apoyara en su coartada ante la policía. Jorge pensó que la había convencido sin saber que, en realidad, era ella la asesina y por eso lo iba a apoyar en su coartada porque al mismo tiempo, también era la suya. Marina se reía internamente de él.

—¡Noooo! —gritó Miguel enérgicamente sentado en su silla de ruedas.

—¡Roberto! ¡Roberto! —susurró Susana. La suave y dulce voz de Susana interrumpió en los oídos de un Roberto desorientado por una sensación jamás experimentada.

Roberto abrió los ojos muy lentamente y pudo observar la sonrisa entristecida de Susana acercándose a su cara. Su perfume llegaba agradablemente a su olfato delicado, haciéndole sentir una placentera sensación de bienestar.

—¿Dónde estoy? —dijo Roberto adormilado.

—Cariño, estás en el hospital. Llevas siete días en la UCI —dijo Susana acariciándole la frente y echándole el pelo hacia atrás.

Roberto pudo observar cómo estaba enchufado por todos lados a una máquina que pitaba sin cesar. Los cables le inundaban todo el cuerpo. Su

respiración era fluida gracias a esos pequeños tubos enganchados a la nariz que le llenaban cuidadosamente los pulmones.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó confuso.

—Estábamos en el hotel y enfermaste. Has estado con mucha fiebre y has desvariado mucho. Temíamos por tu vida.

—¿En el hotel, qué hotel?

—Estamos en Tailandia cariño. Supuestamente de luna de miel. ¿Recuerdas?

Roberto la escuchaba sorprendido. En ese momento, no tenía ni el más ínfimo recuerdo de eso. El cansancio y el agotamiento hacían mella en él. Era otra realidad diferente a la que él había vivido.

—Tus padres han venido desde España para verte. Estábamos todos muy preocupados por ti —le explicó Susana.

—¿Mis padres? ¿Te refieres a Miguel y a... a Ana?

—Pues claro cariño. ¿A quién si no, iba a ser? —sonrió—. Ahora voy a salir yo y van a entrar ellos. Están impacientes esperando fuera. Ya sabes, en estos sitios no dejan entrar todos a la vez. Han sido días muy duros. Menos mal que la fiebre ha remitido ya y estás fuera de peligro. Si sigues así seguro que pronto te pasan a la habitación.

Roberto respiró profundamente como si estuviera en un sueño, confuso por la situación. No podía creerse que todo hubiese sido un terrible desvarío a causa de la enfermedad pero se sintió eternamente agradecido de que así fuera. Susana se despidió de él con un suave beso en los labios y lo dejó a la espera de que entraran sus padres.

Seguidamente pudo observar cómo se acercaba Ana seguida por Miguel. Ana, emocionada, se acercó dándole un fuerte y cálido abrazo. Roberto la abrazó fuertemente mientras veía a Miguel también emocionado detrás de ella esperando su turno. No salía de su asombro. Ana estaba radiante como siempre y Miguel gozaba de una salud envidiable. Toda la angustia vivida había desaparecido y dio gracias a la vida porque todo hubiese sido una pesadilla, una maldita pesadilla. Poco a poco fue tomando conciencia de su estado y respiró de nuevo, profundamente aliviado.

—Hemos estado muy preocupados por ti, mi vida —pronunció Ana mientras lo abrazaba—. Gracias a Dios que ya la situación ha cambiado.

Al día siguiente lo pasaron a una habitación del hospital. Allí las visitas podían ser continuadas. Susana no se separó de él ni un minuto. Estaba sentada

inclinada junto a él, agarrándole la mano suavemente cuando entraron Ana y Miguel. Ana sujetaba un gran ramo de margaritas de varios colores.

—¡Mira que bonitas! —las colocó en un jarrón en la mesilla que se encontraba al lado de Roberto—. Estos Tailandeses son muy simpáticos. Las he visto al entrar en el hospital y no me he podido resistir —se explicó Ana con su característica alegría en la cara.

—Tu madre hijo, que no puede pasar por delante de unas flores sin comprarlas —se rio Miguel—. Ya sabes cómo es.

—No sabéis cuánto me alegro de que estéis todos a mi lado —sonrió Roberto apretándole la mano a Susana—. No tenéis ni idea —suspiró.

—Nos ha dicho el doctor que probablemente mañana le den el alta —le comentó Susana a sus suegros.

—Eso es una fantástica noticia —argumentó Ana.

—¡Estupendo! —agregó Miguel.

Llegó la hora de abandonar el hospital. Roberto y Susana seguían a Miguel y a Ana por el pasillo. Iban charlando amenamente cuando se cruzaron en dirección contraria con la anciana pequeñita que vieron en el mercadillo. Sólo Roberto se percató de que era ella. Vestía un camisón de hospital y arrastraba con torpeza un perchero de suero con el gotero enganchado a la vena de su frágil brazo derecho. Al cruzarse con Roberto, le regaló una leve y dulce sonrisa y siguió su camino. A unos escasos tres metros estaba el ascensor de salida. Roberto volvió la mirada hacia atrás y ya no estaba.

FIN

Todos los personajes y algunos lugares de esta novela son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es pura casualidad.

## Acerca de la autora

Chani Aparicio Vela (Conil 1970)

Conileña de nacimiento, ha pasado la mayor parte de su vida viviendo en San José de La Rinconada (Sevilla). Administrativa de profesión. Apasionada del cine y del teatro, a sus cuarenta y ocho años ha hecho de la lectura su mayor entretenimiento y ha publicado su primera novela “HAS SIDO TÚ”, donde narra una fascinante historia de amor, odio e intriga.

Copyright © 2019 Chani Aparicio Vela

Todos los derechos reservados